LAUREANO VALLENILLA LANZ

RAZONES de PROSCRITO

RAZONES
DE PROSCRITO

LAUREANO VALLENILLA LANZ

RAZONES DE PROSCRITO

« Tout homme qui est un vrai homme doit apprendre à rester seul au milieu de tous, à penser seul pour tous et au besoin contre tous ».

Romain Rolland.

ESTAMOS a 25 de enero de 1958. Amanece en Saint-Moritz. He dormido mal. Hago esfuerzos inauditos para mantenerme inmóvil en la cama. Cientos de veces he volteado las almohadas, húmedas de un sudor que es de angustia. Quedan en Caracas, seres queridos, mujeres, niños y ancianos que no han cometido más delito que el de pertenecer a mi familia, el haberme brindado afecto, sin esperar retribución de orden material, que jamás solicitaron ni necesitaban, por suerte. Sin embargo, pretenderán atemorizarles, vejarles, a nombre de la justicia y de la democracia. Habrá quienes protesten airados contra las arbitrariedades del régimen derrocado y no vacilen, ahora, en cometer toda clase de iniquidades. Saben que gozan de impunidad, en este momento de fiebre, cuando predominan, por breves instantes, las masas, tiranos anónimos, siempre favorables a la mediocridad, al inútil, a los fracasados

Pienso en nuestras casas y trato de imaginarme los saqueos, los destrozos. La biblioteca, seguramente, ha sido arrasada. Los perros andarán errantes por las calles de Los Chorros. Nadie se acercará a esos animales que compartían la existencia de una familia aborrecida. También ellos perdieron hogar y amos. Las guacamayas y el loro se habrán refugiado, con gran alharaca, en las quintas vecinas. Me parece verles huir, apresuradamente, con su paso torpe de beodos. Señoras de **sociedad** penetraron a «La Muda», a

punto de ser desmantelada, en solicitud de un mueble o de un objeto que admiraron en el curso de alguna reunión. También se llevaron cuadros y parte de una vajilla. —¡Te doy diez bolívares por ese escritorio francés de la Nena! —insinuaría una de nuestras más asiduas visitantes a muchachos excitados y harapientos que salían cargados—. Otras, menos audaces, esperarían a las puertas, junto a sus **Cadillacs**, para celebrar ventajosas transacciones en esta aurora de la libertad, al iniciarse una Era de Derecho, según declararon solemnemente sus maridos al oír los ronquidos del avión que conducía a Pérez Jiménez al destierro. Son los mismos caballeros honorables que mendigaban contratos y se deshacían en elogios sobre el progreso de la República. Todo esto lo sé, como si lo hubiese presenciado.



Ayer sonó el teléfono, durante horas y horas, en nuestro apartamento. Llamaban de distintas capitales europeas, embajadores, funcionarios diplomáticos subalternos, cónsules y compatriotas en gira por el Viejo Continente. Solicitaban de mí noticias, como si pudiese saber más que ellos. Uno que otro señalaba tímidamente, que en Caracas habían saqueado a mucha gente.

— ¡A mí también! —contesté—. De nuestra casa de Los Chorros no queda nada.

Largo silencio. Luego, la observación que esperaba:

— ¡Qué horror, chico! ¡Por eso yo no soy político! ¡No me explico cómo tú te metiste en eso!

Agradecí el consejo tardío y colgué.



Son las siete de la mañana. No soporto más el lecho. Mi mujer duerme profundamente. Me levanto de puntillas y paso al salón. Afuera, nieva, nieva sin cesar. Una espesa

cortina blanca, lágrimas de San Pedro que estallan, impide ver el lago y la montaña de empolvada peluca que se yergue atrás. Apoyo la frente sobre el vidrio helado de la ventana y permanezco así largo rato, sin razón, mirando los copos que caen, ininterrumpidamente.

Pido el desayuno. A poco aparece el criado con una mesa impecablemente puesta. Me sirvo café con leche y pruebo de un tarro de mermelada de fresas. El sabor me trae el recuerdo de Teresa de la Parra, cuando me obsequiaba a la hora del té, allá en los lejanos días de mi adolescencia. Decía con voz y acento inimitables:

— ¡Esta confitura es deliciosa!

Murió demasiado joven la ilustre Ana Teresa. Sería hoy mujer entrada en años y con obra literaria considerable. Viviría, a lo mejor, aquí en Suiza, aunque en Leysen añoraba una mecedora de esterilla, a la sombra de los almendrones macuteños.

— ¿Has comido tú esas almendras? —preguntaba curiosa, y sin esperar la respuesta, concluía: —Nunca me atreví a hacerlo. En casa aseguraban que eran venenosas. Quedé con ganas de descubrir ese sabor. Por el contrario, recuerdo perfectamente el de las uvas de playa, bañadas de salitre. Tienen gusto de mar y son calientes, calientes. Conservan el calor del sol, agridulces, fuertes, como un cuento de José Rafael Pocaterra...

Escucho un rumor de alas. La silueta de Ana Teresa, envuelta en gasas, se ha esfumado en la nieve. Me incorporo y miro. Dos **corviglia** buscan refugio en mi balcón. Abro para arrojarles pedacitos de pan mojado en leche que engullen con voracidad. Son cuervos pequeños, graciosos, de plumaje brillante, vestidos por buen sastre, a la medida. Ninguna relación con nuestros zamuros, de piel oscura y rugosa, caballeros venidos a menos, trajeados de ternos viejos, desteñidos, que quizás pertenecieron a otros. Al verlos en torno a una carroña, diríase la concurrencia a uno de esos entierros proletarios, con apenas derecho a urna forrada

de paño vulgar y a una limousine. El precio no incluye sillas negras ni tarjetero ni candelabro.

El zamuro es modesto. Vive como puede, de lo que los demás desprecian. De nada se asquea, salvo de una mala acción. El asco es lujo de ricos. Este gran señor pobre jamás se dejaría domesticar, a cambio de buena pitanza, como cualquier supuesto demócrata. Sus convicciones son sinceras, firmes. Ama fundamentalmente la libertad. Es anarquista español. Recuerdo que a raíz de la denominada Revolución de Octubre de 1945, don Pedro de Répide, el escritor madrileño, calificaba de rey **zamuro** a Carlos Delgado Chalbaud al verlo en medio de Rómulo Betancourt, Luis Beltrán Prieto y otros jerarcas de «Acción Democrática».

— No comparto su opinión, don Pedro, observaba yo. Usted calumnia al zamuro. Nada tiene de adeco, el infeliz. Lucha para ganar el diario sustento. Se conforma con poco y no arrebata lo ajeno. Tampoco abusa del prójimo. Conoce sus limitaciones y vive dichoso, sin envidias. Es un filósofo que actúa de acuerdo con sus principios. ¿Ha visto usted, alguna vez, a un zamuro en Miraflores? Sus dominios son otros, el basurero camino de Antímano, por ejemplo.

Surge de pronto en mi mente el título de un libro de Rufino Blanco Fombona: «La Espada del Samuray». Figuraba en la biblioteca paterna del lado de las obras sin empastar. Jamás me atreví a hojearlo. Admiraba la carátula, con dibujo a todo color que representaba a un japonés, armado de sable descomunal. Al correr de los años, busqué parecido al guerrero nipón, hallándole alguna semejanza, un aire de familia, con mi consecuente amigo el doctor José Domingo Colmenares Vivas. ¿Dónde estará a estas horas José Domingo? Hasta hace poco días desempeñaba, con devoción y acierto, la Gobernación del Estado Monagas, después de haber ejercido exitosamente la de Barinas. Sin embargo, para nada habrán contado su eficiencia y probidad, a la hora del cambio de régimen político. Probablemente, fue detenido en su residencia por el mismo Coman-

dante de Guarnición que la víspera todavía solicitaba de él pequeños favores: una beca para la niñita, un juego de neumáticos nuevos, un pasaje para un protegido. Pieza igual se representó en la provincia venezolana, el 24 de noviembre de 1948. Los detenidos de aquella jornada, sin tiros ni muertos, fueron los magistrados adecos. Ahora ha tocado a otros. Recuerdo que el 1.° de enero del presente año, en Maracay, los mismos oficiales que cenaron en la casa del Gobernador Ferrero Tamayo, regresaron a prenderlo, momentos después. Creía su esposa se trataba de una broma de mal gusto. «Nada de chistes, es muy tarde, déjennos dormir», díjoles. Los otros insistieron y se llevaron al marido preso.

*
* *

Ha cesado de nevar y sale el sol. Las niñas van a esquiar. Mi mujer y yo paseamos a pie, con Edgar León, quien parece inquieto. Ha cablegrafiado a su señora, en Caracas, sin recibir contestación. Intento calmarlo:

— Allá no habrá sangre, créame. Nadie desea combatir ni arriesgar la vida. La prosperidad petrolera nos ha enseñado a amar la existencia. No tumbaron a Pérez Jiménez. Se marchó. La Junta que gobierna no ha conquistado el poder. Se lo dieron. Habrá algunas victimas, claro está, escogidas entre quienes no disponen de medios de defensa contra Defensa, por el momento. No faltará el Clausewitz que asalte con tanques y morteros los desarmados locales de la Seguridad Nacional. Las manifestaciones democráticas se reducirán a denigrar de los caídos y a disfrutar de radios, televisores, neveras y muebles ajenos. No dudo que asesinen a algún infeliz, acusado de espía. Eso será todo o casi todo.

Mi mujer y yo, por tácito convenio, no hablamos de Venezuela. ¿Para qué sufrir con palabras que nada remedian? Nos referimos al frío, a la nieve que cruje bajo la presión de nuestros pies. Largo rato caminamos por la cuesta

blanca. Movidos por el viento, los pinos se despojan de sus abrigos de falso armiño. Atravesamos un puente. Abajo, bloques de hielo, figuritas de cristal. La cascada ha enmudecido como nosotros, como los diplomáticos y los amigos que no telefonearán más. Rodéanos un extraño silencio, apenas interrumpido por el débil lamento de las botas. Comienza el exilio. Será largo, muy largo. Nos aguardan vicisitudes, persecuciones, desengaños. Trataremos de ser fuertes. No nos dejaremos vencer. Allá, al fondo, sobre la torre de un hotel, se agita la bandera helvética. Junto a nosotros pasan jóvenes reídos, de contextura atlética. Ignoran el temor, el odio y la miseria.

*
* *

Un periódico de Ginebra publica hoy la lista de las personas que integran la Junta de Gobierno en la convulsionada Venezuela. Son los señores Contraalmirante Wolfgang Larrazábal, quien la preside, Eugenio Mendoza, los coroneles Pedro José Quevedo y Carlos Luis Araque, y el ingeniero Blas Lamberti. La Secretaría estará a cargo del señor doctor Edgar Sanabria. Agrega la noticia que los coroneles Roberto Casanova y Abel Romero Villate, por **presión popular**, fueron retirados del Ejecutivo Colegiado del que originalmente formaron parte e invitados a abandonar el país, a la brevedad posible.

Conozco bastante bien a casi todos los miembros de la Junta. Wolfgang Larrazábal es un irresponsable, en toda la extensión de la palabra. Inculto, vanidoso, hombre de poco fiar. Interrumpe une conversación para canturriar el bolero de moda, que previamente se ha aprendido de memoria, con empeño digno de mejor causa. Su formación intelectual no dista mucho de la de las cabareteras cubanas que alegran las noches de noctámbulos caraqueños. Durante una de sus raras visitas a Caracas, cuando nos representaba en Wáshington, refirió José Rafael Pocaterra, con asombro y piedad,

que este oficial, Agregado Naval a la Misión Diplomática de Venezuela, solia bailar el «Pájaro Guarandol» en las reuniones sociales de la Embajada. Indignábase el escritor de ver al marino saltar, de un extremo a otro del salón, con plumas y rabo sobre el blanco uniforme .

—¡Es inaudito, chico! Prefiero a un generalote de peinilla. Nuestros guerrilleros eran bárbaros, pero machos y serios. ¿Concibes a un Cipriano Castro o a un Joaquín Crespo, moviendo las nalgas? ¡Esas actitudes no presagian nada bueno para la nación!

Eugenio Mendoza ha corrido con suerte en los negocios. Es millonario, mas tampoco se distingue por su inteligencia y cultura. No es lo mismo manejar una ferreteria que dirigir la República. En nuestra juventud lo apodábamos «el Isleño», y no era, precisamente, por su talento. Desde hace años sueña con la Primera Magistratura. Ahora está cerca de ella.

Basta mirar un instante a Pedro José Quevedo para adivinar su torpeza. El general Marcos Pérez Jiménez se opuso a nombrarle Gobernador de un Estado, a pesar de los vínculos de estrecha amistad que a él lo unían, por considerarle incapaz de administrar una provincia. Aficionado a la botella, casi iletrado y de palabra difícil, se mantiene constantemente ebrio. El aguardiente se ha encargado de apagar las escasas y débiles luces de su entendimiento. En la Escuela Militar se le distingue con el mote de «Perico el de los Palotes».

Carlos Luis Araque es de educación rudimentaria. Sabe apenas leer y escribir y conoce algunas voces de mando. Mentalmente se sitúa por debajo de los llamados **chopos de piedra**, con la desventaja de no haber jamás expuesto su vida, salvo en riñas de bares y discusiones de prostitutas. Personaje sin escrúpulos ni resortes morales, fue destituído del Comando de la Guardia Nacional, en la zona fronteriza del Estado Táchira, por hallarse complicado en negocios de contrabando de café y ganados. También adicto a los licores

fuertes, sus ojos miopes tienen ya esa expresión tonta y a la vez cruel del beodo consuetudinario.

Ignoro quién sea el ingeniero Blas Lamberti. Quizás algún empleado de Eugenio Mendoza, llevado a Miraflores para reforzar el voto del industrial. En todo caso, no es un profesional de renombre y puede resultar más peligroso con el Presupuesto que con el teodolito.

Edgar Sanabria es abogado, profesor de Derecho Romano en la Universidad Central. Heredó la cátedra del eminente Juan José Mendoza, que no la erudición de aquel maestro de reales méritos. Por largos años funcionario de la Cancillería y del Ministerio de Educación, excesivamente delgado, de aspecto enfermizo e intrigante, Sanabria arrastra una existencia que gusta cubrir de misterio. En los atardeceres caraqueños, provisto de sombrero gris de fieltro y paraguas. busca relaciones, por los lados de «El Silencio», con jovenzuelos de aspecto dudoso. El individuo se presenta como excéntrico porque teme confesar lo que realmente es. En una época frecuentaba la residencia de una pareja conocida mía para admirar al mayor de los varones bajo la ducha. Los padres reían ingenuamente y comentaban esa **loquera del Flaco.** Menos inocentes, sus amigos cambiaban miradas entendidas al escuchar el cuento. La avaricia de este sujeto es proverbial. Con ella justifica el evidente descuido de su indumentaria y el prescindir de jabón, pasta dentrífica y hojillas de afeitar. Con todo, su figura descollará en la asamblea de estultos que compone la Junta de Gobierno de la República de Venezuela.



De Bruselas me comunican la lista de los nuevos ministros venezolanos. Por primera vez escucho el nombre del doctor Torrealba Silva, titular de Relaciones Interiores, pero me entero con satisfacción de que la Cartera de Defensa será para mi amigo el coronel Jesús María Castro León. En sus

manos, no se anarquizarán las Fuerzas Armadas ni actuarán al margen de los dictados del patriotismo. «El Cabito» conoce a esa gran familia uniformada, sus inquietudes, sus necesidades. El prestigio de que goza entre sus compañeros militares se funda en su hombría de bien y en su acrisolada honradez. En cuanto a los demás miembros del Gabinete, son figuras de la Banca y del alto comercio capitalino, en su mayoría vinculadas a Eugenio Mendoza, a sus hermanos y sobrinos. El nuevo régimen se inicia con un grave error. El tradicional igualitarismo criollo no admitirá fácilmente que un consorcio de ricos monopolice la Administración Pública y acentúe con la posesión del poder político, la desigualdad derivada del poder económico. La protesta no tardará. El azar de una cuartelada verbal ha permitido que ineptos, negociantes e inexpertos asuman la tremenda responsabilidad de dirigir los destinos de la patria. Semejante cosa no ocurriría en esta Suiza apacible cuyo paisaje admiro desde mi balcón. A mis pies, un pastor envuelto en burdas pieles conduce a un disciplinado grupo de vacas. Su desaparición anarquizaría el rebaño y de nada serviría sustituirlo con un vacuno. Esto, sin embargo, ha sucedido en mi país.

Evoco las figuras de Wolfgang, de Quevedo, de Araque. ¿Qué sucedería si gobernaran aquí? Hombres eminentes forman el Consejo Federal. Al designarlos, sus compatriotas premiaron el mérito y garantizaron simultáneamente el progreso indefinido de la Confederación. Así se explican la riqueza, el desarrollo y el bienestar de una nación de diminuto territorio, originalmente pobre y de muy limitados recursos naturales. Pero existían los suizos, resueltos a luchar contra el egoísmo de la geografía. Sonrío cuando gentes de nuestra turbulenta América los tildan de torpes y cachazudos. ¿Para qué han servido nuestra viveza y esa supuesta agilidad mental que nos caracteriza? Los suizos fabrican relojes, plantas eléctricas, motores y otras complicadas máquinas de precisión. Su industria es una de las más avanzadas del mundo. En esta tierra no se conocen el

analfabetismo, la miseria y la injusticia social. Las instituciones son motivo de orgullo para la humanidad. El milagro helvético está a la vista de todos. Para realizarlo, no fueron necesarias revoluciones cruentas, golpes de Estado y fusilamientos en masa. Solamente el trabajo tesonero y multisecular de un pueblo con dirigentes esclarecidos y patriotas.



Carta de Londres. Es de un británico que ha vivido largos años en Venezuela. Estima que una vez más, mis compatriotas se han equivocado en la escogencia del equipo gobernante. Surgieron, precisamente, los menos capaces en el amanecer del 23 de enero. Se abre para los habitantes de mi país, un largo período de inestabilidad y de zozobra. Las posibilidades de la ineptitud son asombrosas, incalculables. En breve tiempo, arruinará a la más rica República de Latinoamérica. Hay buenos y malos milagros. Un débil mental dispone de medios suficientes para transformar el petróleo en agua sucia y el bolívar en moneda despreciable. Es triste que no se haya solicitado la colaboración de profesionales e intelectuales competentes, en momentos de la grave crisis política que atravesamos. Arturo Uslar Pietri, por ejemplo, sería un buen consejero para la Junta. Existen otras personalidades de igual valía y con experiencia de la cosa pública. La solución del problema está en suprimir los aspectos negativos del gobierno depuesto y superar los positivos. Desgraciadamente, el liderato nacional ha caído en manos de la masa. La multitud impone su voluntad en Miraflores. Así sucede cuando mandan los mediocres. Pienso en el pastor y en las vacas de ayer. Cinco vacunos ocupan la casa de Joaquín Crespo.



En la etapa inicial, raras veces son selectivas las situaciones que engendran los pronunciamientos. Interviene el

azar, que no el mérito, en la escogencia de los mandatarios y de sus colaboradores inmediatos. Muchos obtienen posiciones importantes porque se encontraban allí, casualmente, a la hora de la transición. Se presenta el caso de individuos que vienen por un cargo modesto y salen premiados con un ministerio. Se viven entonces, es cierto, momentos de tensión, en Palacio. La fiebre callejera contagia a los nuevos huéspedes. Llueven los decretos, las órdenes disparatadas, las medidas contradictorias. Pululan los héroes, los falsos doctores y los supuestos técnicos. Bagazos sociales, desechos, llenan los corredores de la mansión presidencial, en tanto sesionan, a puertas cerradas, militares y civiles trasnochados, que se mantienen despiertos, a base de tazas de café y cigarrillos. En esas condiciones, se **reorganiza la República** y vuelve por sus fueros **la Democracia.**

Distinto espectáculo ofrecen las revoluciones triunfantes. Durante la campaña, el caudillo victorioso selecciona pacientemente su equipo. Es probable que a su llegada a la capital tenga elaborada la lista correspondiente. Nadie discute su autoridad, conquistada a tiros, con riesgo de la propia vida. El militar golpista no goza del mismo prestigio, a menos que reaccione contra una situación caótica y se le conceptúe como un salvador. Para alcanzar la Suprema Magistratura, bástanle unas cuantas llamadas telefónicas, la ocupación de sitios estratégicos y la complicidad de determinadas guarniciones. Tan fácilmente logra el poder que nadie le admira y debe entrar en componendas con colegas que tampoco fueron heroicos. Gobierno fundado sobre bases tan deleznables, resulta débil. Solamente echa raíces el mandatario de vida ejemplar, apoyado sobre una acción administrativa particularmente eficaz que provoque el respeto colectivo. A falta de proeza en el campo de batalla, el oficial vencedor en la cuartelada debe buscar la proeza civil, el éxito de gestión, ganar la guerra del orden y de la prosperidad. Esta victoria es tan respetable como la otra. Bonaparte Primer Cónsul es más digno de admiración que el genial

estratega de Wagram. Crear, construir, reconciliar, es infinitamente más difícil que matar.



Camino, durante más de dos horas, en compañía de Edgar León. Necesito cansar el cuerpo para dormir mejor. He rechazado siempre drogas y calmantes. Arriba, un cielo azul, sin nubes. El sol calienta nuestras gruesas chaquetas impermeables y desviste, impúdico, a los árboles. La nieve borra el trazado de los senderos, dentro del bosque. Aquí y allá la mancha oscura de **chalets** en los que debe ser grato vivir y leer junto al fuego de una enorme chimenea. Subimos a la montaña. Mi rostro se baña de sudor. León rompe el silencio al alcanzar la cumbre:

— Usted verá, doctor. Primeramente Dios, ese gobierno no dura. Todo se arreglará.

— No dudo que la actual Junta de Gobierno tenga una existencia efímera. Es presumible, debido a la insignificancia de sus integrantes, pero el **arreglo** a que usted se refiere, tardará años, probablemente. Venezuela atraviesa una de esas graves crisis que algunos sociólogos califican de períodos huecos, propicios a la anarquía, durante los cuales brillan por su ausencia los dirigentes capaces de encauzar y fecundar el anhelo profundo de las masas. Muchos compatriotas creen hoy, de muy buena fe, que nuestro país ha logrado cierta madurez democrática, que los colaboradores de la derrocada dictadura somos malos e incompetentes, que fuimos severos y en ocasiones intransigentes para satisfacer una especie de sadismo, un deseo de mandar por mandar, en ningún caso atendiendo a la necesidad de proteger la paz social y de defender una política de efectivo progreso. A mí, especialmente, se me atribuirá toda clase de delitos. Tratarán de arruinarme moral y materialmente, por todos los medios.

— ¿Y por qué a usted más que a otros?

— Los hombres que regresan del Extranjero y buena parte de los que permanecieron en nuestra patria, tienen cuentas que cobrarme, principalmente los jerarcas de esos **clubs** de ambiciosos que denominan partidos. Me detestaban antes, desde mis tiempos de estudiante, por ser hijo de un escritor que jamás temió proclamar, con elegancia y buen estilo, lo que estimaba la verdad. Para un crecido número de imbéciles y de intelectuales frustrados, «Cesarismo Democrático» es algo asi como un crimen contra los principios que pretenden sustentar o contra sus nebulosas, contradictorias y rudimentarias ideologías. Mi padre fue condenado **a priori** sin ser leído, como a mí se me condenará sin ser oído. A mi regreso a Venezuela en 1936 —contaba apenas veinticuatro años— sorprendía, a cada momento, miradas preñadas de odio, actitudes iracundas que, cierto es, no se atrevían a manifestarse abiertamente. Mucho luché entonces para abrirme paso y saltar barreras levantadas por el rencor. La hostilidad de otros se derivaba de que había estudiado en Europa, pertenecía a familia conocida y disfrutaba de bienestar económico. No obstante, la ojeriza de ciertos grupos y personas no fue impedimento para que sostuviera francamente mis puntos de vista. Jamás quise servir de corifeo a los vociferantes, aún con la promesa de ser bautizado **progresista** y **demócrata** y de recibir benévola acogida en determinados círculos literarios que monopolizaban el talento y la cultura. Esto último me preocupaba todavía menos. Estaba convencido de que un aficionado a las letras no requería protección de Miguel Otero Silva y de Mariano Picón Salas para destacarse. Laureles cosechados así los cedía gustoso a Eduardo Arroyo Lameda y demás colaboradores de la cuarta página de «El Nacional», con sus columnas arrogantes y tediosas. En verdad, no pretendia entonces consagrarme a la literatura. No osaba afrontar la crítica. Temía a las reacciones del lector, me sentía impreparado. Apenas si para entrenarme publicaba tímidos e intrascendentes artículos en «El Universal», gracias a la

generosidad estimulante de Pedro Sotillo. Entre tanto, estudiaba, me informaba. Quería descubrir a Venezuela, buscar las causas de su secular desgracia. Mi afán de investigar me acercó a hombres que aspiraban al liderato político. Grande fue mi decepción. Todos desconocían los problemas del país. Precario era su bagaje intelectual. Censuraban a los viejos caudillos, pero también ellos actuaban movidos por la ignorancia. En cambio, personalidades sin ambiciones, pero de auténtico valor, como Gustavo Herrera y Gustavo Manrique Pacanins, figuraban en la Administración Pública, impulsados por un patriotismo puro, sin desplantes ni alharacas. Condiciones similares distinguían a venezolanos de generaciones anteriores, como los doctores Vicente Lecuna, Santiago Key Ayala y Román Cárdenas. Consideraba verdadero privilegio charlar con esos ilustres varones sobre el pasado y el presente patrios. Fortaleciéronse mis ideas al correr del tiempo. Cada día creía menos en la panacea del sufragio universal y en las ventajas que podrían derivarse de la pugnacidad partidista. Pensaba que los venezolanos debíamos preocuparnos, en primer término, de eliminar las razones del atraso nacional y del fenómeno endémico y alternativo de la anarquía y el caudillismo. El tirano es producto del medio, como lo es el mosquito del agua estancada. No nace el paludismo en los torrentes ni surge un déspota en Suiza. Inmigración, mejores niveles de vida, educación y acondicionamiento del medio físico, para producir y consumir en forma racional, constituían, a mi entender, los instrumentos para transformarnos en pueblo feliz. El voto no fabrica ciudadanos. Entre nosotros sirve solamente para facilitar el encumbramiento de demagogos y mediocridades, quienes a su vez preparan, con sus errores y abusos, el advenimiento de dictaduras militares. «Acción Democrática», «U. R. D.» y «Copei» han sido y seguirán siendo factorías de tiranos. Así me expresé siempre en mis conversaciones y en mis escritos y ya en el poder o cerca de él, traté de llevar a la práctica observaciones y planes madurados en

tres décadas consecutivas de estudios. Soy hombre estudioso, aunque mis adversarios me tilden de mundano y frívolo. Otros personajes de poco saber califican mis trabajos de superficiales porque no soy hombre de comillas y de latinazos como ciertos literatos lugareños tenidos por profundos y serios. De todos modos, consta a usted, León, que mi sitio predilecto está en la casa, junto a mis libros y mis apuntes. Giner de los Ríos solía decir a mi padre: «Mis horas más felices son las de la cátedra y además, me pagan por eso. ¿Verdad que es maravilloso?» Repítole, amigo, que comienza para mi familia y para mí un ciclo de persecuciones, quizás sin precedentes en nuestra historia. La maldad del dictador vernáculo se detenía a la salida de La Rotunda, del Castillo de Puerto Cabello o del de San Carlos. También en la escalerilla del buque que se llevaba a los proscritos. Los caídos podían vivir en paz, si no en la holganza, en tierra ajena. Según los griegos, el exilio es la pena más cruel. El General Juan Vicente Gómez, sin haber leído autores helenos, compartía esa creencia y dejaba a sus enemigos tranquilos en playas lejanas. No así los demócratas, a pesar de contar en sus filas con hombres de sólida formación clásica como el doctor Numa Quevedo. Las almas sensibles que se conmovían ante **los horrores** de la Seguridad Nacional, tratarán de sitiarnos por hambre, nos acusarán de crímenes inauditos y solicitarán nuestra extradición o expulsión de las naciones que nos brindan asilo si no contratan los servicios de cierta categoría de hampones para agredirnos físicamente en plena calle, en tanto ellos proclaman, con énfasis y desparpajo, la vigencia de los Derechos del Hombre. La experiencia me enseña, León, que las personas elevadas al poder supremo por el azar de una cuartelada incruenta son excesivamente más duras e intransigentes que los jefes de una revolución victoriosa. La sangre y las lágrimas que no derramaron para conquistar el mando, pretenden extraerlas del adversario indefenso, cuando semejante acción no representa peligro inmediato para sus propias vidas. Juan Crisóstomo Falcón

fue magnánimo después de la Guerra Federal. También Joaquín Crespo al entrar triunfante a Caracas en aquel lluvioso atardecer de octubre de 1892. En cambio, no se caracterizaron por su bondad Betancourt y demás adecos luego del pronunciamiento que derrocó a Isaías Medina Angarita, en cuya realización tuvieron arte, pero no parte. No cometieron mayores infamias porque temían a una reacción de sus socios y cómplices militares. Ya me dará usted razón. A estas horas regresan a Venezuela y a ocupar cargos de importancia, todas las personas desplazadas por el régimen político depuesto. Ninguna de ellas contribuyó a su caída, consecuencia de una intriga telefónica de oficiales reunidos en la Escuela Militar. Sin embargo, actuarán como cruzados gloriosos y en nombre de la «Democracia», la «Concordia» y la «Justicia», pedirán cárceles, confiscaciones y destierros para sus predecesores. La libertad, las garantías, la propiedad, serán para ellos y solamente para ellos. La prensa podrá ofendernos e injuriarnos a sus anchas, pero nos negará toda defensa. Se elaborarán leyes **ad-hoc** para arrebatarnos el patrimonio y respaldar vejámenes de toda especie. Seremos sentenciados por nuestros enemigos con el beneplácito de líderes que se dicen juristas y se proclaman católicos practicantes.

Tomamos el camino de vuelta al «Palace Hotel». A nuestro lado pasa un trineo, en medio de un ruido de campanitas metálicas. Sus rubicundos ocupantes saludan con manos enguantadas que parecen muñecos de trapo. Nos cubre un polvillo de nieve helado, desagradable. Los caballos dejan una huella marrón y humeante sobre la blanca calzada. De pronto, huele a la plaza Miranda de la Caracas de mi infancia. Me siento transportado a la esquina donde el italiano Forte, de bata manchada, despachaba centavos de manteca, en papel de estraza, a criadas perezosas y soñolientas, mientras un arriero, de saco de cobija, apuraba el primer berro. Recuerdo a ese hombre de gruesos bigotes y alpargatas roídas. Traía en su carreta, papas y legumbres

de Los Teques. Sus ropas despedían frío. Siempre piropeaba a la sirvienta de mis vecinas las Blanco Meaño: «¡Es mucho lo que vamos a **gozal**, negra, en **er carnavar!**»



Hoy, a la hora del desayuno, han subido a mi habitación un paquete con diarios de Venezuela. Ignoro quien lo envía. Son los primeros que llegan a mis manos, después de los acontecimientos del 23 de enero. Leo artículos, probablemente exagerados, sobre la agonía y muerte del gobierno de Pérez Jiménez y el papel desempeñado en esa circunstancia, por una Junta que preside el señor Fabricio Ojeda, hasta ayer reportero de «El Nacional». Jamás sospeché que este joven sonriente y obsequioso, siempre escaso de fondos, tuviese madera de hombre de Estado y mucho menos de conspirador. Días antes de mi salida de Caracas, es cierto, la policía recogía en las calles volantes firmados por una supuesta Junta Patriótica que amenazaba con una huelga general y recomendaba a los altos funcionarios refugiarse en embajadas para evitar males peores. Alguien informó entonces que el autor de esas hojitas, de apresurada redacción, era el presbítero Alvarez Flégel, cura de la parroquia de La Pastora, en complicidad con el padre Sarratud, sacerdote que prestaba servicios en la Catedral. En aquellos momentos, nadie mencionaba el nombre de Fabricio, dedicado a visitar ministerios y otras dependencias públicas, en solicitud del **aguinaldo** navideño. Seguramente, reunía así fondos para financiar la lucha clandestina.

En los mismos periódicos me entero de que soy cómplice y autor de robos y asesinatos. Un editorial de «Ultimas Noticias» sostiene que poseo más de cien millones de bolívares en bancos del Exterior. «El Universal» destaca gráficas de nuestra casa de Los Chorros, después del saqueo, y el comentarista subraya que botellas rotas de vino tinto mancharon de rojo la grama del jardín. «La Esfera» me llama sociólogo

de La Orchila y celebra que muchachos universitarios dispusieran de mi biblioteca. En otra sección, el citado diario anuncia que la viuda de Carlos Delgado Chalbaud me agredió a paraguazos, a las puertas del Hotel Jorge V, en París. De otra parte, un cronista revela que sufro de enajenación mental, desde temprana edad. Al parecer, mi padre me hacia encerrar frecuentemente en sanatorios de Francia y de Suiza. Todo esto me produce asombro e hilaridad, a un tiempo. Mi mujer también ríe, por suerte. Sin embargo, pierdo la mañana con la lectura de esa prosa pobre y deprimente. Poco hizo la dictadura en materia educacional.



Afuera brilla el sol del mediodía. Camino un rato por el pueblo y miro sin interés las vitrinas de las tiendas. Me instalo en el bar pequeño del «Palace». El armador griego, Stavros Niarchos, ocupa la mesa del rincón. Es de mediana estatura, cabellos grises y piel rojiza. Su aspecto es saludable. Diríase un industrial del norte de Francia. Nada en su físico revela al hijo del mediterráneo. Permanece largo rato estático, silencioso, frente a un vaso de whisky con soda. Luego se marcha despacio. Roger, el barman, me explica que gusta de la soledad, en ese sitio. Escoge las horas en que nadie viene. No admite compañía. Ni siquiera la de su esposa. Por las noches es distinto. Lo rodean mujeres hermosas y caballeros elegantes que se disputan el honor de sentarse a su mesa. Niarchos es noctámbulo. Frecuentemente amanece en el otro bar, donde se baila. Los músicos tocan hasta que él se retira a su apartamento. En ocasiones no duerme y después de una fiesta trabaja con sus secretarios durante todo el día. Estos vienen de Londres o de Zurich en avión privado o en helicóptero.

Estoy solo en el bar. El camarero escucha con hastío, un radioperiódico en idioma alemán. El locutor arrastra fuertemente las erres como el coronel Warnecross, viejo

prusiano que me sacaba de paseo en Berlín, el año de 1927. ¡Mi empegadog, mi empegadog!, decía con ternura y respeto, refiriéndose a Guillermo II. ¿Cuándo moriría Warnecross? Esperaba ansiosamente el retorno de los Hohenzollern y aparecieron Hitler y sus camisas pardas. Fue la era de las camisas, en casi toda Europa. No contaba con esa solución, mi anciano amigo. Formaba parte de la organización de los «Cascos de Acero», dirigida por Hugenberg. Una vez, con motivo de un acto político al aire libre, me mostró, desde lejos, a sus copartidarios: «¡Ahí está el alma de Alemania! Mire usted, aquél es el mariscal von Mackenssen», e indicó a un militar de avanzada edad, rígido, cubierto de medallas y de un gorro peludo sobre el que se destacaba una calavera, a manera de adorno. Nada queda de todo eso. Frente al palacio imperial, donde se efectuaba cada tarde el cambio de guardia al paso de la oca, para regocijo y orgullo de los berlineses, se pasean soldados soviéticos. Una estrella roja reemplaza la calavera de von Mackenssen. Me hallo más allá de esa mitad del camino de que trata el Dante. He presenciado la desaparición de un mundo y no veo surgir el que va a sustituirlo. Ensayos, tanteos. Duro y difícil resulta el parto de una nueva sociedad. También es oscura la senda que nos toca seguir. Soñaba Warnecross con una resurrección del militarismo prusiano, olvidando que nada es y será de lo que fue. El sistema exigía del oficial virtudes casi sobrenaturales. Amor a la patria, absoluto desinterés, desprecio por la vida, cultura, conducta intachable, elevado sentido del honor. Un militar alemán tenía de monje y de héroe, a la vez. La esposa también renunciaba al lujo y a la comodidad. Los objetivos que perseguían esos hombres eran injustos e inhumanos, pero era hermoso el sacrificio que hacían de sus personas para realizar un ideal. Un prusianismo moderado habría evitado, a lo mejor, graves problemas a Venezuela. El Libertador había echado las bases con el ejemplo de su desprendimiento, con su hidalguía y su amor por la cultura. Nuestras Fuerzas Armadas serían una inago-

table reserva nacional para momentos de crisis, pero, ¿qué significan un Wolfgang Larrazábal, un Pedro J. Quevedo y un Carlos Luis Araque? ¿A quién pueden inspirar respeto semejantes infelices? La juventud uniformada deberá barrerlos algún dia si quiere que la patria sobreviva.

Una voz suave de venezolana interrumpe la meditación. Mi tierra lejana habla, en estas nevadas alturas, por boca de una mujer bonita. Es la caraqueña Blanquita Vernon, de temporada en Saint-Moritz. Se sienta a mi lado:

— Parece que allá hubo una revolución. ¿Es verdad? Y sin esperar mi respuesta, concluye:

— Claro, puesto que tú estás aquí.

Pasa luego a otro tema, como si adivinara que me hiere cualquier referencia a la actualidad venezolana:

— Vengo de Roma. Después iré a Paris para regresar a Italia al cabo de unas semanas. Me entusiasma ese país.

*
* *

El conserje me entrega un sobre azul, enviado por el Hotel Jorge V. Las estampillas son venezolanas. Contiene una carta redactada en forma y términos increíbles. Resulta enojoso descifrarla. La autora es una parienta mía. Después de cubrirme de improperios y de epítetos injuriosos, la buena señora confiesa que vive horas de infinita felicidad con todo cuanto sufrimos mi familia y yo. «¡Su mujer y su hija deben pasar el día llorando y este no es sino el comienzo!» En otro párrafo cuenta que asistió dichosa al saqueo de nuestra casa de Los Chorros, desde la residencia de un hermano suyo, vecino mío. «¡No quedó nada! Todo lo destruyeron o se lo llevaron. El jardín es un rastrojo. ¡Mandaré fotografías!» La lectura de la epístola me deja absorto. La dama no puede ser tan mala. Debe haber perdido la razón junto con la ortografía.

*
* *

Edgar León parece más contento. Ha conocido a unas muchachas portuguesas y con ellas practica algunos deportes y baila por las noches en el bar. Mi mujer, las niñas y yo cenamos en nuestro apartamento y tratamos de dormir temprano. Andrea Badrutt se sorprende de que yo baje al **hall** a la hora en que muchos suben a acostarse. En verdad, me acostumbré a madrugar, en Caracas, y siento la necesidad de levantarme a las seis de la mañana.

*
* *

El teléfono me despierta a medianoche. Tomo sobresaltado la bocina. Es mi hermana Finita que ha llegado a Nueva York. Su voz refleja la angustia de los últimos dias que pasó en Venezuela. Repetidas veces intentaron saquear su hogar, situado una cuadra más arriba del nuestro. Jamás tuvo ella intervención en la politica del país. Tampoco su esposo. Con excepción de algunos que eran antiguos amigos suyos, no conocía ni frecuentaba a los altos funcionarios del gobierno pérezjimenista. A sus reuniones asistían, preferentemente, pintores, periodistas, escritores y hombres de negocios sin vinculación conmigo. En ningún momento solicitó mi cuñado ayuda o protección oficial. Era persona de sólida posición económica, en Estados Unidos, cuando entró en la familia. Fue cliente de mi bufete, en 1948, bajo la presidencia de Rómulo Gallegos. Quería establecer una refinería de petróleo en el oriente de la República. El proyecto fracasó, por intransigencia del ministerio de Fomento. Poco después contrajeron matrimonio mi hermana y él, radicándose en Nueva York, durante varios años. Más tarde, construyeron una quinta en Los Chorros y allí venían de vacaciones, con sus hijos. Perseguirlos es una infamia. Finita se muestra inconsolable con la pérdida de la biblioteca paterna. Luego reacciona y dice:

— Quizás a papá le agradaría saber que cayó en manos de estudiantes. A ti también te disgustará menos esa solución, siempre que los libros sean respetados. ¿No es así?

Imposible conciliar el sueño. Pienso en los tramos, repletos de volúmenes venerables que mi mujer cuidaba como si fueran niños. Había ediciones raras y especiales. Colecciones de diarios y folletos que databan de la Colonia y de los primeros años de la República. Legajos de correspondencia de José Antonio Páez, los Monagas, Antonio Leocadio Guzmán y Antonio Guzmán Blanco. Cartas que desde el Perú dirigiera Antonio José de Sucre a mi bisabuela, Francisca de la Cova Alcalá. Datos reunidos por mi progenitor para una biografía de José Francisco Bermúdez. Discursos inflamados de mi abuelo en la Constituyente de 1864. Casi todas las obras importantes publicadas en nuestra patria, a partir del siglo XIX. Recuerdos y memorias de viajeros ilustres que visitaron la olvidada Capitanía General. La primera edición del «Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente». Centenares de textos de filosofía, de sociología, de historia. Clásicos griegos, romanos, españoles y franceses. Lo mejor de la literatura europea contemporánea se hallaba también allí, sin contar los libros que reuní, pacientemente, desde la adolescencia. Esto, naturalmente, nada representa para un Wolfgag Larrazábal, incapaz de apreciar la magnitud del daño. Para el Presidente de la Junta tiene más valor la recopilación de canciones de Jorge Negrete que «La República» de Platón.

La cultura no despierta interés en buena parte de la burguesía caraqueña. Pocas familias disponen de biblioteca, aun modesta. En cambio, abundan las residencias con bar y piscina. Esto explica la irresponsabilidad de una categoría social que en otras latitudes, puede ejercer, con acierto, funciones dirigentes. Entre nosotros, las aspiraciones políticas de ciertos pudientes carecen de fundamento racional y sus intervenciones en la administración del país están de antemano condenadas al fracaso porque no están respaldadas por una base cultural. Hubo épocas en que el caudillo de turno escogía para ministro de Hacienda a un comerciante porque se hallaba familiarizado con la Ley de Arancel de

Aduanas y sabía de negocios y de números. De ahí los errores y el estancamiento de la legislación financiera. Hombres cultos y estudiosos renovaron el sistema fiscal. Los escasos progresos que ha logrado Venezuela en la materia, fueron siempre el resultado de esfuerzos de intelectuales, como don Santos Michelena, Jacinto Gutiérrez, Román Cárdenas, Gustavo Herrera, Alberto Adriani. Nada adeuda la nación al ignorante y al improvisado. Sin embargo, no lo admitimos y continuamos rindiendo homenaje al asaltante, al vivo, al charlatán. El encumbramiento de determinados individuos constituye un pésimo ejemplo para la juventud universitaria y una explicación elocuente del atraso nacional.

Amanece. He buscado el sueño con la redacción de estas notas al azar de mi pensamiento de político saqueado y perseguido. Es hora de volver al lecho y de recobrar la calma. Me espera, probablemente, otra jornada de malas noticias. Mi mujer esconde la cabeza en la almohada. Estoy seguro de que tampoco duerme.

*
* *

Doy unos pasos por la calle principal del pueblo. No tengo hoy fuerzas para ir muy lejos. Adquiero diarios y revistas y me instalo en un sillón confortable a la entrada del bar del hotel. Converso con Roger. Concluída la temporada de invierno, prestará quince días de servicio militar. Los suizos forman parte del Ejército hasta avanzada edad. Cada uno de ellos guarda en su casa el fusil y los cartuchos. Periódicamente, inspectores especiales se cercioran del buen mantenimiento de las armas. Refiere que el año pasado un grupo de soldados protestó porque se ofrecían menús distintos a la oficialidad y a la tropa. El Consejo Federal les dio razón. Establecer diferencias entre unos y otros constituye una violación de la igualdad, principio fundamental en la sociedad helvética.

Teóricamente, el servicio militar es obligatorio en Venezuela, pero únicamente los pobres resultan premiados en los sorteos. De hecho, existe todavía el reclutamiento forzoso. Almorzaba yo una vez con mi esposa en una modestísima posada de Ocumare de la Costa. Eran los tiempos de la democracia lópezcontrerista, de extracción bolivariana, según su máximo representante. De repente, el marido de la dueña del establecimiento apareció en el patio e hizo gestos incomprensibles para nosotros. Era sordomudo. Al verlo, dos mozalbetes que comían caraotas y huevos fritos en la mesa vecina, corrieron a esconderse. A poco, un camión se detuvo a las puertas del negocio. Bajaron un sargento y dos cabos armados de machetes. Rostros sudorosos y manchas oscuras sobre los uniformes de **kaki**. Los comensales fueron examinados detenidamente, en silencio.

— ¿Vive aquí Augusto Pérez? —preguntó el sargento, dirigiéndose a la propietaria. La mujer limpióse las manos en el delantal y repuso, con expresión inocente:

— Vivía... Ahora trabaja en Caracas casa del general López.

El sordomudo apoyaba a su cónyuge, señalando a lo lejos, con el índice. El clase se rascó la cabeza. Su voz se volvió suave, casi suplicante:

— ¿No tiene por ahí un pocillo de café, misia?

Fue complacido al instante. Sus compañeros se refrescaron con naranjas. Todos regresaron al camión. «¡Ráspelo!», ordenó alguien. Los vimos perderse en una nube de polvo. El sordomudo se santiguó, antes de apurarlo, con un vasito de aguardiente de caña. Luego consideró necesaria una explicación a la clientela e hizo una vulgaridad con ambas manos.

Entre nosotros, el servicio militar favorece a los reclutas. Los campesinos aprenden a leer y escribir, adquieren hábitos higiénicos y frecuentemente una profesión que les permite ganarse la vida al abandonar las filas. He conocido oficiales que se dedicaron a educarlos con verdadera devoción. En este sentido, José León Rangel, Antonio de Rosa y Juan de Dios

Moncada Vidal, cumplieron labor meritoria en el batallón motoblindado. Edgar León es un ejemplo de lo que jefes de buena voluntad pueden lograr de un soldado. Durante años, ha trabajado conmigo. Honrado, inteligente, leal, aficionado a le lectura. Se ha hecho acreedor a la confianza y al afecto de toda mi familia.

En Venezuela, las guerras civiles y el personalismo que de ellas se deriva, retardaron la formación de un auténtico Ejército Nacional. Los esfuerzos realizados con ese fin, bajo la Oligarquía Conservadora, se ahogaron en la Guerra Federal, absurda y cruenta. El mariscal Falcón prostituyó la función castrense, haciendo generales y coroneles a su antojo. Al correr del tiempo, militar y bárbaro fueron sinónimos. Los uniformados inspiraban recelo y hasta desprecio. Las familias honorables no les frecuentaban y se negaban a residir en las cercanías de los cuarteles. Célebre es la frase: «¡No me llame general que nada he robado a nadie!» El título más usurpado era el de coronel. Todavía en mi adolescencia, no se concebía Jefe Civil de parroquia que no lo fuera. Debía existir un molde para fabricar a estos funcionarios subalternos que mantenían el orden público en las barriadas caraqueñas. Fornidos, bigotudos, malhumorados, sombrero de panamá y foete de puño de plata.

La paz gomecista echó las bases para la creación de un Ejército de auténticos profesionales. Se contrataron los servicios de un instructor chileno. También los de una misión francesa, pero el elevado propósito era incompatible con el caudillismo imperante. La fracasada conspiración de 1918 fue obra de los primeros egresados de la Escuela Militar, quienes, forzosamente, no se sentían ligados al Presidente Gómez ni estaban dispuestos a defender la Causa de Diciembre. A partir de entonces, el Benemérito y sus seguidores desconfiaron cada vez más de la oficialidad de escuela. La protección del régimen quedó en manos de amigos probados del jefe supremo. Al mismo tiempo, los aspirantes a cursar estudios militares eran seleccionados entre los hijos y fami-

liares de antiguos compañeros de bando. Se prefería a los nativos del Estado Táchira para garantizar la hegemonía estadal, que no regional, como se ha sostenido indebidamente. El general Juan Vicente Gómez compartía la opinión de su colega, José Ignacio Pulido: «¿Caraqueño? Mal soldado, mal soldado... ¡Sabe mucho de zarzuela y algo de Constitución!» Cipriano Castro creía en la fuerza del compromiso aldeano, parroquial. De trujillanos y merideños, decía: «¡Esos son andinos de 1899 para acá», y se negaba a colocarlos en posiciones claves. Los generales Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita observaron rigurosamente el precepto. La mayoría de los pretendientes a la profesión fue siempre tachirense. Cualquier pretexto era bueno para alejar de las Fuerzas Armadas a muchachos procedentes de otros Estados de la República. No obstante, a pesar de todas las precauciones tomadas por el grupo estadal preponderante, recuerdo que en época de la Junta Militar cundió cierta alarma en los círculos paisas. El teniente-coronel Raúl Castro Gómez, a la sazón director de la Escuela, rechazó postulantes de la nombrada Entidad Federal, alegando que no tenían buena dentadura. Fue acusado de antiandinismo y considerado peligroso.

Los presidentes López Contreras y Medina Angarita hicieron tímidos intentos para elevar el nivel intelectual del elemento castrense. Algunos jóvenes fueron enviados al Extranjero, en misión de estudios, y de regreso al país ejercieron gran influencia sobre sus compañeros de generación. Unos y otros terminaron por desdeñar, abiertamente, a sus superiores, a quienes calificaban de **chopos de piedra,** es decir, de ignorantes y salvajes. El germen de la **revolución de octubre** debe buscarse allí.

El verdadero renovador de las Fuerzas Armadas fue el general Marcos Pérez Jiménez. Apasionado de su profesión, dedicó buena parte de los recursos fiscales a la modernización de las distintas armas. Creó una auténtica aviación de combate, una marina de guerra y dotó a las fuerzas terrestres

de material adecuado. Simultáneamente, ofreció a la oficialidad viviendas confortables, circulos sociales, cursos de especialización. Obra suya fueron los edificios de la Escuela Militar y de la Básica, así como el de la Escuela Superior. También idea de él la obligación del curso previo para obtener ascensos, dentro de la jerarquía castrense, sin importarle mayormente el disgusto consecuencial de los menos capacitados. Testigo fui de comentarios desfavorables en ese sentido. Pérez Jiménez, dicho sea en su honor, encogía los hombros: «¡Al diablo los ineptos! ¡La patria necesita jefes eficientes!»

Pero una dictadura no puede contar con el respaldo permanente de Fuerzas Armadas institucionalistas, sin vínculos de compadrazgo con el dictador. El **hombre fuerte** no representa siempre la voluntad mayoritaria de oficiales de distinta extracción y procedencia. Un Ejército es un pueblo disciplinado, pero un pueblo que opina, discute, disiente. Su mudez y su apoliticismo son aparentes. A los cuarteles llega, como a todas partes, el eco de lo que ocurre en la calle. El más hábil entre los líderes no lograría de él un apoyo indefinido. A medida que en Hispanoamérica las Fuerzas Armadas se nacionalizan y son manejadas por un número cada vez mayor de expertos, fríos y sin compromiso afectivo con el presunto césar, la situación de los gobiernos personalistas se debilita. El caudillo que pretenda perpetuarse en el mando, en esta etapa de nuestro proceso evolutivo, tendrá que rodearse de mercenarios y de amigos de absoluta confianza, es decir, liquidar la institución, volver a la montonera bárbara e incondicional.

En mis tiempos de estudiante, en París, tuve ocasión de acompañar a mi progenitor cuando visitaba a su amigo, el mariscal Franchet d'Espérey. Residía el héroe de Salónica en un modestísimo apartamento, vecino a la plaza de los Estados Unidos, con su esposa, una vieja criada y un ordenanza. Era un anciano de extraordinaria cultura y de gran humildad. Conocía a fondo la política internacional y los

problemas económicos y sociales de la Europa de entonces. Lo escuchábamos interesados, durante horas. A la salida, mi padre comentaba: «Francia tiene miles de oficiales brillantes y abnegados como el mariscal. En los momentos más graves de su historia han sabido defenderla y protegerla del invasor y de la anarquía. Por eso viven tranquilos los franceses. Su destino está en buenas manos. ¡Ojalá los venezolanos podamos decir lo mismo un buen día!».

Corrieron los años y una estrellada noche caraqueña me hallaba yo con mi mujer y la actriz norteamericana Linda Darnell, en el acto de graduación de cadetes de la Escuela Militar. El ambiente era de emoción y de regocijo, a la vez. Los presentes sentíamos que se trataba de un acontecimiento importante para la República. Diríase que suscribía una póliza de seguros para garantizar su porvenir. Cientos de entusiasmados espectadores rodeaban el patio de honor. Los alféreces desfilaban al son de cornetas y redoblantes. De pronto tuve la impresión de que una voz misteriosa me decía al oído: «También nuestro destino está ahora en buenas manos. Esos jóvenes no permitirán que charlatanes y traficantes ahoguen en sangre nuestros anhelos. Ya verás. Tarde o temprano, los muchachos impondrán y harán respetar el gobierno de los mejores.»

La evocación me hace bien, en estos días iniciales del ostracismo. La patria sufrirá tanto o más que nosotros los ausentes. La patética advertencia del Libertador no hallará eco en una sociedad enloquecida por el rencor y la ambición: «¡Unión, unión o la anarquía os devorará!» Desesperados, los proscritos asistiremos, desde aquí, al proceso de descomposición. Las lágrimas de mi mujer presagian otras y otras y otras. Una tarjeta blanca será el símbolo de los que no saben hacer historia, pero sí tronchar vidas inocentes. Habrá cola para ir a la cárcel y el destierro, como para el cine o tomar el autobús. La muerte y la miseria se entronizarán en los hogares pobres. Ciudades y aldeas ayer pacíficas sabrán de bombardeos y ametrallamientos, aplaudidos y justificados

en Miraflores por cortesanos adinerados e insaciables. Sin embargo, presentí un milagro aquella noche de julio en el patio de honor de la Escuela Militar. Escucho a lo lejos, muy lejos, el marcial rumor de los tambores y la voz metálica y viril de una corneta. Allá vienen los cadetes.



Suben a mi habitación un sobre grande, amarillo, con gordura de hayaca. Contiene recortes de prensa venezolana. Tomo uno al azar. Es un artículo de doña Gloria Stolk, columnista de «La Esfera». Declara que la envidio como escritora. Debe estar equivocada la eminente literata. No la envidio porque nunca he pretendido a ese título honroso. El año de 1947, en Nueva York, me distraje del ocio forzoso del destierro, redactando «Allá en Caracas». A mi regreso, Víctor Ramón Garrido, antiguo y excelente amigo mío, dispuso publicar la obrita que distribuyó Emilio Ramos, de acuerdo con él. No soy jugador ni especialmente aficionado al deporte. Leo, tomo apuntes y lleno cuartillas del mismo modo que otros se dedican al tenis o el golf. Es también una manera sana de ocupar las horas. Precisamente, desciendo de un escritor y periodista que alcanzó cierto renombre en mi país y más allá de sus fronteras. Aunque no pertenezco a la profesión, he vivido bastante cerca de ella para apreciar y admirar a quienes la ejercen. Puedo asegurar que es particularmente difícil. Exige raras facultades intelectuales y una vasta y sólida cultura general. Tampoco es escritor quien quiere ni cualquiera. Se viene al mundo con ese don, como se nace músico o pintor. Lamentablemente, los dioses no me favorecieron en ese aspecto, pero celebro que la señora de Stolk figure en el escaso número de los elegidos. Lejos de mí el infundado propósito de colarme en el grupo. Confórmome con venerarlo, a respetuosa distancia. Recuerdo que en una oportunidad, la autora del artículo de marras tuvo la gentileza de enviarme una novela suya, con generosa dedicatoria.

Por desgracia, no disfruté de su lectura. En aquellos días consagraba los momentos de libertad al estudio de la obra de Kafka. Acostumbro elaborar, cada año, la lista de libros que me propongo leer. La señora de Stolk no aparecía en el programa, quizás por falta de información de mi parte.

Me entero del contenido de otros recortes de periódicos. En casi todos se me insulta y calumnia. Un cronista informa que nuestra casa de San Bernardino, construida a orillas de una seca quebrada caraqueña, se asemeja al castillo y parque de Versalles. Asegura, además, que allí se organizaban orgías en las que participábamos los jerarcas de la dictadura del mismo modo que a bordo del yate «Eda», destinado a transportar mujeres de mal vivir a la isla de «La Orchila». Tan grandes y burdas son las acusaciones que no logran mortificarme. Saltan a la vista la torpeza, la ignorancia y la pequeñez de mis adversarios. Quieren, sin duda alguna, cubrirme de lodo, presentarme como un monstruo a los ojos de un público lector, naturalmente ingenuo, dispuesto a creerlo todo. ¿Cómo defenderme? Imposible, por ahora. Me encuentro desarmado frente a la jauría. La desgracia no tiene abogados y aleja hasta el ángel guardián. Es amante exigente. Nos arropa y aisla. No admite la ayuda de terceros. Amigos y conocidos se alejan de puntillas o ruidosamente, con asombroso descaro. Mi familia y yo estamos solos por muchos años. Menos mal que somos felices entre nosotros. El día que conduje a mi mujer a la iglesia, para unirnos en matrimonio, sabía que nada podría separarnos, que aquella ceremonia religiosa era apenas la ratificación de un voto anterior, libremente expresado por ambos. A todo, hemos preferido nuestra intimidad. Dialogamos como cuando éramos novios. Ignoramos esos momentos de silencio que presagian hastío y anuncian el alejamiento de dos almas. No se requiere una sentencia para el divorcio de hecho. He conocido parejas que comparten una cama, pero no sus pensamientos. Siguen juntos por temor a un cambio, por amor a los hijos. Mi esposa y yo seríamos incapaces de

semejante cobardía. Tuve el raro privilegio de conseguir a alguien sin defectos. Soy afortunado, más, mucho más que mis actuales perseguidores.

*
* *

Tropiezo a las puertas del «Palace» con un joven compatriota, Reinaldo Herrera Guevara. Sus padres son mis amigos de infancia. Tiene la delicadeza de no referirse a nada que pueda entristecerme. Hablamos, preferentemente, de pintura abstracta. Admira a Fernand Léger y a otros maestros contemporáneos. Recuerdo que una vez, en Caracas, le felicité por la portada que dibujó para una revista local. Lástima que no explote su evidente vocación artística. Las tentaciones de la vida mundana son muy grandes para un muchacho apuesto a inteligente, como él. Un italiano cuenta que las chicas de la aristocracia romana se disputan a Reinaldito. Raimondo Orsini, también huésped del hotel, ha pasado a segundo plano.

*
* *

Telefonean de Nueva York, mientras cenamos. Es mi cuñada, Mercedes de Rivera, quien ha llegado momento antes a esa ciudad. Su residencia fue saqueada, también por el delito de formar parte de mi familia. Johnnie, su marido, es vice-presidente de «The First National City Bank», en Venezuela, desde hace varios años. Jamás tuvo que ver con mis actividades políticas. Es hombre exclusivamente consagrado a los deberes de su cargo, conquistado lentamente, a base de méritos, durante más de dos décadas de eficientes servicios. Era ciudadano de Estados Unidos y se hizo venezolano por afecto a nuestra patria que es la de su mujer y de su descendencia. Su distracción favorita es jugar al golf los sábados. Persona prudente y bondadosa, no le conozco enemigos. Su padre era como él, bueno, ingenuo, aficionado

al piano. Murió repentinamente, una tarde. Me hallaba ese día, por casualidad, en el «Country Club». Los gobernadores de los Estados y Territorios Federales me ofrecían un almuerzo. Alguien vino a avisarme. Corrí a la casa «Hook» donde se hospedaba. Lo encontré tendido en su lecho, de pijama de rayas, sonreído. Su esposa no adivinaba lo ocurrido. Uno de mis acompañantes me ayudó a cerrar sus ojos y a cubrir con una sábana el cuerpo, todavía caliente. «No ha muerto, no, repetía la viuda. Duerme la siesta.»

Mercedes vendrá pronto a Suiza con sus dos hijos menores. Los otros estudian en un colegio cerca de Nueva York. Supo del advenimiento de la democracia por un corneteo infernal, a altas horas. Miles de bocinas informaron del suceso a los trasnochados caraqueños, mientras un avión despegaba, penosamente, del aeropuerto de La Carlota. A la mañana siguiente, los saqueadores irrumpieron en su residencia de «El Sebucán», conducidos, al parecer, por un lejano pariente mío, envilecido por la vagancia y por el alcohol. Ella se había refugiado, momentos antes, en casa de una prima, en Campo Alegre. Gentes del vecindario, entre quienes figuraba un conocido locutor de radio y televisión, compraron a las puertas de la quinta, muebles y objetos de su propiedad.



Esta noche hemos tomado café en el **hall**, en compañía de Enrique Miró Quesada y de su señora, hermana de mi amigo panameño Ricardo Arias, ex Presidente de la República. Años ha, los padres de Enrique fueron asesinados en Lima, por un fanático aprista. Salían del «Hotel Bolívar» para asistir a un almuerzo en el «Club Unión». De repente, un demacrado mozalbete se acercó al doctor Miró Quesada, disparándole una pistola a quema ropa. Su esposa quiso protegerle con su cuerpo y el bolso que llevaba en la mano. El asaltante descargó sobre ella el resto del peine. Una hija del matrimonio, entre tanto, presenciaba impotente el horri-

ble espectáculo, desde un balcón del Bolívar. El suceso ha marcado para siempre a la familia del eminente director de «El Comercio». Al cabo de más de un cuarto de siglo, hablan de el como el primer día. Es doloroso que en nuestros países el odio conduzca a semejantes extremos y se replique a un editorial con armas de fuego. La sorpresa crece de punto cuando los autores del desmán son hombres que se autocalifican de demócratas y de cultos, de adversarios del crimen y de la violencia. Cada vez que Víctor Raúl Haya de la Torre se refiere en sus discursos a los «Derechos Humanos», pienso en los esposos Miró Quesada, indefensos, pacíficos, acribillados en una calle de Lima. No hacía mucho habían vuelto de un destierro que les impuso la dictadura de don Augusto B. Leguía. Las anheladas libertad, igualdad y fraternidad, los recibían a tiros. ¿Quiénes son los farsantes? ¿Quiénes mienten? Serán acaso los caudillos que se proclaman ingenuamente déspotas, sin temor al comentario adverso de «The New York Times» o los pseudo-intelectuales antiimperialistas que comprometen el futuro de sus patrias, contratan empréstitos en **Wall Street** y siguen las pautas dictadas por el Gobernador de Puerto Rico?

No se anuncia muy risueño el porvenir inmediato de nuestros países. Los problemas básicos se mantienen en pie, ciento y tantos años después de la independencia. Los pueblos no se conforman ya con democracias palabreras, a la manera del doctor Eduardo Santos. Piden soluciones concretas. Alguien habrá de salvarles de la miseria, de la enfermedad y del atraso. Los partidos denominados izquierdistas en la **Hispanoamérica de papá** se muestran incapaces de resolver el caso. Nadie cree en los programas revolucionarios ni en el socialismo de Rómulo Betancourt y de José Figueres, sospechosamente apuntalados y bendecidos por Nelson Rockefeller y Adlai Stevenson, segregacionistas, amantes del dólar y llenos de desdén por los negros o negroides que somos nosotros. Aspiran solamente a portorriqueñizarnos. Nos señalan como ideal las conquistas logradas

en la antigua colonia española, bajo el impulso de un gobernante con alma de esclavo. Olvidan que nuestra emancipación fue obra de Simón Bolívar, de Antonio José de Sucre y de José de San Martín, quienes, precisamente, no se parecían a Muñoz Marín.

No esperemos la ayuda de Estados Unidos para redimirnos. Nuestra redención ha de ser el fruto de nuestro propio esfuerzo, sin intervención extranjera. En los años que vienen debemos mejorar la mísera condición de las masas o ellas, hartas de tanta espera, se echarán en brazos de un falso Cristo, trajeado de rojo. Quedaremos, entonces, bajo el yugo de la Unión Soviética y no serán los Estados Unidos quienes arriesgarán una guerra nuclear para liberarnos. La Doctrina de Monröe quedó enterrada cuando los rusos fabricaron bombas atómicas. Tenía validez en los tiempos en que un acorazado necesitaba veinte días para viajar de Europa al nuevo mundo. El territorio norteamericano era inviolable en aquella época y los «marines» dictaban la ley en el Caribe. Ahora, las cosas son distintas y los ayer fuertes, por inabordables, no pueden impunemente alardear de guapos. El texto del señor Monröe está tan pasado de moda como las diligencias y nuestras repúblicas cometen un grave error al situarse incondicionalmente junto al vecino del norte. Debemos ser neutrales frente a los dos colosos que se disputan la hegemonía mundial. Se puede ser amigo de todos, como lo ha sido la Confederación Helvética sin poner en peligro su autonomía. Quizás nos conviene volver los ojos hacia esa Europa que se forma lentamente y será la tercera fuerza del futuro. Nuestros pueblos están más cerca de ella por la cultura, los hábitos y la historia, que de cualesquiera otras naciones. Un venezolano se siente menos extranjero en Roma o París que en Nueva York. Conocemos mejor a Juana de Arco y a Napoleón que a Jorge Wáshington y a Benjamín Franklin. Garibaldi se asemeja más a nosotros que el general Pershing y mayor emoción nos produce escuchar la Marsellesa que el himno norteamericano.



Platico con el señor Jaspar, conserje del «Palace». Nos conocemos desde 1929, cuando, aún adolescente, me hospedé por primera vez en este establecimiento. Es un anciano robusto, de piel rojiza y cabellos blancos. Ha prestado servicios al hotel de la familia Badrutt durante más de cincuenta años y frecuentado a personajes históricos o célebres del último medio siglo, soberanos, magnates, actrices y actores de fama mundial. Su memoria es prodigiosa y **sus memorias,** que se propone redactar antes de morir, prometen ser particularmente interesantes. Me habla del emperador Francisco José de Austria, de Guillermo II, de sir Henry Deterding, de Mary Pickford y de Douglas Fairbanks. Recuerda muy bien a nuestro Presidente, Ignacio Andrade, quien vino varias veces de veraneo a Saint-Moritz, con su señora e hijas. Gustábale pescar truchas en los torrentes y había referido al suizo, con lujo de detalles, sus impresiones de aquella noche en que huyó a caballo, cerro arriba, para escapar a las fuerzas restauradoras. «Un hombre terrible ese Castro, ¿verdad, señor? Me hubiese complacido conocerle.» Jaspar es una personalidad política. Ha sido diputado y ahora es miembro de la Asamblea Cantonal. La librea negra con llavecitas doradas en las solapas no le ha impedido acceder a elevadas posiciones públicas. Alude con sonrisa escéptica a Estados Unidos. Considera que ese país carece de madurez para dirigir los destinos de Occidente. «En Suiza, un aspirante a camarero debe saber perfectamente cuatro idiomas. Menos formalidades se requieren para alcanzar la Suprema Magistratura en Norteamérica. Acuérdese usted del señor Truman.»



Observo cierto nerviosismo en el **hall.** Ha llegado Soraya, emperatriz de Irán, en compañía de su madre y de un secretario. Antes del almuerzo, tengo ocasión de verla en el bar. Es de mediana estatura, hermosa, con lindos ojos y bella

sonrisa. El metal de voz desconcierta. El barman interviene para alejar a unos fotógrafos que la ciegan con sus flashes. La soberana frunce el ceño disgustada y se incorpora. Pierde majestad y gracia cuando camina. Hay en su andar un no sé qué de dromedario cansado. Sus acompañantes la siguen, sumisos, rumbo al restaurante. Detrás van los muchachos reporteros, reidos, ruborizados. Andrea Badrutt, el director, se acerca a ellos y les ruega desocupar el local. Niarchos, quien desde su rincón solitario ha mirado complacido la escena, encoge los hombros y se marcha también. Vuelve la calma. Roger pone a funcionar el aparato de radio para escuchar un noticiero alemán. Nombran a Venezuela. Ha habido tumultos y tiros en las calles de Caracas. El barman traduce y comenta: «Suramérica, ¡pum!, ¡pum!» Nos interrumpe un señor grueso, moreno, de rostro afable. Me tiende la mano y se presenta:

— Soy turco, arquitecto. Me llamo Ismail. ¿Aceptaría usted tomar algo conmigo?

Lo instalo en mi mesa y respondo que hoy convido yo. El caballero acepta y pide un jugo de naranja. Viene de Estambul donde ejerce su profesión. Pregunta mi nacionalidad y cuando digo que soy venezolano se informa sobre el reciente golpe de Estado:

— ¿Es usted de los nuevos o de los anteriores?

Contesto que era ministro del gobierno caído y él concluye que ha debido sospecharlo. Los gobernantes derrocados vienen a Suiza. Es la regla. Mientras mandan no disponen de tiempo para tomar vacaciones ni les agrada. Las ganas de esquiar aparecen al perder el poder.

*
* *

Edgar León me lee una carta de su mujer. Las autoridades persiguen como ratas a los funcionarios de la dictadura, particularmente a quienes pertenecieron a la Seguridad Nacional. Muchas personas se han escondido y otras están refugiadas en las embajadas. Se resiste a creer que

haya sido yo hombre tan malo y vicioso como aseguran los periódicos. «Lo tuve siempre por muy bueno, lo mismo a la señora Vallenilla. Antes, todos opinaban así, pobres y ricos.» Releo el texto. Edgar se muestra arrepentido de haberme impuesto de la misiva:

— No valía la pena, doctor, que usted se impusiera de cosas ingratas...

— No se inquiete, amigo. Nada de esto me sorprende. Cierta afición por la historia me ha preparado para soportar los ataques. En todos los tiempos y en todos los países, el mayor delito es la pérdida del poder. El político desplazado se transforma, de la noche a la mañana, en un abyecto criminal, en tanto se descubren excelsas virtudes a quienes asumen el mando. Vea como Wolfgang Larrazábal es ahora inteligente, culto y hasta buenmozo. Las mujeres, según los diarios, se enamoran de él. Con razón sostiene un italiano que el éxito en cualquier actividad y especialmente en la política, constituye el mejor de los afrodisiacos. Aquí mismo tiene usted una prueba de mi afirmación. Observe como buen número de damas se disputa, por las noches, el honor de bailar con el armador Niarchos. No pocas abandonarían a un marido joven y de buen porte para fugarse en su compañía. La humanidad es así y no podemos cambiarla. Ahora me tocan serias vicisitudes. Durarán años. Ser mi enemigo es hoy ventajoso. Insultarme produce dinero y cargos públicos.



Telefonean de Nueva York. Me hacen esperar largo rato y luego ordenan colgar. Renuncio a dormir. Llaman de nuevo. Escucho mil rumores, gruñidos. La voz felina de una yanqui que pregunta veinte veces: «¿Doctor Vallenilla? **¡Just a moment, please!**» Pasan diez minutos. Siguen los ruidos, lamentos de seres absurdos, una música lejana. De pronto, alguien habla en castellano con fuerte acento tudesco.

Es un amigo hebreo, naturalizado venezolano. Momentos antes ha llegado a Ildewilde, procedente de Maiquetia. Desea saludarme, informarse de mi salud: «¿Necesita dinero, doctor? Estoy a la orden.» La emoción y la gratitud me impiden contestar. El hombre insiste: «Pongo a su disposición cincuenta mil dólares. ¿Basta con eso, por ahora?» Mis ojos se llenan de lágrimas. El otro prosigue: «Le debo eso y mucho más. Recuerde que me ayudó a sacar a mi madre de Alemania del Este.» Al fin logro pronunciar unas palabras. No necesito nada, pero agradezco profundamente el gesto. Mi interlocutor continúa: «Salvé dos libros suyos y un cuadrito francés del saqueo de «La Muda». La pintura estaba en la habitación de su niña. Todo se halla en casa, en espera de tiempos mejores.» Estoy atontado. «Gracias, gracias» alcanzo a decir. Mi mujer me mira preocupada: «¿Malas noticias?» «No, al contrario, muy buenas. He descubierto que la amistad no es siempre una vana palabra.»

La conversación telefónica me conmueve. Sorprende tanta generosidad de parte de una persona que tan poca vinculación tiene conmigo. Nos conocemos desde hace diez años, pero jamás el alemán frecuentó mi hogar ni yo el suyo. Era cliente de mi bufete. En sus duros comienzos como industrial me correspondió prestarle servicios insignificantes, a mi manera de ver. Es cierto que hice gestiones en favor de la autora de sus dias. Para mi era fácil entonces obtener el concurso de nuestra Cancilleria. Este amigo es una víctima del nazismo. Ha sufrido hambre y vejámenes inauditos. Perdió una patria y transcurrieron años antes de que encontrara otra. Conoce la importancia de una amistad desinteresada. Sabe apreciar una atención y correr riesgos para devolverla. El sufrimiento purifica, nos vuelve mejores. Su actitud contrasta con la de los que ahora prefieren ignorarme, pero ellos no han tenido los problemas del israelita. Su vida ha sido fácil. Con un esfuerzo mínimo conquistan posiciones y ventajas. Antes los protegí yo, hoy corresponde el caso a los nuevos gobernantes. Ayer celebraron la dictadura, ahora la

democracia, en la misma casa, con los mismos vasos y la misma marca de whisky. Los invitados son los de siempre, con excepción de los que reciben el agasajo.

*
* *

Llaman de Bruselas para leerme una noticia de Caracas. El doctor Mariano Arcaya me demanda por supuestos daños y perjuicios. El juez de la causa no solamente autoriza el embargo de mis bienes sino incluye en la medida propiedades de mi mujer y de los Hernández Ron que no son parte en el juicio. Rige un nuevo Derecho y perfeccionan el Procedimiento en Venezuela, el del más fuerte. Nada puede hacerse para impedir el atropello. Familiares informan que es inútil solicitar la asistencia de abogados en la presente situación. Ninguno aceptaría nuestra defensa sin exponerse a terribles represalias. Horas después recibo carta de un primo mío puesta en Curazao. El doctor Arcaya y el señor Dionisio Bolívar se han adueñado de mis acciones en las compañías anónimas Industrias Unidas, Litoralia y Colinas de Santa Mónica. Mariano preside la Directiva de esta última empresa. Para privarme de mis títulos, los dos socios cambiaron o adulteraron los libros que llevan las nombradas sociedades, conforme al Código de Comercio.

Hago inventario de nuestros haberes en el Extranjero. Mi familia y yo no podemos contar con nada más. La consigna **democrática** es despojarnos del patrimonio sitiarnos por hambre. Por suerte, la herencia de mi suegra, en Colombia, no está al alcance de nuestros perseguidores y poseemos, desde 1939, algunos valores norteamericanos y canadienses que realizaremos poco a poco si el exilio se prolonga demasiado. Viviremos, pues, sin apuros ni estrecheces durante un tiempo y evitaremos el bochorno de ocurrir a relaciones y allegados en solicitud de préstamos pagaderos en un futuro incierto. Además, mis aficiones no son costosas. Libros, teatros, conciertos, largas caminatas. También mi

mujer es de gustos modestos, similares a los míos. No nos tientan las reuniones sociales ni los clubs nocturnos. En esas condiciones no será complicado organizar nuestra existencia. No me encuentro en el caso de aquel colega, ya fallecido, quien contestaba al consejo de reducir sus gastos: «¿Y cómo quieres que haga? ¡Debo sostener a la doña, mis hijos, mi aguardiente y mis queridas!»



De vuelta del vespertino paseo, me entregan un paquete con diarios venezolanos. Continúa la lluvia de insultos e improperios. Uno de los periódicos reproduce un mensaje cablegráfico, en el que un señor de apellido Hernández Cartens, comunica haberme apaleado, en representación de la prensa nacional. ¿ Quién será mi inventado agresor? Hago memoria. Conocí a un joven Hernández Cartens que desempeñaba la secretaría del doctor Saverio Barbarito en la Corporación Venezolana de Fomento. No tiene razones para odiarme ni es capaz de semejante fantasía. En todo caso, mis adversarios deben saber que estoy dispuesto a reaccionar violentamente contra cualquier agresión física. Aprendí, desde niño, a defenderme con los puños. Cito el testimonio de mis compañeros de infancia y juventud. Nunca fuí pendenciero, pero jamás rehuí un ataque ni acepté acobardado una ofensa. Mi actitud es la de mi patria, resumida por el doctor Pedro Itriago Chacín, en frase feliz: «Venezuela ni provoca ni teme.»



Semanalmente llegan misivas injuriosas de la dama parienta mía. Monstruosos atentados contra la ética, la estética y la gramática. Estoy convencido de que sufre de enajenación mental. No existe ser humano normal que produzca semejante literatura. Es la Sévigné del disparate.

Siento por ella una profunda piedad. Ahora sus cartas no me hacen reir como al principio. Originalmente, creía hallarme frente a un personaje de Ionesco. Hoy tengo la seguridad de que necesita la ayuda de un psiquiatra.

**
*

Domingo. Mi mujer ha ido a misa al atardecer. Yo me abstuve. No soporto la iglesia helada y el interminable discurso en alemán. La señora Helena Badrutt me invita a tomar el te en su apartamento. Es el motor del hotel. Desde tempranas horas, despliega asombrosa actividad con la colaboración de su hijo Hans y de Andrea, fruto del primer matrimonio de su difunto esposo. Veinte y tantos años atrás, su belleza fue celebrada en Europa. Ahora son blancos sus cabellos, pero siempre bellos los ojos y elegante el porte. Habla de sus viajes y de sus relaciones del viejo y del nuevo continente. Se comienza cliente de los Badrutt y se termina amigo. Pocas personas con tan grata conversación como esta señora entrada en años que maneja un establecimiento cosmopolita con admirable habilidad. Cuenta que no necesita leer informes de tipo económico para enterarse de la situación de los paises. Por ejemplo, si los argentinos no vienen al Palace es porque ha bajado el peso y si afluyen los belgas y los alemanes es porque nadan otra vez en la abundancia. Antes se veían pocos italianos. Hoy son numerosos. Los franceses son siempre escasos, pero constantes, prueba inequívoca de la estabilidad de su patria. Los primeros griegos aparecieron en 1950, mas su presencia nada indica. Hicieron fortuna en el Extranjero. La felicito por su capacidad para satisfacer gentes de tan distinta procedencia. Dice que no es difícil. La buena educación es universal. Un egipcio bien educado es igual a un alemán bien educado. Ha conocido mejicanos que nada pueden envidiar al más antiguo lord del Reino Unido. Siente preferencia por las mujeres hispanoamericanas. Las considera tan ele-

gantes como las francesas. No así las yanquis que apenas son garbosas con atuendo deportivo. Una inglesa no sigue estrictamente la moda y, sin embargo, nunca es cursi. Las italianas se han transformado después de la última guerra. Son las más bellas de todas. También las alemanas han mejorado notablemente. Un etnólogo debería estudiar este fenómeno.

Nos interrumpe otro invitado al té, Jacques Arpels, joyero de París. Su establecimiento posee una vitrina en el **hall** del hotel. Ante ella se extasían las señoras y tiemblan los maridos. En nuestros tiempos, las joyerías son empresas poderosas que demandan inmensas inversiones en piedras preciosas y el concurso de famosos artistas diseñadores.

Se presenta un caballero de sienes plateadas y risueña expresión. Es el doctor Ludwig Gutstein, importante abogado de Zurich. Se refiere a su pasión por los caballos. Montar es su deporte favorito. Digo que comparto sus aficiones y me propone pasear mañana a las tres. Puede conseguir una yegua para mí. Acepto complacido. El cansancio físico me será provechoso.

*
* *

A mi llegada a la caballeriza, ya está allí el jurisconsulto suizo, junto a tres caballos aperados. Le acompaña una mujer rubia, bella y esbelta. Trato inútilmente de encaramarme sobre la bestia que me designan, pero mi pie izquierdo apenas alcanza el estribo. Soy demasiado pequeño. Pertenezco a una raza formada o deformada por el paludismo, el hambre y la guerra civil, muy distante del ancestro español que hizo la proeza de la Conquista. Mis compañeros ríen. Vivo ahora entre gigantes. El caballericero trae una escalerilla. Salimos al trote hacia el centro del lago. Pinos de blanco uniforme montan guardia en las orillas. A un lado, las masas inelegantes de los hoteles. Un humillo gris se escapa de las chimeneas. Aceleramos el paso y penetramos

a un bosque. Durante más de una hora galopamos silenciosos por un laberinto de senderos. Por momentos, el viento desnuda a un pino y recibo una ducha suave, casi sólida. Subimos, bajamos. A veces topamos bruscamente con peatones que saludan. Admiro la destreza y la resistencia de nuestra hermosa amazona. Nieve desprendida de los árboles adorna su dorada cabellera. El paisaje y la dama armonizan perfectamente. Ella se vería exótica en otro clima, junto al mar Caribe, por ejemplo. Lentamente, el sol se encargaría de incorporarla al medio para que no desentonara. Nació para respirar en estas montañas. Los humanos nos asemejamos a las plantas con la diferencia de que nuestras raíces son invisibles. Cada cual en su lugar. Recuerdo a Isaías Medina Angarita: «Somos como los mangos, Laureano y los mangos no crecen en el Central Park.» Comienzo a sentir cierto cansancio. Mi montura también. Su cuello negro y lustroso ostenta ahora un collar de blanca espuma. Ha caído la noche y el cielo se puebla de estrellas. Volvemos a la cuadra. Apearse de la yegua que me ha tocado en suerte equivale a deslizarse por la pared, desde un primer piso. Me duelen los muslos y las piernas, torpes, obedecen con dificultad. El abogado me convida a tomar el té en su residencia, un precioso **chalet** al borde del lago. Los pisos brillan tanto como las maderas claras del techo. Diríase que allí se frota y lava todo cada día. De la amplia ventana del salón se ven las luces del pueblecito. Asientos confortables, flores, biblioteca y una mesa redonda con vajilla rústica de excepcional belleza. La amazona hace los honores de la casa. El anfitrión prefiere café. Yo también. Pregunta si me agrada el **strüdel.** Muevo la cabeza afirmativamente. Allá en mis tiempos de estudiante, en Lausanne, cuando disponía de dinero, me ofrecía un pedazo de esa famosa torta de manzanas, cubierta de trocitos de almendra y de canela.

Gutstein me interroga sobre Venezuela. Refiérole que nuestras casas fueron saqueadas y la bibliotecca heredada de mi padre y de mi abuelo, robada por universitarios, con

la aprobación de la prensa local. Mis interlocutores me miran sorprendidos, en silencio. Manifiesto luego que temo por mis bienes y los de mi esposa. Seguramente serán confiscados. Una sonrisa de profesional experto ilumina el rostro del suizo:

— Usted exagera, amigo. La confiscación individual no es de nuestros tiempos. Tengo entendido que en el suyo como en los demás países de América Latina rigen los principios del Código Napoleón y las constituciones consagran los Derechos del Hombre. Recuerde usted: Nadie puede ser juzgado sino por sus jueces naturales, sin ser oído, y en virtud de leyes preexistentes...

— Eso es cierto, en teoría, pero no en la práctica. Entre nosotros se fabrican leyes para el adversario político, por los mismos que se dicen demócratas, se constituyen tribunales **ad-hoc** con enemigos de las víctimas y se confiscan los patrimonios. Infamias y calumnias forman los expedientes. El enjuiciado no puede desvirtuarlas porque no tienen acceso a ellos. Tenemos ejemplos recientes. En 1946, el partido en el poder despojó de sus fortunas a más de cien familias, con una caricatura de proceso. Personas de reconocida honorabilidad, entre ellas dos ex presidentes de la República y numerosos ex ministros y altos funcionarios, se encontraron de pronto en la calle, sin apelación posible. La medida incluyó viudas, huérfanos y ancianos desvalidos. El monstruoso procedimiento contó con el respaldo de un joven abogado que desempeñaba la Procuraduría General de la Nación y hasta la víspera representaba los intereses de algunos de los condenados. Fue necesario esperar un cambio político, un golpe de Estado, para anular la inicua medida.

El suizo, que me ha escuchado con interés, declara:

— Ahora me explico por qué ustedes no logran organizarse. Jamás han vivido bajo el imperio de las leyes. La arbitrariedad de un hombre, de un partido o de una asamblea, no produce nada bueno. Suiza es Suiza porque la Ley nos cobija a todos, sin distinción.

. · Me despido triste y un tanto avergonzado. ¿Imperará la Ley alguna vez en Venezuela? En el vehículo que me conduce al hotel, repito entre dientes: La Ley, la Ley, la Ley para todos, ahí está la base de nuestra salvación. A la entrada del establecimiento, me dan un sobre con estampillas de Curazao. Huele a carta de exiliado, arrugada, con huellas de gotitas. Quizás alguien lloraba al escribir mi dirección. Efectivamente, es de un compañero de infortunio. Anuncia que el bachiller Luis Rafael Castro fue envenenado en la Cárcel Modelo de Caracas. La Ley, la Ley, la venganza...



Ismail me invita al bar. Ruégole evocar la figura de Mustafá Kemal Pachá.

— Lo ví de cerca una vez —dice con entonación suave y respetuosa, como si se refiriera a un santo—. Tenía yo veinte años y prestaba servicio militar en los alrededores de Ankara. Una tarde de invierno, el Jefe del Estado se presentó sorpresivamente al cuartel, acompañado por un ayudante y ordenó formar las tropas en el patio. El nerviosismo de oficiales y soldados era evidente. En pocos minutos se hallaba el regimiento firme frente al Ataturk, quien nos miraba impasible y silencioso. Llevaba, recuerdo, un abrigo gris con cuello de piel. Yo estaba a unos tres o cuatro metros de él. Era alto, delgado, muy rubio, de ojos azules. Un ejemplar de ario puro, como hubiese deseado ser el doctor Goebbels. Dio unas voces de mando que obedecimos impecablemente y después, con acento de profeta, habló de la patria, de la necesidad de realizar un esfuerzo común para modernizarla y modernizarnos. La fe en un libro, observó, nos cubrió de gloria en otros tiempos. Ahora se requieren muchos libros, muchos estudios, sabios y técnicos para que Turquía ocupe sitio honorable entre las naciones y vivan con dignidad sus habitantes. La independencia será frágil mientras nos mantengamos tributarios del Extranjero. Re-

sulta fácil, juego de niños, dominar a un pueblo atrasado, sea cual fuere el valor personal de sus hombres. En la era presente, poco significa el heroísmo sin capacitación. El arte de la guerra pertenece al pasado. Cuentan la ciencia de la guerra, la industria al servicio de la guerra. La más hermosa plegaria es la del trabajo y la mejor recompensa procede de la cultura. Las universidades y otros centros docentes son los templos preferidos de Dios, y sus elegidos, los científicos, los maestros, los profesores.

Mis compañeros y yo nos bebimos sus palabras. Lágrimas de emoción me enturbiaban la vista y dolíame la mandíbula de tanto apretar los dientes. Transcurrieron así unos diez minutos. Aquel militar apuesto era, para nosotros, la reencarnación de Mahoma. Un viva Turquía, lanzado con fuerza, marcó el fin del discurso. El caudillo saludó militarmente y lo vimos alejarse con paso lento hacia la salida, despedido por tambores y cornetas. Fue la personalidad más importante de su época. La noticia de su muerte sembró consternación y tristeza en todos los hogares turcos. Sabíamos que perdíamos a un padre excepcional, superdotado. En general, la desaparición de un dictador es recibida con júbilo. La población se echa a las calles, asesina, saquea, incendia. Esa vez fue distinto, en mi tierra. El Ataturk ejercía la Dictadura del Bien y sus adversarios representaban el Mal, es decir, la ineptitud, el fanatismo religioso.

Ismail calla. Diríase que reza. Dejo pasar un momento y declaro:

— En mi país hubo recientemente gobernantes que empleaban un lenguaje parecido al de su jefe muerto. También creían en el progreso y en el trabajo inteligente. Cumplieron obra de vastísimas proporciones, sin precedentes en una nación tradicionalmente azotada por las guerras civiles y la estulticia de los mandatarios. Por desgracia, errores subalternos ensombrecieron su labor y facilitaron la acción de la calumnia y de la envidia...

El turco me estrecha la mano:

— Tenga paciencia, amigo. Las tempestades políticas son de corta duración. Después sale el sol y aparece la verdad. Usted es todavía joven. No olvide que la adversidad beneficia al hombre público. Es experiencia útil para un político.

Después de la cena, Edgar León sube a mi cuarto. Ha recibido periódicos de Venezuela. Está asombrado:

— ¡Allá se han vuelto locos, doctor!

— Es posible. Nietzche sostenía que la locura era cosa rara en el individuo, pero fenómeno permanente en los grupos, partidos, pueblos y épocas. En principio, no deseo leer esos diarios. Temo contagiarme. Buscaré el sueño con esta obra de Voltaire. Seguramente es más instructiva. Escuche una frase que me gusta: Todos nuestros esfuerzos son inútiles. Dejaremos al mundo tan bruto y tan malo como lo encontramos. ¿No la encuentra usted excelente?

*
* *

Entre la cafetera y la jarra de leche del desayuno aparece una carta. Es del señor doctor Luis Beltrán Guerrero. Tiene frases de estímulo y consuelo que contrastan, aun por la elegancia del lenguaje, con las que me dedica la desatada prensa caraqueña. Este eminente amigo mío reside, desde hace un año o más, en la ciudad de Lyon donde sigue un curso de Filosofía. Amor al estudio y elevados propósitos de perfeccionamiento intelectual, indujéronle a separarse del alto cargo que desempeñaba en la Universidad Central de Venezuela y a inscribirse, como alumno, en la de la mencionada ciudad francesa, contando con muy modestos recursos. No solicitó pasajes, asignaciones ni ventajas oficiales, como tantos otros, a pesar de sus excelentes relaciones entre los poderosos del momento. La antevíspera de su vuelo a Europa, almorzamos juntos en un pequeño restaurante de la urbanización Santa Mónica. Tratamos del presente y del futuro universitario, de la necesidad de formar verdaderos profesores, de la enseñanza como apostolado y no instru-

mento para escalar posiciones políticas o solución de personales angustias económicas. Convinimos en que se había progresado mucho, pero todavía nos hallábamos a mitad de camino. También aludimos al fenómeno del utilitarismo estudiantil, derivado de la prosperidad general, a la fascinación que ejercía sobre el estudiante la carrera de ingeniero, con su promesa de crecidos salarios y considerables beneficios. Vivía entonces nuestra patria bajo el signo del tractor y de la mezcladora. Todos conjugábamos el verbo construir. Departimos así, gratamente, durante dos horas. Al despedirnos, dije:

— Usted nos está dando un gran ejemplo, Luis Beltrán. Es muy hermoso volver a las aulas, a su edad. En esta era de contrataciones celebra usted contrato con la cultura.

Sonrió y apretó mi mano, en silencio. Lo vi alejarse despacio, con ese paso tímido de los catedráticos. Vuelan y no saben caminar. Erudito, brillante, modesto, Luis Beltrán Guerrero será un gran ministro de Educación cuando Venezuela solicite nuevamente la colaboración de los más capaces. El momento actual es de la Charneca, con o sin uniforme, rica o pobre. ¿Por qué no será Guerrero Contraalmirante?

El Estado Lara ha sido prolífico en hombres de las características del que hoy me escribe. Tuve el privilegio de conocer de cerca a don Lisandro Alvarado y al doctor José Gil Fortoul. Más tarde a los señores doctor Ambrosio Perera y Roberto Montesinos. En una ocasión hice un viaje a Carora para saludar a don Cecilio Zubillaga Perera, quien había sostenido con mi padre asidua correspondencia, durante largos años.

— ¿Cómo se llama usted? —preguntó al verme.

— Laureano Vallenilla Lanz —respondí, precipitadamente.

El anciano se enderezó en su mecedora de viena, agregando en voz alta:

— ¿Y qué va a hacer usted con ese nombre?

Contesté algo entre dientes, quizás una tontería, tal era mi embarazo. Los presentes me miraban reídos. Don Cecilio rió también:

— ¡Venga, déme un abrazo!

De esa visita guardo un recuerdo imperecedero. La personalidad de don Chio era avasalladora. Habló de literatura, de arte, de historia, de política criolla, de un Presidente de su Estado, de extracción gomecista, a quien López Contreras destituía por excesivamente demócrata. Luego recitó en honor mío un soneto de mi tío, Baltasar Vallenilla Lanz.

— ¿Lo conocía? Es muy bello. ¿Usted estudió en Francia, verdad? Lo envidio. Es el país del equilibrio. Dios se sentía poeta el día que creó su geografía y la historia, mi amigo, la historia, ¡qué apasionante y maravillosa novela! Juana de Arco, San Luis impartiendo justicia al pie de un árbol. La revolución, la movilización en masa, la patria en peligro. Soldados famélicos y semidesnudos que se alimentan de victorias. La otra epopeya: Bonaparte Primer Cónsul. El héroe joven que legisla, construye, repara. El emperador Napoleón, de levita gris, que se lanza a la conquista del mundo. Los venezolanos somos los franceses de América. Ya lo observó Morillo. También somos capaces de grandes cosas. Bolívar, Sucre, José Antonio Páez y sus lanceros.

Me retiré al atardecer. En los pueblos de Lara, el sol viste de rojo antes de morir. Dejé al viejo filósofo en su mecedora, frente al patio de plantas multicolores. Sueño, para el futuro, con una casa de provincia venezolana. Me gustan los corredores, las habitaciones frescas y silenciosas, la orquesta de gotitas de un tinajero y el olor a jazmín que viene de los corrales. El último acto de una agitada existencia como la mía debe desarrollarse en ese ambiente. Habría tiempo, quizás, para escribir un libro y pasar las horas en amena charla con discípulos benévolos, sedientos de cultura. Don Chio tuvo una vejez feliz. Gracias, Luis Beltrán. Su carta me condujo a una pequeña ciudad de la patria donde

brillaba, años ha, una inteligencia poco común. Pero ha terminado el encanto. Los cuervos golpean el vidrio de la ventana. Piden pan con mejor resultado que los hombres humildes de mi tierra. La mañana se anuncia oscura, bajo la tempestad de nieve.

* *
*

Buena parte de los valores intelectuales de Venezuela procede del interior de la República. Caracas se conforma con adoptarlos. El fenómeno ha sido evidente, durante un siglo. La lista de provincianos ilustres es larga, muy superior a la de los nacidos en la capital, entre quienes prevalecen, al parecer, las preocupaciones de orden material. La sociedad caraqueña es frecuentemente rica, pero inculta, salvo contadas excepciones. El Gabinete Ejecutivo del presente reúne apellidos sonoros y huecos. El país sufrirá una tremenda decepción y esos señores también al fracasar en la tarea de administrarlo. La Gran Bretaña forma sus estadistas en Oxford y Cambridge, no en el comercio. Mis temores se confirman con la lectura de una nueva remesa de periódicos criollos. Se han suspendido las obras públicas en ejecución con el pretexto de revisar los contratos correspondientes. Las compañías constructoras son investigadas por delegados del gobierno que aplazan el pago de las cuotas estipuladas, hasta tanto concluyan las averiguaciones. Rodeados de sospechas, perseguidos y considerados como malhechores, los empresarios despiden personal e inmovilizan la maquinaria de trabajo, cuando no la ceden a vil precio a los acreedores. Entre tanto, para hacer frente al desempleo creado por sus propios actos, la Junta aplica un **plan de emergencia** que consiste en enganchar obreros y pagarlos semanalmente, a razón de doce o quince bolívares diarios, sin asignación de labores definidas. Como consecuencia de esta irresponsable medida, miles de braceros afluyen a las ciudades y principalmente a la capital de la República, después de abandonar sus ante-

riores ocupaciones para provocar, con su presencia masiva, graves problemas de orden público. Esos batallones de holgazanes forman la clientela de los mitines, de los asaltos y de las asonadas. Son **el pueblo** de las manifestaciones políticas y constituyen **el prestigio** del Contraalmirante Wolfgang Larrazábal, **mocho** Hernández sin probidad, profeta de la confusión y del desenfreno. Así, en pocos días, el virtuoso jornalero de ayer se transforma en zángano y delincuente, mientras decae la producción y disminuye la actividad racional. No se requieren dotes adivinatorias para predecir lo que va a suceder. Quiebras, emigración de capitales, empobrecimiento colectivo y aumento de la criminalidad. Los venezolanos comerán menos, pero gritarán más. Habrá menos maíz, pero más plomo. No se levantarán edificios ni se abrirán carreteras, pero proliferarán los ranchos para indicar que la miseria vuelve por sus fueros. Gobernantes integérrimos dilapidarán los dos mil cuatrocientos millones de bolívares de la reserva especial del Tesoro, conservada preciosamente para financiar futuros programas de redención, pero se hablará con mayor insistencia de las deudas de la dictadura y de la ineficacia de sus personeros. Decididamente, el Gabinete plutocrático del 23 de enero no puede compararse con ninguno de los que constituyera José Antonio Páez, en tiempos de la Oligarquía Conservadora. Entre los llamados pulperos había figuras de excepcional relieve, como Angel Quintero y Santos Michelena. ¿Existe entre los actuales ministros alguno comparable al fogoso tribuno y al eminente hacendista? Aquellos dignos varones crearon prosperidad en una nación arruinada por la guerra de Independencia. Si las grandes medianías de ahora aplicaran en la administración de sus propias fortunas los principios que sustentan en la del Estado, no circularían en coches lujosos ni dispondrían de importantes cuentas bancarias. Se incorporarían a los pensionados del **plan de emergencia.**

*
* *

Llega el tren nocturno a la estación de Saint-Moritz. Mi cuñada Mercedes y sus dos chicos se asoman a la ventanilla. Volaron de Nueva York a Zurich. Antonio José grita al descubrir la silueta de Edgar León en el andén:

— ¡Morrocoy! ¡Morrocoy! ¡Ahí está Morrocoy!

— El otro corrige, en voz alta:

— Eso era en Caracas. Aquí soy el señor León.

Reunirnos de nuevo, después de tantos sucesos dolorosos, resulta divertido, gracias a la ocurrencia del niño y a la réplica del interpelado. Temíamos al primer encuentro. Pensábamos que habría lágrimas, de ambos lados. Mercedes presenció los acontecimientos caraqueños del mes pasado. Nos habíamos despedido de ella, a las puertas de la embajada del Brasil, el 11 de enero. Cuenta que de la terraza de su residencia, en El Sebucán, vio elevarse el avión que conducía a Pérez Jiménez y los suyos al destierro. Momentos más tarde, un alboroto ensordecedor de **klaxons**, en tanto que un desconocido vociferaba por la radio a nombre de una Junta Patriótica. Los saqueos se iniciaron al despuntar el día. El de nuestra casa comenzó temprano. Vinieron señoras en **Cadillacs** para negociar con la chusma objetos robados. Un lejano pariente mío dirigía las operaciones. Llevaba en el bolsillo una lista con las direcciones de mis allegados. De allí que corrieran con igual suerte la quinta de los Rivera y la de los Hernández Ron. El autor de semejante villanía es persona pudiente. Me abstengo de nombrarla. Es anormal, un neurótico envilecido por el alcohol. En aquellos momentos, el miedo, un miedo horrible se adueñó de la población. Fue más fuerte que el honor y la dignidad, el verdadero vencedor de la jornada. Mi cuñada habla sosegadamente, sin violencia verbal, como si deseara, en obsequio nuestro, disminuir la importancia del drama. Su voz se altera solamente cuando repite el consejo de una amiga, cuyo marido recibió de mí infinitas atenciones: «Supongo que tu hijo pequeño no se llamará más Laureano. Sería peligrosísimo para ustedes y para él.» Otra anécdota. Una

señora confiesa a un grupo instalado bajo las matas de mango del «Caracas Country Club»: «Iba a todas las fiestas de los Vallenilla, pero solamente para averiguar qué hacían, qué tramaban.»

Mi mujer suelta la carcajada. Yo también. La que ahora se cataloga como espía honoraria era una aduladora incómoda, insistente. Valíase de cualquier pretexto para importunarnos con visitas intempestivas. Ni a una ni a otra guardo rencor. Un autor francés define tres categorías de amigos: los que nos quieren, los que nos odian y aquellos a quienes somos indiferentes. Estos últimos, que forman mayoría, se vuelven particularmente perjudiciales para los políticos en desgracia. Pasan con facilidad al bando opuesto. No los detienen ni el afecto ni la piedad. El miedo inspira bajezas, no gallardías. Es antiestético y abyectas son sus manifestaciones. Se me viene a la mente una opinión de Juan Vicente Ladera, a quien alguien preguntó en mi presencia, el año de 1936:

— ¿Y qué pasaría si resucitara el general Gómez?

— ¡Se acabaría la emetina! —replicó el hijo del Benemérito.



Mi sobrino Toño desayuna conmigo. Me interroga sobre la nieve, los esquíes, las pistas de patinaje. A cada instante pregunta la hora para saber cuándo saldrá con su madre para adquirir el equipo de montaña. Luego calla y abre un maletín que contiene una colección de automovilitos multicolores:

— ¡Sobre la alfombra no ruedan bien! Bueno es en «La Muda». Allá hay un caminito por el que mis carros bajan a toda velocidad. ¿Cuándo volvemos para «La Muda», tío? ¿Silvia y Víctor cuidan los perros, verdad? ¿También el loro amarillo, verdad?

Siento un nudo en la garganta. Mis pupilas se humedecen. El niño insiste:

— ¡Me gusta «La Muda»! ¡Quiero jugar en «La Muda!»

Se vuelve, me mira fijamente y dice:

— ¿Lloras porque te hace falta el loro, verdad? A mí me hace falta, pero no lloro. Mi mamá dice que los hombres no lloran...

— Sí, Toño, lloro por el loro. Simboliza a Venezuela. Lleva ciento y tantos años repitiendo las enseñanzas de voces descalificadas, sin reflexionar, sin detenerse a investigar las causas de su secular miseria. Pero no siempre será así. Algún día romperá a picotazos la prisión de hojalata y echará a volar. El loro es un cóndor que se ignora. En esa oportunidad, que no habrá de tardar, subirá a una cumbre y los charlatanes y los oportunistas huirán despavoridos.

El chico me observa desconcertado, alza los hombros y regresa a sus juguetes. Me acerco a la ventana. El paisaje no es el que admiraba, al atardecer, desde la terraza de nuestra casa de Los Chorros. Mangos, pomarrosos y espigados bucarales, que una brisa tibia soba suavemente, son ahora para otros ojos. Los míos deben conformarse con la helada monotonía de un sudario que se extiende al infinito.

*
* *

Suena el teléfono. Es el doctor J.F.C., abogado caraqueño que sigue en París un curso para post-graduados. Años atrás fue discípulo mío en el Instituto de Administración Comercial y de Hacienda. Más tarde estudió Derecho y con tanto éxito ha ejercido su profesión, que puede permitirse el lujo de pasar tres años escolares en Francia, llevando una vida confortable.

— Trato de localizarlo desde su llegada, doctor Vallenilla, pero resulta usted más invisible exiliado que como ministro de Relaciones Interiores. Por suerte, recordé que Hernández Ron es cuñado suyo y de él obtuve sus señas. De Venezuela hablaremos largo, personalmente. Allá ha sucedido lo de siempre, como decía su ilustre padre. Un tirano que desaparece y otro que habrá de surgir, después

de un entreacto de bochinche y vociferaciones. Estamos en pleno entreacto y los carameleros ofrecen a gritos su mercancía. El único hecho nuevo y pintoresco es que su amigo, don Eugenio Mendoza, ha asumido el gobierno de la República con todo su personal. Nunca pensé que el palacio de misia Jacinta sería transformado en quincalla. Tampoco usted, ¿verdad? En fin, ya veremos... A propósito, ¿tiene usted dinero fuera del país? No olvide que en esa materia, la democracia es más arbitraria que la dictadura. Sus personeros harán cuanto puedan para cogerse sus pertenencias. Un abrazo y hasta pronto, colega.

La conversación anterior invita a reflexionar. Todo gobierno venezolano, salvo muy contadas excepciones, funciona bajo el signo de la arbitrariedad. El atropello del dictador es **de-facto**. El de los denominados demócratas, por un concepto rabulesco común a los demagogos, gusta cubrirse de fórmulas que ellos pretenden legales, cegados como están por la pasión y la ignorancia. Aparecen entonces los adefesios jurídicos, los decretos violatorios de todo principio de equidad, como aquel que creara, en 1945, el tristemente célebre Jurado de Responsabilidad Civil y Administrativa. Medidas de esa índole se explican cuando emanan de un Rómulo Betancourt, quien apenas cursara primer año de Jurisprudencia, pero resultan imperdonables si en su redacción intervienen abogados de la República, obligados a respetar normas forjadas en dos mil años de civilización. Llevo grabada en la mente una frase de Benjamín Constant: «Los hombres honestos que violan los principios para facilitar el castigo de los criminales, contribuyen a la desorientación de los pueblos. Estos terminan por creer que las reglas y los preceptos legales son obstáculos que se oponen a la aplicación de la Justicia. Adquieren así el hábito de desdeñarlos y se forman una teoría de la **arbitrariedad equitativa** que es germen de confusión y de anarquía.»

En el fondo de cada uno de nosotros los venezolanos, duerme un déspota que despierta al azar de una oportunidad

de mando. La oveja se vuelve tigre al ser tocada con la varita mágica de la «Gaceta Oficial». Casos raros los de Joaquín Crespo e Isaías Medina Angarita, siempre buenos, nobles y humanos.

*
* *

Según un recorte de prensa, el señor doctor Humberto Fernández Morán ha salido de Venezuela, por insinuación de la Junta de Gobierno. Se le acusa de pérezjimenista. La razón es otra. Un sabio no tiene cabida dentro del régimen actual. La época es para los iletrados. Expulsan a Fernández Morán y aclaman a Wolfgang. Cuentan que Mariano Picón Salas, después de hacer un apasionado elogio del Contra-almirante, en entrevista televisada, calificó de «Brujo de Pipe» al ilustre hijo del Zulia. Decía Anatole France que las cosas humanas no inspiraban sino dos sentimientos a las mentalidades superiores: la admiración y la piedad. Picón Salas es digno de una gran piedad. Está presente a la hora de molestar a los perseguidos. Es la hiena de los políticos en desgracia. Desde 1936, desempeña ese triste papel. En cambio, frente a los poderosos, asume posición de perrito amaestrado, con las manos a la altura del pecho, en solicitud de un terrón de azúcar.

*
* *

La revista caraqueña que hoy ha llegado a mis manos, es un tratado de Escatología. Está integramente dedicada a ofender figuras del régimen depuesto. No escapan a la agresión soez ni las esposas ni las hijas de algunos altos funcionarios de ayer. Personalmente, me corresponde la peor parte. Se me tilda de ladrón, de asesino y de corrompido, pero no se especifican los robos ni se nombran las víctimas ni se indican los vicios que me caracterizan. En apresurada biografía, redactada por un desconocido, aseguran que mi

infancia fue de privaciones y estrecheces. Casi me pintan con un pocillo de guarapo entre las piernas y un biscocho rodilludo en la boca. De todo esto deduce el autor del retrato, psicólogo avisado, que por tal motivo soy ignorante, perezoso y amargado. Un adeco, prácticamente, llevado a ejercer elevados cargos, por los azares de la política vernácula. Bien sé que la leyenda de un hombre público cambia de faz en la adversidad, pero ese señor exagera y ha debido informarse sobre mi origen antes de redactar semejantes infundios. Buen número de compatriotas me conoce desde niño y cualquiera de ellos hubiera podido referirle que nací en esa casa situada de Reducto a Miranda 26, que todavía es de mi propiedad, a pesar de que mis enemigos pretenden arrebatármela por acto de peculado cometido antes de venir al mundo. Era una residencia lujosa para la época pre petrolera, con mosaicos en patios y corredores, pisos de madera en los salones de recibo y salas de baño de porcelana. Para 1912, año de mi nacimiento, teníamos victoria con dos caballos bayos y un automóvil marca **Buick**, conducido por un chofer apellidado Calanche. Pero quizás asista razón al cronista. Como privación sufrí la más grande para un chico. Perdí a mi madre en la infancia. Era joven y bonita cuando murió.

*
* *

La prensa criolla se empeña en aniquilarme moralmente. Ya me mirarán muchos como a un monstruo consagrado, durante un quinquenio, a martirizar a un pueblo inerme. Tócame subir una cuesta empinada, escalar una montaña, acosado por la jauría que allá escribe y ofende. Pienso en «Le Mythe de Sisyphe», de Albert Camus. Mi piedra y yo rodamos por la montaña antes de alcanzar la cumbre y aquí estamos al fondo del abismo. Es necesario comenzar de nuevo, prepararnos bien para el penoso ascenso. Empujaré solo mi pedazo de roca, cerro arriba, sin más estímulo que la infinita confianza de mi mujer. Ella me basta. Me ha bastado

siempre. Sin embargo, lejos están los veinte años y se fueron las fuerzas juveniles. Queda intacta la fe. Siempre he sido un solitario y ahora, cuando redacto estas cuartillas, me siento franco-tirador de la buena causa, la que habrá de resucitar. Mis compromisos son con Venezuela y conmigo mismo. Trabajemos. Poco importa que nos sorprenda la muerte, a mitad del esfuerzo. No olvido aquello de que la grandeza del hombre está, precisamente, en que es mortal y actúa como si no lo fuera. Alguien aprovechará la labor inconclusa del proscrito y sus conceptos sobre el presente y el porvenir de la patria. Nuestro atraso exige que el venezolano supere al venezolano. Debemos cambiar de sistemas. Hasta el momento, los que hemos aplicado, unos y otros, son malos. Conducen a la violencia y al odio, sin resolver el problema primordial, para la dignidad humana, que es el de la miseria. El tiempo apremia. Busquemos el bienestar material de todos como medio de libertar el espíritu. La pobreza embrutece y exaspera. La libertad, a la manera como la entienden los demócratas de viejo estilo, representa poco. Prefiero la de poder comprar ropa y calzado, la de comer completo y la de alojarme confortablemente. Es hora de que los venezolanos adoptemos una filosofía de la producción para que se cumpla el milagro de la abundancia. Mas, ¿de qué hablo yo? Nuestra patria sufre una crisis de locura colectiva y nos gobiernan representantes de las llamadas fuerzas vivas de quienes nada podemos esperar. Las ideas políticas de un comerciante se ajustan a sus ingresos. El caso no es nuevo en la historia. Rivarol, filósofo y moralista ,observaba que los capitalistas iniciadores de la Revolución Francesa no se interesaron tanto por la Constitución que habría de regirlos, como por la cancelación de las acreencias que tenían contra la monarquía. Por esa razón, aclamaban al señor Necker, padre de la eminente **madame** de Staël, quien había ofrecido pagarles. Entre tanto, aceptaban resignados la subversión y el bochinche, siempre que el nuevo estado de cosas conviniera en reconocer las

deudas. «Así —concluye— contribuyeron a que el pueblo se adueñara de todo, con la condición de que todo sería conservado para ellos.»



Los periódicos de Caracas me llaman Vallenilla Planchart, como si pudiese humillarme el apellido de mi digna progenitora. Llevo el nombre de mi padre completo, por insinuación suya, tiempo antes de morir. Sabía que no haría mal uso de él. Los Planchart son gentes distinguidas del Oriente de la República. Claro, no cuentan con un isopo en la familia, como Juan Liscano, ni corresponden sus rasgos fisonómicos a los de los Arcaya, descendientes de arios.



Continúo con la lectura de mi biografía. Parece que en la juventud pasaba frecuentes temporadas en hospitales, por enfermedad mental derivada del abuso de estupefacientes. Soy aficionado a la morfina y otras drogas. Mis amigos y allegados deben reir con tanta fantasía. Yo menos. Se escribe para un público que no me conoce y se formará una idea equivocada de mi persona.



Mercedes, mi mujer y yo salimos de paseo. La impresión de aislamiento se acentúa en los bosques solitarios, entre los pinos doblados por el peso de la nieve. Hasta los torrentes se han vuelto de cristal, silenciosos, como si temieran hablar en nuestra presencia. Vendrá, sin embargo, la hora del deshielo. El paisaje blanco será de fango. Correrán las aguas rumorosas cerro abajo y también para nosotros habrá una primavera. Esperemos. La física social obedece a leyes semejantes a las de la naturaleza, pero su desarrollo es más lento. Mercedes me consuela:

— En Caracas te quejabas de que no podías escribir un libro por falta de tiempo. Hoy tienes la oportunidad. ¡Aprovéchala!



El doctor J. F. C. llegó esta mañana. Vino en avioneta de Zurich a Samaden. A eso de las nueve se presentó a las puertas de mi habitación, con atuendo polar. «¡Aquí hace más frío que en Los Teques, doctor!», dijo a título de excusa y para responder a mi sorprendida sonrisa. Hemos charlado durante todo el día, hasta ahora que amanece. Está bien informado sobre los acontecimientos de Venezuela. Es pesimista, por el momento. Estima que la profunda crisis actual se prolongará varios años, quizás una década.

— Esos procesos son lentos, don Laureano. Una revolución se asemeja al sancocho popular en cuya preparación se incluye toda clase de carnes y verduras. Luego viene la depuración. Interviene el colador para aclarar el caldo y rechazar los pedazos poco apetecibles, pero la operación toma tiempo. Tenemos una Junta de Gobierno integrada por nulidades y un Gabinete de apellidos sin capacidad. Usted conoce a la mayoría de los ministros tanto como yo. Ninguno descuella por su talento, pero el utilitarismo de los civiles impondrá sus puntos de vista en las reuniones del Ejecutivo. Larrazábal es un pobre diablo y Quevedo y Araque dos oficiales de alta graduación alcohólica para decir lo menos. Prueba de mi aserto es que la principal preocupación del grupo preponderante es obtener el pago de las acreencias que tienen contra el Estado. Cuentas de cabillas, de cemento, de electricidad. Consta que miembros del equipo gobernante o sus representados habían adquirido, con fuerte descuento, certificados expedidos por el Ministerio de Obras Públicas y están cobrando completo. Otros consiguen la pronta cancelación de viejas facturas y reciben comisiones por sus servicios. El verbo cobrar se ha puesto de moda. Se cobran

agravios, mercancías y gestiones. Usted mismo ha comenzado a pagar lo adeudado y lo supuesto. En cada venezolano triunfante hay un cobrador en potencia, tan hábil como «Pinocho», el de la sastrería Yallonardo o aquella vieja trajeaba de negro que prestaba dinero, a crecido interés, al personal del Ministerio de Hacienda. ¿Se acuerda usted? Había que verla el día último del mes, junto a la escalera, para que nadie escapara. En una ocasión, el poeta Rolando Anzola prefirió bajar al patio por un mecate para no tropezar con ella. Aplique el cuento. No todos los cobradores son risueños y buenos como «Pinocho». Se parecen, más bien, a la dama enlutada. Por largo tiempo han llevado el duelo de la democracia. Soy pesimista, doctor Vallenilla. Un Ejecutivo de ricachones es particularmente peligroso. Busca el perdón de los humildes haciendo demagogia que no demanda sacrificios personales y pecuniarios. Los conservadores tomarán por modelo al Betancourt de 1945. Encarcelamientos arbitrarios, expulsiones, allanamientos, juicios por peculado y tribunales especiales serán parte esencialísima del programa de acción. Quizás el líder adeco, aleccionado por la experiencia de aquella época, no apelaría a los mismos procedimientos. En todo caso, si volviera al poder, como consecuencia de unas elecciones, encontraría las cosas hechas a su manera. Poco tendría que agregar a las iniciativas de sus predecesores inmediatos, de factura estrictamente rómuliana.

— ¡No es muy brillante el futuro que usted presiente, colega!

— No puede serlo, compañero. Desaparece apenas una dictadura. Durante diez años, hombres y vehículos se mantuvieron callados. Lógico es que ahora abusen de las palabras y de las cornetas, aunque corran el riesgo de enloquecer. El ruido destruye el sistema nervioso...

— Ahí está el peligro. El igualitarismo venezolano facilita la tarea extremista. Instintivamente, nuestro pueblo detesta los privilegios y rechaza las jerarquías. El número

de familias pudientes es limitado, carece de cultura, de sensibilidad social y de experiencia. La clase media comienza a constituirse. La mayoría es de desheredados. Graves conmociones amenazan al sistema burgués imperante. De la noche a la mañana, un caudillo audaz puede volvernos colectivistas. ¿Ha leído usted la «Noticia Histórica de la República de Venezuela»? Contadas personas conocen la obra, publicada en 1873. Su autor, don Cristóbal M. González de Soto, vivió en nuestro país. En un párrafo, dice textualmente: «El comunismo más desenfrenado del mundo nació en Venezuela, como cosa natural, y de esta funesta cuna se ha irradiado por otras partes, dando incitantes lecciones que ahora empiezan a germinar en algunos puntos de Europa.»

— Como usted observará, los auténticos precursores del colectivismo criollo no fueron aquellos jóvenes que allá, por los años veinte y tantos, escuchaban las prédicas de un pintor ruso, por los lados de la plaza López. Las mismas causas tienen siempre los mismos efectos. No puede haber paz y orden indefinidos en una nación donde las ventajas de la vida civilizada son para unos pocos y la miseria para todos los demás. Los venezolanos debemos adoptar una filosofía que resuelva el problema de los pobres. Bajo el gobierno de Pérez Jiménez comenzamos una campaña para aburguesar al proletariado. Hoy existe una clase media, fenómeno nuevo en nuestra patria. Quisimos también constituirla en el medio rural. La construcción de la represa del Guárico persigue ese fin. Ojalá no se detenga el proceso y no vayan, nuestros democráticos sucesores, a favorecer la concentración de la riqueza en manos de figuras de las fuerzas vivas y a acelerar la pauperización de los demás. Las consecuencias serían desastrosas. Provocarían una guerra civil de proporciones imprevisibles.

— Comparto plenamente sus temores, doctor Vallenilla. Nada bueno traerá a la república la presencia en el gobierno de los más importantes capitalistas de Caracas. Pensarán

primero en sus propios intereses y después en los de Venezuela. En ese sentido, el gobernante militar es menos clasista. Tiene un concepto más generalizado de los elementos que integran la nacionalidad. No se siente atado a una empresa. Sus compromisos son de orden afectivo, lugareño, raras veces económico.

— El análisis es parcialmente justo, colega. En principio, un oficial no es sectario, por su formación. En cuanto a nuestros caudillos uniformados, tampoco fueron, en su origen, voceros del pudiente. La asimilación vino después, al correr de los años. Los pulperos rodearon a Páez, pero éste no dejó de ser nunca el defensor de los humildes. Su fuerza se fundaba sobre lanzas proletarias. También la de José Tadeo Monagas, cuyo mejor amigo no era un banquero sino el general Juan Sotillo. En 1870, los serenos de Guzmán Blanco anunciaban las horas, agregando: ¡abajo los godos! Joaquín Crespo no se asoció a los oligarcas y bien conocido es el pleito de Cipriano Castro con los ricos encabezados por Manuel Antonio Matos. De allí surgió la revolución libertadora. En el régimen de Juan Vicente Gómez prevaleció el principio de la igualdad bajo un jefe. El único distinto era él y a la misma cárcel iban a parar el peón de sus haciendas y el ciudadano de prosapia si se oponían a **la Causa**. En cuanto a López Contreras y Medina Angarita, no beneficiaron especialmente a las familias adineradas. El gobierno de la Junta Militar, uno de los mejores que ha tenido la república, desde su creación, no fue de tipo clasista y el de Pérez Jiménez se distinguió por una marcada preocupación social. La política de viviendas, los contratos colectivos de trabajo, la extensión de los seguros sociales, las ciudades vacacionales, confirman mi afirmación. El 23 de enero representa, en cierto modo, una revancha oligarca o plutocrática, para ser más exacto. Los hombres que ocupan el Ministerio de Hacienda, la Presidencia de la Corporación Venezolana de Fomento, la del Banco Industrial de Venezuela y la Dirección del Banco Agrícola y Pecuario, eran,

hasta ayer, los asalariados del alto comercio y de la industria azucarera privada. Por primera vez en nuestra historia, hay personas que asisten, sucesivamente, a reuniones de juntas directivas y a sesiones del Consejo de Ministros. Las fuerzas vivas han resultado mucho más vivas que las Fuerzas Armadas y pretenden cambiar el rumbo igualitario de la evolución nacional.

*
* *

Salgo de paseo con J. F. C. Brilla el sol y el cielo es de un azul profundo, como el de Niza. Subimos a pie a Chantarella. El ascenso es penoso y siento la camisa bañada en sudor. Mi compañero rompe el silencio:

— Usted dijo anoche, doctor, que los venezolanos debíamos adoptar un filosofía que resolviera el problema de los pobres. ¿Qué entiende usted por eso?

— Pensaba en una política que tuviera por objetivo la abundancia. No olvide que soy discípulo de Keynes y creo en la productividad, como remedio pacífico. Pienso, al igual que Jean Paul Sartre, que la historia de la humanidad se resume en una lucha, entre los hombres, para arrebatarse los bienes de consumo. El problema es de escasez más que de distribución. Millones de seres viven obsesionados por el hambre, la falta de alojamiento, la enfermedad. La solución es clara: alimentos, casas, salud. El caso venezolano es el más triste de todos porque el petróleo nos suministra los medios de resolverlo y nosotros malbaratamos el dinero. La tarea es larga y árdua, pero no difícil, si elaboramos un plan de trabajo, realizable dentro de un plazo de doce o quince años, sin desmayar. Los gobiernos de la Junta Militar y de Pérez Jiménez iniciaron la acción. Se empezó por las carreteras, como era natural, y las obras de riego. Usted dirá que no menciono la educación, pero en mi concepto, la cultura es también un bien de consumo, quizás uno de los más importantes.

J. F. C. sonríe:

— No lo sabía admirador de Sartre, doctor Vallenilla. Sartre es adicto al marxismo.

— Sí, compañero, a su manera. Aseguran que pretende reformarlo, ser el Karl Marx del siglo XX. Sin embargo debo advertirle que no soy un incondicional de Sartre, quien desprecia la libertad cara a la burguesía. Esa libertad tan despreciada por un francés que disfruta de ella, es la más conforme a la dignidad del hombre, y a mi manera de ver, compatible con la otra, que teóricamente pone al alcance de todos un techo y un par de zapatos. El día en que la ciencia y la técnica resuelvan el problema de la escasez, las doctrinas inspiradas por la miseria perderán actualidad. El milagro se cumple ya en los países escandinavos, donde no ha sido necesario fusilar millones de personas y establecer regímenes policíacos para que todos coman.

— ¿Qué haría usted si se estableciera un gobierno marxista en Venezuela?

— En verdad, la preponderancia policíaca del sistema no cambiaría mayormente. El venezolano, como el ruso, es policía de nacimiento. Me preocuparía, quizás, que el colectivismo sirviera para respaldar nuevas infamias y abusos. Nc olvide usted tampoco que los hombres cultos de nuestra patria pertenecen todavía a la categoría burguesa porque son los únicos que han dispuesto de medios para estudiar. Los revolucionarios, en su vehemencia, se verían constreñidos a liquidarlos físicamente o expulsarlos y la nación, durante una larga etapa, quedaría en manos de los menos capacitados, a menos que el caudillo tuviera la tolerancia y el talento del chino Mao, lo que dudo. Allá, el chino que conozco es el chino Hernández y lamentablemente, se interesa más por el billar que por la **ley de bronce.**

— ¿Cuál es su ideal para nuestra patria?

— Menos política y más Economía Política, después del caos que estamos presenciando. Un gobierno de autoridad, que no de opresión. Un Ejecutivo con suficiente empuje mo-

ral e intelectual para organizar las finanzas con fines eminentemente sociales, restablecer el orden público y realizar un programa que tenga por objeto la abundancia en todos los órdenes. Dos décadas de gestión inteligente bastan para eliminar la miseria. Los venezolanos quieren ser felices de una vez, no mañana, como prometen los marxistas ni en la otra vida, como pretendemos los católicos. La religión del trabajo productivo se ajusta a la época. Cristo la predicó.

— ¿Conoce usted a Sartre?

— No personalmente. En mis tiempos de estudiante no había alcanzado la celebridad que tuvo después. En cambio, conozco de vista a su compañera, Simone de Beauvoir. Almorzábamos en el mismo restaurante, **chez Baty**, en la esquina del bulevar Raspail y del de Montparnasse. Frecuentemente, mis compañeros de mesa eran el poeta Robert Brasillac y Carlos Delgado Chalbaud, ambos muertos trágicamente, a tiros. Los dos dejaron obras inconclusas. El segundo fue sorprendido cuando escribía el poema de la Venezuela moderna. La quería fuerte y próspera. La barbarie pensaba de otra manera. Sus ideas jamás coinciden con las de los hombres egregios, pero diríase que son más convincentes. Siempre triunfan con una u otra etiqueta. ¿Verdad, Wolfgang? Alguna experiencia tiene al respecto Humberto Fenández Morán. No fue asesinado, pero lo echaron. En estos momentos, una universidad norteamericana aprovecha sus conocimientos. La patria se conforma con los de Carlos Luis Araque.

J. F. C. nada comenta. Subimos callados hasta el hotel que domina el valle. Mujeres y hombres rubios toman el sol en la terraza. Sobre la pista vecina, patinan parejas de jóvenes. Las risas llegan hasta nosotros. Grupos de esquiadores bajan veloces de la montaña y pasan, como flechas, a nuestro lado. Nos sentamos. El vaso que contiene vino caliente con canela, me quema los dedos. J. F. C. me interroga, luego de encender un cigarrillo:

— ¿Gustaríale ser suizo, doctor?

— Quizás no. Saber de antemano que, desde el nacimiento hasta la muerte, no nos ocurrirá nada extraordinario, es fastidioso, probablemente. Vivir peligrosamente —la frase es de Mussolini— resulta emocionante. Aquí me tiene usted proscrito y repudiado por mis compatriotas, pero no me quejo. Nadie me obligó a intervenir en la política ni a desempeñar un ministerio. Me encuentro tan abajo que ya no puedo bajar más. Para mi ha llegado la hora de la esperanza que es la amiga de los exilados. Ella me acompañará noche y día, hasta que acontecimientos previsibles, dentro de un período más o menos largo, me abran de nuevo las puertas de la patria. Un colega colombiano suele decir que, en América del Sur, no hay prestigio ni odio que dure diez años. Lo creo y sospecho que la espera me será provechosa. La existencia agitada que llevaba en Caracas me impedía estudiar a mis anchas. Estoy atrasado en muchas materias y pienso ponerme al día. A mi regreso a París, donde proyecto instalarme, ya iremos usted y yo a las librerías del Barrio Latino. Haremos descubrimientos sensacionales, mientras mis adversarios se esfuerzan en demostrar su ineptitud. La estulticia de algunos de esos señores era de carácter doméstico, pocos la conocían. Ahora tendrá proyecciones nacionales. Tristemente, la experiencia costará muy caro al país, mucho más que las nucleares de rusos y norteamericanos.

— ¿Y no piensa escribir, doctor?

— Si. He empezado por redactar un diario para entrenarme. Siempre me ha distraído la **Underwood.** No tengo facilidad para el canto, como el Presidente de la Junta de Gobierno. Tampoco soy aficionado a las cartas ni al dominó y los **cabarets** me aburren. Quedan la lectura y el placer de llenar cuartillas con cosas que, quizás, no serán nunca publicadas. Temo alardear de escritor. Me faltan condiciones. Los escritores pertenecen a la categoría superior de la humanidad. Forjan la reputación de un país y con medios relativamente modestos, influyen sobre sus destinos. ¡Qué difícil es ser escritor, amigo mío! En nuestra tierra se usurpa

ese título como el de coronel y las consecuencias han sido gravísimas para la gramática y el buen gusto literario. Anatole France sostenía que la falta de gusto era ese pecado misterioso de que habla la Escritura, el más grande de todos los pecados, el único que no será jamás perdonado. Si esto es cierto, tiemblo por Carlos Ramírez Mac-Gregor y por muchos otros. Pasarán un mal rato al comparecer ante Dios.

— J. F. C. suelta la carcajada y agrega:

— La cursilería es un tremendo delito, particularmente contagioso. Unos versos malos surten efectos desastrosos sobre la moda, la arquitectura y la decoración. El Jobo Pimentel aseguraba que las repisas pirograbadas que tantos estragos causaron en Venezuela, fueron inspiradas por un bardo conocido suyo. En cuanto a su amigo Luis Malaussena, sufría con la influencia perniciosa de los boleros mexicanos. En 1946, preguntaba ansioso, en el bar del Hotel Avila: ¿No cantará boleros Rómulo Betancourt?

— No sé si Betancourt es aficionado al género, pero sus discursos autorizan la sospecha. En cambio, me consta que Larrazábal aprende de memoria esas melodías que enternecen a las prostitutas y a su hermano Carlos.

— ¡Entonces, estamos perdidos! ¡Sálvese quien pueda!



Mi amigo recibió anoche una carta de un cuñado suyo, particularmente explícita. No quiso imponerme de su contenido hasta la mañana de hoy para proteger mi sueño. Venezuela entera se revela antipérezjimenista. Espontánea y desordenadamente, se ha celebrado un plebiscito de repudio al régimen y a sus personeros, considerados como malhechores. Los partidarios de ayer se han esfumado o confiesan públicamente la tremenda equivocación que sufrieron. En el Country Club, un señor se arrodilló ante un grupo para pedir perdón. Había sido engañado por esos vagabundos sin escrúpulos. «Tu amigo el doctor Vallenilla no podrá regre-

sar nunca. Contra él se desata una campaña de prensa que equivale a un fusilamiento moral.» Leo el texto con indiferencia. Estoy preparado para lo peor. El conocimiento de la historia constituye un consuelo. Otros hombres públicos han pasado por iguales vicisitudes y han sido víctimas de la injusticia. ¿Cuanto dura la perpetuidad en nuestro país? preguntó Antonio Leocadio Guzmán al volver de su destierro antillano.

*
* *

Caminamos por el pueblo bajo una fuerte nevada. J. F. C. entra a la farmacia en solicitud de una crema para sus labios partidos:

— ¡El cielo me castiga por hablar tonterías!, dice al salir.

— Si se refiere a la carta de su cuñado, no fue imprudencia imponerme de su contenido, colega. Es lógico que se me ataque, preferentemente. Por herencia, gozo de las antipatías de la llamada generación del 28 que parece haber recuperado influencia en los periódicos. Además, los integrantes de ese grupo saben que no les reconozco superioridad. Tampoco puedo contar con la benevolencia de los mercaderes que se disputan poder y prebendas. Intuitivamente, odian al intelectual que no está al servicio de sus mezquinos intereses y comete el delito de amar la cultura. La enemistad es vieja y se trasmite de padres a hijos. La Independencia fue obra de agricultores de posición holgada que consagraban las horas de ocio a cultivar el espíritu. No es pura coincidencia que Bolívar y el marqués del Toro pertenecieran a familias de hacendados. Los comerciantes eran realistas, hombres incapaces de sacrificar la tienda para empuñar la lanza libertadora. Más tarde, los venezolanos ilustres se reclutaron entre los profesionales liberales, descendientes de ganaderos y demás propietarios rurales. Cito nombres: Jacinto Gutérrez, Simón Planas, Eduardo Calcaño, los dos

Diego Bautista Urbaneja, y más recientemente, José Gil Fortoul, Lisandro Alvarado, Román Cárdenas. ¿Indiqueme usted el nombre de algún negociante que haya hecho historia patria?

Mi interlocutor guarda silencio. Yo continúo:

— El más atacado de los colaboradores de Pérez Jiménez seré yo, en la primera etapa de este proceso, porque soy el más indefenso. Carezco de vinculaciones de aldea y de parientes militares. Contra mí están los partidos, porque les niego eficacia y responsabilidad histórica. También la plutocracia caraqueña porque hablamos distintos idiomas. Esto no me aflige. Al contrario, me estimula en el propósito de superarme. Ya desaparecerán los falsos prestigios de los dias tumultuosos y aparecerá la evidencia de una nación en manos de medianías. Se operará, naturalmente, una selección y gobernantes preclaros harán justicia a los hombres del período dictatorial. Quiera Dios me encuentre con vida en el momento de la reivindicación, no para figurar de nuevo en una nómina ministerial, sino para presenciar el triunfo de un sistema, ajeno a las facciones y dispuesto a someter su gestión a planes de bienestar colectivo.

— ¿Sigue usted afiliado a la tecnocracia, doctor Vallenilla?

— Más que nunca. Los partidos políticos corresponden a una época superada, aunque esta realidad no es todavía aparente para el observador superficial. Todos tienden a fusionarse. Las diferencias entre unos y otros son mínimas. En Inglaterra por ejemplo, conservadores y laboristas discuten cada vez menos, por falta de temas, porque no existen antagonismos profundos. En cuanto a las democracias populares, la práctica del partido único refuerza mi tesis y en la Unión Soviética, los expertos responsables de la ejecución del Gosplan adquieren, al correr del tiempo, mayor importancia que los revolucionarios y políticos de la vieja guardia. Entre nosotros sucederá los mismo. Betancourt, Villalba, Caldera y congéneres, desaparecerán por ineptos y estor-

bosos. Son mercancía costosa y de imposible consumo. ¿Qué utilidad van a tener cuando los venezolanos pensemos seriamente en elevar los niveles de vida? Entonces se requerirán ingenieros, arquitectos, economistas, médicos y técnicos de toda clase. Será la revancha del **diploma** contra el **carnet** y se desquitarán los Fernández Morán de los Wolfgang.

— ¿Y cuando se producirá el milagro, colega?

— No sé. Ignoro cuantos años tomarán los actuales partidos para arruinar a Venezuela y pauperizar, progresivamente, a la población. Quizás cuatro o cinco. Luego vendrá un período de desconcierto, provocado por el hambre, el desempleo y la desesperación. Ojalá el acto final no sea sangriento. Un tío mío solía decir que la historia de nuestra patria se resumía en un gran lamento de hambre y un gran charco de sangre. Descuide usted. La democracia, a la manera como nosotros la entendemos, es carnívora. Un chacal con gorro frigio la caracterizaría bien. Recuerde lo que fue allá el siglo XIX. De esos desgraciados sucesos se deriva una lección. Hombres de buena fe y bien informados no incurrirían en los mismos errores, pero no es el caso. El fusil respalda la ignorancia en lugar de asociarse al libro en el cumplimiento de un programa redentor.

Regresamos helados al hotel. La telefonista anuncia una llamada de Roma. Es de Virgilio Lovera, quien ha salido de Caracas hace tres días. Estuvo refugiado en la embajada de Colombia, junto con otros servidores del gobierno caído, Rafael Pinzón, entre ellos. En distintas oportunidades, la multitud pretendió asaltar la sede de esa Representación Diplomática. Quería llevarse a Miguel Silvio Sanz, antiguo Inspector de Seguridad Nacional. Es probable que Bogotá ordene la entrega de este ex-funcionario a las autoridades venezolanas. Refiere mi informante que muchas de las personas que han abandonado el país, provistas de salvoconductos, han sido ofendidas de palabra y hasta agredidas físicamente en el aeropuerto de Maiquetía. Virgilio esperará a su mujer y a sus hijas en Italia. Después me visitará. Es

un antiguo amigo mío. Sus dos hermanos y él, fueron mis compañeros en el Colegio San Ignacio. **El Catire,** como lo llamamos nosotros, colaboró conmigo en el Ministerio de Hacienda y en la Gobernación del Distrito Federal. Ha desempeñado también otros cargos públicos con idoneidad. Su voz me trae recuerdos que remontan a cuarenta años. Veo el patio de los jesuitas, los salones de clases, la capilla y los chicos endomingados de negro y blanco. Muchos de los niños de entonces estamos hoy unos frente a otros. No faltará el condiscípulo que mire con satisfacción mi desgracia y contribuya de buena gana a arrebatarme el patrimonio. Entre mis escasos méritos está el de amar y practicar la lealtad. Me gusta por las mismas razones que la literatura, la música y la pintura. La traición y la felonía son antiestéticas, repulsivas.



J. F. C. se ha marchado esta noche. Regresa a París. Edgar León y yo lo acompañamos a la estación. En su compartimento viajaba una linda rubia, de pierna enyesada. Mi amigo parecía encantado con la presencia de la muchacha. La dio por cantar, en voz alta, unas estrofas que la Misstinguett hizo famosas, entre las dos guerras mundiales. La chica optó por reirse y entablaron conversación. Apenas desapareció el tren, León observó:

— Ese doctor es un pájaro de verdad. Había que verlo por las noches en el bar, después que usted y la señora se retiraban. No lo conocía. No es de los que **jalaban** mecate en La Muda. Parece muy inteligente y franco.

— Efectivamente, León. Es persona competente y digna. Por fortuna, Venezuela cuenta con unos cuantos como él, talentosos, cultos, patriotas. En el futuro, volverá los ojos hacia ellos para resolver la crisis que la colocará al borde del abismo.



Las noticias de Venezuela me han vuelto triste. Es duro sentirse repudiado por los mismos a quienes consagramos años de labor y desvelos. Esta mañana, el valle y la montaña han perdido su encanto. La belleza o la fealdad del objeto dependen del estado de ánimo del sujeto. Todo es producto de la imaginación, sueño eterno, con los ojos cerrados o abiertos. El cerebro nos engaña. Dispone, a su antojo, de las impresiones. Un diablo que nos tortura con espejismos. Lucifer debe estar hecho de materia gris, como el cielo que presagia una nevada.

Mañana oscura dedicada a la meditación. En Venezuela, uno de los primeros premios del odio es para mí. No me explico cómo pude vivir tantos años en mi tierra sin darme cuenta de la general malquerencia que suscitaba mi persona. Admiro la capacidad de simulación de adversarios del presente que se disputaban las invitaciones a actos oficiales y se valían de cualquier pretexto para asediarme en casa o en el ministerio. Ahora descubro que sus manifestaciones de afecto escondían otros sentimientos. Formaban parte de un plan para engañar al servidor de la dictadura, sorprender sus secretos y facilitar la victoria de la democracia. Sin duda alguna, son seres extraordinarios, intuyeron a Maquiavelo sin molestarse en leer **El Príncipe**. Tiempos difíciles se avecinan para los míos y para mí. ¿Qué hacer? Nada, por el momento. Confiarse al almanaque. Mis compatriotas esperan milagros que no se realizarán porque las etapas denominadas democráticas son de acefalía de poder, es decir, de preponderancia de la chusma. El progreso es obra de minorías selectas. Las ideas no se fraguan en los mítines ni emana bienestar de manifestaciones callejeras. Es propio de mediocres buscar popularidad en improvisadas asambleas populares. Lástima que Larrazábal conozca menos a Goethe que a Agustín Lara. Deseo sinceramente que se celebren elecciones cuanto antes y designen a un Presidente que limite el desbarajuste creado por la Junta de cretinos instalada en Miraflores. Rómulo Betancourt, Rafael Caldera, Jóvito

Villalba. Cualquiera de ellos sería mejor que la actual coalición de irresponsables, maleantes y plutócratas.

*
* *

Me mandan de Bruselas una carta de Enrique Bernardo Núñez. Reconforta que un intelectual de su talla se acuerde del amigo lejano y en desgracia. En mi concepto, es el primer prosista venezolano de nuestra época. Ante la imposibilidad de negarle talento y cultura, sus detractores le tildan de amargado. Consideran que debe sentirse satisfecho de la indiferencia nacional frente a su obra y de arrastrar una existencia de letrado pobre y sin esperanzas. Años atrás, alguien propuso su candidatura para embajador en una república hermana y el poderoso de turno, repuso asombrado: «¿Ese hombre, con cara de zoquete?» Quizás, en su concepto, merecía más el cargo uno de esos vivos que comprometen el prestigio de Venezuela con escándalos y borracheras.

Núñez es tímido, indefenso, como la mayoría de nuestros escritores, permanentemente acosados por la jauría ignara y envidiosa. Sinembargo, su timidez y su indefensión no le impiden ahora cumplir conmigo, cuando muchos valientes y audaces no se atreven a pronunciar mi nombre. Entre otras cosas recuerda, en su misiva, que en una ocasión me aconsejó dedicarme, exclusivamente, a las letras. Estimaba que una posición económica holgada e independiente me permitiría escribir historia de verdad, sin tapujos ni complacencias. Tuvimos entonces una larga conversación al respecto: «Prescinde de la política, Laureano. No repitas el error de Manuel Díaz Rodríguez. También él era rico y abandonó la literatura por ministerios y presidencias de Estados.» Esa charla fue para mí estimulante, como la epístola de hoy, y a partir de aquel momento, vi con menos temor los trabajos inéditos que merecían la aprobación del autor de «El Hombre de la Levita Gris». Pero no atendí a todas

sus recomendaciones. Intervine en la política, fui ministro y aquí estoy desterrado y tan escaso de gloria literaria como cualquier individuo de número de la Academia de la Lengua.

*
* *

El pianista toca el valse «Sobre las Olas», en medio de un rumor de tazas y cubiertos. Es un aire familiar, casi un compañero de infancia. Nos conocimos, probablemente, durante una cinematográfica función vespertina del Teatro Calcaño. Acompañaba las mudas escenas de amor de Francesca Bertini y Gustavo Serena. La viuda que tecleaba seguía el desarrollo de la película con mayor interés que los espectadores y trataba de adaptar ritmo y tema a las exigencias del argumento. Era una mujer entrada en años, de anteojos y traje negro desteñido. A veces, algún muchacho lanzaba en dirección suya un paquete bien apretado de cáscaras de maní. Ella interrumpía la música y protestaba violentamente hasta que silbidos y gritos la obligaban a atacar «Los Patinadores» para marcar la escena en que huían los bandidos con la secuestrada heroina.

Cualquier detalle me reintegra a la patria. Estoy físicamente en Suiza, pero solo mi cuerpo acepta el exilio. El alma disiente y segura de su impunidad, vuela a Maiquetía, toma la autopista, recorre la avenida Sucre y se instala en la plaza Bolívar, frente a la Gobernación, bajo el árbol favorito de mi amigo Leopoldo Landaeta. Y comienza el desfile de vivos y muertos. De los de ayer y de los de hoy. Aparecen señores graves de chaleco y leontina, generales en receso de guerra civil, desempleados de la paz gomera. También congresantes y miembros de la Corte Federal, con gruesos textos bajo los brazos. Luego el otro público de niñitas que vienen a la retreta dominical. Tira bordada y sombreros de paja con cintas multicolores. De pronto, todos desaparecen y el lugar se llena de italianos y portugueses de ropas marchitas. Es el conjunto coreográfico que representa el último

acto de una época. La mia. ¿Quienes ocuparán la plaza mañana? Es probable que no lo sepa nunca. Quizás desapareceré antes de disfrutar otra vez de los cucaracheros que retozan en los jardincillos o toman el sol, irreverentes, sobre el pedestal del Libertador. Caracas aleja a quienes la amamos apasionadamente. En ocasiones, la enternecen la vejez y la miseria del ausente y autoriza el regreso, demasiado tarde. No te vayas, Enrique Bernardo. Escribe para ella otro mensaje. Nosotros construimos una ciudad como tantas, sin personalidad. La vestimos a la americana. A lo mejor por eso no nos perdona. De haberla consultado, preferiría seguramente ser española, es decir, pobre e hidalga. Su amante es Diego de Lozada, no Rockefeller. Bolívar era peninsular, no portorriqueño. La Conquista explica la Independencia. Grandes una y otra como todo lo que vino de España, junto con el idioma y la Cruz. Que aprendan la lección nuestros gobernantes. Bajo el signo del heroismo nació Venezuela. Se presentó al mundo de armadura y fue libertada por centauros. ¿Se someterá ahora de buena gana al chancletismo intelectual? ¿Al de los boleros y las mentiras?

*
* *

Ismaïl me obsequia el aperitivo. En la mesa contigua, el armador griego con media docena de bellas mujeres. El turco las mira con insistencia:

— Los pueblos cambian, sin mayor dificultad, un servidor útil por uno que promete serlo. La mujer es más realista. Entre el hombre que ha triunfado y el joven que ofrece victorias futuras, escoge al primero. Si fuéramos lógicos pondríamos las armas al cuidado del sexo débil que ama la seguridad y la paz, aprecia la vida.

— Sus palabras son un consuelo para los de cabellos grises, Ismaïl. Permítame expresarle mi gratitud. En cuanto a las damas, no se mostrarían muy satisfechas si escucharan sus palabras. Las acusa de interesadas.

— No bastan los cabellos grises, querido amigo. Las canas constituyen un **handicap.** Hay que teñirlas con dólares y otros instrumentos de poder. Tampoco pretendo que solamente las mujeres son interesadas. Todos lo somos. El interés es el denominador común de la especie humana. Si fuéramos desinteresados, el socialismo no tropezaría con tantos obstáculos en sus aplicaciones prácticas. No se serviría del terror ni habría hecho el esfuerzo de fabricar textos de penosa lectura como los de Karl Marx. Bastaríanle las enseñanzas de los profetas.

Observo que en mi país, el dinero es menos prestigioso que el éxito político. El turco responde que en el suyo también. Atribuye el fenómeno a que en su patria, como en ciertas naciones hispanoamericanas, la burguesía no es suficientemente fuerte todavía para transformarse en plutocracia. Cuenta con los bancos, pero no con los cuarteles. Su influencia es relativa, no obstante vivir esas repúblicas bajo el régimen de la propiedad privada y de la libre empresa.

Después de cenar, subo a mi habitación. La plática sostenida con Ismaïl invita a reflexionar. Colombia es la nación suramericana donde el poder político y el económico se confunden, desde 1830, para expresarse a través de dos etiquetas, la conservadora y la liberal. La masa se mantiene ajena al debate de apasionadas y reducidas minorías. Marco Fidel Suárez, gobernante, fue una excepción a la regla y la muerte de Jorge Eliécer Gaitán una tremenda advertencia para los aspirantes de origen modesto. Admiro en Alfonso López al gran señor que no quiso ser plutócrata, al hombre de profundas y acendradas preocupaciones sociales. Desafió el egoísmo de los pudientes para convertirse en abogado de los pobres. Hízome el honor de convidarme a almorzar en Nueva York, el año de 1947. Era alto, distinguido, particularmente elegante. Un lord podría envidiar su camisa de batista y su corbata de rayas. Hablamos de problemas venezolanos y colombianos, frutos de la miseria. Predijo una catástrofe en su tierra si los gobernantes no

tomaban medidas para lograr una mejor distribución de las riquezas. La libertad perdía prestigio porque no vestía cuerpos desnudos ni llenaba estómagos vacíos. Consideraba que en Venezuela, las regalías petroleras facilitaban la solución del caso.



Existen personas especializadas en la palabra hiriente y la observación ingrata. En vez de granos, siembran espinas, abriendo surcos profundos. Profetas del día siguiente, técnicos de la censura tardía como lo fueron del halago precipitado y con marcados fines utilitarios. La misiva de una amiga que protegí, durante largos años, inspira estas reflexiones. Sus consejos disfrazan mal antiguos resentimientos. La amargura ocupa el sitio que ha debido ocupar el afecto en el corazón de algunas mujeres. Las consecuencias son nefastas. Aceleran la invasión de la fealdad, que no de la vejez, que puede ser bella y sonriente. «Esa no es bonita porque no ha amado», solía decirme el poeta Brasillac en nuestras correrías por el Barrio Latino. Y concluía: «¡La estética es amor, es pasión!» Las solteronas, como la que escribe, son las adecas del sentimiento.



Me consideraba conocido, pero no célebre. Ahora resulta que no me conocen y me conceden triste celebridad. Los periódicos me condenan a la execración de mis compatriotas. Pretenden guillotinarme con palabras. La obra demoledora se acentúa. Ruina moral, ruina económica. No queda más camino que escribir, explicar, no justificarse. «La Cadena» quiere encadenarme a la ignominia. Ha lanzado contra mí una jauría de afilados dientes y de escaso bagaje gramatical, a la altura de la Junta. Decía Zumeta que el mundo se dividía en cristos y fariseos. Camus expresa la misma idea,

en otros términos. Hay que escoger entre victimas y verdugos. La muerte se ha vuelto instrumento político. Matar para vivir mejor. Criminales, delincuentes, se disfrazan de marxistas para lograr impunidad. Peor que matar es aceptar y justificar la supresión de vidas.



Los ranchos se multiplican en los cerros de Caracas y sus aledaños. Crecen como hongos frente a la mirada complaciente del gobierno y de los partidos, en busca de electores. Los apuntalan con cabillas y unos cuantos saquitos de cemento que el Ejecutivo paga de contado. Diadema de latón, harapos y detritus que un contraalmirante, ansioso de popularidad, ha obsequiado a la capital. Corona de espinas que precede un calvario y la crucifixión de una ciudad que, como el Otro, no merece castigo. Las facciones cuentan los votos probables que suplen las migraciones campesinas, atraídas por un plan de emergencia electoral.



Hoy ha escrito J. F. C., desde París. Los adecos regresan a Venezuela tímidos, modestos y hasta sonrientes. Dejaron la arrogancia en las Antillas. López Gallegos es ahora simpatiquísimo y Luis Lander manifestó a un grupo, en un restaurante, que ellos debían hacerse perdonar muchas cosas. Un viejo amigo mío visitó a Betancourt, en compañía de su hijo. La entrevista fue concertada por Marcos Falcón Briceño, en su residencia. Palideció de ira al mencionar a Pérez Jiménez, se perdió en improperios. No perdona su doble condición de autor de la denominada Revolución de Octubre y de la militarada de 24 de noviembre de 1948. No admite que otro haya sido el instrumento de la historia. Hubiera querido ser él, Marcos Pérez, como lo llamaban en Caracas, en épocas felices. De mí dijo que era un loco, un

hombre que deseaba ser ministro porque su padre no lo había sido. Ignora que me enorgullece más un progenitor con talento que con una Cartera. ¿No es ministro, acaso, Arturo Sosa? ¿No lo fue Ricardo Montilla? **Cesarismo Democrático** vale más que un ministerio, con **Lincoln** y policía en la puerta. ¿No es así? En cuanto a mí, no fui al Despacho de Relaciones Interiores en solicitud de posición social y económica. Ya las tenía. Deseaba hacer algo por mi patria y lo hice. Ahí están las pruebas, a la vista de todos. Los actuales gobernantes y sus sucesores se encargarán de justificarme. Los locos tenemos momentos de lucidez, al servicio de Venezuela. Los charlatanes, no. Fuí lúcido durante cinco años consecutivos para bien de la República.

*
* *

Esta tarde han telefoneado de Nueva York. Es un amigo procedente de Ciudad Trujillo. Los compatriotas emigrados me echan las culpas de los sucesos. Según ellos, desmoralicé al gobierno, solicitando asilo en una embajada. He debido ser tontamente heroico. Exponerme al vejamen de Rómulo Fernández o de cualquier otro **sigüi**, respaldado por fusiles. ¿Será más viril, quizás, escapar a medianoche en un avión? No me sorprenden los comentarios. La desgracia nos vuelve injustos. Es fardo que se carga con dificultad. Siempre estamos dispuestos a cederlo. Por el momento, el candidato al **bojote** soy yo. Me encuentro en Suiza y no allá.

*
* *

Hasta 1945, sentí cierta admiración por Rómulo Betancourt. Desde muy joven había combatido al general Gómez y sufrido años de destierro y persecuciones. De regreso a la patria, cuando los que no habían servido al amo se vendían al esclavo, él se mantuvo rebelde, indiferente a las tentaciones presupuestales. Me gustaba su actitud, no su prosa.

Proscrito en Chile, en tiempos de López Contreras, publicó un libro denominado «Problemas Venezolanos». Lo leí con interés y terminé convencido de que el problema futuro iba a ser Rómulo, un agitador sin cultura. Le conocí de vuelta a Caracas. No eludía su compañía, aunque constábame que no era santo de su devoción. Hay nombres y apellidos predestinados al odio adeco. Después del afortunado alzamiento de octubre, desapareció mi estimación por su persona. Innoble fue la conducta del Presidente de la Junta Revolucionaria con los caídos. Agregó al vejamen de la lista de peculado, un insulto por micrófono a los presos de la Escuela Militar. Ahí se hallaban detenidos los generales López Contreras y Medina Angarita, Arturo Uslar Pietri, Manuel Silveira, Mario Briceño Iragorry y Diego Nucete Sardi. Hasta sus calabozos llegaba la voz estridente y altanera que, precisamente, no había dirigido el equivocado movimiento. Desde las ventanas del piso alto podía verse al lidercillo, en medio del patio, sudando sus rencores. En mi concepto, Betancourt es el principal responsable del drama nacional de los últimos doce años. Su acción apasionada, en treinta y seis meses de omnímodo poder, provocó el pronunciamiento de 24 de noviembre de 1948. De la misma fuente proceden el 2 de diciembre de 1952 y la revuelta de enero. La Junta actual es intelectualmente adeca, es decir, alocada, inepta. Los discípulos del guatireño se cuentan por centenares. Este probó que se podía ejercer la Primera Magistratura, sin hoja de servicios, sin instrucción y sin campaña militar victoriosa.

*
* *

La dictadura es el expediente a que se apela cuando otras soluciones conducen a la anarquía. La decisión tomada el 2 de diciembre de 1952 era la más beneficiosa para Venezuela. Aplazóse entonces por cinco años, el espectáculo que ahora presencia la República. Los hombres de U. R. D. no

eran, en aquellos días, más capaces que hoy. Tampoco los copeyanos con quienes hubiesen podido formar una coalición. Aceptar el encumbramiento de Jóvito Villalba implicaba abandonar los planes cuidadosamente elaborados para desarrollar el país. Habríamos disfrutado, quizás, de algunas libertades, con sacrificio de otras, entre ellas la inherente al bienestar colectivo. Seguramente, no tendríamos ahora las vías troncales, las autopistas, la carretera panamericana, la obra de riego del Guárico, los nuevos hoteles y hospitales, los edificios de la Ciudad Universitaria. Sucesores de la Junta de Gobierno, los dirigentes de U. R. D. no se habrían preocupado de dragar el Orinoco, de abrir la Barra de Maracaibo, de crear una industria siderúrgica y la petroquímica. Por naturaleza, por imperativo profesional, sus desvelos eran de distinta índole. Hubiesen perdido el tiempo en palabrería y componendas de partidos. Lo único grandioso del frustrado quinquenio urredeco hubiese sido el Presupuesto General de Ingresos y Gastos Públicos, enfermo, deficitario, hipertrofiado, para satisfacer las ansias de una burocracia tan inepta como voraz. Entre nosotros, la democracia es exigente. Vive de los electores y éstos de las complacencias del Estado. Un líder de partido no aspira a premios de historia sino a ganar en las urnas. También es un error creer que solamente los adecos son adecos. Los conozco verdes, amarillos y sin color definido.

*
* *

J. F. O. refiere en conversación telefónica que ha hablado con un otrora ferviente pérezjimenista. Al aludir al admirado jefe de ayer, lo llama Pérez, simplemente: «¡Yo le dije a Pérez. Pérez me manifestó. Pérez no oía!» En Venezuela, los políticos caídos pierden el nombre de pila. Quédales, apenas, el apellido. A mí me decían Laureano y los que menos me conocían, Laureanito. Esto refleja intimidad con el poderoso de turno, crea respeto y facilita gestiones y negocios en las dependencias oficiales.



Las libertades son producto del orden. Entre nosotros, los regímenes de derecho, los períodos de legalidad han sido la obra involuntaria de un autócrata que escoge a su sucesor. Guzmán Blanco designó a Rojas Paúl y Juan Vicente Gómez a López Contreras. La anarquía actual engendrará a un dictador. Los demagogos y los ineptos saben, apenas, fabricar tiranos.



Abro, con asco, un paquete de periódicos de Caracas. Tengo el privilegio de ser insultado por un sacerdote. En épocas turbias, como la presente, hasta la sotana transita por caminos opuestos a la moral y a la decencia. Amar al prójimo, perdonar al enemigo, rogar por el verdugo. La doctrina es hermosa porque es sobrehumana. ¿Aprobará Cristo a este panfletista? La actitud del hombre anuncia a un disidente. No me sorprenderé si funda una iglesia adecocatólica. Castillo Méndez era pintoresco, pero no malvado.

Mi familia me presta preciosa ayuda, en estos momentos. Mi mujer, mis cuñados, mis hermanas. Ninguno me hace sentir que sufre por culpa mía. También contra ellos se desatan las iras.



Anoche llegó Johnnie Rivera, procedente de Nueva York y Caracas. Un viejo cliente del Banco dejó de saludarle, alegando falsos resentimientos. Semanas atrás se decía su amigo. En una oportunidad declaró, en presencia mía: «¡Ese es mi papá!» Es pecado mortal mencionar mi nombre y mis parientes y allegados viven inquietos y temerosos, a pesar de que para nada intervinieron, durante mi actuación pública. Se me puede acusar de todo, menos de nepotismo.

Cuenta mi cuñado que días antes de su partida asistió a una entrevista del señor Wheeler, jerarca de «The First National City Bank», con Eugenio Mendoza. El más conspicuo miembro de la Junta de Gobierno manifestó tranquilamente que los principales colaboradores de Pérez Jiménez seríamos enjuiciados por peculado. Para mi mujer y para mí no tuvo una palabra de aliento, de cariño, no obstante hallarse en presencia de un familiar muy cercano que conocía nuestros antiguos y estrechos nexos de amistad y afecto. Ya husmeaba yo cuál era la posición asumida por Eugenio. A una dama que pidióle interceder por el doctor Pedro Guzmán, refugiado en una embajada, respondió airado: «Por su señora puede que haga algo. Por él, nada.» ¿A qué razones obedecerá el repentino furor de Mendoza contra sus relaciones de ayer? A mi casa venía con frecuencia. A veces muy de mañana y compartía mi desayuno. Concurría, además, a las fiestas oficiales y a las privadas que ofrecían mis colegas de Gabinete. Frecuentemente, me encargó de gestiones relacionadas con sus negocios. La última, recuerdo bien, fue con la Corporación Venezolana de Fomento. Deseaba mi amigo venderle un lote importante de productos «Protinal». Es natural que nos odie Rómulo Betancourt y nos malquieran Villalba y Rafael Caldera, pero, ¿Eugenio Mendoza? ¿Wolfgang Larrazábal? ¿Carlos Luis Araque? ¿Pedro José Quevedo?

*
* *

Jóvito Villalba es el mejor de los tres principales líderes de partidos. Ha sufrido cárceles, destierros y persecuciones, mas no es rencoroso. Raras veces se expresa mal de sus adversarios. Sería un Presidente bueno, no un buen Presidente de la República. Fáltale experiencia administrativa e ignora los problemas económicos y financieros. Tampoco es muy vasta su cultura general y sus escritos huelen a cosa vieja, superada. Gambetta del siglo XX con afición al

Derecho Constitucional, de limitada aplicación en Venezuela, por cierto. Sin embargo, sería el único que hablaría de amnistía, de reconciliación. Su generosidad es sincera, no recurso de campaña electoral. Más que para gobernar, nació para opositor, desde el Congreso. Ahí se destacará siempre. Siento no ser su amigo. Lamento que la política nos haya separado. Resulta molesto, incómodo, ser enemigo de Villalba. No inspira enemistad. Al contrario. También en este sentido se diferencia de Betancourt de quien es fácil y resulta un alivio distanciarse con cualquier pretexto. Sus bravatas y sus carcajadas desconciertan, repugnan. La antipatía proverbial de los adecos es reflejo suyo. Quizás Luis Lander mejoraría lejos de Rómulo. Lo mismo Alberto López Gallegos. Del grupo, el único que ha resistido al virus de arrogancia que el guatireño trasmite, es Gonzalo Barrios. En verdad, es el menos aldeano de todos. El Viejo Mundo marca a sus residentes con un sello de amable escepticismo, nos humaniza. El dogmatismo es eminentemente lugareño.

*
* *

Trataré de ser claro y sincero en estos apuntes, aunque pienso, como Simone Weil, que «amar la verdad significa soportar el vacío y, por consiguiente, soportar la muerte. La verdad está del lado de la muerte». Mi padre fue veraz en sus obras. No le perdonaron. Para su tranquilidad y la de los suyos, hubiese valido más que sostuviese la tesis de que Venezuela era un pueblo preparado para la democracia representativa. Decir que pariría tiranos, mientras no cambiaran las condiciones del medio, era exacto, pero peligroso. La mayoría de mis compatriotas admite el fenómeno del cesarismo en conversaciones privadas, entre amigos íntimos. Luego declara lo contrario en los periódicos y en los discursos. Allí tenemos dos convicciones, la íntima y la pública, la del cenáculo y la del Senado. También dos religiones, dos morales, dos leyes. Pares dispares. Tartufo podría ser un

político criollo de ideología democrática. Si no fuera francés se inscribiría en uno de nuestros partidos, preferentemente en Copei. Rico, formaría parte de las fuerzas vivas y practicaría la filantropía, en sus ratos de ocio.

*
* *

Se marcha Edgar León. Anhela reunirse con su esposa y sus hijos. No puede volver a Caracas, por el momento. Hemos dispuesto que vaya a Colombia, a Cali, concretamente. Allá está uno de mis cuñados y mi mujer es copropietaria de fincas y empresas industriales en las que encontrará trabajo. Acompañámoslo a la estación. Están presentes las jóvenes portuguesas que hicieron amistad con él, en el hotel. Presiento que no nos veremos más. Es absurdo porque cuenta apenas treinta y cinco y yo no quiero morir. Deseo reivindicarme antes. Dios no permitirá que desaparezca envuelto en un sudario de lodo. ¿Qué sería de los míos? La desgracia no cuenta con padrinos y la situación de una viuda y de una niña perseguidas es sumamente dura. Un muerto no protesta, no replica, no combate. Tampoco inspira temor ni respeto. Mis adversarios no creen en cuentos de aparecidos y hurgan en las tumbas, como en los hogares. ¿Quién escapa a aquella prensa desenfrenada? Becerra, el de «El Federalista», era un caballero comparado con ciertos periodistas de esta etapa venezolana.

*
* *

El sacerdote insiste. En otro artículo me califica de ateo. Me excluye de la comunidad católica para atacar con mayor desenvoltura. No replicaría a sus infundios si pudiese hacerlo. Goethe aconsejaba callar los sentimientos religiosos para protegerlos mejor en el santuario del propio corazón. No hace falta la palabra para hablar al Todopoderoso. Los mensajes divinos no son verbales y raras veces cuentan con

buenos intérpretes. No brillan todos los ministros del Señor porque él, aunque digan lo contrario, no los escoge sino los soporta. ¿No es así, padre? Una bella actriz manifestaba a Bernard Shaw: «¡Si escribiese como usted, escribiría a Dios!» Desgraciadamente, no tengo las cualidades del autor británico. Mi detractor tampoco. Sus actividades son más pedestres que celestes.



Aviso de Caracas. El señor doctor Eduardo Arroyo Lameda, quien preside una tal Comisión de Enriquecimiento Ilícito, se ha trasladado a las oficinas de «The First National City Bank of New York» para embargar los haberes de mi esposa y míos. De igual manera ha procedido en otros establecimientos bancarios, ordenando que la administración de esos bienes pase a cargo de un Instituto de Crédito Municipal, manejado por adversarios nuestros. Se dispone, pues, arbitrariamente, del patrimonio de una familia, sin juicio previo. El hombre que así actúa se dice abogado de la República y se autocalifica de honesto y de intelectual.

Este Arroyo Lameda es nieto de aquel León Lameda que se caracterizaba por su vehemencia y por la circunstancia de ser uno de los pocos mulatos godos de la apasionada y pobre Caracas de hace un siglo. Fue uno de los asaltantes de la residencia del general Antonio Guzmán Blanco, en la noche del 14 de agosto de 1869. Desde la esquina de El Conde, azuzaba a los famosos **lincheros de Santa Rosalía** sobre los que ejercía cierta influencia. Su descendiente ha heredado alguna de las virtudes que adornaban al ancestro, pero sus rencores se ocultan detrás de una figura tímida, encogida, con piel de papel de estraza asoleado. Me odia como odia a todos los que han ocupado elevadas posiciones en nuestro país, a quienes no perdona haber ignorado sus méritos de medianía burocrática y literaria. En tiempos del general Juan Vicente Gómez, desempeñó el cargo de Agregado Co-

mercial a la Legación de Venezuela en Londres y tuvo la mala ocurrencia de vomitar sobre el mantel, durante un banquete oficial, como ahora vomita sobre las leyes y la ética profesional. Su actitud presente le perjudica moralmente. A mí no. Una vez calmadas las iras, que forzosamente habrán de envejecer, sus mejillas podrían cubrirse de rubor al recordar el gesto cobarde e inelegante, pero temo que el color verdoso de la tez lo proteja contra esa manifestación física de la vergüenza.

Mi mujer y yo conversamos. El propósito es arruinarnos, por todos los medios, dejarnos sin recursos en el extranjero. Ella me acaricia las manos. Eso no lo lograrán. En Colombia está íntegra su herencia materna. Además, no debe asustarnos la perspectiva de ser pobres. La mayoría de los humanos lo son. De otra parte, todavía puedo trabajar, ganarme el sustento. Siempre lo hice, sin necesidad urgente. Dios nos prestará ayuda para educar a la hija y a la sobrina.

Paseamos por las calles del pueblecito, nevado y frío. Grupos de temporadistas entran alegres a la pastelería. Otros bajan de la montaña con los esquíes al hombro. Vitrinas iluminadas, repletas de relojes. Niños que pasan veloces en sus trineos: «¡**Achtung**! ¡**Achtung**!» Una dama protesta asustada, pierde equilibrio y cae de rodillas. Le ayudo a incorporarse. Dice cosas que no entiendo en la lengua del lugar, la más parecida al latín. Según me explican, transcurrieron largos años antes de que los invasores bárbaros escalaran estas cumbres. Los campesinos de la región se enteraron tarde del desmembramiento del Imperio Romano. Mi esposa y yo caminamos callados. La desgracia nos ha acercado más y nos permite cambiar impresiones con tranquilidad, lejos de la presencia de terceros. La vida pública implica el sacrificio de la vida privada. Nos hemos encontrado de nuevo al cabo de un penoso viaje mío, a través del país político, que en nada se asemeja al otro, el que nos gusta y no exige casaca ni paltólevita para permitirnos respirar. Me asalta una duda. Quizás he debido vender mis

bienes, en 1953, y enviar el dinero a Estados Unidos. Mis adversarios no podrían causarme hoy daño económico. Mi mujer sonríe:

— Eso no hubiese sido digno de ti. Era una decisión poco nacionalista, contraria a tus principios. Solamente los extranjeros tienen el derecho moral de exportar sus capitales. Nosotros no. Pertenecen a Venezuela, como nuestros cuerpos y nuestras almas. Tú me has dicho que cada bolívar que se escapa contribuye al debilitamiento del país...

— En todo caso, he podido poner cosas a nombre de amigos. ¡Muchos se ofrecieron!

Ella mueve negativamente la cabeza. Rechaza también esta solución. Sería admitir culpabilidad. Hemos asumido la actitud correcta. Presenciaremos impasibles el despojo. Ya llegará la hora de la Justicia y desaparecerán nuestros perseguidores. Surgirán otros hombres. La Junta Militar corrigió los errores de Rómulo Betancourt. Cerró un ciclo de desmanes. López Contreras, Medina Angarita y Arturo Uslar Pietri, recuperaron patria y patrimonios. ¿Por qué no, nosotros? Nuestros compatriotas saben que éramos ricos antes de la actuación política, a menos que inventen ahora, entre otros, los delitos de peculado prenatal y preministerial. Sobran candidatos para confeccionar el adefesio. Armémonos de paciencia, esperemos. Vamos a pasar una buena noche, como la pasan nuestros actuales gobernantes, satisfechos de haber cumplido con el deber democrático. Los pecadores se hallan lejos, muy lejos. Por fortuna, los destinos de la nación están en manos de los capaces, de los puros, de los honrados. Wolfgang simboliza el talento, Eugenio el desinterés, Quevedo la sobriedad, Araque la cultura y Edgar Sanabria la virilidad. No aró en el mar, Simón Bolívar.



Suena el teléfono a hora tardía. Alguien llama de Estados Unidos. La telefonista yanqui pide paciencia. Si los gatos conocieran el inglés, hablarían como ella. Al fin, una

voz masculina. Es un señor que presta colaboración al Servicio Secreto del Ejército de Norteamérica. Me fue presentado años atrás. Visitaba a Venezuela con relativa frecuencia. Comienza por pedirme opinión sobre los sucesos de mi país. Respondo que si pudiese formarme opinión al respecto, me abstendría de comunicarla a un extranjero. Los asuntos venezolanos se discuten entre venezolanos. También en ese sentido difiero de Betancourt. Sospecho que la contestación no es del agrado de mi interlocutor, quien, después de un momento de silencio, me aconseja no solicitar visa norteamericana. Me la negarían. Agradezco la recomendación y declaro que, en ningún momento, he proyectado volar a Nueva York u otra ciudad de la Unión. Otro silencio. El individuo insiste. Desea averiguar dónde pienso instalarme. Pregunto si quiere conocer mis señas para obsequiarme una suscripción a la revista «Time». Se despide con un hasta pronto que huele a adiós definitivo. Enciendo un cigarrillo. Fumo despacio, con deleite. ¡Oh manes de José Fouché! Hasta para ser buen policía se requiere talento. El famoso ministro de Napoleón I fue educado en un seminario y poseía vasta cultura clásica. Este subalterno de Allan Dulles es un impertinente. En verdad, no me atraen los Estados Unidos. Allá me siento apabullado, sus dimensiones me asustan. Además, tengo una segunda patria. En Francia no soy un exiliado. Me gustan el clima, los paisajes, las gentes, la cocina y la literatura. En París cuento con viejos amigos, vivos y muertos. El Sena es un antiguo afecto. A lo largo de sus muelles y en la **rue** Bonaparte, me aguarda la sombra de don César Zumeta. Frente al Hudson, nadie. A falta de mangos y pomarrosos, hoy vedados para mí, he tomado cita con las librerías de lance que llevan siglos observando el río. Un acordeón sustituirá el cuatro y las maracas, durante un tiempo. Los **moineaux** remplazarán a los cucaracheros y las canciones de Edith Piaf me consolarán de **El Porteño,** de Magdalena Sánchez.

La gracia caraqueña encuentra su mejor expresión en

el tanguito merengue. Sabe a misa de aguinaldos, a témplete de carnaval, a torco y yerbabuena de pulpero italiano. Extraño solfeo de arroz con huesitos y guarapo de piña. Música de bajo y cornetín beodos al amanecer de un miércoles de ceniza. Ritmo que inspiró un arrepentido **ratón de brinquitos**. Te saludo con respeto y quiero escucharte antes de morir.



Vienen, en un sobre grande, dos páginas de una revista venezolana. Ignoro quién las envía. En la primera hay una foto de mujeres vestidas de harapos que toman el sol en el patio de un hospital psiquiátrico antillano. Abajo, una leyenda infame: «Una de esas enfermas debe ser la madre de Vallenilla Planchart». Quedo largo rato perplejo con el papel sobre las piernas. Mamá falleció, en nuestra casa de Caracas, Reducto a Miranda número 26, el 16 de febrero de 1916, es decir, hace cuarenta y dos años. Contaba apenas treintiséis. La recuerdo vagamente, pero sé que era bella, distinguida y buena. Jamás estuvo internada en manicomios por la sencilla razón de que nunca presentó síntomas de enajenación mental. Tengo entendido que fue feliz en su infancia y en su juventud. También durante su matrimonio, que deshizo la muerte. Mi padre y ella eran considerados como una pareja ejemplar. Su luna de miel transcurrió en París donde vivieron largo tiempo. Mi tío, José Manuel Planchart Lovera, me refería que mi progenitora era la preferida de sus padres y de sus hermanos, por la circunstancia de ser la menor de una numerosa familia. Hasta su hermana Luisa, casada con el general Armando Rolando, la trataba con cariño maternal. Todos la calificaban de sortaria, de afortunada. Su existencia discurrió sin problemas. Un mal día, Dios dispuso arrebatárnosla. Quedaron un viudo y tres niños huérfanos, a pesar de los esfuerzos de los doctores Luis Razzetti, Emilio Conde Flores y Felipe

Guevara Rojas, médicos eminentes y muy amigos nuestros. Esta historia es bien conocida por quienes integraban entonces la sociedad caraqueña. La he escuchado muchas veces de labios de parientes y allegados. Con infinita maldad, periodistas que deshonran la profesión, quieren crear ahora en torno mío la leyenda de la locura hereditaria, del hijo sin entrañas que abandona a la autora de sus días en un antro infecto, y para cumplir tan triste cometido, no vacilan en violar una tumba. ¡Es monstruoso! Permanezco inmóvil, con el corazón encogido y las pupilas húmedas. Mi mujer me sorprende en esa actitud y adivina que algo ingrato ocurre. Toma las hojas y lee. Luego se vuelve hacia mí, pálida, llorosa:

— ¡Me aterra pensar que se nos odia tanto, tanto!

Después reacciona y me acaricia suavemente la nuca:

— No te preocupes mayormente. ¡Esto es obra de unos miserables!

— Tienes razón. Hay actos que revelan la contextura moral del autor. La patria vive momentos propicios al pasquín y a toda iniquidad mal escrita. Las ratas se complacen en las aguas turbias. El fenómeno es antiguo. Refiriéndose a épocas de inquietud y oscuras conspiraciones, Salustio observaba que aquellos que se señalaban por su mala conducta y falta de escrúpulos afluían todos a Roma. En cuanto a José Reyes Cova, que no conocía a Salustio, me explicaba, de niño, que las revoluciones arrastraban la porquería de los cerros y la depositaban en la plaza Bolívar. Ahí está ahora. Alguien se encargará de barrerla.



Tomo una determinación. Me abstendré de leer prensa de Venezuela. Es indispensable para no perder los estribos y proteger el estilo. Me enteraré de los sucesos nacionales a través de los diarios extranjeros y de la revistilla que en París distribuye don Ramón de Alderete, con las noticias

de Hispanoamérica que no publican los diarios franceses. La prosa criolla del presente envenena el alma y asesina la literatura. Elaboraré, para mi, un programa de estudios. Me siento atrasado en muchas materias. Necesito también escribir mis memorias para que mi hija, principalmente, sepa quién he sido, de dónde venimos. Estos apuntes me sirven de entrenamiento. Diario al margen del calendario, sin hilvanar, que probablemente no será nunca publicado. Me ayuda, sin embargo, a pasar el tiempo y puede que a la larga, contenga observaciones útiles para el historiador de una triste etapa del devenir venezolano. Quedan aquí retratados algunos prohombres de la actualidad vernácula, gestos, actitudes de inaudita torpeza que producirán hilaridad, más adelante, a generaciones cultas y responsables. La popularidad de Wolfgang, las ambiciones de Eugenio, los eructos de Quevedo, la preocupación fiscal de Carlos Luis, el teodolito contratista de Lamberti, el repentino donjuanismo de Sanabria. ¿No es risible, todo eso? Lamentablemente, los retratos se vuelven caricaturas, a pesar mío y por culpa de ellos. Son gentes de circo, no de panteón.

*
* *

Gracias a mi padre podré luchar contra la adversidad. Me enseñó el desdén por cosas que para otros hombres constituyen el objetivo principal de la existencia. Consideraba que la inteligencia era el más envidiable de los bienes y una sólida cultura su complemento. La asociación de ambas nos volvía fuertes, inviolables, poseedores de un patrimonio excepcional, capaz de salvarnos en todos los medios y en las peores circunstancias. Perfeccionarlas es mejorar, renovar el material de guerra y aumentar las probabilidades de éxito. La compañía de los libros será un consuelo útil en la soledad y vacuna eficaz contra la amargura y el desaliento. Un proscrito vive también de ilusiones, de espejismos. Son sus vitaminas, muy peligrosas, por cierto, cuando se exagera la

dosis. El abuso de este medicamento conduce a derrochar las horas en llamadas telefónicas, difusión de falsas noticias, estrategia y táctica de bar. Tampoco hay que cruzarse de brazos y esperar estático, la caída del enemigo. Pienso servir a Venezuela, a mi manera, con mis trabajos y mis publicaciones. No dispongo de otros instrumentos. Lejos de mí la idea de financiar planes revolucionarios, condenados de antemano al fracaso. Las armas están allá, no aquí. La industria conspirativa del exterior jamás ha sido rediticia. Al menos, para quienes suscriben acciones en la empresa. El caso de los administradores es distinto. Fuera del país, el **san** y el **club de fluxes** se transforman, frecuentemente, en un golpe.



Duermo mal. La referencia a mi madre, en el semanario caraqueño, me ha impresionado más, mucho más que la noticia del embargo y probable confiscación de nuestros haberes. He medido la intensidad del odio que me profesan los que monopolizan en mi tierra la letra impresa. Poco importa que no tengan razón. La realidad es esa y debo prepararme para una prolongada o definitiva ausencia. La familia descansa en las habitaciones vecinas. Desde la mesa que me sirve de escritorio, oigo respirar a mi mujer, sosegadamente, como respiran los justos. Distráigome con la redacción de las normas que regirán mi vida de proscrito. Las aprovechará, quizás, el futuro autor de un manual del perfecto exiliado. Todo anuncia que centenares, miles de venezolanos correrán con la misma suerte mía, especialmente si los adecos regresan al poder, patrocinados por la estulticia de la Junta. El partido cuenta con electores, pero no tiene amigos. Esto quedó demostrado en noviembre de 1948, aunque parezca paradójico. Nadie se dignó morir por «Acción Democrática», como murieron muchos, tres años antes, por Medina Angarita. Betancourt arrastra votos, pero no con-

quista corazones. No inspira afecto. Sus propios correligionarios no le quieren. Para gobernar se vería obligado a desterrar a un crecido número de sus opositores. Para ellos también son las reglas que escribo frente a un paisaje invernal:

a) Abtenerse de todo optimismo. Más bien, esperar lo peor.

b) Reducir los gastos a las disponibilidades reales. El cálculo ha de prever un período de improductividad personal y ayuda eventual a compañeros necesitados.

c) Preferir las distracciones poco costosas para el bolsillo y beneficiosas para el intelecto, como conciertos, conferencias, teatros y visitas a museos y sitios históricos.

ch) Evitar la frecuentación de bares, cabarets y cafés. El alcohol es mal consejero. Incita a erogaciones absurdas y facilita discusiones y riñas. Las consecuencias pueden ser graves para quien disfruta de la hospitalidad de una nación y no cuenta con la benevolencia de los agentes diplomáticos y consulares.

d) No solicitar a los amigos en viaje de turismo, aun si se trata de antiguos conocidos. Esperar que ellos lo hagan. Generalmente, los cambios políticos alteran los sentimientos y modifican las relaciones sociales.

e) En caso de tropezar con compatriotas en gira de placer, no tocar temas de tipo ideológico o partidista ni referirse a la propia desgracia. Esto no interesa a terceros y menos a quienes se desplazan para divertirse y descansar.

f) No pedir dinero en préstamo. Caso de que sea imprescindible, pensar antes que la demanda puede ser rechazada. Así se suavizan los desengaños adicionales.

g) No asistir a fiestas, manifestaciones artísticas y funerales que impliquen gran afluencia de compatriotas para no correr el riesgo de sufrir ofensas y desaires. La adversidad política nos vuelve vulnerables, débiles e indefensos como niños. Es una ocasión que los cobardes y los oportunistas aprovechan para sentirse hombres y soltar el lastre de sus tremendos complejos.

h) Preferir la compañía de personas que se hallan en condición similar o parecida a la que se atraviesa. Ellas nos comprenden mejor. La frecuentación de extranjeros, totalmente ajenos a nuestros problemas, resulta provechosa y constituye una excelente receta de higiene mental. Permite hablar de otras cosas. Referirse sistemáticamente a los mismos temas, lesiona la inteligencia y disminuye el nivel cultural.

i) Tener el pasaporte en regla, así como los demás documentos relacionados con la identidad y los permisos de residencia. Esto es de primordial importancia para los refugiados políticos.

j) No exagerar la importancia de las opiniones adversas, escritas o verbales. Los ausentes nunca tienen razón y son caza fácil y apreciada en ciertos medios.

k) Cuidar la salud y desarrollar el intelecto. Llevar una vida sana y aumentar y mejorar los conocimientos. El exiliado es comparable a una ciudad asediada. Se desea su muerte o su rendición incondicional. Resistir al asalto, no claudicar, significa contribuir a la victoria final que será, que ha sido casi siempre, la de los más aptos.

Pienso soportar con entereza las bombas y las ráfagas de armas automáticas que me disparan desde Venezuela. Por fortuna, son pésimos los artilleros. Fuerzas improvisadas, sin disciplina, sin entrenamiento y sin mística. Presenciaré su desaparición. Parodiando a Amiel, el filósofo gine-

brino, puedo decir que en mi país, la sombra del león se considera el rey de los animales y pretende asustarnos. Del sitio donde estoy veo burros que se revuelcan en Miraflores. Rebuznan y no rugen. Vamos a dormir.

*
* *

Examen de conciencia. Autocrítica, dicen los marxistas, creyendo descubrir una práctica que remonta a los conventos medioevales. He sido fiel a la amistad, siempre, en toda circunstancia. La respeto tanto que perdono con facilidad actitudes inamistosas de mis amigos, cuando no revisten mayor transcendencia. Alguien me escribe arrepentido de un concepto apresurado sobre mi actuación pública. Piensa que conocía el incidente. Varios desterrados cambiaban impresiones en un hotel de Nueva York. La sinceridad estimulada por el whisky raras veces refleja la exactitud del sentimiento. La verdad no se halla en el fondo del vaso, como reza el proverbio. Es una verdad alcohólica, una caricatura de la otra que exige reflexión.

Nos marcharemos mañana. Vamos a Zurich. Johnnie Rivera desea recibir a su madre, procedente de Maiquetía. Volarán juntos a París. Nosotros seguiremos a Lausanne. Isabel, nuestra sobrina, quiere permanecer, durante unos meses, en un internado de esa ciudad. Debo haber influído, involuntariamente, en su decisión. Me ha oído hablar con entusiasmo de los años que allí pasé, en mi adolescencia, del tenis, de la equitación, de las regatas. El reverso de la medalla es menos alegre. Soledad inicial, desorientación, ausencia de caras conocidas. Adaptarse a un nuevo ambiente es duro para una niña.

La temporada de Saint-Moritz ha sido favorable para nosotros. Una temperatura baja también enfría las pasiones. Además, tengo la sensación de que la nieve nos protege del lodo que nos arrojan, desde Caracas. La prensa de allá supera la insensatez. Un filósofo dijo que los intelectuales

no debían jugar con fósforos. El peligro es mayor en el caso de pseudo intelectuales. Las consecuencias no serían más graves si se obsequiaran granadas incendiarias a los pacientes de un hospital psiquiátrico. Venezuela democratiza la literatura. Todo el mundo tiene acceso a las columnas de los diarios. Es la edad de oro de la colaboración espontánea y las letras sufren tantos atropellos como los políticos caídos. También las ideas. Albert Camus observa que el literato sacrifica estas últimas en aras de la perfección del estilo. El filósofo hace exactamente lo contrario. En mi tierra, el degüello es general. Ni conceptos ni arte. Nada escapa a la muerte en la apoteosis de la ignorancia y del mal gusto.



Enjoyada de cobres lustrosos, la locomotora se despide con un profundo suspiro. Nosotros también suspiramos. En el «Palace Hotel» nos sentíamos de vacaciones. Ahora, habrá que organizar nuestra existencia en forma estable, solicitar una vivienda en Francia, mientras transcurren los años de ostracismo. Por primera vez, desde que vinimos al mundo, mi mujer y yo no tenemos casa en Venezuela. Anteriormente, durante mis prolongadas ausencias, soñaba con los objetos y los libros familiares que aguardaban pacientes mi regreso. Eran viejos amigos la acuarela del español Villegas y el óleo de mi madre, jovencita, rodeada de flores azules. ¿En qué manos se hallarán hoy? También ellos fueron desterrados y sometidos a maltratos. Deben hallarse incómodos en un ambiente extraño y lanzar mudos reproches al ladrón, desde sus marcos averiados. Estoy seguro de que el beneficiario del despojo no se atreve a mirarlos de frente, avergonzado de su hazaña. Terminará por esconderlos para que un visitante indiscreto no recuerde el origen.

El tren baja despacio, a tientas, como si temiera caerse. Por momentos pienso que va a chocar con la montaña nevada. Me instalo en el vagón restaurante, frente a una

cerveza y tomo notas. Me gusta el ferrocarril. Recuerdo mis viajes infantiles a Macuto, en compañía del general Carlos Jurado-Blanco, quien se comprometía a llevarme, sano y salvo, hasta nuestra residencia del paseo de la playa. Salíamos a las tres de la tarde de la estación de Caño Amarillo. Durante la parada del **Zig-Zag**, el excelente anciano me bridaba los sándwiches de **diablito** que preparaba un alemán nervioso, ahogado en lanas gruesas. Abajo, unos campesinos peinaban el cerro, con sus escardillas. Por breves instantes, la neblina borraba sus encorvadas siluetas. «¡Clima muy bueno, frío, frio!», comentaba el **musiú**, frotándose el pecho. Los pasajeros asentían: «¡Esto es un sanatorio!». Sinembargo, una tarde subieron a un muerto, cosido en una cobija. «¡Le dio un mareo allá en La Vega y se quedó tieso!» explicó alguien al del botiquín. Todos nos persignamos. Lo enterrarían allí mismo para que hiciera milagros a los arrieros. Ellos conocen el secreto y colocan velitas encendidas sobre los túmulos. También flores secas y cruces de paja. El difunto agradecido corresponde con creces. «¡La gente de aquí es muy cristiana, sí señor!» declaró una vieja, mirando fijamente al general Jurado-Blanco que encogía los hombros escéptico, desdeñoso. Hora y media después, olores marinos invadían el vagón. El aire se volvía tibio, pegajoso, como de caramelo. Mi compañero y yo tomábamos el tranvía de Matarán, hasta el establecimiento de Eladio Luyando, donde esperaban los míos, junto con otros que venían por viajeros y encomiendas.

Todas las estaciones europeas son tristes, heladas y oscuras. La de Zurich no constituye una excepción. Vamos en taxi al hotel Baur-au-Lac. Poco más tarde salimos, en solicitud de un sitio para cenar. Nos recomiendan uno bueno en la parte vieja de la ciudad. La oca y el repollo morado saben a Alemania. Luego caminamos por el centro y miramos las vitrinas iluminadas, pletóricas de mercancías de distintas nacionalidades. Zurich respira prosperidad. Aventaja a Londres como fortaleza financiera. Vuelvo al tema de

la torpeza de los suizos. Si somos tan vivos ¿por qué el oro y las divisas no afluyen a Caracas y a Bogotá? ¿Por qué han escogido un país pequeñito y originalmente pobre? Nuestra viveza sirve apenas para andar de andrajos y engendrar subnutridos. Habrá que revisar los sistemas vigentes, a todas luces malos, si queremos subsistir. Nuestros gobernantes no podrán mentir eternamente. El progreso de las comunicaciones facilita la comparación. Frases huecas, elocuencia barata. La Atenas de América, la Sultana del Avila. ¿Cuándo nos cansaremos de repetir tonterías? El deber hispanoamericano es construír países. El verbo abarca todo.

Hoy en la mañana hemos visitado las caídas de agua del Rin. Hermoso espectáculo. Al frente, un pueblecito alemán, dominado por la torre roja de una iglesia. Los niños se acercan reídos y desconfiados, a la lluvia fina del torrente. Propongo regresar. Mis pies húmedos son dos bloques de hielo.

*
* *

La señora Rivera ha llegado por la tarde. En Caracas sigue la confusión e imperan el odio y la venganza. Pocos amigos se dejan ver. Es inútil solicitar ayuda. Las personas vinculadas a mí se exponen a vejámenes. Antes de saquearla, el contraalmirante Carlos Larrazábal, Comandante General de la Marina, envió un emisario a nuestra casa de Macuto para confiscar el bote de aluminio de mi hija y el correspondiente motor fuera de borda. ¡Otro Nelson! El jardinero se hizo otorgar un recibo. La flota venezolana cuenta ahora con una nueva unidad. ¡Qué infelices! Este Larrábal reúne las características de una mujer, salvo la belleza y el sexo. Sus antecedentes no son diáfanos. En diciembre último, el general Marcos Pérez Jiménez apadrinó a uno de sus hijos. La ceremonia del bautizo tuvo lugar en la capilla del Palacio de Miraflores. La vi desde lejos. Pasaba por allí, casualmente. Creí que el marino manifestaba así su gratitud al

Presidente que le había salvado de un bochornoso incidente en México. Algo sabe al respecto mi eminente amigo, el doctor Rafael Angarita Arvelo, para entonces embajador ante el gobierno azteca.

*
* *

Vamos de excursión a orillas del lago de Constanza. Atravesamos pueblecitos de arquitectura medioeval. Los negocios y las profesiones se anuncian con muestras de hierro, admirablemente elaboradas. Todo brilla. Diríase que edificios y calles son lavados diariamente con jabón. Almorzamos en una fonda rústica. El sabor de la sopa de avena me recuerda los años de internado suizo. Por la tarde, recorremos el castillo de Arenemberg, donde vivió y murió exilada la reina Hortensia. Es una casa de campo, sin pretensiones. En el salón del piso bajo está el piano que servía a la hijastra de Napoleón para componer música sentimental. En ese sitio conversó ella con Chateaubriand, cuando vino a visitarla, envuelto en su capa negra y con sombrero de copa que aplastaba sus orejas peludas. Hablaron de tiempos idos, de los dias gloriosos del Consulado, de Carolina Bonaparte que consiguió para él la Secretaría de la embajada de Francia en Roma. De una ventana del piso alto hay una hermosa vista sobre el lago. Era la habitación de Luis, el futuro Napoleón III, entonces oficial helvético y ciudadano honorario del Cantón. La emperatriz Eugenia transformó la vivienda en museo napoleónico. En un corredor sombrío se halla un busto del príncipe imperial, obra de Carpeaux. El niño tiene una expresión triste, como si presintiera su triste destino. Desterrados ilustres marcaron la casona de melancolía. Gotitas de humedad bajan por las paredes. Lágrimas de proscritos, quizás. Llantos que perduraron para certificar que la pena es cruel, la más cruel de todas.

•
• •

El doctor Ludwig Gutstein nos ofrece un almuerzo en el Eden-au-Lac. La equitación me ha proporcionado un amigo inteligente y versado en materia financiera. Tiene la representación legal de importantes sociedades norteamericanas y europeas. Sus compromisos profesionales le obligan a informarse sobre problemas y posibilidades de numerosos países. Su conversación es brillante, instructiva. Equivale a un buen curso de Geografía Económica. Sabe más que Mario García Arocha, sin haber inventado la vaca mecánica.

*
* *

Salimos en automóvil para Lausanne. Circulamos despacio por la pista blanca y estrecha. El chófer suizo ríe de nuestros temores y asegura que no hay peligro si se conduce con cuidado. El paisaje es monótono. Pinos, colinas, campanarios, manchas marrones de viviendas campesinas, chicos dorados y rollizos con los dedos en la boca. Pienso en manzanas bañadas de caramelo. Una vaca se asoma a la ventana y nos mira con desdén de muchacha que ha conseguido novio. No asusta la hilera de camiones verdes del Ejército que viene en sentido opuesto. Rosario de aceitunas. Labriegos de mono azul, coloradotes, bastos, hercúleos, con pies descomunales. Entramos a Berna y cruzamos una plaza sitiada por edificios robustos, burdos, como los aldeanos de la carretera. Llegamos a Lausanne, sin darnos cuenta. Aquí la arquitectura es más graciosa. Me emociono cuando bajamos a Ouchy. Busco en balde el sitio de mi colegio, pero sí reconozco al portero del «Hotel Beau Rivage» que abre solícito la puerta del coche. Está allí desde hace cincuenta años, explica. Me acerco a la ventana de mi habitación. Quiero ver el lago de mi juventud. Todo se mantiene igual. La misma terraza, los arbolitos, los bancos. Por ahí caminaba yo con mis compañeros, de gorra azul, **blazer** de botones dorados y pantalones grises. A veces acompañaba

a los amigos de mi padre en sus paseos matutinos. El poeta Andrés Mata con su andar pausado. Ernestico Guinand y su cámara fotográfica. El doctor Anzola, friolento, oprimido por una bufanda. «¡El médico me dijo que yo no tenía sino hambre!», manifestaba este último gozoso de no hallarse enfermo de gravedad, como diagnosticaron en Caracas. Durante las horas de sol solia venir también Teresa de la Parra, envuelta en un abrigo de zorros, canoso, opulento. Su presencia producía sensación. En una ocasión preguntó un argentino si era una princesa. «¡No, repuso Andrés Mata. Una reina, una reina de las letras!»

Sorpresa a las puertas del bar: Virgilio Lovera, su mujer y las tres niñas. Vienen de Roma en automóvil. Milagro que hayan llegado sin novedad. Omitieron poner cadenas en las ruedas traseras del vehiculo. Almorzamos juntos. Refieren detalles de los últimos días del gobierno de Pérez Jiménez, de la permanencia de Virgilio en la embajada de Colombia, con altos funcionarios del régimen depuesto. La entrega de Miguel Sanz a las autoridades fue algo vergonzoso, indigno de un representante de la nación hermana, militar de alta graduación, por añadidura. En Caracas se rumora que determinados refugiados pagaron fuertes sumas para obtener salvoconductos.



Salgo a pie con Virgilio. Logro ubicar la casa central de mi colegio. Los actuales dueños la han dividido en apartamentos, pero el aspecto exterior se conserva casi igual. En el terreno de deportes se levanta un edificio y otro, muy grande, en el que ocuparan las canchas de tenis. El expendio de cigarrillos y la pastelería, no han cambiado de fisonomía. La familia del doctor Auckenthaler, nuestro Director, se ha extinguido. Max y su esposa murieron, durante la segunda guerra mundial. Fred después. Evoco esas sombras mientras subimos en funicular al centro de la ciudad.

Gran animación reina en la plaza «Saint-François», en este atardecer de marzo. A mi lado pasan estudiantes con libros bajo el brazo. Fuman, gritan y gesticulan como lo haciamos nosotros. Penetramos a la tienda «Albion House» donde acostumbraba yo comprar camisas y corbatas. El propietario me reconoce. Es prodigioso al cabo de tantos años. Adquiero un **pull over** y él me obsequia pañuelos en recuerdo del pasado. Las lágrimas se asoman a mis ojos. Nos dirigimos a la confitería «Nieffeneger». Explico a Virgilio que allí me invitaba Teresa de la Parra, a la hora del té. Era uno de los establecimientos mejor reputados de Europa, por la calidad de los helados, los chocolates y los dulces. La emperatriz Elisabeth de Austria, asesinada en Ginebra por un anarquista, era cliente asídua, según me refirieron en aquellos tiempos. El público ha cambiado. El lugar, ampliado, se ha vuelto ruidoso. Tomamos la calle del Teatro y pasamos frente al edificio que alojaba a mis primos, los Vallenilla Lecuna. Presencié su construcción. Ahora se ve viejo y feo. Cecilia de Vallenilla Lecuna es una santa. No le conozco defectos y tengo la seguridad de que su alma debe ser tan bella como su persona. Considero un privilegio haber tratado de cerca a una mujer de tanta calidad. Me enorgullece que sea venezolana y lleve mi apellido. Estas líneas, que ella no leerá nunca, son el mensaje de mi gratitud. Ondas misteriosas comunican a los ausentes. Se las trasmitirán desde una ciudad que supo de su generosidad y de su abnegación. Era la amiga de los pobres, de los huérfanos y de los desvalidos.



Dedicamos una mañana a Villars-sur-Ollonne para saludar a nuestro sobrino, José Antonio Bueno. Maravilloso espectáculo. Sol radiante y dos metros de nieve. El niño nos recibe reído. Parece satisfecho del colegio y de los profesores. En el mismo establecimiento están un sobrino del general Pérez Jiménez y un hijo de Ciro Sánchez Pacheco. El

Director me habla inquieto de los sucesos de Venezuela. Teme por el pago de las pensiones trimestrales. Respondo que su actitud no se justifica, que eventualmente, me hago responsable por los tres chicos. Luego, ante su insistencia, telefoneo al Banco que lleva mis cuentas y un empleado logra tranquilizarlo. El hombre se excusa y dice que ha escrito a la Legación en Berna, sin obtener contestación.

*
* *

Vamos en automóvil a Ginebra. Señalo a mis acompañantes el castillo de Coppet, trajeado de gris, encaramado sobre una colina. **Madame** de Staël, Benjamín Constant. Los imagino instalados en las dos cabeceras de una mesa larga, consultando textos, o empeñados en una discusión política apasionada, mientras Julieta Récamier, los mira muda, sonreída, echada en un sofá. Drama de exilados aquí también. Tardes y noches dedicadas a afanes eruditos, pero con el pensamiento puesto en una capital vedada. Necker y su esposa están enterrados a pocos metros de la histórica mansión. Cuenta la leyenda que sus cuerpos, intactos, flotan en urnas metálicas repletas de aguardiente.

La cuna de Rousseau nos recibe con lluvia, pero el mal tiempo no resta animación a la hermosa ciudad. Reconozco sitios que frecuentara en mis mocedades. El jardín a lo largo del lago que el doctor Diógenes Escalante prefería para sus caminatas nocturnas. El «Hotel Métropole», poblado de japoneses, donde nos hospedábamos José López Rodríguez y yo. Caracciolo Parra-Pérez, leyendo atentamente el menú del «Hotel des Bergues» para averiguar si había **chicken pie,** uno de sus platos favoritos. Don César Zumeta en regocijada charla con Ventura García Calderón, a las puertas del Palacio de Naciones. Gabriel Turbay y sus gafas de montura negra, siempre en el dancing «Embassy» a la hora del aperitivo, velando un venado, observaba don César. En el mismo local, mi amigo el médico Heberto Cuenca, es-

pecialista del corazón en todas sus manifestaciones, según el mismo e incorregible Zumeta.

Nativo de Ginebra era el catedrático y pensador Enrique Federico Amiel. El señor Gaudier, mi profesor de Filosofía, me hizo leer sus obras. Sentía por él una admiración que yo comparto. Hace veinte años que releo periódicamente su «Diario». Vivía y trabajaba, hasta altas horas, en una bohardilla. Solterón, tímido, avaro. En invierno economizaba la leña de la chimenea y cogía resfriados.

Virgilio decide, durante el almuerzo, que su familia y él nos acompañarán a París. Habrá que hacer el viaje en avión porque fuertes nevadas han interrumpido el tráfico en las carreteras. Los trenes ruedan despacio, por la misma razón. Fijamos la partida para pasado mañana.



Me visita Carlos Rölh, viejo amigo y lejano pariente. Su hermano Juan, diplomático acreditado en Berna, es uno de los contados funcionarios que me telefonean todavía. Vienen a vernos también el general José Victoriano Zambrano y su excelente esposa. El ex-Gobernador de Miranda cuenta sus aventuras de mandatario derrocado. «¡No te preocupes, hermanón!», díjole Larrazábal la víspera de echarle del país, sin miramientos. Al llegar a Madrid se enteró de que había sido pasado al retiro y privado de la pensión legal prevista. Como complemento, fue incluído en la lista de peculadores. Atraviesa, con los suyos, una angustiosa situación económica. Sus pupilas se humedecen al exponerme el caso.



Cincuenta minutos de vuelo. París aparece bajo una nube verdosa, color **pernod** con agua. Nos dirigimos al Hotel Jorge V. Mi hermana María Luisa, antigua cliente, ha reservado para nosotros un apartamento, pero nada saben

los empleados de la recepción. Inútil discutir. Nos alojan en dos habitaciones pequeñitas, con armarios minúsculos. Tomo estas notas sobre una maleta. Los Lovera corren con mejor suerte en el «Queen Elisabeth», a pocos pasos de nosotros. Surgen los Rivera, Mercedes y Juan de Mata Guzmán Blanco. El camarero hace maromas para servirnos whisky. Imposible circular. Los Guzmán Blanco proponen subir a su salón. Aceptamos. Más tarde cenamos juntos en un sitio del vecindario. Mi mal humor desaparece con la grata conversación de nuestros amigos. Mañana buscaremos donde vivir.

*
* *

Los nervios me despiertan temprano. Bajo a la dirección. Tengo la suerte de que el Gerente es un hijo del señor Colonelli, Administrador del «Claridge» antes de la guerra y conocido mio, a través de Alberto Dodero. Ofrece resolver el problema, dentro de dos o tres días. La sección apartamentos es muy solicitada. Tiene las ventajas sin los inconvenientes del hotel. Los precios son razonables y considerablemente más bajos si se hace un contrato por largo tiempo. Convengo en las condiciones y telefoneo a mi mujer la buena nueva. Salgo a pie solo. El primer contacto con París ha de ser directo, sin testigos. Tomo la «rue» Pierre Charron y bajo la avenida de los Campos Eliseos, hacia la Concordia y las Tullerias. Perdido en mis recuerdos, me encuentro frente al Teatro Francés y los jardines del Palacio Real. Mirar las vitrinas del rosario de tiendecitas es un placer, gratuito e instructivo. Aquí estuve, treinta años atrás, con el poeta Pedro Rivero Navarro. «Ni berro ni barro», decía Arvelo Larriva. Habíamos almorzado juntos en «Le Canneton». Invitaba él, naturalmente. Los vinos y los vasitos de frambuesa excitaron al bardo, quien puso especial empeño en acercarse a la residencia de los Orleans:

— Quiero pasearme por esos corredores ilustres, centro del vicio, a fines del siglo XVIII. Garitos, prostitutas y pros-

tibulos. A lo mejor topamos con don Francisco de Miranda, que ha perdido sus últimos cien luises en la ruleta, o con el joven Simón Bolívar, de casaca azul, luciendo su ya célebre sombrero que envidian los pisaverdes. **¿Chi lo sa?**

Cruzo a la izquierda para tomar la «rue» Vivienne. El edificio de la Bolsa. Es la hora del cierre. Centenares de hombrecillos agitados abandonan el local. Diríase hormigas que huyen de un insecticida. Continúo despacio. A la derecha, la casa que fuera residencia del Libertador. Para ir de juerga, no necesitaba tomar coche. Las diversiones se hallaban cerca para aquél héroe que comenzó por ser «dandy» y conservó la costumbre, hasta la muerte. Camisas de Londres, pero también Carabobo, Boyacá y Pichincha. Probó que las dos actitudes no eran contradictorias ni se excluían. Sigo adelante para alcanzar el bulevar, impregnado de un característico olor a fritos, el mismo de siempre. Instintivamente, llego a la «rue» Cambon. Se me ocurre entrar al «Ritz» para saludar a Georges, director del bar y viejo amigo mío. Me recibe encantado y mientras me ayuda a dejar el abrigo, dice:

— Hoy le invito yo. ¿Espera a alguien?

— No, estoy solo.

Me instalo en una mesita del fondo. Escasean los parroquianos. Dos hombres y tres norteamericanas viejas, de floridos sombreros. Hablamos de otra época, de aquella ocasión en que me prestó cien francos para poder invitar una chica a cenar. Georges ríe y subraya que no fue una mala inversión. Opina que la invasión creciente de turistas yanquis produce cambios desfavorables en las costumbres. Turismo de masas sin personalidad. Evoca a Hemingway. Su aparición en el hotel, el día de la liberación de París:

—Sabía que venía como corresponsal de guerra y tomé precauciones. Al entrar preguntó por mí. Encontró su botella de «Bollinger». La despachó de pie y pidió otra. Luego se sentó a conversar como si nada hubiese ocurrido. No aludió a la batalla de Normandía, ni a los combates que

había visto de cerca, ni a los alemanes. Manifestó que iría a la mañana siguiente por los lados del Odeón, a la librería de Sylvia Beach. Deseaba comer también los «hors d'œuvres» del «Relais de la Belle Aurore» y la costilla de ternera de «Emile», en Montparnasse. «Papá» es un hombre extraordinario. Hace poco estuvo aquí, de paso para Madrid. La ha dado por las corridas de toros. Quise que me informara sobre Scott Fitzgerald. Numerosos norteamericanos recogen anécdotas suyas y desean conocer al personaje. Cosa extraña, no me acuerdo de él. ¡Cómo no! dijo «papá». Era aquel rubio delgado, muy elegante que tomaba solamente whisky «Black Label». Venía conmigo a este bar, el mismo que acompañé a Dijon, en solicitud de un coche convertible cuya capota no pudimos ajustar y recibimos un aguacero terrible. «Papá» es único y tiene una salud a prueba de todas las bebidas imaginables.

Me despido de Georges. Prometo volver con frecuencia:

— Sera como antes, «monsieur» Vallenilla...

— No, no será como antes. Ahora soy un viejo desterrado.

— ¡Perfecto! Si no fuera por los desterrados voluntarios e involuntarios, ¿qué sería de mi?

Regreso tarde al Jorge V. Mi mujer me espera inquieta para almorzar:

— ¿Por donde andabas?

— Tenía mi primera cita con París y perdí la noción del tiempo...



Esta noche escribo con comodidad. Disponemos de un saloncito, dos habitaciones y dos baños. Nos hace falta Isabel, la sobrinita que quiso permanecer en un internado de Lausanne. María Luisa, nuestra hija, irá al Colegio de la Asunción, a tres cuadras de aquí. Empieza una vida nueva, que no mejor. De Venezuela nada sabemos, directamente.

Nadie escribe y nos abstenemos de leer prensa criolla. Rechazo los periódicos que los amigos me ofrecen. Es desagradable el odio impreso y tengo la impresión de degradarme con cierta prosa, cuando la hay tan buena y edificante en Francia. Mi exilio ha de ser totalitario, físico e intelectual, para producir resultados apreciables. El físico lo imponen mis enemigos, el otro yo para fortalecerme y combatirlos mejor, más tarde. El patriotismo mio no es literario ni gastronómico. Tampoco se relaciona con la indumentaria. Sé de alguien que se cree patriota porque circula de «liquiliqui» en Miami. El amor a la patria consiste en serle útil, en trabajar para ella, inteligentemente.



Esta tarde he conversado largamente con J. F. C., en un café de Montparnasse. El tema principal ha sido el comunismo. No me siento con fuerzas para ser comunista. No podría renunciar a mis costumbres, a mis amigos, a la libertad de pensamiento ni someter mi existencia a consignas ajenas. No aceptaría el crimen como instrumento de lucha política. Es monstruoso matar para atacar una idea opuesta y más grave aún matar para eliminar enemigos potenciales. ¿Cómo estrechar la mano de una persona cuya sentencia de muerte firmaríamos mañana, sin vacilación? Se requiere un temple especial. Soy un detestable católico. El abogado me refiere una anécdota de Albert Camus. Un ahijado suyo, argelino de origen, fue a visitarle. Confesó que se había inscrito en el partido comunista. El escritor lo miró fijamente y díjole con voz sosegada:

— A partir de hoy, hay entre tú y yo una diferencia fundamental. Si ordenaran fusilarte, trataría de impedirlo por todos los medios a mi alcance. En cambio, si el condenado soy yo, tu aceptarás y justificarás la medida.



La guerra de Argelia envenena a los franceses. Manifestaciones callejeras, atentados, asaltos. Los camiones de policías forman parte del paisaje en la avenida de los Campos Elíseos. Corren rumores de toda clase. Dos veces me han detenido en la vía pública y obligado a identificarme. Los agentes han dejado de ser amables, como en otros tiempos. Ceno en «Maxim's» con el periodista François de Montfort y su hermano Marc, abogado de profesión, quien perdió el brazo izquierdo en la reconquista de Estrasburgo. Ambos piensan que se preparan acontecimientos políticos de excepcional importancia, probablemente un golpe militar, a menos que el Presidente Coty llame al general de Gaulle.



Una voz trasnochada me despierta a las cinco de la mañana. Es José Félix Rivero, quien fuera redactor de «El Heraldo», de Caracas. De su enredada explicación deduzco que se halla en un **cabaret** de Montmartre. sin dinero y amenazan con detenerle. Ruego al conserje del Jorge V que ofrezca pagar en hora hábil, cosa que logra luego de discutir un buen rato. Rivero me visita a mediodía. Su traje y su camisa reseñan elocuentemente la noche anterior. Opina que la situación venezolana está **de anteojitos** para un militar resuelto. Allá todo el mundo está aterrado, pueblo, gobierno, oposición. Al cabo de un rato se incorpora y me pide dinero para marcharse a España. Complázcole en el acto.



Pedro Estrada telefonea de Miami. Alicia, su esposa, espera un niño pronto. Seré el padrino. Cuenta de la llegada de la señora de Pérez Jiménez, con su madre y las niñas. El general vendrá después. Me inquieta que el ex Presidente y su familia resuelvan establecerse en Estados Unidos. Las

compañías petroleras son muy influyentes en Washington y considerables sus inversiones en Venezuela. Una insinuación de nuestro gobierno sería acatada y apoyada. Los abogados de la «Standard Oil Company» son frecuentemente secretarios de Estado. Además, existe un tratado de extradición entre Venezuela y el vecino del Norte. El general Pérez Jiménez debería fijarse en España o en Francia para evitarse inconvenientes. Confío en las instituciones francesas. El Poder Judicial es independiente y raras veces se escogen los ministros entre los hombres de negocios. Aquí nació Descartes. Este pueblo es eminentemente lógico, acepta explicaciones y no es difícil convencerle cuando se tiene razón.

*
* *

Vemos a los Lovera casi todos los días. Parecen contentos. Cada mañana salen en su pequeño **Mercedes Benz,** armados de un mapa de la ciudad. A veces se pierden y toman horas para encontrar el camino del hotel. También nos solicitan Carlos Aristimuño Tamayo y su mujer. Carlos es inteligente, culto, muy versado en asuntos internacionales. Sería un diplomático de primera categoría como lo fue su padre, el doctor Carlos Aristimuño Coll. En una época, Venezuela seleccionaba cuidadosamente sus representantes en el Extranjero. Luego perdió esa saludable costumbre. Ahora tenemos embajadores que avergüenzan. Parece condición indispensable, para desempeñar esas elevadas funciones, ser vulgar y aficionado a la botella.

*
* *

Encuentro en el **hall** a Inocente Palacios. Me saluda cordialmente. Somos amigos desde la niñez, pero tengo la sensación de que mi presencia altera sus nervios. Se despide apurado. ¿Me habré vuelto susceptible? El destierro crea

ciertos complejos. Menos mal que esta impresión se disipa al tropezar con Guillermo Meneses que espera junto al ascensor para subir a nuestro apartamento. Charlamos frente a dos vasos de whisky. Recordamos el Colegio Chávez. Aquella mañana en que estalló el polvorín. El santo enmarcado que presidia la clase cayó al suelo con estrépito. Las Landáez Amitesarove,directoras del plantel, eran parientas cercanas de Guillermo. Pastora, Teresa, Rosa... Tres excelentes viejecitas. Al separarnos, digo:

— No debes venir mucho a vernos, Guillermo. Podrían valerse de ese pretexto para remplazarte en la embajada...

«El Guillo» me interrumpe, ofendido:

— Soy pobre y necesito del cargo, pero no sacrifico mis amistades por un puesto público. ¡Que me quiten si quieren!

Todo un señor, Guillermo Meneses. Los intelectuales venezolanos, salvo raras excepciones, cuentan con reservas morales que los mercaderes ignoran.



Me impongo la obligación de caminar cada día unos dos kilómetros. Es el ejercicio menos peligroso, a mis años. El médico me ha prohibido el tenis y todavía no he conseguido un club para practicar la equitación. Mi mujer me ha acompañado esta mañana. Fuimos a pie hasta la estación de San Lázaro y la rue Buffault. Ahí está el Hotel «Franklin et du Brésil» donde residieron mis progenitores, a principios de siglo. También Rubén Darío, Diógenes Escalante y Pedro María Morantes. Una joven que desempeña la gerencia nos enseña el comedor, el salón y dos habitaciones con sala de baño. Esta es una innovación. En aquellos tiempos no había agua corriente en el establecimiento. Mi padre gustaba referir que el cliente pedía un baño y el empleado de una firma especializada subía una bañera de caucho y bombeaba agua caliente por la ventana, desde una carreta, con la ayuda de un tubo y de una escala de soga. El precio era elevado,

cinco francos oro. La mayoría prefería frecuentar los baños turcos del bulevar de la Magdalena, con su personal vestido a la usanza oriental. Darío figuraba entre los más asiduos. Llenaban para él una piscina y pasaba adentro horas y horas, con una boquilla de marfil entre los dientes. Después aparecían el masajista, el pedicuro y el criado con la taza de café que el poeta endulzaba con **Kola Astier**, como Cipriano Castro.

Seguimos el paseo y entramos al «Criterion», poblado de sombras ilustres. Poco queda del antiguo local. Fue transformado al finalizar la última guerra. Ahora es una especie de **snack bar.** Empleados del vecindario almuerzan allí rápidamente. Desaparecieron los sillones de cuero y la alfombra roja. Los parroquianos de antaño no reconocerían el sitio donde se citaba Nervo con la francesita amada y Vargas Vila hacía chistes, a costa de Gómez Carrillo. Todo cambia, todo se esfuma. Nos vamos sin dejar huella.



Interrumpo la redacción de mis notas para recibir a Francisco Díaz Hernáiz, en viaje de negocios. Virgilio Lovera le sirve de **cicerone.** Le conozco desde muy chico. Sus hermanos mayores, Roberto y Alfredo, eran mis compañeros en el Colegio San Ignacio. El segundo, particulamente aplicado e inteligente, murió víctima de un accidente de automóvil, junto con dos de sus tías. El coche cayó en una quebrada y sus ocupantes se ahogaron. Francisco es alegre y ocurrente, hábil comerciante. Me aconseja cuidarme del doctor Mariano Arcaya, quien anuncia en todas partes que me dará una paliza. Contesto que no soy manco ni paralítico. Sabré defenderme en caso de agresión. Refiere después sus aventuras de la víspera. Estuvo en un **cabaret** de Montmarte con el Catire. «¡Nos hicimos dueños de la situación!» Obsequiaron champaña a la clientela presente. Alguien preguntó quiénes eran esos caballeros tan generosos

y el dueño declaró, seriamente, que turistas de **Venezuela Saudita.** Reimos. Panchito habla de Caracas. Las gentes se apasionan por la democracia y Larrazábal goza de inmensa popularidad porque se persigna antes de tomar la palabra y besa a las viejas con devoción. Un verdadero estadista.

*
* *

Cenamos con los Rivera. Johnnie se marcha mañana para Nueva York y Caracas. El Banco reclama su presencia. Quedan en Paris su madre, su mujer y los niños. Ocupan un apartamento frente al nuestro.

Mi cuñado y mi hermana María Luisa han llegado hoy de Bruselas y ocupan, provisionalmente, un apartamento en la avenida Víctor Hugo. Les visitamos después de la comida. Nada tan deprimente como una mudanza. Baúles, maletas, cajones, papeles regados en el suelo, huellas de aserrín. Me entran ganas de huir. Ramón, impasible, coloca sus camisas en un armario, mientras Martina, la criada española que fuera también persona de confianza de mi padre, chilla sin razón. Sentada sobre una pirámide de equipaje, María Luisa toma una enorme taza de café. Con menos de la mitad pasaría yo la noche en vela. «¡No se vayan, esperen un ratico!», y volvemos, hasta las dos de la mañana al inevitable tema venezolano. Me acuesto cansado. Comienzo a acostumbrarme a los ruidos de la calle y al gesto del portero que palmea para detener taxis vacíos. Se oyen también voces de trasnochadores, protestas airadas, reclamos. En la acera opuesta funciona un restaurante para noctámbulos. Me cuentan que los guitarristas han aprendido canciones criollas y reciben a nuestros compatriotas con el «Alma Llanera».

*
* *

Acompaño a Johnnie al aeropuerto de Orly. Las siluetas de los aviones se diluyen en la neblina espesa. De regreso, el coche me deja en el bulevar Saint-Michel. Recorro los

jardines del Luxemburgo. La primavera se asoma tímida por las ramas desnudas. Parejas dichosas de enamorados. Ancianos que toman el sol y observan a los niños que juegan con arena. Estudiantes que miran todo menos el libro abierto entre sus piernas. El teatro y los actores son los mismos de antes. Ha transcurrido casi un cuarto de siglo, desde la época en que venía aquí y asistía mudo a las discusiones de Roger Colas y de sus amigos de «Acción Francesa». Mi condición de extranjero no me autorizaba para intervenir en el debate. Esa actitud prudente me permitía frecuentar los distintos grupos políticos con gran provecho personal. Comunistas, socialistas, radicales, anarquistas. Sigo adelante y bajo al bulevar Saint-Germain. Reconozco la librería preferida. Entro y pregunto por **monsieur** Laurier. La empleada señala a un hombre de mi edad que anota algo en un papel. «¡Ese no es!», declaro. El otro levanta la vista y la chica dice, triunfante: «¡Este cliente pretende que usted no es **monsieur** Laurier!» El interpelado se acerca, con expresión complacida:

— Conoció a mi padre, ¿verdad? Murió en vísperas de la guerra. La escena se ha repetido con muchas personas que regresan a París, después de una larga ausencia.

Charlamos en tanto escojo unas obras que me enviarán al hotel:

— Hemos sufrido mucho. Tuvo usted suerte de encontrarse en América durante la ocupación. Vuelve cuando todo se arregla. Hay personas que nacen con suerte. ¡Usted es una de ellas! Me considero afortunado porque salí con vida de un campo de concentración alemán. ¡A mi lado morían como moscas los detenidos!

No me atrevo a manifestar que estoy desterrado en Francia. ¿Qué importancia tiene mi caso al lado del suyo? Me retiro reconfortado. Si él pudo volver a su tierra, mayores oportunidades existen para mí de retornar a la mía. Nada amenaza mi vida. El único peligro en perspectiva es la paliza de Mariano Arcaya. ¡Para morir de risa! Trataré de

conservar la salud. Austeridad, disciplina, sobriedad. Cumplamos esa consigna.



De regreso al Jorge V encuentro a mi mujer preocupada. Quiso estrenar la cocina, preparando un plato, olvidó el asunto por un rato y halló la olla fundida. En lugar de arroz, tenemos figuritas metálicas fabricadas por el fuego. Recuerdan las obras de esos escultores contemporáneos que exponen **rue** de Seine para une clientela **snob** y **progresista.**

Telefonean después del frustrado almuerzo. «¿No me conoces, Laureano?» Pienso que es un bromista. La voz insiste y descubro, finalmente, al doctor Pedro Amaré del Castillo, joven abogado venezolano que ha vivido en España y ahora en París por una larga temporada. Está abajo, en el **hall.** Desea verme. Salimos de paseo a pie. «Perucho», como lo llamamos sus amigos, es un jurista de raro talento, especializado en cuestiones fiscales. De insaciable curiosidad intelectual, está dedicado a ver y leer piezas de teatro para perfeccionar sus conocimientos de francés. Caminamos a orillas del Sena y nos detenemos en las librerías de lance. Domíname el vicio de manosear viejos textos, de recorrer páginas enfermas de ictericia, manchadas por los años y los ojos de misteriosos lectores. Amaré comparte mis aficiones. Será un excelente compañero de excursiones, a lo largo de estos muelles venerables e ignorados por el turismo criollo. Hablamos de Corneille y de Racine, de Molière y de Beaumarchais. Recomiéndole una pieza corta que frecuentemente representan en la Comedia Francesa. «Una puerta debe estar abierta o cerrada», de Alfredo de Musset. La referencia al poeta nos conduce a George Sand. Renan la consideraba como un genio. Nuestros contemporáneos juzgan con menos generosidad a la primera mujer que llevó pantalones por las calles de París. Era, sin embargo, de una profunda sensibilidad social. Una precursora en las ideas y en la indumen-

taria. La noche nos sorprende en una mesa del café «Aux Deux Magots», empeñados en una conversación literaria. A nuestro lado, un anciano de camisa roja toma notas en un cuaderno, ajeno al ruido y al desfile incesante de barbudos, mujeres de pieles, chicas de **blue jeans** y varones de chaquetas de cuero y extraños peinados. Al despedirnos, mi amigo y yo observamos que no hemos aludido a Venezuela en el curso de esta primera conferencia parisina.

*
* *

Incidente desagradable en la avenida Jorge V. Veo venir en sentido opuesto al general Ricardo Arroyo Lüdert y a su esposa. Los considero amigos míos y fuimos compañeros de gobierno. Jamás hubo diferencias entre nosotros. Al parecer, pensábamos del mismo modo. Un exiliado no debe tomar la iniciativa del saludo, pero renuncio a esa sabia norma de la eterna tragedia venezolana y me acerco con la mano tendida. Olga vacila y la estrecha con desgano. El marido dice en voz alta, con inusitada arrogancia:

— Me niego a saludarle porque usted...

Interrumpo el discurso. Sospecho que no será muy elocuente ni edificante:

— Es verdad. ¡No existe afinidad entre uno y otro!

Me alejo. Por la noche, después del teatro, cenamos en familia, en el Café «Fouquet's». Aparecen los Arroyo. El camarero pretende instalarlos en la mesa vecina. Ellos se niegan y miran hacia otro lado. Alguien me entera de que Arroyo es el nuevo embajador de nuestra patria en Bélgica. Queda explicado el resentimiento. Cometí el error de suponerlo desterrado como tantos compañeros suyos.

*
* *

Jóvenes de las condiciones de Pedro Amaré del Castillo y del doctor J. F. C. me curan del desaliento que inspiran algunos hombres de generaciones anteriores. Quizás los

fracasos dependieron de que estos últimos eran mayoría en un país que requiere esfuerzos nobles y cultos para su desarrollo. Duele haber formado equipo con ciertos individuos, aunque convengo en que es difícil, casi imposible, rodearse en el poder de figuras irreprochables, exclusivamente. Cabe aquí una anécdota de mi padre con Manuel Díaz Rodríguez, quien se quejaba amargamente de la designación ministerial de un personaje indeseable:

— Mira, Manuel. Nombrar Gabinete equivale a amueblar una casa. Se necesitan desde el salón hasta el excusado.



Hoy he estado en Asnières. Tenía cita con don Federico Musso, un amigo de mi progenitor, milagrosamente vivo todavía. Su edad, un misterio. Unos dicen noventa años, otros más. Dejó a Venezuela en los días finales de Cipriano Castro. Era dueño de casas en Caracas y de acciones bancarias. También de un hato importante en Apure. El Jefe Civil del pueblecito vecino a la finca, le detuvo en una ocasión, sin motivo. Se acusaba a aquel ciudadano apolítico de haber escondido **un parque** en su propiedad. Fue conducido amarrado a la capital y alojado en La Rotunda, con un par de grillos en los pies. Pasaron meses. Una mañana le pusieron en libertad, sin explicaciones. El que manda no explica. Musso regresó a Apure. El mayordomo había negociado el ganado, por orden de **la autoridad.** Otros y él dispusieron de su dinero. El expoliado propietario tomó una resolución. Vendió hacienda, inmuebles urbanos y valores. Vino a Francia para no volver a la patria. Desde entonces reside en el aledaño parisino donde voy esta mañana en busca suya. El taxi que ocupo en la estación, atraviesa calles húmedas y tristes, en las que montan guardia árboles descarnados, de troncos negros, como los que pinta Bernard Buffet. El coche se detiene frente a una quintica de aspecto modesto, que viste el uniforme de sus vecinas. La conocí bastante en

mis mocedades. Abre una mujer que se seca las manos en el delantal, antes de estrechar la diestra mía: «¡**Monsieur** Vallenilla, **monsieur** Vallenilla!» El ama de llaves y también la amiga de don Federico, según malas lenguas venezolanas. Penetro al salón. Muebles dorados, cónsola y grabados que cuelgan de las paredes. Han envejecido junto con el dueño de la casa. En el sitio de honor, una banderita de Venezuela y el escudo nacional, tejido en sedas multicolores. El anciano se incorpora —estaba sentado frente al piano— y viene a mi encuentro. Ha perdido estatura, con el tiempo. Nos abrazamos.

— Todas las mañanas toco valses criollos. Es para mi una manera de recordar a la patria. Ahí tengo, precisamente, el cuaderno de música que me regaló María, tu madre. Ella era una excelente pianista. Cada día de Dios rezo por Venezuela, junto a la bandera y el escudo. Ahora hace falta rezar mucho, mucho más...

Mientras el viejo habla, siento unas ganas incontenibles de llorar. Dos lágrimas indiscretas se asoman. Saco el pañuelo. El otro anota el gesto:

— Llora, hijo. Comprendo tu emoción. Te recuerdo a María, a Laureano, a todos los que se marcharon para siempre. Yo no lloro más. También las lágrimas envejecen y pierden abundancia, con los años. Pero tratemos temas más alegres. ¿Cómo están tu mujer y tu hijita? ¿Contentas en París? ¿Se instalarán ustedes aquí?

— Sí. Esta ciudad es ideal para unos exiliados como nosotros. Contamos con amigos. Mis compañeros de liceo, por ejemplo.

Don Federico asiente:

— Francia es la patria de los que pierden la auténtica. El egoísmo francés es una leyenda, sin base. Este pueblo es fundamentalmente generoso. Permite triunfar a los extranjeros, los halaga, los encumbra. Recuerda a mi difunto camarada Reynaldo Hahn, a van Dongen, Fujita, Picasso. Quédate en París y no creas en cuentos de movimientos

armados y de cruentos golpes de Estado. Cuando ocurren, no afectan al forastero para emplear un término caro a nuestro querido Bartolomé López de Ceballos. Tampoco te asustes con la historia de un éxito comunista. La armazón burguesa —yo diría francesa— es muy fuerte. Soportó, victoriosa, la revolución de 1789, las guerras napoleónicas, las invasiones, tres revoluciones en el siglo XIX, la Comuna, consecuencia de la derrota de Sedán, dos guerras mundiales, la ocupación nazista, la liberación y ahora la lucha en las colonias. Aquí donde me ves, soy ejemplo vivo de la inagotable resistencia del burgués. Desde 1910, soy propietario de los mismos edificios y de las mismas acciones. En Venezuela, bastó la decisión de un vulgar Jefe Civil para privarme de la libertad y de mis haberes. ¡Pobrecita nuestra tierra! ¿Cuándo tendremos juicio los venezolanos? Allá la envidia es el motor de toda actividad política y social. Lo ha sido siempre. El odio es el combustible. Me río de las doctrinas de los partidos y de sus programas porque no existen. A nadie interesan. Las razones de toda acción hay que buscarlas en los más bajos sentimientos, que movilizan a pudientes y menesterosos. Entre nosotros, justo es reconocerlo, mejores son los pobres que los ricos. Conmigo fueron más leales los peones que mis compañeros del «Club Concordia». Casi ostensiblemente se complacieron con mi desgraciada aventura. Una señora encopetada, declaró en una fiesta casa de las Azerm: «Ese Musso es muy pichirre. ¡Bien hecho!» Y yo no era sino un ganadero inofensivo. ¡Imagínate lo que dirán de ti! Entre nosotros, no existe la solidaridad de clases, porque no hay clases. La aristocracia es de cuentas bancarias, de éxitos económicos. Mas no te inquietes. Los mismos que hoy se incorporan al coro de difamadores, te solicitarán mañana. Con todo, Venezuela es irremplazable para nosotros. Cometí un error al dejarla para siempre. He debido volver. Lo inevitable es inevitable por culpa nuestra, por cobardía. Si los buenos estuvieran dispuestos a defenderse del atropello, si los malos no contaran con su compli-

cidad, activa o pasiva, otro gallo cantaría, hijo. El tirano requiere ayuda para encumbrarse. Los venezolanos estamos habituados a la arbitrariedad. Calificamos de tonto al gobernante respetuoso de la ley y lo tumbamos. Confundimos el heroísmo con la crueldad y llamamos guapos a los malvados. Si los norteamericanos hubiesen seguido nuestro ejemplo, Al Capone habría sido Presidente de los Estados Unidos. Me han asegurado que López Contreras y Medina Angarita fueron humanos, correctos. Estoy mal informado. No tengo oportunidad de leer prensa de Caracas. Recibí «El Universal» mientras vivió Andrés Mata. Después, nadie se acordó de mí. No existe amistad que soporte cincuenta años de ausencia. Mis contemporáneos han muerto. Zumeta emprendió el viaje final hace poco. Quedamos Diógenes Escalante y yo. Dos sombras en espera del carro fúnebre...

— ¡Pero usted está muy bien, don Federico!

— No, niño. Un anciano no está nunca muy bien. Vive de diarios milagros. Sus adversarios se multiplican y el cerco se reduce cada veinticuatro horas. Bastan una caída, una gripe, una indigestión banal para que aparezca la implacable **pelona**, como la bautizó el pobre Vicente Lecuna.

Continúa la evocación de hombres y sucesos. Diríase que en esta casa cabe solamente el pretérito. Musso me refiere una anécdota:

— Cipriano Castro y yo nos reconciliamos en París. Siempre los caídos me han inspirado cierta ternura y mucha curiosidad. Cuando están en el poder los suponemos distintos. En el destierro les descubrimos cualidades. Su verdadera personalidad se revela entonces, cuando no hay edecanes ni policías. La adversidad es un aparato de rayos equis. El hombre era simpático, insinuante. Se expresaba con facilidad e ingenio. Venía frecuentemente a almorzar conmigo. Un buen día desapareció mi camarera, chica normanda, bien parecida. Después supe por otras personas que vivía con Castro. Se la llevó a Islas Canarias. ¿Cómo hizo para convencerla sin que yo me diera cuenta? La muchacha

ignoraba el castellano y el ex presidente el francés. ¡Don Cipriano era un caudillo de verdad!

Miro el reloj. Es la una. De la cocina se escapan gratos olores. Quiero despedirme, pero mi viejo amigo me detiene con un gesto y agrega:

— ¡Espérate! Nos tomaremos media botella de champaña para celebrar el encuentro.

Surge el ama de llaves con un balde de plata en el que nada una **Perrier et Joüet.** Don Federico me sirve una copa:

— Ignoro cuál fue tu conducta como ministro del gobierno derrocado. Quizás ni tan buena como tú crees ni tan mala como dicen tus enemigos. Pero tengo la seguridad de que actuaste correctamente y con patriotismo. Un hijo de María y de Laureano no puede proceder de otra manera. Me contarás todo más adelante.

Luego señala con el índice el escudo y la bandera:

— Regresa a Caracas, niño, cuando sea posible. No cometas el disparate mío. Es absurdo renunciar a la patria porque ella no lo admite. Nos persigue y se nos impone. Al cabo de cincuenta años de vivir en Francia, toco cada día el valse «Adiós a Ocumare» y como carne frita, arroz y caraotas negras los jueves. Te convidaré. En un establecimiento, cerca de la Magdalena, venden plátanos, si te interesa. Tengo el dato de Josefina Revenga.

El chofer del taxi que me conduce a la estación, habla maravillas de don Federico. Cuenta que una vez quisieron hacerle alcalde del pueblo, por resolución unánime de todos los partidos, inclusive el comunista. Musso se negó. Debía previamente naturalizarse francés y él, por nada, dejaba de ser venezolano. Los postulantes se resignaron y le ofrecieron una medalla de oro, en testimonio de su gratitud, por servicios prestados a los habitantes, durante dos guerras mundiales.

*
* *

Visita de don Andrés Rodríguez Azpúrua, antiguo amigo. Nos conocimos treinta años atrás, en Lausanne. Había enviudado poco antes de una dama distinguida e inteligente, hija del señor Bernabé Planas. Fue a Suiza con sus tres niñas huérfanas y frecuentaba la residencia de Cecilia Díaz Paúl de Vallenilla, prima suya. Ahora viene de Caracas y de Nueva York, donde vio a mi hermana Finita. Trae para mí una pitillera de oro, salvada del naufragio de «La Muda». Hablamos sobre los sucesos de Venezuela y expresamente me abstengo de mencionar a Eugenio Mendoza, su yerno. Hasta el final de la entrevista espero, en vano, que me trasmita algún recado, una palabra de aliento, una explicación de parte del hoy poderoso miembro de la Junta de Gobierno. En efecto, me resisto a creer que un compañero de toda la vida presencie, imperturbable, la ruina y la persecución de una familia que le profesaba afecto sincero y tenía razones para considerarse retribuida, con la misma moneda. Hoy debo rectificar conceptos. Para algunos hombres, no son sagrados los fueros de la amistad y de la desgracia. Vale más arrollarlo todo, satisfacer una ambición desmedida.

*
* *

Salgo con J. F. C. Cuenta que el señor Julio Pocaterra, de regreso de París, declaró a un diario caraqueño que yo he adquirido el Hotel Jorge V y me las echo de **sapo rabudo.** Una mentira y una frase vulgar, de mal gusto. Ahora comprendo por qué, en 1946, alababa el estilo literario de Augusto Malavé Villalba. El establecimiento de mi residencia pertenece, como el «Plaza Athénée» y el «La Trémoïlle», al conocido millonario francés, François Dupré. La idea es exhibirme como ladrón, como poseedor de una inmensa fortuna. Ignora Pocaterra, en cambio, que estoy enterado de los motivos de su viaje a Europa y concretamente a Inglaterra, para conseguir la representación de cierta industria aeronáutica británica, alardeando de fuertes influencias en el Ministerio de la Defensa.

La hermana del abogado informa detalladamente sobre el proceso politico y administrativo nacional. La Junta dilapida los fondos públicos, creando burocracia y con la aplicación del plan de emergencia. Los dos mil y tantos millones de las reservas especiales del Tesoro, habrán desaparecido de aquí a junio.

Nos sentamos en un café de los grandes bulevares. Aquí el público difiere del de otros barrios. Nos rodean provincianos, turistas modestos y mujeres de mal vivir, a la caza de clientes. Filosofamos. Las doctrinas políticas no han progresado, desde hace un siglo. Nada realmente nuevo se ha dicho después de Marx y de Engels. Keynes ha enfocado, principalmente, problemas económicos y los tecnócratas resumen el pensamiento saintsimonista. La ciencia, en cambio, adelanta a pasos agigantados. El mundo del futuro será regido por científicos, como lo predijo Saint-Simon. Parlamentarios y oradores de mitines se deprecian. Nada significan, por ejemplo, al lado de un von Braun y otros sabios germánicos o norteamericanos. ¿Qué importancia tiene un Rómulo Betancourt en una sociedad de jerarquías intelectuales? ¿Qué ventajas deriva la humanidad de su presencia en funciones dirigentes? ¿Sería su desaparición motivo de duelo para los venezolanos? ¿Sufriría una pérdida la cultura? Sin embargo, el hombre está ahí y es probable que alcance la Primera Magistratura, aclamado por el voto analfabeto. Cito la frase de un pensador contemporáneo: «Antes resolvían las cosas sin consultarnos. Ahora nos consultan sobre lo que ignoramos.» Rómulo es el pontífice de los iletrados, un héroe para portorriqueños. Su éxito consiste en que ellos no están capacitados para apreciarlo en toda su ignorancia. En general, los cultos no aceptan la jefatura del guatireño. Quizás sí algunos comerciantes porque ganan dinero y no se molestan en leer.

J. F. C. opina:

— «Acción Democrática» conquistará el poder porque los godos caraqueños, que actualmente lo ejercen, son más

brutos y menos duchos que los adecos. Ya verá usted. Mientras estos señores asisten a cenas, **cocktailes** y recepciones, Luis Lander y otros emisarios de Betancourt viajan al interior de la República y organizan sus fuerzas para las elecciones. A la hora que es, hay ya un adeco activo en cada aldea. Tiene a su favor que se expresa tan mal como un campesino, habla su idioma y digiere fácilmente sancochos nocturnos y terneras a las tres de la tarde. Salvo en el caso del doctor Leoni, la dentadura de **los compañeros** es sólida.

*
* *

Cenamos con los Hernández Ron. Nos proponen pasar en Deauville las vacaciones de Pentecostés. Aceptamos. Es buena idea alejarse de París, lleno de policías armados de subametralladoras. El público está sobreexcitado, inquieto. El ambiente es de subversión y corren acentuados rumores de pronunciamiento.

Esta tarde he servido de intérprete a un caballero cubano que solicita pasajes para Nueva York. Su angustia es evidente:

— Guerra civil en Francia, chiquito. Con guillotina y todo. ¡Te lo prometo! No quiero presenciar nada de eso. Me voy para Cubita la bella. ¡Allá me doy vida!

Pregúntole si no teme a un triunfo de Fidel Castro. El hombre ríe:

— ¿Fidel? ¡Eso es puro relajo! En La Habana somos todos **hojalateros.** ¡Ojalá caiga Batista, ojalá suba Castro, ojalá vuelva Prío!

*
* *

La mañana es de sol. Almorzamos en un restaurante inmediato a la carretera, en medio de un parque de floridos manzanos. A pocos metros pastan vacas, manchadas de chocolate, gordas, satisfechas. Pienso en Luis Malaussena

que soñaba con Normandía, de vuelta de una excursión a los llanos de Apure. Vino con el cuento de que el ganado era adeco, por flaco, agresivo y malhumorado.

Penetro con placer al «Hotel Normandy» de mis mocedades. Nada ha cambiado en treinta años. El conserje es el mismo. Salimos a pie al atardecer. Deseo que mi mujer y su hermana conozcan las calles de Deauville y aprecien la hermosa arquitectura local. Del mar gris y quieto se escapa una brisa fresca, saludable. Caminamos a lo largo de las famosas planchas, solitarias al anunciarse la noche. A lo lejos, cerca de las olas, una pareja de enamorados.

Comida en «La Régence» de Trouville. Sopa de pescado extraordinaria. En este pueblecito veraneaban, en otros tiempos, el doctor Rafael Bracamonte y su numerosa familia, quienes me invitaban a menudo. Cocina de primera categoría. Rafito Bracamonte había sido mi compañero en el Colegio Chávez. La mañana que estalló el polvorín, vino su padre preocupado, en busca nuestra. Ese día almorcé en su residencia del barrio La Pastora. Desde el jardín se divisaba una columna de humo que se elevaba a la altura de la cumbre de El Avila. En aquella época la nombrada parroquia caraqueña era reputada por su clima. Las noches eran frías. Recuerdo una hilera de quintas al borde de un callejón empinado por el que subían jadeantes los caballos. Una de esas vastas viviendas perteneció a Antonio Leocadio Guzmán. Existía la leyenda de que el ánima del viejo polemista asustaba al vecindario con su cara de chivo.

Escribo frente a la ventana abierta. El mar ni huele ni hace ruido. Evoco el oleaje turbulento del Caribe, el golpe espumoso sobre las barbudas piedras, el olor a sal, a uva de playa y a marisco podrido del para mí insustituible litoral venezolano. ¿Qué se habrá hecho el sapo que por las noches visitaba el corredor de nuestra casa de El Palmar? Permanecía inmóvil, junto a una puerta, velando el vuelo de los insectos. Terminada la cacería se retiraba despacio para perderse en las malezas. También había iguanas que queda-

ban prisioneras en la piscina vacía y una culebra inofensiva que gustaba enroscarse en las ramas de los almendrones.

Pocos clientes en el hotel. Los rumores políticos alejan a los temporadistas eventuales. En los salones privados del Casino los desocupados **croupiers** conversan en voz baja. Los escasos visitantes rodean la mesa donde un norteamericano ebrio juega a la ruleta sumas importantes, sin acertar. Pide whisky, firma cheques y ríe estrepitosamente. El personal le mira con indiferencia.

Excursiones en automóvil por los alrededores. Prados floridos, vacas de piel lustrosa, retozo de terneros, cerdos sonrosados de expresión satisfecha. Esto es Jauja. Un inglés amigo mío sostiene que Guillermo de Normandía era un tonto porque había dejado tan ricas tierras para conquistar las Islas Británicas. Atravesamos a Cabourg, Houlgate, balnearios con celebridad de otros tiempos. Playas de novelas de Delly, con bañistas bigotudos, trajeados de rayas, como presidiarios. Damas pálidas que se protegen del sol con sombrillas de encajes. Recuerdo una foto de Rosemonde Gérard y de Edmond Rostand, en uno de estos sitios. Los demás veraneantes debían ser como ellos. Cursis, absurdos. La moda del siglo XVIII no provoca hilaridad, más bien admiración. La de mil novecientos, sí. Esa gente no es visible sino a través de cierta pintura impresionista. Nada tan detestable como los retratos de familia que en mi infancia adornaban las salas de Caracas, enmarcados de terciopelo rojo y madera oscura. Mi generación pagó ese tributo a la fealdad.



Dos señores charlan a mi lado en el bar del «Normandy». Dirigentes de partidos visitan al general de Gaulle en Colombey. Ambos consideran que la solución consiste en llamar al héroe de la Liberación. Lleva doce años retirado de toda actividad política, pero la nación ocurre a él, una vez más,

en momentos de crisis. Es un hombre predestinado para resolver graves problemas.

Movimiento de maletas y de viajeros en el **hall.** Damas y caballeros visiblemente nerviosos. Nosotros permaneceremos en Deauville dos días más. Hoy, en el restaurante de Honfleur, éramos los únicos parroquianos. Nos sirvieron porciones demasiado grandes y al final, la propietaria nos obsequió vasitos de calvados.

Me acerco al Casino. El norteamericano gana. Ha cobrado varias veces el pleno del número 9. La muchacha que le acompaña le ha traído suerte, explica. Se conocieron anoche, cuando cerraban el local. Ella le llama **chéri** y él besa sus manos antes de colocar las fichas.

Antes de disponerme a dormir, anoto una frase de Albert Camus. **La libertad es el derecho de no mentir.** Me gusta. Debería figurar bajo el título en los diarios de mi país, en lugar de aquello de intereses generales o del pueblo y para el pueblo. Grotesco, falso.

*
* *

De nuevo el Jorge V. Mientras rodábamos de regreso a París oímos por radio que el Presidente Coty anunciaba a las Cámaras Legislativas, que había convocado, para formar gobierno, al más ilustre de los franceses. Bajo nuestras ventanas, una multitud alegre lanza vivas a de Gaulle. Suenan los **klaxons** y los agentes de policía ríen, tolerantes. El ambiente es de fiesta. Los clientes de **Fouquet's** consumen champaña. Aparece la señora Rivera en nuestro apartamento:

— ¿Oyen las cornetas?

— Sí, pero no se preocupe. Aquí celebran la victoria de un grande hombre. En Venezuela señalaron el triunfo de un mentecato.

*
* *

Ayer tarde, mientras leía, tocaron a mi puerta. Era R. G., persona muy vinculada al Partido Comunista Venezolano, aunque siempre ha negado ser militante. Viene de Caracas. Nos unen veinte años de inquebrantable amistad. Surge cada vez que me hallo en dificultades y desaparece en tiempos de bonanza. Jamás me solicitó durante la etapa ministerial. Conversamos. Refiere sus actividades en los días que precedieron el 23 de enero.

— El golpe del primero de año nos cogió de sorpresa. Ese amanecer se esfumó el mito del régimen inquebrantable en que creíamos todos. Aplazado el problema, que no liquidado, empezamos a conspirar. Los comunistas llevaban nueve años de clandestinidad y consideraron que llegaba el momento de actuar para conquistar posiciones. Es absurdo pensar que el trabajo clandestino favorece. No alcanza a las masas. Estas se convencen a través de la radio, la televisión, la prensa, el libro y la acción sindical, sin olvidar la propaganda en liceos y universidades, medios particularmente propicios. El 4 de enero, como te decía, comenzamos a buscar contactos. Camaradas delegados con oficiales de las Fuerzas Aéreas y de las Navales. Hubo reuniones en Caracas a las que asistieron Cohén, Abdelnour, Azopardo. Todo marchaba sobre rieles hasta que Llovera Páez bajó a La Guayra, apoyado por tanques, y desarmó a los buques. Entonces nos dimos a la tarea de recoger armas cortas y largas para dotar al personal de los destructores. Personalmente, traje de Maracay dos maletas llenas que entregué a las esposas de marinos comprometidos. La obra de proselitismo no fue difícil. El país estaba cansado de la dictadura y Pérez Jiménez permanecía inmóvil, rodeado de jefes mayoritariamente incapaces, sin iniciativa. La detención de Rómulo Fernández, quien no estaba metido en el lío, a pesar de sus intentos, en nada alteró el programa. Una noche propuse a un grupo de militares que fuera Arturo Uslar Pietri, Presidente de la Junta de Gobierno. Es tan amigo mío como tú. Consideraba que era la persona indicada para

la circunstancia. No aceptaron. Sostuvieron que debía ser un oficial de alta graduación, preferentemente un marino. Uno sugirió a Wolfgang Larrazábal por ser el Comandante de la correspondiente Fuerza y otro agregó que nada habría que comunicar a este sujeto porque era capaz de denunciar el movimiento. Luego, un capitán de fragata opinó que Eugenio Mendoza podría figurar entre los miembros del Ejecutivo porque inspiraba confianza a los norteamericanos y al capitalismo criollo. Nos separamos. Tú conoces el resto de la historia...

— ¿Y la Junta Patriótica?

— Una idea genial de Guillermo García Ponce, quien buscó a un bobo cómodo para ponerlo al frente del organismo de su creación. Ahora, Fabricio Ojeda es invitado a todas partes y se codea con la mejor sociedad.

— ¿Qué piensas del futuro?

— Soy pesimista. Rómulo Betancourt ganará las elecciones, pese al creciente e injustificado prestigio de Wolfgang y a la resistencia que encuentran los adecos. Los odios producidos por la Revolución de Octubre no se han extinguido todavía. Poco importa que medinistas prominentes se fotografíen al lado de Raúl Leoni en las reuniones de la Junta Patriótica. En el fondo, las personas lesionadas entonces no están dispuestas a transarse. En todo caso, nosotros nos opondremos a Betancourt. Es un tránsfuga. Hace tiempo le tengo por un agente de los servicios secretos norteamericanos, por un vulgar subordinado de Allan Dulles o de Edgar Hoover. Su actitud es sospechosa, desde 1942. En esa época se acercó a la Standard Oil y se entrevistó con Henry Linam. La compañía subvencionaba discretamente el diario «El País». Para cerrar el trato se había celebrado un almuerzo de adecos y petroleros yanquis en la entonces residencia de Warren Smith, entre las esquinas de Reducto y Municipal. Luego vinieron las reuniones a puertas cerradas de Rómulo con un tal Calhoum, Agregado Legal a la embajada de Estados Unidos, en épocas del doctor Corrigan. ¿Te acuerdas?

Tú estabas de Secretario de Gobierno del Distrito Federal y algo debes haber olido a través de la social de la Policía. A partir de esas relaciones bochornosas, la situación económica del guatireño y de su grupo mejoró considerablemente. Informes tiene al respecto Pedro Estrada. En distintas oportunidades quise preguntarle, pero no hubo ocasión. El bachiller Castro estaba enterado de muchas cosas feas y le mataron. El musiú Brinsmade también conoce detalles de esa misteriosa vinculación. Allan Stewart, gerente de la United Press, frecuentaba las oficinas del periódico de «Acción Democrática». Su profesión era vender noticias. Quizás compraba otras. Todo es posible.

— Lo que me cuentas es impresionante, chico. Trataré de atar cabos, de recordar episodios de la Gobernación.

— ¡No te impresiones tanto! Si los adecos mandan de nuevo, verás cosas peores, complicidades monstruosas. Se traficará con la soberanía nacional y la dignidad de Venezuela. El mejor amigo de Betancourt es Muñoz Marín, individuo de conocida trayectoria. Tenemos un Doriot moreno y de pipa, resuelto a toda claudicación para conseguir y mantenerse en el poder. Aquél lamía las botas de Hitler, éste lamerá las de Eisenhower y los zapatos de su sucesor, si fuera un civil. Recordarás nuestra charla de hoy, Laureano. Presenciaremos, impotentes, la liquidación de la obra de Simón Bolívar. Nuestra independencia política será negociada por un sujeto inescrupuloso, como cualquier mercancía. El gobierno adeco solicitará empréstitos para satisfacer el hambre de sus adeptos y la voracidad de los socios capitalistas. El bolívar será devaluado para complacer a las petroleras y sin consideración por nuestro proletariado, cuyo salario real disminuirá proporcionalmente. Los ricos se harán más ricos y los pobres más pobres, con el aplauso de Wall street y los elogios de la Casa Blanca a los progresos democráticos de nuestra tierra. Suerte tienes, Laureano, de hallarte lejos de tanta porquería. El régimen de que fuiste factor importante cometió errores, pero no traficó con los

intereses de la patria. Mi esperanza está en las jóvenes generaciones. Presiento que no aceptarán cubrirse de ignominia y defenderán el decoro de la República. ¡El patriotismo se impondrá a tiros cuando no basten las palabras y se olviden gloriosas páginas de historia!

Una llamada de Carlos Aristimuño Tamayo pone fin a la plática. Desea recordarme que mañana, a las once, nos espera el señor Gastón Monnerville, Presidente del Senado. La entrevista fue concertada hace diez días, antes de los acontecimientos políticos que presenciamos. Optamos por acudir a la cita de todos modos.

*
* *

Anoche fuimos al teatro. Vimos «La Mamma», de André Roussin, interpretada por Elvira Popesco. Me levanto temprano, con el grato recuerdo de una pieza excelente. La rumana es una gran actriz. ¡Pero los años pasan! Conocí a esta mujer en la plenitud de su belleza y de su gloria. En mi adolescencia tuve ocasión de admirarla en «Tovarich». Me deleitaban su voz y la manera peculiar de arrastrar las erres.

París ha amanecido gris y lluvioso. Aristimuño me aguarda, puntual, a las puertas del Luxemburgo. Un portero ceremonioso nos conduce al despacho del Secretario de la Presidencia, quien nos explica que el segundo personaje de la República nos recibirá por breves instantes. Nada de lo que ocurre estaba previsto cuando fijaron el día y la hora de la audiencia. Proponemos retirarnos y volver más adelante, al normalizarse la situación, pero el otro insiste. Obedece a instrucciones precisas. Media hora más tarde, Monnerville nos recibe sonriente y cordial en un dorado salón. Le hemos visto en Caracas, hace un año, cuando fue a Venezuela, en visita oficial. Hoy pronunciará un discurso en la sesión extraordinaria que se celebrará para oír al general de Gaulle, nuevo Jefe del Gobierno. Alude a Luis

Napoleón Bonaparte, Príncipe-Presidente, a la guerra de Argelia. Nos despedimos. Monnerville ofrece convidarnos próximamente. Desea enseñarnos el hermoso palacio de María de Médicis. A la salida, Aristimuño y yo tratamos del momento histórico que vive Francia. De Gaulle reúne todas las condiciones del grande hombre. Heroísmo, vasta cultura, escritor de primera clase, conducta ejemplar, absoluto desprendimiento. De muy pocos puede decirse lo mismo. No abundan las figuras egregias. La Gran Bretaña tiene a Winston Churchill. China a Mao. Si esos seres excepcionales escasean en las viejas civilizaciones, sorprende que Venezuela haya producido a Bolívar y a Sucre, simultáneamente. Algo positivo que perdimos, había en el régimen colonial. En ciento y tanto años de vida independiente no se ha repetido el caso. Ni en nuestro país ni en las demás repúblicas hispanoamericanas. Se rompió el molde.

*
* *

Caminata en compañía de Virgilio Lovera. Entramos al negocio de un anticuario. En la misma casa vivió Voltaire. Un saloncito del primer piso conserva intacta la decoración del siglo XVIII. Los ojos del autor de Cándido se complacieron en este ambiente refinado. Vamos luego a una librería de ocasiones raras y lujosas. Hay maravillas. Los precios son inaccesibles. Nos muestran el libro de misa de la reina María Antonieta. Vale seis millones de francos. La época de Luis XV representa el triunfo de la estética en todas las manifestaciones del arte. La arquitectura, la ebanistería, la pintura y la escultura alcanzan un grado de perfección desconocido hasta entonces. Es una era de buen gusto que no será superada por las futuras generaciones. La Revolución Francesa fue también contra él. Desembocó en el horrible estilo imperio. Volvió por sus fueros la fealdad, cuya apoteosis tuvo lugar en 1900. La belleza se refugió en la literatura y en la obra de los impresionistas. Cierta ingenuidad

caracterizaba el pensamiento aristocrático cuando reinaba el «Bien Amado». En medio de encajes, sedas y pelucas empolvadas se hablaba de la felicidad derivada de reformas escritas. Bastaba poner en vigencia una buena Constitución para producirla. «¡El milagro del librito!» —decía Zumeta. No pocos en América sostienen todavía esa tesis.



Conviene establecer la diferencia entre los grandes hombres y los grandes caudillos. De Gaulle forma parte de los primeros. El general Juan Vicente Gómez de los otros. Era, por cierto, un excelente actor. Durante veintisiete años alardeó de campesino. Hasta en su indumentaria había algo de rural. Recuérdolo de panamá de anchas alas y liqui-liqui de tussor, con charreteras. Era su uniforme preferido. Desagradábale la gala azul, de dorados cordones y cinturón tricolor, que se veía obligado a lucir en las ceremonias oficiales. El exotismo de Guzmán Blanco, en cambio, tenía sabor europeo. En los días de la Aclamación, desembarcó en La Guayra con atuendo de mariscal de Francia. Contemporáneos suyos referían que salpicaba la conversación con términos franceses «para impresionar a los viejos generales de la Federación», explicaba José Victorio Guevara.



Evoco las afirmaciones de mi amigo pro comunista. ¿Qué habrá de verdad en ellas? El odio político favorece el rumor calumnioso. Soy una de sus víctimas recientes. Con todo, tengo la convicción de que Betancourt es un colado entre los grandes. Su personalidad no soporta el análisis objetivo, desapasionado. Inculto, mal escritor, peor orador, pésimo administrador, rencoroso, soberbio. Quédanle la audacia y la tenacidad. Dos condiciones que en las naciones desarrolladas no justifican el encumbramiento de un hombre. Entre

nosotros, todavía sí. Más adelante, cuando se impongan las jerarquías intelectuales, será distinto. El aspirante de mañana fundará sus ambiciones sobre bases respetables. Deberá probar que es uno de **los mejores**. Frase del doctor Julio César Alvarado, en tiempos de Gallegos:

— ¿Betancourt? ¡Ya verás! El mármol y el bronce le niegan inmortalidad. No posee físico de estatua. ¡Ni de busto!



Tratamos del veraneo, durante la cena. Iré, sucesivamente, a la Costa Vasca y a la Riviera para escoger un sitio adecuado. Viajaré por carretera, en compañía de Ramón Hernández Ron, Virgilio Lovera y el coronel Rafael Ernesto Pérez Luna, quienes deben resolver el mismo problema.

Biarritz. Somos los únicos clientes del hotel. Ocupamos habitaciones frente al mar. Grandes olas, violentas, agresivas. El escándalo me impide conciliar el sueño. Este tampoco es mi mar. Abro la ventana al amanecer. En esa playa me bañaba yo con Luisa y Rafael Domingo Revenga, recién casados. Allí se ahogó un criado trinitario de Julio Méndez, especializado en preparar **cocktailes** de ron con frutas frescas. El negro se alejaba confiado de la orilla porque no había tiburones y una vez, no pudo regresar.

Vamos a San Juan de Luz. La parte moderna de la pequeña ciudad ha sufrido transformaciones importantes. Las quintas del barrio «Aïce Errota» parecen abandonadas. Reconozco con dificultad la «villa Clarita» donde viví con mi padre. Está rodeada de malezas. Nada queda de la avenida de entrada, de las hortensias. Espera la demolición. Aquí y allá levantan edificios de apartamentos. Me arrebatan el paisaje amigo. Obreros italianos reclaman y discuten en alta voz. Me arrepiento de haber regresado a este paraíso de mi juventud. Volver es un error.

Almorzamos en el «Bar Basque». Cocina mediocre. En este sitio se reunían conspicuos representantes de la sociedad

española. Una noche conocí a José Antonio Primo de Rivera. Moreno, trajeado de negro. Todavía no se había señalado como líder político. Ejercía en Madrid su profesión de abogado. Un vecino de mesa explica que San Juan de Luz ha decaído con la afluencia de miles de temporadistas modestos y la emigración a España y la Costa Azul de la antigua clientela, atraída por la seguridad de hallar el sol. El mar se ha impuesto. En otros tiempos desempeñaba un papel secundario. Los veraneantes se conformaban con admirarlo, desde las terrazas. Ahora quieren nadar y quemarse la piel.

Por la tarde, nos acercamos a la frontera. Subimos al pueblecito de Biriatú de donde se divisan Fuenterrabía e Irún. Aquí presencié parte mínima del drama de la guerra civil, en 1936, como si estuviese en un teatro. Hasta mis compañeros de entonces y hasta mí, llegaba el ruido ensordecedor de las armas de fuego. En una ocasión, escuchamos las cornetas de la Legión Extranjera y vimos soldados del Tercio que escalaban el cerro.

Volvemos a Biarritz. Muy temprano, al día siguiente, visitamos casas que ofrecen en alquiler. Lovera encuentra un apartamento de su agrado y Pérez Luna una quinta. Ramón y yo preferimos el hotel, eventualmente. Presiento que iré a otra parte. No deseo destruir mis viejos recuerdos y comprobar que nada es de lo que fue.

Durante el regreso a la Ciudad Luz, nos detenemos en Angulema para almorzar. De un autobús bajan sacerdotes y mujeres que hablan castellano en voz alta. Son turistas colombianos, procedentes de Lourdes. Se comunican impresiones. Prodúceles hilaridad que el personal del establecimiento no adivine sus preferencias culinarias. «¡Oiga, vea, **jeñora**, grita una. Me trae huevos fritos!» y ante la estupefacción de la otra, suelta la carcajada.



Hotel Jorge V. Encuentro a mi mujer y a su hermana en animada charla con Blanca y Carlos Travieso, quienes

aterrizaron la víspera en Orly, en vuelo directo desde Maiquetía. Nos une a ellos un viejo afecto. Involuntariamente, al correr del tiempo, escogemos a nuestra familia. Los Travieso forman parte de la mía. Opina Carlos que el odio y los propósitos de venganza inspiran los actos del actual gobierno de Venezuela, sometido a la influencia decisiva de la prensa y de los partidos. Los mismos rencores, las mismas pasiones caracterizan a unos y otros. Los llamados independientes no se quedan rezagados. Odiar es signo de convicción democrática. Trato de evitar, inútilmente, las referencias a los saqueos. Me hacen daño. Ojalá lograra olvidar que no tenemos casa ni biblioteca, que nada queda de lo que poseíamos desde la infancia.



Almuerzo con J. F. C. en «La Coupole», a pocos pasos del hotel de su residencia. Ha asistido la víspera a un debate de intelectuales de izquierda. Me interroga:

— ¿Qué considera usted más importante, doctor. La Libertad o la Justicia?

— La Libertad. La Justicia se deriva de ella o se obtiene gracias a ella. Más aún, estimo que la libertad de expresión es la conquista básica. Sin la tolerancia de los reyes, no hubiesen existido los pensadores de los siglos XVII y XVIII. Imagínese a una Inglaterra sin libertades durante la pasada centuria. Dickens no hubiese podido denunciar la miseria en sus novelas ni Marx y Engels publicar el Manifiesto Comunista.

— Es curioso que quien fuera ministro de Relaciones Interiores de una dictadura se manifieste, ahora, tan celoso defensor de la libertad.

— Siempre lo he sido, querido amigo, pero creyendo al mismo tiempo, que Venezuela necesita prepararse para disfrutar de sus ventajas, mediante una transformación radical del medio físico y del étnico. Llevo años convencido de que

solamente un despotismo esclarecido puede llevar a cabo la revolución destinada a vencer la ignorancia y el atraso, estabilizar las instituciones y formar ciudadanos. La libertad es un atributo de la ciudadanía y esta es incompatible con la miseria. La dictadura, tal como yo la entiendo, es un mal transitorio, el tratamiento de una enfermedad endémica, destinado a liquidar males mayores que afectan a la colectividad venezolana y se oponen a su desarrollo. Ya verá usted el uso que hará de la libertad la actual democracia. Desembocará en la anarquía, con su evidente incapacidad para resolver el problema nacional. Quiera Dios me equivoque, mas la veo ya encinta de un tirano que ojalá sea culto y progresista.

— Es verdad. El proceso anarquizante se acentúa, estimulado por periódicos irresponsables. La prensa no utiliza la libertad con fines útiles. Ejerce un odioso despotismo, amedrenta, ofende. Abusa de sus armas. Un diario suizo informa, educa, a nadie asusta ni amenaza. La calle y **la Cadena** mandan porque en Miraflores falta el ductor inteligente que se oponga a los dictados de la chusma y de mezquinos e inconfesables intereses. Pero volvamos al tema inicial. ¿Piensa usted que Libertad y Justicia se excluyen, como sostenía anoche un orador?

— No. Estimo que se complementan. Contrariamente al alegato marxista, el anhelo de libertad es anterior a la sociedad burguesa. El hombre civilizado de nuestros tiempos debe aspirar a la vigencia de una y otra. La justicia sin libertad conduce al régimen policial, a la preponderancia del aparato represivo, como en la Rusia de Stalin y quizás en la del presente. Claro que las masas entienden más de justicia que de libertad, mas no olvidemos que ellas se benefician, a la larga, de esa libertad de expresión de la que disfruta, inicialmente, un reducido número de intelectuales. La dictadura es un sistema de gobierno eficaz, económico y ventajoso cuando las cualidades del dictador son tan extraordinarias como las facultades que asume. Ejemplos: Mustafá Kemal

Pachá y el doctor Oliveira Salazar. Un amigo de mi progenitor, don Eduardo Innes González, eterno funcionario de nuestra Cancillería, solía decir que el alcohol era un buen producto, desacreditado por los borrachos. Con las dictaduras ocurre lo mismo. Las desacreditan los malos dictadores. Si fuéramos a juzgar las ventajas de la democracia por los resultados que obtienen nuestros flamantes demócratas, renunciaríamos a ella para siempre. En el fondo, poco cuenta la etiqueta de un gobierno. Importante es el hombre que gobierna, su cultura, su experiencia, su patriotismo, su desprendimiento.

Salimos del restaurante para dirigirnos a pie al bulevar «Saint Michel». Centenares de estudiantes, de todas las razas, en las aceras y en las terrazas de los cafés. Nos acercamos a la Facultad de Derecho. El local resulta exiguo para el crecido contingente de inscritos. Se forman colas, como en los cines, a las puertas de los anfiteatros. En la librería vecina adquiero una obra sobre la Constitución Soviética. Nos sentamos en el «Dupont-Latin». La clientela es de jóvenes africanos, en su mayoría. A nuestro lado, dos muchachos discuten sobre Descartes. Así realiza Francia el proceso de descolonización. Los de su edad, en Caracas, aprenden ahora a manejar la subametralladora en un empeño inconsciente de volver a la barbarie. Mientras subsista esa situación, nuestra independencia será un mito. Damos la espalda a la cultura. Pensarán acaso nuestros dirigentes que la República no necesita de sabios, como aquel desdichado tribuno francés? Quizás tengan razón. Nos preside un contraalmirante más aficionado al canto que al estudio y aspira a la Suprema Magistratura un bachiller que pasó años, en Costa Rica y Puerto Rico, volcado sobre las estadísticas.



Me he citado con mi mujer casa de Josefina Revenga, quien nos invita a almorzar. Es temprano y aprovecho de caminar por el barrio de mi juventud. En la plaza del Tro-

cadero, cruzo a la derecha y penetro al cementerio de Passy. Tiempo espléndido. Sol y temperatura primaveral. El lugar es apacible. Diríase un parque bien cuidado. Arboles hermosos y estrechas veredas de piedrecitas y arena. Paso frente al horrible monumento que pretende perpetuar la memoria de María Bashkirtseff, como si su prestigio literario necesitara de semejante adefesio. Ella fue chica de buen gusto. Recuerdo palabras suyas, aprendidas en la adolescencia: «Pero si nada soy, si nada debo ser, ¿por qué me persiguen estos sueños de gloria, desde que comencé a pensar?»

Sigo adelante, hacia una avenida que oscurece un sauce llorón. A mis pies, una tumba venezolana. Familia Guzmán Blanco, anuncian letras labradas en el bloque de mármol, modesto, entre marrón y rojizo, como tantos que lo rodean. Ahí descansan el Ilustre Americano y Ana Teresa Ibarra, con su hijo Andrés, que murió joven, de una tuberculosis pulmonar. El caudillo fué embalsamado y uniformado de General en Jefe, en espera de su traslado a Caracas, para dar cumplimiento a un decreto del gobierno de Ignacio Andrade. La permanencia en Francia debía ser provisional. Esto explica la sencillez del sepulcro parisino. Pasaron los años y la disposición fue archivada, indefinidamente. La Restauración Liberal tenia otras preocupaciones, entre ellas vencer a Matos, cuñado de Guzmán y a su revolución libertadora. Vino Gómez y en vano trató González Guinán, el último de sus fieles, de reintegrar a la patria los ilustres restos. Sus proposiciones no encontraron apoyo ni en el Congreso ni en el Ministerio de Relaciones Interiores. Era el viejo historiador el representante postrero de la «Adoración Perpetua». Los demás habían muerto y nuevos hombres, nuevos ideales, regían los destinos de la República. Quedó aquí para siempre, el déspota esclarecido, con su barba blanca puntiaguda, vestido de guerrera azul y de pantalón rojo. Podrían tomarlo por un alto oficial francés si una banda tricolor, la nuestra, no atravesara su pecho. Me gustaría que, por milagro, se incorporara y me invitase a acompa-

ñarlo a los lagos del bosque o a la terraza del «Grand Hotel», como hacía, al final de su existencia, con el doctor Gaspar Marcano. El científico margariteño recogió sus confidencias. Hablábale, frecuentemente, de la bellísima Luisita Giuseppi Monagas, su primera novia y su más profundo amor. Conociéronse cuando el apuesto Antonio visitaba la casa de San Pablo para estudiar con José Tadeo Monagas, hijo. Ambos cursaban Derecho. El viejo Monagas se opuso a aquél romance de adolescentes. Estimaba que el vástago de Antonio Leocadio no tenía porvenir. En esa apreciación influyó Luis Level de Goda, también enamorado de la niña de Pablo Giuseppi y de Luisa Monagas. Guzmán Blanco insistió, pese a la oposición de toda la familia. Le despacharon con una misión diplomática para Estados Unidos, cargo que renunció a la caída de la dinastía monaguera, en 1858. Durante los años de separación, Antonio escribía secretamente a su novia, desde Filadelfia y Wáshington. Recibía la correspondencia una india de Píritu, criada por doña Luisa Oriach, a quien llamaban la «Burra Mocha». Guzmán regresó a Venezuela, pero ya Luisita se hallaba en Trinidad, al lado del abuelo desterrado. Como todo el mundo, Antonio Leocadio conspiraba, en Caracas, contra Julián Castro. El hijo le acompañaba a misteriosos conciliábulos nocturnos con Manuel Vicente de las Casas, Mateo Vallenilla y otros militares descontentos. Quería figurar, destacarse, para probar al viejo Tadeo que se había equivocado con él. Esta idea le condujo a las Antillas, en solicitud de Juan Crisóstomo Falcón. Estalló la guerra. Victorias, derrotas, ostracismo, vicisitudes. En Curazao resulta encinta de sus obras una mujer de color, pero el joven no deja de pensar en la novia. Llega la hora del triunfo definitivo. El Tratado de Coche transforma a Guzmán en segundo personaje de la República. La casa de Camejo se llena de solicitantes y de felicitadores, pero el vencedor se muestra triste. Doña Carlota le ha informado que Luisita casó en Puerto España con Sebastián Cipriani, británico de origen corso y figura insignifi-

cante. Tiempo más tarde, Encargado del Poder Ejecutivo, alguien le comunica que su antigua prometida ha llegado moribunda a Caracas, procedente de Barcelona. La hospeda el general Jacinto Gutiérrez, en su residencia de la esquina de Jesuitas. Allá corre el Magistrado. La joven agoniza en la galería. No reconoce al visitante y éste rompe en sollozos. Al día siguiente, ayuda a enterrarla en el cementerio de los Hijos de Dios. Por largos meses viste de duelo riguroso y no asiste a fiestas. Luisa Giuseppi era excepcionalmente bella. Entre los objetos saqueados, perdí un daguerrotipo que la representa trajeada de largo, quizás con el mismo atuendo que llevara a un baile en Las Tullerías, donde su hermosura llamó la atención de la emperatriz Eugenia y de Napoleón III.

Triunfante la Revolución Azul y caído, políticamente, Guzmán Blanco obtuvo su desquite. Durante un paseo en landó, con el prócer José Tadeo, éste le confesó, con su voz temblorosa de anciano:

— Fue un error no dejarte casar con Luisita. Ahora mandarías conmigo.



Llego retardado al apartamento de Josefina Revenga. Ya mi mujer está allí, con Blanca y Carlos Travieso. También se hallan presentes las invitadas fijas de mi gentil compatriota. Contemporáneas suyas que forman la diaria y vespertina partida de canasta. Fina Gómez, Mercedes Josefina Olavarría y Dick Desurmont, marido de esta última, han subido conmigo en el ascensor. En el salón vecino, toca al piano Isabel Tinoco, la hija menor. Entre familiares y amigos hay siempre veinte personas en torno a la mesa de Josefina. Es una tradición que data de su padre, el doctor José Rafael Revenga y se mantuvo en Maracay, Los Teques y la capital de la República, en tiempos de José Vicente Gómez.

Instalada en su sillón, un chal sobre los hombros, la anfitriona me recibe con su inimitable sonrisa, una sonrisa única, mezcla de bondad y de gracia, como la de Isaías Medina Angarita:

— Vas a comer las empanadas que te ofrecí, Laureano. ¡Las hizo Balbina!

Me sirven un whisky. Abro la pitillera. Mi vieja amiga suspira:

— Me han prohibido fumar. ¿Me das un cigarrillo? Hoy es distinto. ¡Están ustedes aquí!

Sigue sonando el piano. Chopin nos obliga a hablar en voz alta. El francés de Mercedes Josefina se aburre en un rincón. No entiende el castellano y nadie se ocupa de dirigirle la palabra. La casa de Josefina es un pedacito de Venezuela. No importa que esté situada en París o en Nueva York. La extraterritorialidad es evidente. Pocas nacionalidades tan definidas como la nuestra. Mi amiga es capaz de criollizar a una cómoda Luis XV. Pasamos al comedor. Venezolanos son los olores que escapan de la cocina. Me siento en Caracas, a pesar de los muebles y de las cortinas, del paisaje que se ha tornado gris y brumoso. Las empanadas resultan realmente deliciosas. Después aparecen los plátanos. la carne frita, el arroz blanco. Alguien comenta que en Venezuela se pierden las tradiciones culinarias, por influencia de la inmigración italiana y española. Las cocineras son ahora extranjeras que ignoran las recetas vernáculas. Observo al francés. Comienza por mirar los platos con desdén, pero luego los despacha complacido y repite, siempre silencioso, ajeno a aquella conversación y a los temas, exóticos para él. La anfitriona anota:

— ¡Pobrecito! ¡Todavía no comprende nada, pero goza comiendo!

Son casi las cuatro de la tarde cuando nos despedimos. Ya han colocado una mesa de juego frente al sillón de Josefina. Ella y sus amigas se instalan.

— ¡Dáme otro cigarrito, chico! El último de hoy. ¡Se los prometo!

Volvemos a Paris. Mi mujer y yo caminamos a lo largo de la sombreada avenida. Venezuela queda allá arriba, en el segundo piso. Las notas del piano de Isabel Tinoco nos acompañan hasta la esquina. He pasado gratos momentos en mi patria. Olvidé las penas y el exilio.

*
* *

Un rayo de sol me ha despertado, ya avanzada la mañana. Estoy en el Hotel Majestic de Cannes, en compañía de Ramón Hernández Ron, mi amigo francés Aymeri de Saint-Didier y Carlos Aristimuño Tamayo. Hemos hecho, en catorce horas, los ochocientos kilómetros que nos separan de Paris, deteniéndonos para almorzar en un restaurante de Saulieu. Me siento molido y saturado de paisajes verdes, de campesinos encorvados y de pueblos atravesados, apresuradamente. Vengo en solicitud de un lugar para veranear con la familia. Me acerco a la ventana. Abajo está el puerto sembrado de veleros, de yates y de lanchas. El mar es de un azul penetrante, como el cielo sin nubes. Carlos se presenta con un periódico norteamericano, mientras me sirven el desayuno. Un cable de Caracas refiere que el Vice-Presidente de Estados Unidos, señor Richard Nixon, fue injuriado y agredido por la multitud al llegar a Maiquetía, en visita oficial. También su esposa recibió escupitajos de la chusma, en medio de la pasividad de las autoridades venezolanas, sobrecogidas de pánico, impotentes. El escándalo continuó en las calles de la capital y el prominente huesped tuvo que refugiarse en la sede de la embajada de su país. Es la primera vez que semejante espectáculo se produce en nuestra patria donde no ha existido hasta hoy, porque no había razón para que existiera, sentimiento antiyanqui. Los manifestantes obedecen seguramente a una consigna, contando con la tolerancia del gobierno. En otra columna, el

mismo diario reproduce unas declaraciones del general Eisenhower, quien amenaza con enviar fusileros marinos para liberar y proteger a su asediado colaborador. Estamos, pues, a punto de ser invadidos por **el buen vecino, expuestos a** sufrir el vejámen que ya conocieron Haití, la República Dominicana y Nicaragua. A esto conducen la imprevisión y la irresponsabilidad de la Junta de infelices que maneja nuestros destinos. La dignidad nacional humillada, pisoteada, por culpa de un quinteto de estúpidos.

El almuerzo es triste. Saint-Didier trata de alegrarlo con algunos chistes, pero se contagia con nuestra actitud y termina refiriendo dramáticos episodios de la época de la ocupación alemana. Nos dirigimos a Niza para adquirir, cuanto antes, el vespertino «L'Espoir». Parece que los **marines** no irán a Venezuela. El Presidente y los demás miembros de la Junta han visitado a Nixon y éste ha declarado, con la mayor seriedad, que los organizadores de la agresión fueron los partidarios del dictador Pérez Jiménez. ¡Enhorabuena! Queda la democracia exonerada de todo delito. Seguimos a Monte-Carlo donde tengo la suerte de encontrar a un antiguo conocido, el señor René Grinda, quien dirige los hoteles «Hermitage» y «Old Beach». Reservo habitaciones en este último establecimiento para fines de junio. Allí las niñas estarán a pocos metros de la playa y podremos cuidar de ellas con facilidad. Volvemos a Cannes. Nuestra visita ha coincidido con el festival cinematográfico y en la ciudad reina gran animación. Tarea difícil conseguir mesa en la terraza del «Carlton», repleta de artistas, productores y aspirantes a estrellas, a la hora del aperitivo. Observo con curiosidad a un público nuevo para mí, de muy especiales características. A cada rato alguien se acerca y pregunta si pertenecemos a la industria del cine. Terminamos por decir que sí y llueven las invitaciones para presenciar la proyección de películas, otros actos y fiestas, a las que asiste el barón de Saint-Didier, en representación del grupo.

De nuevo París. J. F. C. cuenta detalles de lo sucedido en Caracas, con motivo de la visita de Nixon. Parece que Eugenio Mendoza, muy excitado, dijo en Miraflores, ante el capitán Rodríguez Olivares y otros militares, que cablegrafiaría a Eisenhower para disuadirlo de no enviar tropas a Venezuela. El marino reaccionó violentamente. Consideraba indecoroso que un co-Presidente de la República firmara un mensaje de esa índole. «¡Si vienen los paracaidistas, los combatiremos!» El comerciante e industrial no replicó, pero rumoran que mandó a Washington un texto humillante. Desde entonces ha perdido aprecio en el seno de las Fuerzas Armadas. Su salida de la Junta, por presión castrense, es cuestión de días. No me sorprende la actitud del **negro** Rodríguez Olivares. Es hombre de bien, con elevado concepto del honor.



Llaman de Zurich. Es Pedro Estrada que ha salido precipitadamente de Nueva York. Supo, por un amigo, que el Vice-Presidente Nixon había ofrecido su extradición a la Junta de Gobierno para calmar las supuestas iras populares. Alicia ha permanecido en Miami, en vísperas de dar a luz. Las autoridades norteamericanas se muestran cada vez más duras e intransigentes con los exilados venezolanos. Estima que es un error del general Pérez Jiménez permanecer en un país que le niega la residencia y le mantiene **on parole** y sometido a esperas humillantes, en las oficinas de inmigración, sentado en un banco, junto a personas de mala ley. Es el mismo hombre que fue halagado y condecorado por Eisenhower, poco tiempo atrás. ¿Qué fines persigue la Casa Blanca con una política de pequeñeces? La primera potencia mundial tiene el deber de ser generosa, ecuánime. Comete un error al parcializarse e intervenir en asuntos ajenos. Los pleitos de venezolanos han de ventilarse entre venezolanos. Somos un pueblo puntilloso, nacionalista. Nos

molesta la participación de extranjeros en asuntos que no les competen. Los norteamericanos no nos comprenden. ¿Pero, a quienes comprenden?

Estrada irá a Madrid. Allá esperará a su esposa. Promete visitarme, durante el verano. En España están también Federico Schloeter y Ciro Sánchez Pacheco, con quienes mantengo asidua correspondencia. En cinco años de estrecha colaboración conmigo se ganaron mi afecto y mi confianza.

*
* *

A la salida del hotel, esta tarde, surge una silueta amiga. Alberto Paoli Chalbaud. Viene de Estados Unidos y piensa instalarse en Madrid, por insinuación del doctor Raúl Soulés Baldó, en cuya compañía viajó de Ciudad Trujillo a Nueva York. Nos refugiamos en un bar cercano y escucho el relato de los últimos dias del régimen depuesto, del encumbramiento y detención del general Rómulo Fernández, la huelga, la intriga de la Escuela Militar y el vuelo apresurado y angustioso a la República Dominicana.

En la noche del 9 de enero, se celebró una entrevista entre el Presidente Pérez Jiménez y el Jefe de Estado Mayor. Fernández comenzó por proponer la formación de una Junta Militar, presidida por el Primer Magistrado. El otro la rechazó, alegando, con razón, que no podía cambiar su condición por la de miembro de un cuerpo colegiado. Convino, en cambio, en nombrar a su compadre ministro de la Defensa y distribuir Carteras entre los integrantes del Alto Mando. Se barajaron nombres. José Victoriano Zambrano fue asomado para el ministerio de Relaciones Interiores, pero Pérez Jiménez insinuó al doctor Antonio Pérez Vivas y luego al general Llovera Páez, que aceptaron todos. Gherzi Gómez salió premiado con la Gobernación del Distrito Federal, Guerrero Rosales con el ministerio de Comunicaciones y Sánchez Mogollón con el de Agricultura, por ser el coro-

nel más antiguo. En Fomento nombraron al contraalmirante Carlos Larrazábal, también compadre del Presidente y asignaron al general Oscar Mazzei Carta, el despacho de Obras Públicas. Luego decidieron nombrar titular de Educación al general Néstor Prato para hacer al general Virgilio Vivas, Gobernador del Zulia, su viejo anhelo. No hubo dificultad para designar Canciller al doctor Carlos Felice Cardot como tampoco a los doctores Giacopini Zárraga y Héctor Parra Márquez, ministros de Hacienda y de Justicia, respectivamente.

El nuevo Gabinete fue recibido con aparente indiferencia. El domingo transcurrió tranquilo, pero la semana se inició con desórdenes estudiantiles y amenazas de paro. Pronto se empezó a sentir que si las cosas no andaban bien en la calle, peor marchaban en el seno del gobierno. Fernández asumía actitudes de Presidente y ciertas confidencias suyas a oficiales amigos de Pérez Jiménez, precipitaron la crisis. Una mañana, muy temprano, el Jefe del Estado convocó a Paoli. Quería informarle que citaría al general Fernández para prenderlo. El Jefe de la Casa Militar debía mantenerse en el despacho presidencial, durante la conferencia y proceder a arrestarlo, a una señal de Pérez Jiménez. Apareció, en ese momento, el general Llovera Páez, quien fue impuesto del plan y aguardó la llegada del ministro, quien se presentó, minutos más tarde, acompañado por un ayudante. La conversación fue breve: «¡En Venezuela no puede haber dos presidentes, Fernández!», díjole su compadre. El otro murmuró algo entre dientes, y en ese instante, lo tomaron por los brazos Paoli y Llovera. El hombre no opuso resistencia y fue encerrado con llave en el baño contiguo. Dos horas después, el efímero titular de Defensa volaba a la República Dominicana, custodiado por el coronel Roberto Casanova y el mayor Oswaldo Graziani. Parecía apesadumbrado y repetía sin cesar: «¡Yo no me explico, yo no me explico!» Entre tanto, el general Llovera Páez ocupaba con tanques el edificio de La Planicie, sin encontrar **fernandistas**, entre

la oficialidad presente. Al contrario, todos se mostraron leales a Pérez Jiménez.

Llega la noche del 22 de enero. La huelga había sido vencida. El Presidente jugaba al dominó con el Gobernador del Distrito Federal, el doctor Soulés Baldó y otro alto funcionario. Telefonean para avisar que los destructores fondeados en el puerto de La Guayra han levado anclas. Pérez Jiménez se incorpora y se comunica con Wolfgang Larrazábal, Comandante de las Fuerzas Navales. Este responde que no está enterado de la maniobra. Se informará. Telefonean de nuevo. Hay oficiales reunidos en la Escuela Militar para considerar la situación. Pérez Jiménez suspende la partida y marca el número del Instituto. Solicita al coronel Pedro José Quevedo, pero responde el Teniente-coronel Marten Brito, su antiguo edecán y persona a quien profesa sincero afecto: «Renuncie, mi general. ¡Aquí no le quiere nadie!» El Presidente cuelga y llama al Comando de la Guardia Nacional. Contesta el Teniente-coronel Carlos Gámez Calcaño, con voz alterada: «Mi general, usted se cree un **Toyota**, pero no lo es. ¡Nosotros estamos sublevados!» Sin perder la serenidad, el Presidente propone que la oficialidad inconforme se traslade a Miraflores para cambiar impresiones. El otro replica: «¡Ese es un peine que usted nos pone!» Pérez Jiménez regresa con paso lento a la mesa de dominó para decir, simplemente, que se interrumpe el juego. Vuelve al despacho y toma la gorra, pero se arrepiente y entra al baño para salir, momentos después, con un maletín en la mano. Llama a Paoli y le ordena trasladarse a la residencia de El Paraíso y acompañar a su familia al aeropuerto de La Carlota. Su rostro no refleja ni emoción ni inquietud. Luego hace varias llamadas telefónicas seguidas y se dirige a su automóvil en compañía del doctor Soulés Baldó. No ha habido despedidas. En palacio quedan el doctor Rafael Pinzón, Jaime Martí Cordido y empleados de la Secretaría. El negro **Cadillac** y su cortejo de **medias blancas** se pierden en la azulada madrugada caraqueña. Siguen otras patrullas

militares. El Comandante García Moreno mira el espectáculo. Tiene la guerrera abierta y también los ojos, a fuerza de tacitas de café. La caída del régimen es tan silenciosa, tan inesperada, como su advenimiento. Vino al mundo y murió sin ruido, sin estridencias. El alboroto se produjo entre uno y otro momento, con los tractores y las palas mecánicas que pretendían forjar una nueva Venezuela.

En La Carlota reina la oscuridad. Uno que otro bombillo encendido refleja una luz amarilla, siniestra. Ahí están el Presidente y su familia, el general Llovera Páez y los suyos, el ministro de Sanidad y su esposa, el doctor Soulés Baldó, Fortunato Herrera. La tripulación del avión se niega a transportar el grupo a Ciudad Trujillo. Oficiales amigos tratan de convencerla, inútilmente. El mayor José Cova Rey, edecán de Pérez Jiménez, decide pilotear el D.C.4. No hay tiempo que perder. Se rumora que tropas comandadas por el coronel Merchán López y procedentes de la Escuela Militar, quieren detener a los viajeros. Todos suben a bordo. El aparato despega con dificultad. El ex Presidente se sienta en primera fila, cerca de la cabina de pilotaje. No ha transcurrido una hora de vuelo cuando se escucha, por radio, la voz de Fabricio Ojeda, a nombre de la Junta Patriótica. Hay sol cuando Cova Rey, sin copiloto, aterriza en Santo Domingo. Ahí espera el Generalísimo, con miembros del gobierno dominicano y nuestro representante diplomático, Luis María Chafardet Urbina. Vehículos oficiales conducen los venezolanos al Hotel Embajador.

Han pasado dos horas desde que escucho a Alberto. El bar se ha llenado de gente. Volvemos a nuestro hotel.



La inconfundible voz de Luis Malaussena entra a mi habitación junto con el desayuno. Mi ilustre amigo se hospeda en el «Hotel Príncipe de Gales». Desea verme. Nos citamos para almorzar. Puntual, viene a la una en busca mía, acompañado por su inseparable Cipriano Jiménez Macías.

Un taxi nos conduce a «La Tour d'Argent». Desde nuestra mesa podemos admirar una de las más bellas creaciones del hombre. Luis es pesimista. Considera que el poder estará en Venezuela, por muchos años, al alcance de mediocres. Han triunfado los adecos. Los de «Acción Democrática» y los otros. En el aspecto cultural, Larrazábal no aventaja a Malavé Villalba y Luis Augusto Dubuc supera a Pedro José Quevedo en todos los terrenos. En el espiritual y en el espirituoso. Que gobiernen estos o aquellos, las consecuencias serán iguales para el país. Quizás resulten peores los godos de ahora que los de Betancourt porque son más caros. Ignoran a Adam Smith, pero han probado el caviar. Conocen los signos exteriores de la civilización. Por ejemplo, comen aquí, pero no miran del lado de Nuestra Señora. A la hora de cometer disparates, los seguidores de Rómulo tienen la excusa de no haber estado sino en Costa Rica. Los otros disponían de medios para instruirse, pero no los utilizaron. Cipriano y yo reímos. El arquitecto continúa su exposición, imperturbable:

— Estoy convencido de que el virus de la brutalidad se refugia, preferentemente, en las casonas vastas y mohosas que ocupa el alto comercio de Caracas. De otra manera no se explica que ningún hijo de quincallero haya descollado en las artes y en las letras. Tampoco en la ciencia. Hoy, los retoños quieren ser políticos, olvidando que la política es el arte más difícil, el que reclama mayor capacidad y más variados conocimientos.

Jiménez Macías celebra la calidad del vino. Malaussena aprueba y observa:

— Para crear una bebida de esa clase se necesitan tantas cualidades y siglos como para construír una Ciudad Luz. Todo es armonioso en Francia. La arquitectura, el vino, la pintura, la cocina y la literatura. Voltaire y la champaña se parecen, como se parecen los libros de Betancourt al aguardiente de caña y las declaraciones de Larrazábal al torco y a la yerbabuena.

Nos dirigimos a pie al Louvre. Luis desea ver de cerca, una vez más, el patio cuadrado. Pasamos frente a los cofres verdes de los libreros de lance. Nos detenemos y él me obsequia el «Viaje a España» de Teófilo Gautier:

— Esa obra conserva actualidad. La leerás con placer. Te recomiendo, cuando vayas a la Madre Patria, recorrer la provincia en automóvil, visitar los pueblecitos. Descubrirás maravillas en los templos y en los edificios. El talento es francés, pero el genio es español e italiano.

Referencias a Miami. Allá se han radicado numerosos compatriotas, empezando por el general Pérez Jiménez, quien adquirió una residencia. Luis preferiría saberlo en Europa. En Estados Unidos corre peligro. De un momento a otro, deberá enfrentarse a un juicio de extradición. Cosechará sinsabores. Acostumbrada a combatir el «gangsterismo», la justicia yanqui es brutal y torpe, sin matices. Ni siquiera un ex-Presidente puede contar con benevolencia, principalmente si procede de América Hispana. Transcurrirán años antes de que los norteamericanos funden sus relaciones con nosotros sobre bases de igualdad y de mutuo respeto. Los prejuicios que en la vida social interna rigen la odiosa discriminación racial, se aplican, desde Washington, al resto del continente. El «big stick» fue la versión diplomática de la segregación sureña. Aún está vigente. La política del buen vecino es un disfraz impuesto por una emergencia internacional.

De nuevo Venezuela. Luis habla con tristeza:

— Quizás no regrese nunca. El odio y la envidia me cierran las puertas de la patria, pero mi nombre queda grabado en las obras que un gobierno progresista y con sentido estético me permitió llevar a cabo. ¿Qué importa lo demás? La misión se cumple cuando logramos la inmortalidad en alguna forma. Nuestros detractores no la alcanzarán. Figuran solamente en la «Gaceta Oficial» y nadie lee esa recopilación de embustes. Dentro de poco recordaremos

a la actual Junta de Gobierno para reirnos. Luego vendrá el olvido total, absoluto.

Nos separamos. Luis viajará mañana a Madrid. Promete volver a París en la próxima primavera. Es un amigo con quien me agrada conversar. Llevamos cordiales relaciones desde la época de mi vuelta a la patria, en 1936. En su casa de Antímano o en la mia, sosteníamos largas e instructivas pláticas. Sus caricatureadas opiniones sobre hombres y sucesos contienen siempre un fondo de verdad y reflejan un nacionalismo apasionado, intransigente. Educado en Francia por un tío banquero y parisino, este arquitecto es genuinamente venezolano. Concluídos sus estudios, rechazó aquí una posición elevada y estable para retornar a la tierra natal y beneficiarla con sus conocimientos y sus innegables condiciones de artista. Solía decir entonces que la cultura sin patriotismo carecía de objeto, como el patriotismo sin cultura carecía de eficacia. Gustábale también repetir una frase que oyó a mi progenitor en Maracay: «Cada generación debe esforzarse por producir al ancestro. Un imbécil no tiene abuelos, sino colegas.»

Malaussena parece altivo, pretencioso, a primera vista. En realidad es un tímido que rehuye la vida social activa. Para él constituye un martirio asistir a fiestas y recepciones oficiales. Prefiere reunirse y charlar con dos o tres amigos. En esas ocasiones se revela brillante «causeur» y arremete contra todo formalismo. A principios de 1948, me explicaba su inconformidad con el régimen de Acción Democrática. Preparaba en aquellos días los planos de la nueva Escuela Militar, a petición de Carlos Delgado Chalbaud y de Pérez Jiménez.

— ¡No puedo entenderme con esa gente, chico! Delgado opina que soy caprichoso, pero los adecos están por el bahareque y yo por el mármol. Betancourt confunde el «foie gras» con la carne frita y lo revuelve con arroz blanco. ¡No ha superado todavía la etapa del vaso de casquillo y de las novelas de Carolina Invernizio!

Al igual que el doctor Gustavo Herrera, mi amigo se confiesa perezoso. No pierde oportunidad de declarar que los dos representantes del reino animal que más admira son el caimán y la pereza.

— ¡Fíjate bien! ¡Esta última tiene las uñas largas como cualquier miembro del partido!

Concepto sobre Rómulo Gallegos:

— Me gusta más como flojo que como novelista. Sus bostezos de Miraflores se escuchan en Maiquetía. ¡Es un fenómeno!

Naturalmente, no reúne Luis características de holgazán. Trabaja, durante largas horas, todos los días de labor y los domingos lee o se dedica a la pintura. Una vez le sorprendí en Antímano, armado de paleta y pincel. De una pared de mi casa de Los Chorros colgaba un cuadro suyo. Cuentan que una dama de la alta sociedad caraqueña lo adquirió por dos bolívares. El gesto y el precio indignaron al arquitecto. «Bueno, dijo para consolarse. ¡El vendedor no era un especialista!»

Venezuela ha prescindido de Malaussena, de Fernández Morán y de muchos hombres útiles —me atrevería a afirmar indispensables— para su desarrollo. No logrará reemplazarlos fácilmente. En otros tiempos, procedió en la misma forma con Andrés Bello. Cada pronunciamiento elimina a algunos de los mejores y la rectificación, si se produce, viene demasiado tarde, a la hora del traslado de restos que no abonarán sino la tierra. Quiera Dios las generaciones futuras corrijan este error suicida, estúpido. Los gobiernos no se consolidan con la desgracia y el extrañamiento del adversario político. Al contrario, la persecución engendra odios que alimentan y justifican nuevas violencias. Y no culpo solamente a mis enemigos. Los de mi grupo somos también responsables de arbitrariedad e intransigencia. Andrés Eloy Blanco ha debido vivir y morir en su patria. Era una gloria de las letras nacionales. Pasados los primeros meses de tormenta, convenía abrir las puertas del país para él, Gallegos

y todos, absolutamente todos, sus compañeros de infortunio. Valía la pena el ensayo. Quizás se hubiese evitado el terrorismo acciòndemocratista y la represión consecuencial que, inevitablemente, condujo a situaciones irreparables. La obra de bien del régimen militar ha podido completarse con una amnistía total, no limitada a las víctimas de la Junta Revolucionaria, sino extensiva a los perseguidores de la víspera. Hubiese sido una manifestación complementaria de antiadequismo, en armonía con las que restauraban las finanzas maltrechas y echaban las bases de un vasto programa de realizaciones progresistas.

*
* *

Informa mi mujer que los Harwich han llamado de Roma mientras me hallaba en la peluquería. Pasarán una temporada en Capri. Los visitaremos en septiembre.

Sobre la mesa de mi cuarto, un sobre con estampillas venezolanas. Adentro, el texto más corto que he recibido en mi vida. Lo escribe un contemporáneo de mi padre, anciano de excepcional cultura que espera la muerte, en una casona vecina a Petare. Dice así: «24 de enero de 1848, fusilamiento del Congreso. 23 de enero de 1958, fusilamiento del progreso. Menos importante fue que desaparecieran los diputados que los tractores, las mezcladoras y las palas mecánicas. Vamos a llorarlos.»

*
* *

Cena en el apartamento con los Lovera. Luego, caminata por los Campos Elíseos. Nos sentamos en el «Café Fouquet's». Desde la terraza húmeda presenciamos el desfile de los que salen del cine o andan de paseo, cogidos de la mano. Héroes y heroínas de Maupassant, exóticos para nosotros. Mi pensamiento está en Caracas. Nadie advierte que allá comienza un drama. Tengo la seguridad de que habrá

lágrimas, hambre y muertos. Los jinetes del Apocalipsis se movilizan con sus tarjetas blancas.

*
* *

J. F. C. almuerza conmigo en el restaurante del hotel. Lee párrafos de una misiva. Eugenio Mendoza y Blas Lamberti no descuidan sus propios negocios en medio del quehacer político. El Ministerio de Agricultura y Cría y la Corporación Venezolana de Fomento, adquieren cantidades exageradas de productos **Protinal** y empresas en las que participa el ingeniero de la Junta celebran contratos para construcciones en la colonia de Turén, a precios superiores, en un veinticinco por ciento, a los fijados en tiempos de la dictadura. La posición de Mendoza se debilita en el seno del gobierno. Sus colegas militares contaban con un guia, con un asesor de experiencia y el hombre ha resultado tan mediocre y mal informado como ellos. No ha correspondido al retrato que de él hiciera, originalmente, el capitán Torrealba, sugestionado por un hermano suyo que, en Maracay, maneja la quincalla del filántropo. Además, el **negro** Rodríguez Olivares ha emprendido una campaña feroz contra el acaudalado negociante, en los medios castrenses, apoyado por Wolfgang que tampoco le mira con buenos ojos. De otra parte, el ministro de la Defensa, Jesús María Castro León, se muestra inconforme con la política de Miraflores. Pide mayor energía y firmeza en la actitud gubernamental, ante el desbordamiento de la prensa y de las multitudes. No ignora Castro León que civiles extremistas buscan contactos con suboficiales de la aviación y tratan de explotar el descontento que, entre los jóvenes de las Fuerzas Terrestres, despierta la preponderancia de la oligarquía caraqueña, en la Administración Pública. La solidez del régimen es muy relativa, a pesar de su carácter provisional que invita a esperar el resultado de las elecciones, previstas para fines de año. Antes de ese momento, puede producirse una acción

uniformada que aplace, una vez más, la ansiada constitucionalidad.

Salimos. Soy escéptico con respecto al éxito inmediato de un golpe de Estado, sea cual fuere su orientación. Buena parte de los venezolanos espera milagros del sufragio universal y los partidos tratan de mantener una ilusión que favorecerá su acceso al poder. Todos confían vencer en los comicios, coaligados o separadamente. El futuro inmediato es de los civiles. La oportunidad del uniforme es para más adelante, después del fracaso de los líderes en el que creo firmemente. Conozco sus limitaciones y la voracidad de correligionarios ansiosos de disfrutar del Presupuesto. Faltarán fondos para cubrir requerimientos burocráticos y no habrá para atender a las necesidades globales de la nación. Reconozco que el más hábil y versado estadista del orbe no podría triunfar en semejante ambiente de rebatiña. Para el resultado final, poco importa confiar la Hacienda a un Román Cárdenas o al doctor Carlos D'Ascoli. En la hora presente, cuentan más los intereses de las facciones que los de la República. Los compromisos con Venezuela pasan a segundo plano. Habrá mitines, discursos inflamados. Los aspirantes al trono prometerán felicidad al hambreado elector, como de costumbre, pero ninguno transformará, en programa de acción, el viejo y vago anhelo de las masas. Ellos no se han detenido a analizar las causas del atraso y de la miseria seculares. No han tenido tiempo ni les interesa. Conocer el mal y buscar el remedio requiere años de estudios, enojosas investigaciones. Otras son las preocupaciones de un líder. Las reuniones, el reclutamiento de prosélitos, la consecución de fondos, los sancochos nocturnos y las libaciones que consolidan compadrazgos, restan horas a la culturización, como se dice ahora, de un dirigente político. Me atrevería a asegurar que ni siquiera el forzoso receso de diez años ha aumentado el bagaje intelectual de adecos, urredecos y copeyanos. De vuelta a la tribuna, emplean el mismo lenguaje de 1936, los mismos términos,

los mismos argumentos que copiaron de los republicanos españoles, olvidando que Venezuela sufrió un cambio profundo durante la década dictatorial y reclama un nuevo estilo. Gastados, marchitos, no pueden interpretar las ansias de un pueblo joven, distinto. El elemento étnico se ha modificado tanto como el medio físico, desde la redentora sublevación de 24 de noviembre de 1948. ¿Betancourt, Villalba, Caldera? Llegarán, quizás, a Miraflores, porque no hay otros por el momento, pero su figuración será fugaz. Pasaron de moda. Son viajeros de la carretera vieja, no de la autopista. Oradores del Nuevo Circo, no del Aula Magna. Profetas de aldea y no de una ciudad que cuenta con más de un millón de habitantes. Personajes de San Agustín del Sur, aplastados por las torres del Centro Simón Bolívar, en Francia espero confiado la tremenda derrota de ustedes.

J. F. C. ha escuchado en silencio mi larga perorata, mientras recorremos los grandes bulevares. Cerca de la puerta Saint-Denis, observa:

— Tiene razón, doctor Vallenilla. Las palabras de esos señores huelen a viejo, a época superada, a película de Rodolfo Valentino. Jóvito Villalba ha debido ser ministro del Trabajo de Isaías Medina Angarita, como Héctor Cuenca. Es un izquierdista de aquellos tiempos, uno de esos que inquietaban a la Directiva del Banco Venezolano de Crédito. En cuanto a Caldera, no ha dejado de ser un aprovechado alumno del «Colegio San Ignacio», el de las medallas y la Congregación Mariana.

— ¿Y Betancourt?

— Ese es distinto. Un revolucionario frustrado. Una voluntad, una energía al servicio de una ambición. Faltóle cultura y buena fe para ser el gran caudillo nacional de nuestros días. Tuvo la mala suerte de que en 1948, le sustituyó en el poder una generación más capaz, mejor preparada, con mayor preocupación patriótica. Estoy convencido de que duele a Rómulo no haber sido el hombre del dragado del Orinoco, de las carreteras, de las autopistas. Las reali-

zaciones de Pérez Jiménez constituyen para él una obsesión. Su mediocridad y la de sus colaboradores resaltarán ahora. En octubre de 1945, el ingeniero era Luis Lander y Mario García Arocha el economista.

Nos sentamos en la terraza del «Café Prévost». Recuerdo que este establecimiento se hizo célebre, a fines de siglo, por la calidad del chocolate caliente. Lo preparaban con cacao de Chuao. Guzmán Blanco vendía la producción de su finca a los dueños y a los propietarios de «La Marquise de Sévigné». Luego aparecieron los competidores de las colonias africanas y la escoba bruja, que contribuyeron a arruinar las mejores haciendas de Venezuela y del Ecuador. Desaparecieron los **grandes cacaos** que llevaban vida de lujo en París y casaban a sus hijas con nobles franceses o españoles. Les sustituyeron ganaderos argentinos y cafeteros brasileños.

J. F. C. se preocupa con los abusos de la prensa caraqueña. De seguir así las cosas, no quedará reputación en pie. Los periódicos no respetan ni a las mujeres, tradicionalmente sagradas. Contesto que los líderes democráticos defienden la libertad irrestricta de expresión porque las baterías de los diarios apuntan, solamente, del lado de los caídos de enero. Más adelante, cuando toque el turno a ellos y resulten lesionados sus intereses, no faltará quien proponga al Congreso la aprobación de una ley que limite el sacrosanto derecho. Allá no nos mueven los principios, sino las ambiciones, las ventajas que podemos derivar de determinada situación. Me acusan, por ejemplo, de haber atentado contra la legalidad, haciéndome cómplice de golpes de Estado. Olvidan que Betancourt y Caldera aplaudieron, sin reservas, la Revolución de Octubre y Villalba, y otra vez Caldera, el pronunciamiento de 24 de noviembre de 1948. Para esos señores, tanto la democracia como la dictadura son malas cuando ellos no participan en el gobierno o no obtienen suficientes ventajas. La falta de escrúpulos caracteriza a la mayoría de nuestros políticos. Raro el hombre

que sostiene sus convicciones. La historia es antigua. El denominador común es la traición. A raíz de la muerte del general Gómez, el único gomecista tolerado, por los irreductibles demócratas, era López Contreras, precisamente, porque desempeñaba la Presidencia de la República. Disponía del Presupuesto y esto fue tentador para mucha boina de la generación del 28. Los otros servidores del Benemérito eran mirados con desprecio. No me hago ilusiones, amigo mío. Por el momento, soy un delincuente. Me hallo en desgracia. Contra mi están las autoridades, los diarios, las corporaciones, los tribunales, buena parte de mis amigos y hasta algunos individuos que llevan sotana. Es casi un milagro sobrevivir y poder saborear una cerveza en grata compañía. Si no conociera a mi país íntimamente, desde 1498, me sentiría apesadumbrado, perdido para siempre, pero sé que todo esto pasará y algún día aterrizaré en Maiquetía, sin mayores inconvenientes.

Nos acercamos a un kiosco para adquirir los vespertinos. Cuatro lineas, en una página interior de «Le Monde», anuncian que Eugenio Mendoza y Blas Lamberti, han renunciado a la Junta de Gobierno. Les sustituyen Edgar Sanabria y Arturo Sosa. Este último es un antiguo empleado de «Seguros La Nacional» y recientemente, **factotum** del grupo Vollmer. Por recomendación de la poderosa familia, vinculada a Eugenio, fue nombrado en enero ministro de Hacienda. No es persona de talento, a pesar del ilustre apellido que lleva.

Tomamos un taxi para volver al hotel. J. F. C., satisfecho, recuerda los pronósticos de su corresponsal caraqueño. Está bien informado. Rodríguez Olivares se salió con la suya.

*
* *

En nuestro apartamento, los Lovera y mi mujer comentan las noticias de Venezuela. Por radio han dado los nombres de los nuevos ministros. José Antonio Mayobre

manejará las finanzas y René de Sola sustituye en la Cancillería a Oscar García Velutini, aparente víctima del Vice-Presidente Nixon. Un hijo de León Aguilar, otrora protegido de Silvio Gutiérrez, es el titular de Justicia.

Telefonea Pedro Amaré del Castillo. Se muestra contento con la designación de de Sola. Es su amigo. Personalmente, me tienen sin cuidado los nombramientos. Mi situación no cambiará. Tampoco la de la República. Perucho subraya que el Ministro de Relaciones Exteriores no es pariente del de Sola de la embajada:

— El de aquí es sastre, el otro abogado. Este es valenciano, el ministro caraqueño, cuñado de Lovera, ex-Presidente del Concejo Municipal.

*
* *

Hoy he querido comenzar la redacción de mis memorias, pero la obligación de atender a la puerta y al teléfono, me interrumpen a cada instante. Habrá que aplazar el trabajo hasta que encontremos casa o apartamento. En un hotel es imposible. Estas notas son otra cosa. Soportan todo. Las abandono y empiezo de nuevo, sin inconvenientes.

Oficio de Carlos de las Casas, Cónsul de Venezuela en París. Nos ordena, a mi mujer, a mi hija y a mí, trasladarnos a sus oficinas y entregar nuestros pasaportes. Los términos son altaneros, conminatorios, de marcado sabor adeco. Hasta hace poco, en tiempos de Pérez Jiménez, este hombre desempeñada el mismo cargo en El Havre. Su familia es antigua amiga de la mía. Decido no contestar y comunicarle, por medio de un funcionario de la embajada, que si desea esos documentos venga a solicitarlos, personalmente, al Jorge V. Será atendido de acuerdo con la elegancia de su gesto. Sospecho que no se presentará.

*
* *

Visita del historiador paraguayo, don Juan O'Leary, quien fuera asiduo corresponsal de mi padre. Refiérole el incidente con el Cónsul. El venerable anciano sonríe:

— Esos casos son frecuentes en nuestros países. No se preocupe. Puedo conseguir pasaporte para usted y los suyos, con mi gobierno.

Agradezco la atención. Prefiero esperar. Por ahora, no pienso viajar al extranjero y basta la carta de identidad francesa. Más adelante, si las circunstancias lo exigen, solicitaré su ayuda.

Don Juan y su hijo me refieren que, entre ellos, hablan frecuentemente en lengua guaraní para evitar indiscreciones. Sin embargo, una noche se acercó a ellos el criado de un restaurante: «Tengan cuidado, dijo. ¡Yo también soy paraguayo!»

O'Leary recuerda la última entrevista que sostuvo con mi progenitor. Fue en 1927, en el «Hotel Majestic», avenida Kléber. Charlaron durante cuatro horas consecutivas, sin parar. Tarde ya, alguien vino a proponerles que comieran algo. Cenaron y la plática continuó, hasta avanzada la noche.

El historiador me pide noticias de J. A. Cova, a quien profesa afecto. Contesto que está en Caracas, mal visto por el actual gobierno.

— No lo dudo. Cova es leal, sincero y combativo. Sus convicciones son firmes y estas cualidades molestan al adversario en el poder. En circunstancias como las que atraviesa nuestro amigo, se salvan los cobardes y los sinvergüenzas. Quizás veremos a Cova en Europa, en turismo forzoso. No me sorprendería.

*
* *

Teléfono. Es Rafael Domingo Revenga, procedente de Roma, donde representaba a Venezuela como embajador del gobierno derrocado. Nos citamos para vernos mañana, a eso de las once. Nos une amistad que remonta a los abuelos. Me

complace haber apadrinado su candidatura para el cargo que desempeñó con brillo, bien secundado por su mujer, gran dama y amiga mía de juventud. Al recomendarle, no me impulsaba solamente el cariño, sino la seguridad de que llenaba condiciones que seguramente faltan a su sucesor. Las embajadas no deben estar al alcance de cualquiera. El desempeño de una misión diplomática exige excelente educación, don de gentes y el conocimiento de uno o dos idiomas, además del propio. El papel de la embajadora es también importante. De su actitud depende buena parte del éxito del Enviado Extraordinario. Entre nosotros existe la costumbre de descuidar este aspecto al seleccionar a tan especial categoría de funcionarios. Algunos jefes de Estado citan a la esposa e hijos de los aspirantes antes de tomar la decisión final y ella está sujeta a la impresión que producen. El procedimiento es sano. Evita fracasos y bochornos.

*
* *

Rafael y yo disfrutamos a pie de una mañana de sol. Hace calor. Nos instalamos, finalmente, en el «Café du Rond Point». Difícil encontrar asiento en la terraza repleta. Las mujeres han cambiado el uniforme negro del invierno por trajes livianos, de colores claros. Frente a nosotros, movidos por la brisa, bailan los chorros de una hermosa fuente. El espectáculo obliga a hablar de la Ciudad Eterna y de las aguas que allá domesticaron artistas geniales. Agradaríame volver a mis tiempos de estudiante, vivir en la plaza de España y ver, desde mi ventana, la barcaza del Bernini y las escalinatas de Trinidad de los Montes, en un sonrosado crepúsculo romano. Bolivar, lord Byron y Shelley, disfrutaron de ese maravilloso paisaje. Rafael se refiere a la inaudita prosperidad de Italia, en todos los órdenes. Asegura que me impresionará. La conocí proletaria, entre dos guerras mundiales, cuando hombres de camisas negras soñaban, ingenuamente, con un imperio imposible. Mussolini era un

personaje del siglo XIX, quizás más **d'annunziano** que el propio autor de La Nave. Creía en la rentabilidad de las conquistas coloniales y en ellas malgastaba vidas y dinero, en lugar de aplicar energías y recursos materiales al desarrollo de provincias atrasadas. Sus sucesores han comprendido el problema. Fue una suerte, para ese pueblo, contar con figuras de la talla de Einaudi y de Gásperi, después de la catástrofe. Sucedió en la península lo contrario que en nuestra tierra, donde los herederos de Pérez Jiménez se empeñan en crear un caos. ¡A tan absurda situación conduce la carencia de dirigentes! En el futuro, cuando venezolanos competentes asuman el poder, habrá que aprovechar la lección de los gobernantes italianos, no para adoptar la etiqueta demócrata-cristiana, que nada significa, sino para examinar con atención los planes destinados a redimir las zonas indigentes del Sur, cuya miseria contrasta con la opulencia del Norte. La prosperidad de una nación debe ser armoniosa, igual o casi igual en todas las regiones. No pueden existir, simultáneamente, sin graves consecuencias económicas y sociales, provincias ricas y provincias pobres, en el seno de una misma patria. Hay Estados de Venezuela que jamás gozaron de autonomía, dentro de la gran farsa federalista, pero que han sufrido secularmente del abandono y del desdén del gobierno central. Sin embargo, al correr de los años han resultado los más poblados, por la sencilla razón de que los estómagos vacíos son más prolíficos que los llenos. Y si el sufragio universal es efectivo, algún día, la fuerza electoral del Oriente de la República será decisiva y reclamara una mayor participación en la obra de progreso colectivo.

Cenamos con Luisa y Rafael. También ellos y sus hijos pasarán el verano en Monte Carlo.

El calor y el ruido que penetran por las ventanas abiertas me quitan el sueño. Redacto mis notas y leo versos de Aragon. La esposa del ilustre poeta debe sentirse orgullosa de inspirar tan profundo amor. Me gusta la dedicatoria de

este libro: «A Elsa, cada latido de mi corazón». Ambos están viejos y todavía circulan cogidos de la mano, como los novios.



Sigo en solicitud de casa o apartamento para mudarnos. A veces, tengo cita con dos o tres agentes el mismo día. Salgo temprano y regreso al anochecer, extenuado, sin haber visto nada que me convenga. En este ramo, la especulación es escandalosa. Piden, tranquilamente, varios millones de francos por ceder el contrato de arrendamiento de una vivienda oscura, poblada de muebles viejos, que no antiguos. Las bañeras son gigantescas, gordas, con esas paticas de león que aterran a Luis Malaussena. Los proponentes dan exagerada importancia a salones de falso y deshilachado estilo Luis XV, con el inevitable busto de María Antonieta sobre la chimenea. «¡Aquí puede usted recibir cómodamente a cien personas!» Sonrío y evoco los dormitorios sin luz, la cocina de cerámica grasienta, resquebrajada y maloliente, los horribles aparatos sanitarios, el patio brumoso y enlutado. Una familia de proscritos, como la mía, moriría allí de tristeza. Imposible meditar y escribir en semejante ambiente. Al bajar, la jaula de la conserje completa mi decepción. Huele a sopa trasnochada, a orines del gato negro y fornido que me mira, despectivo, desde su lecho de retazos. Prefiero el apartamentito del hotel, estrecho, pero limpio. Lo preferiré hasta que el timbre de la puerta y el del teléfono, me lleven de nuevo a las agencias, en busca de la soñada residencia.



Hoy jueves he almorzado en Asnières, casa de don Federico Musso. Soy el único invitado. Venezuela se revela primero con el **Ponche Crema** que me ofrecen como aperitivo y luego con el sancocho de gallina, las caraotas, la carne

frita y el arroz blanco. El anfitrión se excusa de no servirme plátanos. La víspera, Josefina Revenga había agotado las existencias del establecimiento vecino a La Magdalena.

— Debe tener invitados criollos. ¡Esa Josefina es más criolla que la conserva de la cojita! ¡Y lo buenamoza que era, niño! ¡Una estampa! Nunca hubo mejor reina del carnaval. ¡Y lo simpática! Una sonrisa de esa muchacha valía cien mil pesos, chico! Hay mujeres, Laureano, que en determinado momento encarnan a Venezuela. Nuestra amiga fue una de ellas. La vi en Deauville, en 1929. Se paseaba por las planchas en compañía de Vicentico, su marido. Tuve la impresión de que era Caracas, mi Caracas, la que salía a mi encuentro trajeada de blanco y con gran sombrero de paja. Estuve a punto de arrodillarme para dar gracias al cielo. Convéncete, muchacho. ¡Como las venezolanas, ninguna!

Observo que el ama de llaves hace una mueca, casi imperceptible. Cambio la conversación y pregunto:

— ¿Qué echa de menos de nuestra tierra, don Federico?

El viejo reflexiona un momento y dice:

— La Caracas de Andrade, que era todavía la de Guzmán Blanco. Pobre, pero fina e ilustrada. El olor de los jasmineros que se evadía de los corrales al atardecer, en el preciso momento en que las señoritas casaderas se asomaban a las ventanas de la calle real de Candelaria. Todo, hijo, todo, mas principalmente, los llanos de Apure, sus madrugadas y sus crepúsculos, los caballos, el ganado cimarrón... Estoy seguro de que a mi muerte, mi alma se alejará de Asnières para vagar sobre San Fernando y el Cajón del Arauca. Allá me espera el espíritu de Fernando Calzadilla Valdéz. ¿Has leído su libro?

— Sí. Es admirable. A él también le conocí, siendo yo niño. Venía de tarde en tarde a nuestra casa del Reducto. Era calvo y alegre. Un sobrino suyo, a quien llamábamos «quesadilla» y se indignaba, fue compañero mío en el Cole-

gio San Ignacio. Luego le perdí de vista. ¿Qué opina usted de «Doña Bárbara», don Federico?

El apureño se incorpora para servirme café. «Es caracolito» —advierte, señalando la taza humeante. Después contesta, sosegadamente:

— Es una gran obra. Gallegos tuvo la revelación del llano. Lo adivinó. Hubo en ese caso, no lo dudes, inspiración divina. En cuanto a la heroina, puedo asegurarte que existió. El viejo Vargas, padre de ese muchacho Vargas Rivas que fue senador o diputado, me habló repetidas veces de ella. Le temía como al diablo. Era una hembra codiciosa, sin escrúpulos, capaz de un crimen. Rumoraban que era nieta de Boves, ¡imagínate!

Pasamos al salón. Nos instalamos en cómodos sillones.

— Te voy a servir una copita de «Bisquit-Dubouchet», Laureano, el coñac preferido de Cipriano Castro. Aprovecharé también para aconsejarte. No malbarates el destierro. Poco importa que sea corto o largo. Lee, estudia, escribe. Prepárate para el regreso. Los hombres cultos tienen un compromiso con la patria. Están en el deber de ayudarla. Perteneces a los privilegiados, a los que lograron educarse en el Viejo Continente. Has contraído una deuda con los pobres de allá. Piensa en ellos, en la manera de salvarlos de la desgracia. Algún día volverás a Caracas. Te exigirán muchas contribuciones. Aportarás las luces que conseguiste aquí en este nuevo período de ausencia. Sería absurdo que desembarcaras en La Guayra sin candil, como tantos otros. **Amar a Venezuela sobre todas las cosas** —la frase es del Libertador— debe ser la consigna de un descendiente del doctor Vallenilla Cova, de un pariente de Sucre. Dios no necesita de nuestro amor. Bástale nuestro respeto. La historia del país apenas comienza. Venezuela es una niña de ciento y pico de años, ligeramente mayor que yo. Es natural que todavía sea retozona, injusta, a veces ingrata. Esto nos compromete a cuidarla más, a velar su sueño, a vigilar sus juegos y su alimentación, a protegerla de las malas

compañias. Actúa con ella como con tu hijita. ¿Dónde irán ustedes de veraneo?

— A Monte-Carlo, don Federico...

— ¡Bello, Monte-Carlo! Antes pasaba allí parte del invierno y disfrutaba de la temporada de ópera. Era un centro de elegancia y refinamiento. Todo eso desapareció. Ahora la moda consiste en frecuentarlo en los meses de calor y pasearse semi-desnudo, bajo el sol. Yo iré a Vichy. Nos veremos a la vuelta, si estoy vivo aún.

*
* *

Encuentro a J. F. C. en una libreria de la «rue» Soufflot. Pidenle de Caracas textos de Derecho Constitucional. Seguramente, alguien que intervendrá en la redacción del proyecto de Carta Fundamental que será sometido al Congreso. En Venezuela, todo cambio de gobierno exige nueva Constitución. La de 1953, todavia vigente y ya infinitas veces violada para mantener una tradición constante, no es mala. Supera, en sencillez, a las que la precedieron. Es también más sincera. Elimina la farsa de la autonomía de los Estados. Gracias a ella, el ministro de Relaciones Interiores no necesita valerse de mil subterfugios para burlarla, como ocurrió en tiempos del general López Contreras, cuando la Asamblea Legislativa del Guárico decidió nombrar Presidente de aquella Entidad Federal al señor doctor Odoardo Morales y el Ejecutivo Nacional se opuso. Fue una ocasión, para la Corte, de dictar una extraña sentencia. Sostuvo que cinco votos contra ocho representaban mayoria. Una vez más se aplicaron las reglas del dominó al sistema electoral. Resultaron vencedores los que tenían menor número de puntos.

Mi amigo cumple el encargo y nos sentamos en un café vecino. Seguimos con el tema constitucional. Refiero una anécdota de mi padre. Una tarde fue al domicilio del doctor José Gil Fortoul, a la sazón Encargado de la Suprema Ma-

gistratura. «El doctor no puede recibirlo», díjole Fernando Díaz Paúl, edecán de guardia. «Está **haciendo** la Constitución». «¿Cómo? ¿Qué cuentas, niño? replicó el otro asombrado. «¡El compadre se cree ahora el Padre Eterno! ¡**Hace** la Constitución! ¡Bendito sea Dios! Por eso este país está perdido. Alguien hace la Constitución, a su antojo y luego no sirve, resulta estrecha o demasiado grande. Léete el libro de Stevens. Fernando, sobre las bases sociológicas de la Constitución de Estados Unidos. Verás que ese documento es la consagración escrita de prácticas y hábitos anteriores.»

A la noche siguiente, vino el historiador a cenar a nuestra casa y rió a carcajadas con el relato del incidente. J. F. C. ríe también e interviene:

— En mi concepto, nuestras constituciones señalan las relaciones «ideales» entre venezolanos, los derechos que «anhelan» tener y los deberes que quizás estarían dispuestos a cumplir si todos, absolutamente todos sus compatriotas los respetaran, empezando por los miembros del gobierno. Pero sucede que frente al «ideal» se halla la tremenda realidad del atropello, del ventajismo. Hasta los Derechos del Hombre son solamente para los que ejercen el mando. La propiedad, la libertad de expresión, la inviolabilidad del hogar y de la correspondencia son garantías fabricadas para los poderosos de turno. El general Gómez, por ejemplo, gozó de absoluta libertad. Dijo siempre lo que quiso. Nadie se atrevió a abrir una carta que le estuviese dirigida ni logró detenerlo. Para él, Venezuela era una democracia perfecta. Los demás no podían opinar del mismo modo.

— ¡De acuerdo! ¿Qué noticias tiene usted de Caracas?

— Ninguna importante. Parece que la generación del 28 se ha puesto de moda en este renacer democrático...

— Siempre lo ha estado. Gobierne o no uno de sus representantes, raro es el día en que los periódicos y especialmente la cuarta página de «El Nacional», no hagan referencia, para elogiarlo, al heroico grupo de la Semana del Estudiante. Tanto se han repetido las loas, desde 1936, que

esos señores, campeones del mutuo bombo, han terminado por considerarse superiores. En verdad, raras veces se ha reunido en nuestra patria conjunto más mediocre. Salvo Rómulo Betancourt, quien ha descollado más por su audacia que por su talento, el resto es medianía, «medio palo» intelectual y científico. Son personajes inferiorísimos a quienes les precedieron y sucedieron. No hablemos de la excepcional falanje de la Independencia. Comencemos con la de 1830. Sobran nombres ilustres: Angel Quintero, José Félix Blanco, Santos Michelena, Juan Vicente González, Antonio Leocadio Guzmán, Cagigal, José María Vargas, el viejo Diego Bautista Urbaneja. Más adelante, Jacinto Gutiérrez, Simón Planas, Felipe Larrazábal, José María Baralt, Fermín Toro, Guzmán Blanco, Eduardo Calcaño, el jurista Vizo, Diego Bautista Barrios, Francisco Pimentel y Roth, Arístides Rojas, Cristóbal Rojas, Tovar y Tovar, Eduardo Blanco, Cecilio Acosta. ¡Y he olvidado a muchos en esta nómina apresurada! Luego, José Gil Fortoul, Lisandro Alvarado, César Zumeta, Luis Razzetti, Pedro Manuel Arcaya, José Ladislao Andara, Román Cárdenas, Manuel Díaz Rodríguez, Emilio Constantino Guerrero, Andrés Mata, Rufino Blanco Fombona, Santiago Key Ayala, Vicente Lecuna, mi padre. La lista es larga. Surgen otros después, pese al despotismo imperante y a «la bohemia» que desviaba evidentes vocaciones intelectuales: José Rafael Pocaterra, Leoncio Martínez, Rómulo Gallegos, Luis Correa, Teresa de la Parra, Andrés Eloy Blanco, Pastor Oropeza, J. A. Cova, Alberto Arvelo Torrealba, Pedro Antonio Gutiérrez Alfaro, Alberto Fernández, el sabio Torrealba, Luis Malaussena, Félix Lairet. Finalmente, la pléyade de ingenieros, arquitectos, economistas, juristas y técnicos de toda clase que realizan el milagro constructor del período pérezjimenista. Venezuela rompe entonces el molde colonial que la ahoga y se transforma en nación moderna. ¿Qué figura del 28 es comparable a un Humberto Fernández Morán, un Félix Pifano, un Marcel Granier? Analizamos, querido amigo, a una generación frus-

trada, estitica, como dice Raúl Carrasquel y Valverde. Pretendió cosechar glorias de una falsa epopeya que han vivido, individualmente, venezolanos de todas las épocas. Cárceles, destierros, persecuciones, son detalles obligados de cualquier biografía criolla. No cabe enorgullecerse sino lamentarlo y trabajar para que futuros compatriotas no sufran de iguales calamidades. No es acontecimiento extraordinario haber estado preso o proscrito en tiempos de don Juan Vicente. Tampoco lo es ahora ni lo ha sido nunca. Meritorio, inaudito, digno de aplauso, que Otero Silva y sus compañeros de cruzada hubiesen derrocado y encarcelado al Benemérito, poniendo fin a un personalismo que no pudo vencer sino la muerte, en una quinta de los alrededores de Maracay, ya avanzada la noche de un diecisiete de diciembre. Tanto miedo tenían los adversarios veintiochescos del caudillo de La Mulera, que esperaron verle enterrado para manifestar su inconformidad, con declaraciones de adhesión a su sucesor.

*
* *

Nueva visita de mi amigo pro comunista. Esta vez le acompaña un joven tímido, ahijado suyo, que se dice Sargento Técnico de las Fuerzas Aéreas. Les sirvo whisky.

— He recibido noticias de Venezuela —declara al sentarse—. La única preocupación de gobernantes, partidos y grupos, consiste en maniobrar para asegurarse el triunfo en las elecciones. A nadie interesan los problemas nacionales. No obstante, se hace vaga referencia a ellos para conquistar prosélitos y se toman medidas descabelladas con el mismo fin. El venezolano pierde importancia como hombre para adquirirla como votante. La patria es una inmensa urna, asediada por ambiciosos y traficantes. Entre tanto, algunos oficiales conspiran en torno a Castro León y otros militares sueñan con encabezar un movimiento de izquierda, apoyado por estudiantes y trabajadores. Larrazábal jura que no as-

pira a la Presidencia, pero no es cierto. Eugenio Mendoza cree que puede ser el candidato independiente que respaldarían, eventualmente, «Acción Democrática» y «Copei». Se engaña a esfuerzos propios, con la ingenuidad característica del mercader incorporado a la vida pública. La verdad es que Betancourt y Caldera se lanzarán a la arena. Postularse es ya una manía, en este último. También Jóvito se echará al ruedo si no logra entenderse con el contraalmirante.

— ¿Y qué harán los comunistas?

— Cualquier cosa, menos secundar a adecos y copeyanos. Personalmente, sigo fiel a mis principios. Recuerda la frase de Jaurés, que conozco de memoria. «Aún si los socialistas apagan, en un momento dado, todas las estrellas del cielo, quiero marchar con ellos por el oscuro camino que conduce a la justicia, chispa divina que bastará para alumbrar nuevamente todos los soles, en todas las alturas del espacio.»

— Bella frase, en efecto, pero siempre he temido a las tinieblas. Favorecen el crimen. Pienso que esa justicia de que tú hablas se alcanza con menos riesgos a pleno sol. La luz no es reaccionaria. Al contrario, es el traje de la libertad. Permite leer, escribir, discurrir. Las ideas se propagan también sin la ayuda del fusil. A veces contra su voluntad. Fíjate en el ejemplo de los países escandinavos y el de la revolución pacífica que se cumple en las naciones que integran el Mercado Común. El burgués francés de nuestros días en nada se asemeja al del siglo XIX. Lo califican más los conocimientos que la fortuna. El Director de una fábrica no es ya el propietario de las acciones, sino el técnico. El mérito se impone al dinero y no existe mayor diferencia entre un experto soviético y un experto capitalista. Aquí y allá, detrás de la Cortina de Hierro, se está formando aceleradamente, pero sin ruido, una nueva clase dirigente, provista de diplomas, que desplaza a los improvisados en todas las actividades humanas, inclusive en la administración del Estado. Ya verás que el sucesor de Nikita Krustchov será uno de los actuales responsables del Gosplan. Se cumplen, que-

rido amigo, las profecías de Saint-Simon. Vence la tecnocracia en Rusia, Estados Unidos y Europa. El rentista del futuro será un asegurado social y las mejores remuneraciones recompensarán a los más capaces. La propiedad, como la concebíamos antes de la segunda guerra mundial, huele a pieza de museo.

El sargento técnico, que nos ha escuchado en silencio, interviene para decir que el movimiento del 23 de enero ha beneficiado solamente a los ricos, que se requiere ser dueño de un «Cadillac» o miembro del «Country Club» para aspirar a un cargo elevado. Su padrino ríe y aprueba:

— Es verdad chico. Han vuelto «los godos» y harán lo posible para cogerse el país. Muchos se muestran inquietos ante las posibilidades presidenciales de Rómulo, sin comprender que es el aliado natural de los pudientes. Cuenta mi hermano que uno de los actuales ministros anda en solicitud de un ejemplar del «Libro Rojo» para reeditarlo. Quiere repetir la hazaña de «La Esfera», en 1936. ¿Te acuerdas? ¡Hay o no hay! Considero que honran a Betancourt llamándole comunista porque no lo es. Fáltanle «guáramo» y ganas. El marxismo es una doctrina de organización, como observa Durkheim. «Acción Democrática» representa, precisamente, el reverso de la medalla. Desorganización, bochinche. Tampoco es tecnócrata el jefe adeco, con su arrugado título de bachiller y treinta años de agitación, que no de estudios. «El Organizador» se denominaba, justamente, un periódico de tu admirado Saint-Simon. Semejante título no cuadraría a una publicación del «partido del pueblo». Quizás, más bien, «El Aprovechador», «La Confusión», ¡qué sé yo! Mira, Laureano, el período de tinieblas a que te referías hace un rato, es el que vive hoy Venezuela. Nos esperan años de grandes sufrimientos. La irresponsabilidad, con cualquier etiqueta política, se instalará en Miraflores y desde allí nos contagiará a todos. Veremos enloquecer a hombres y mujeres que hasta ayer tuvimos por cuerdos. Habrá enfermos mentales en los ministerios, en las empresas, en las universidades y

en la prensa. Veo sangre al final de ese largo calvario, pero no apagará la chispa de Jaurés sobre la que fundo mis esperanzas. Servirá de combustible a la antorcha redentora de los humildes. Ese dia me incorporaré al cortejo de los hombres de buena voluntad. Todavía me siento con fuerzas para servir a mi tierra. Tú vendrás también con nosotros. Escribirás, desempeñarás alguna cátedra. Estimo que tus afanes intelectuales de exilado persiguen una finalidad útil para el país...

— Naturalmente. No he renunciado a la patria y la existencia disciplinada y estudiosa que llevo es una prueba de mi amor por ella. El puñado de facinerosos que me ofende y persigue no constituye mayoría, y si así fuera, habrá una rectificación al calmarse las pasiones. La voz del pueblo no es, no puede ser la de los periódicos ni la de los supuestos líderes que pretenden acosarme. Observaba Stendhal que la sociedad no pagaba sino los servicios que veía. Ya verá la nuestra los que prestamos algunos servidores de la República. Es cuestión de paciencia.

El suboficial se dirige a mi:

— Le conocí, doctor Vallenilla, la noche en que el general Pérez Jiménez inauguró el edificio de nuestro club en Maracay. Todos estábamos contentos. Por primera vez, un Presidente de Venezuela se acordaba de que los clases también teníamos derecho a divertirnos. Usted bailaba con doña Flor, yo con mi novia. Fue una fiesta bonita y de gran significación. Parecía que entonces no mandaban los ricos. El gobierno era para todos los venezolanos. El ministerio de la Defensa estimulaba las iniciativas de los humildes, nos permitía superarnos. ¿Por qué cambió aquello, de la noche a la mañana? El general Pérez Jiménez, con todos sus defectos, los auténticos y los que ahora le inventan, no fue oligarca y pensaba en los pobres, seriamente, sin aspavientos. Nunca le vi persignarse ni besar a una vieja, antes de pronunciar un discurso. No es hombre de «plan de emergencia» y otras vagabunderías por el estilo. Respetaba su condición de

Primer Magistrado. Su manera de halagar al pueblo era distinta, efectiva. Abría carreteras, construía viviendas, levantaba hospitales y escuelas. Por las Fuerzas Armadas hizo más que todos sus predecesores reunidos. ¿Cómo se explica usted, doctor, que sus peores adversarios fueran los marinos, a quienes mudó del cayuco para el destructor?

— Hay cosas inexplicables, realmente. También las protestas iniciales contra el régimen emanaron de los ingenieros, enriquecidos por la política de cemento, cabillas y tractores que prevaleció durante nueve años consecutivos.

El pro comunista opina:

— El pueblo estaba cansado de nueve años de silencio, tractor y cabilla. Quería hablar libremente. El hermetismo oficial era angustioso y la inamovibilidad ministerial cerraba puertas a las aspiraciones de muchos. No dudo que el cambio frecuente de altos funcionarios es perjudicial para la Administración Pública, pero la política tiene sus exigencias. Ustedes cometieron el error de no convencer al habitante de que trabajaban para él. Inauguraban obras sin explicar su alcance social y económico. En ese aspecto, se condujeron como niños. Hubo un momento en que con el gobierno no estaban ni ricos ni pobres ni el clero ni los militares. Un régimen fuerte no se funda sobre la indiferencia de las masas. Requiere entusiasmo, mística, una vinculación sentimental entre gobernantes y gobernados. Desde el punto de vista del interés colectivo, las realizaciones de Juan Domingo Perón fueron inferiores a las del pérezjimenismo. Sin embargo, el derrocado caudillo argentino cuenta todavía con el apoyo de los humildes, en tanto que nadie defiende al exilado de Miami. Su reivindicación tardará años. Quizás la presenciaremos nosotros si no surgen en Venezuela dirigentes de primera categoría, como sospecho. Oiganme bien: el regreso de «Acción Democrática» al poder rehabilitará a la dictadura y a sus servidores, dentro de un plazo muy corto. En 1961, a más tardar, comenzarán los arrepentimientos, las añoranzas, los golpes de pecho. Adversarios irreconci-

liables de hoy, te visitarán en Paris. Rómulo es el panegirista involuntario del despotismo uniformado. Así como la anarquía y las guerras civiles endémicas transformaron en gomecistas a sinceros republicanos, el desorden adeco se encargará de liquidar arraigadas convicciones democráticas. ¡Los ideales se vuelven humo en la pipa del nefasto guatireño!



Escribo hasta altas horas, mientras mi mujer hace las maletas de la familia. Mañana saldremos en automóvil para Monte-Carlo. Me asomo a la ventana. El aire es fresco en esta madrugada de fines de junio. Se asemeja al de la Caracas de mi infancia en un mes de diciembre. Iba entonces con José Reyes Cova a las misas de aguinaldos en la iglesia de San Juan. A la salida, un hombre vendía arepitas abombadas que quemaban los dedos. Me comía, con deleite, dos o tres. También José, quien envolvía previamente en el pañuelo su falsa dentadura y masticaba con las encías. No era el fervor religioso que nos llamaba al templo en aquellos lejanos amaneceres, sino la música de voces juveniles, acompañadas de maracas e instrumentos de cuerda. Quizás todos los concurrentes cometíamos el mismo pecado. Recuerdo las miradas soñolientas y burlonas, las cabezas de andaluzas negras que se movían al ritmo de la orquesta alegre y popular, la expresión boba del borracho trasnochado que cerró el mabil cercano y vino a parar allí, con su traje maltrecho y oloroso a ron.



Llevamos una semana frente al Mediterráneo. La terraza y la habitación son estrechas. Caben apenas los muebles, pero tenemos el mar a nuestros pies y el paisaje es hermoso. Desde mi balcón diviso la playa, casi solitaria a esta hora. Los últimos bañistas recogen sus enseres y se dirigen

con paso lento de veraneantes hacia la salida. Hemos nadado y tomado sol. Mi mujer y su hermana Mercedes bracean hasta un distante islote de tablas. No me atrevo a tanto con mi respiración de fumador y el frío que me obliga a salir del agua, rápidamente. Al atardecer me instalo aquí con la máquina de escribir. Es el momento de contestar la correspondencia y de tomar notas. Llegan cartas de España y de Estados Unidos. El número de amigos exilados en Madrid es impresionante. Federico Schloeter me refiere que es fácil tropezar con cincuenta compatriotas, a lo largo de la Gran Vía. En el edificio de apartamentos donde reside con los suyos, hay otras seis familias venezolanas. Una señora caraqueña se gana ampliamente el sustento, preparando hayacas, hayaquitas y arepas. Una peña de «esbirros» sustituye la de los «demócratas» en el bar Puerto Rico y en un salón del «Hotel Velázquez» se forman cuatro o cinco mesas de dominó, después de almuerzo.

Los proscritos cambiamos impresiones, nos transmitimos noticias y nos alentamos con esperanzas vagas y generalmente infundadas. Por el momento, no me hago ilusiones. Somos víctimas de una reacción violenta que tomará tiempo para seleccionar a otras y dejarnos en paz. Solamente, me cuido de no difundir pesimismo. No me corresponde sembrar desaliento en corazones abatidos por el infortunio. No faltan, entre mis compañeros, quienes calculan volver a la patria, dentro de pocos meses, como consecuencia de una triunfante cuartelada. Sería un crimen combatir esa convicción que les ayuda a soportar el ostracismo. Mi pensamiento es distinto. Un golpe de estado exitoso no nos abriría las puertas de Venezuela. Nuestra desgracia es demasiado reciente y medidas de clemencia, a favor de servidores de la dictadura, no sumarían simpatías populares a un gobierno revolucionario. Seremos, durante una larga temporada, los chivos expiatorios indicados, los responsables aparentes de todas las calamidades, de todas las desdichas, y nuestros sucesores del momento o de mañana, los salvadores de la República.

La política es una ciencia exacta o casi exacta. Sus leyes son rígidas, inhumanas. No existe razón para creer que el militar llevado a Miraflores por un nuevo pronunciamiento sea menos agresivo que la Junta presidida por Larrazábal o el vencedor de los próximos comicios. A todos les une **la necesidad**, real o falsa, de perseguir con mayor o menor ensañamiento, a los mandatarios de ayer, grupo disperso, sin dolientes ni más afinidad que la de haber estado asociados en la realización de una obra de bien colectivo. El régimen que se inició el 24 de noviembre de 1948, reunió a hombres de distinta procedencia, inclusive del derrocado equipo de «Acción Democrática» y esta característica se mantuvo hasta enero del presente año. El calificativo de pérezjimenista no expresa, exactamente, la verdad de aquella situación ni en el poder ni en el destierro. Más adelante, cuando el programa cumplido entonces cobre relieve histórico y los venezolanos echen de menos la eficacia administrativa del calumniado despotismo, es probable que postulados desdeñados antes y ahora por la ignorancia y la demagogia, tomen forma de doctrina, con las modificaciones que la época imponga y agrupen a compatriotas empeñados en hallar una fórmula redentora. El mundo evoluciona hacia la tecnocracia y la tesis sostenida por quienes emprendieron la tarea de modificar el medio físico y de mejorar el étnico, se inspira en principios de origen saint-simoniano. Proclamado sin hallar eco en un ambiente desfigurado por la telaraña del siglo XVIII y aplicado por una autocracia que luchaba sola contra la apatía ciudadana, ese postulado se tradujo en realizaciones de elevada categoría, de innegable beneficio popular. Su eclipse será transitorio. Venezuela no se ha entregado para siempre a los cantantes de boleros y a los vociferantes de esquina. El talento, la capacidad y la cultura recuperarán las posiciones perdidas. Es lógico creerlo y mucho más sensato que esperar milagros de una afortunada sublevación militar.

*
* *

Suena el teléfono y una voz con acento argentino dice ser la del magnate griego, señor Aristóteles Onassis, a quien no conozco ni de vista. Contesto a su saludo con cierto desgano. Pienso que se trata de una broma de alguno de mis amigos aquí presentes. Tampoco soy muy expresivo cuando me convida a cenar, junto con mi mujer, para la noche siguiente. Más tarde, una llamada del panameño Roberto Arias, explica el misterio. Es él quien ha insinuado al otro convidarnos.

*
* *

Monte-Carlo deja de ser centro de jugadores para transformarse en un balneario como tantos. El viejo casino, edificio cursi de fines del siglo pasado, es visitado, desde tempranas horas de la mañana, por centenares de turistas modestos que vienen de las ciudades vecinas, recorren los dorados y desteñidos locales, y arriesgan uno o dos dólares en la ruleta, antes de tomar nuevamente el autobús. Son ellos quienes sostienen, con limitados aportes, este templo de una religión que se extingue por falta de fieles. Prácticamente, el Príncipe de Mónaco debe conformarse ahora con el producto del cepillo, como cualquier cura párroco. Menos mal que el país es bello y el mar atrae, cada año, a numerosas familias.

Después de la guerra de 1914, comenzó en toda Europa la decadencia de los establecimientos como el que ocupa la linda plaza principal de la ciudad, junto con el famoso «Hotel de París». La revolución rusa liquidaba a aquellos grandes duques y príncipes que derrochaban millones adquiridos sin esfuerzo personal. Cosa parecida ocurría con la nobleza austriaca y húngara que se citaba, durante el invierno, en la Costa Azul. Morían las monarquías y tronos y mesas forradas de verde iban a parar al mismo desván. Vivimos en una época en que el azar ha perdido importancia. La jerarquía es cada vez más fruto de la propia acción y cada

vez menos del nacimiento o de la suerte. La ociosidad deja de ser permanente para unos cuantos para volverse anual, obligatoria y remunerada bajo el imperio de la Legislación Social. De otra parte, el impuesto sobre la renta ha disminuido el número de jugadores potenciales al reducir los beneficios disponibles en Francia, Inglaterra, Alemania y demás naciones europeas. Ya no existe el cliente que pierde una fortuna en el **baccarat** y permanece impávido. Tampoco el que la gana y cubre de diamantes a su vecina, como en las películas de mi niñez. Es difícil hacer dinero en nuestros tiempos y quien logra reunir un capital, no lo arriesga en las cartas.

Hemos visitado el Sporting, casino de verano, donde se reúnen los temporadistas por las noches. La mayoría juega, para divertirse, pequeñas cantidades. De allí que un italiano, naturalizado venezolano, haya adquirido celebridad con astronómicas apuestas en la **gran banca.** Muchos me han preguntado quién es y no he sabido contestar. Ayer, precisamente, me lo señalaron. Es un señor pequeñito, pálido, de cabellos negros, parecido a Roberto Díaz Hernáiz. Se llama Bavera. Al verlo, creía reconocer a un milanés que venía al Banco Industrial en solicitud de créditos modestos. Al terminar la partida, se acercó, muy amable, a saludarnos.



Fuimos a la cena de los esposos Onassis. Tuvo lugar en la terraza del «Hotel de Paris». Seis personas, contando a los anfitriones y a una pareja de ingleses. Tina es elegante, simpática y cultivada. Su marido me produjo excelente impresión. Se expresa perfectamente en francés, castellano e inglés. Su conversación es variada y rica en anécdotas. Está muy bien informado sobre los sucesos mundiales. Me refirió que había comenzado a hacer dinero en la Argentina. La dama británica, sentada a mi izquierda, dijo ser la viuda de Alexander Korda y contó historias divertidas

de personajes del cine. Grata velada. Nos retiramos pasadas las doce.



Los diarios de la mañana traen, en primera página, la noticia de una revuelta militar en Irak. Las tropas rebeldes rodearon y asaltaron el palacio real. Se sospecha que han asesinado al rey y a toda su familia. El soberano era un muchacho, casi un niño. Vivía con su madre y sus hermanos. Un norteamericano que toma el sol junto a mí, comenta impasible el suceso y agrega:

— ¡Ahora harán allá unas elecciones democráticas como en Estados Unidos!

Replico:

— Aquel es un país árabe y musulmán. Sin embargo, posee burros y elefantes en cantidad suficiente para crear dos partidos como los de ustedes. Cuenta ya con los símbolos. ¡Es un buen comienzo!

— Es verdad. ¡No había caído en eso!



Mi cuñado vino hoy a nuestra cabaña, acompañado por un caballero alto, moreno y grueso. Físicamente, el tipo del doctor Mariano Arcaya. Es el famoso director de orquesta Edmundo Ross, quien ha conquistado fama y fortuna en Londres, donde es también propietario de un celebrado club nocturno. Este compatriota nació en Caracas, frente al cuartel San Carlos y muy joven formó parte del conjunto de Manuel Espinosa Maño. Más tarde emigró a Inglaterra, llevado por la convicción de que haría carrera. Habla con ternura de la patria lejana, de su ciudad natal, de la música criolla. Yo confieso mi debilidad por el tanguito merengue:

— Tiene razón, doctor. Me sucede lo mismo. Bástame escuchar las primeras notas de «La Maquinita», por ejemplo,

para sentirme frente al templete del Teatro Municipal, una noche de carnaval. El tanguito es el ritmo caraqueño auténtico. Interpreta los ruidos de la capital, los reúne, los mezcla. Recuerde usted el andar de los caballos que arrastraban una victoria y los relinchos del tranvía de Palo Grande al marcar el motorista los ocho puntos. Unos y otros inspiraban al compositor. ¿Y qué me dice del grito estridente del billetero o del vendedor ambulante? ¿No equivale al del clarinete, cuando la emprende con «El Catre»? Desearía recibir discos y música venezolanos. Los paisanos que visitan mi establecimiento londinense me ofrecen envíos que nunca llegan. Dicen que es seguro, que no es cuestión de **palitos**, pero debe ser porque se olvidan. Hace poco preparé una versión especial del «Alma Llanera». Me gustaría que la oyera si alguna vez visita el **cabaret** del «Sporting». La toco con emoción.

*
* *

Alquilamos un barco para recorrer la costa. Vendrán con nosotros mi sobrino Ramón y su esposa norteamericana, en viaje de luna de miel. Les recibimos ayer en el aeropuerto de Niza. El yate pertenece a un industrial de Turín, doctor Lionello Segré-Amar. Lo arrienda parte del verano para cubrir los gastos que ocasiona su mantenimiento. Es una embarcación lenta, pero confortable. Un capitán y dos marineros forman la tripulación. Salimos muy de mañana. Pasamos frente al cabo de Antibes y Cannes. Propongo desviarnos para visitar la isla Santa Margarita y la vieja prisión donde estuvo encerrado el misterioso hombre de la máscara de hierro que, dicho sea de paso, era una especie de antifaz de terciopelo. De esa cárcel se fugó el mariscal Bazaine, pocos años después del desastre imperial de 1870. Mi proposición es aceptada. Nos sumamos al grupo de turistas de **shorts** y sandalias que escucha sin interés las explicaciones de un guía que suda a chorros y se ha vuelto afónico. Cala-

bozos oscuros, gruesos barrotes y pasadizos húmedos como las ropas del **cicerone.** Experimento cierto alivio al hallarme de nuevo a pleno sol.

Atracamos en Saint-Tropez al anochecer. Trabajo cuesta abrirse paso entre la multitud insólita que ocupa el puerto, los cafés y restaurantes adyacentes. Mujeres de **bikinis** o algo menos, barbudos de taparrabos, hombres ventrudos, grasientos, sin respeto por la estética. Huele a mar, a orines, a transpiración. Escapamos hacia la parte alta del pueblecito, por callejuelas estrechas y empinadas. La artesanía local exhibe bonitas cosas en las vitrinas. Notas de un saxofón enloquecido, salen, envueltas en humo, de una ventana abierta. Cenamos en un establecimiento cerca del faro. Nos han recomendado la **bouillabaisse** y la **bourride.** Regresamos a bordo. Sobre el puente del buque vecino, con bandera de Arabia Saudita, se celebra una fiesta. Guitarras, maracas, un bongó. Una voz de venezolano canta a Barlovento. Protegido por la oscuridad, me acerco a la barandilla y reconozco a Brigitte Bardot y a Porfirio Rubirosa en el grupo de noctámbulos. Esta noche duermo arrullado por ritmos criollos. Sueño que es pesadilla el destierro. Me despertaré en La Guayra o en Cayo de Agua.

Son las once de la mañana cuando divisamos las islas del Levante. El capitán me presta sus anteojos de larga vista. Sobre los peñascos, docenas de nudistas inmóviles que toman el sol. Diríase iguanas. Mi sobrino observa que **el levante** está más bien en Saint-Tropez:

— ¿Viste, tío, la cantidad de muchachas que practican la cacería en los muelles y en los cafés? ¡Es fantástico!

Al oscurecer, nos invade una bruma espesa. Nuestras siluetas se pierden en una atmósfera de crema. Imposible avanzar. La voz alarmada de la sirena nos ensordece y los reflectores no logran romper la cortina de niebla. Al fin, logramos entrar, muy despacio, al puerto de Hyères, donde pasamos la noche. A lo lejos, otras sirenas piden auxilio. A nuestro lado se yergue la estructura elegante de un ber-

gantín que un inglés abandonó allí, años atrás. Grupos de ratas pasean por el puente y nos miran. El marinero yugoeslavo les arroja sobras que ellas se disputan ferozmente.

Regresamos a Monte-Carlo, saturados de sal y de brisa. Compláceme estar de nuevo en mi terraza, junto a la **Hermès** portátil. De los viajes, lo mejor es el regresar para los sedentarios de mi especie. Mi mayor satisfacción consiste en teclear, en sentir que las palabras obedecen, fielmente, a los dictados del cerebro. Soy un escritor frustrado. Mi carrera, quizás, se hallaba en las letras, no en la vida pública. Ahora es tarde para la faena intelectual, para hacerme un nombre en la literatura venezolana. Estoy viejo y nada he sido. Apenas titular de una Cartera y allá es ministro cualquier ciudadano.

*
* *

A las puertas de la farmacia, un señor alto, fornido y de gafas oscuras, casi negras, viene a mi encuentro. Es Lucas C. Elliot, sociólogo norteamericano, a quien conocí en la Universidad de Columbia, en 1947. Dice que visita todos los veranos a Mónaco para descansar de sus correrías por el mundo.

— Aquí nada es serio, **míster** Vallenilla. Se respira frivolidad. El reposo es obligatorio. El ambiente es de opereta de Offenbach y durante una corta temporada, olvidamos los problemas que aquejan a la humanidad.

Nos sentamos en un café cercano. Mi amigo llega de Africa, comisionado por una revista de Estados Unidos para escribir un extenso reportaje.

— El movimiento emancipador de esos países, en nada se asemeja a los de América. En el continente de Colón fue obra de los colonos. Allí de los colonizados. Esta diferencia fundamental creará gravísimos conflictos. La falta de una clase, categoría o casta dirigente, producirá anarquía. El caso será particularmente dramático en el Congo Belga,

donde los nativos de cierta cultura se cuentan con los dedos y sobran dedos. No olvide usted que su Bolívar y nuestro Wáshington eran europeos. Su presencia y la de sus colaboradores simplificaba las cosas. Aquellas fueron guerras civiles en las que blancos del Nuevo Mundo combatían a hermanos blancos del Viejo. La contienda africana es de tipo racial y tendrá terribles consecuencias para la civilización. Ya veo a mis compatriotas, a los ingleses y a los franceses, ingenuos samaritanos, abrir la bolsa y distribuirles dólares, libras y francos que nada remediarán porque serán malbaratados. Igual sería el resultado si botaran el dinero al mar. La ayuda a los pueblos subcapacitados debe ser de otra índole: escuelas, universidades, carreteras, hospitales. Urge que los gobiernos de las naciones avanzadas constituyan ,ahora, los equipos de administradores y de técnicos que manejarán los destinos de las repúblicas negras en formación. De lo contrario, reinará la barbarie en esos riquísimos territorios.

Elliot habla de Venezuela. Estima que, por el momento, los **asociales** imponen su voluntad. En los períodos turbios, los asesinos, los ladrones, los viciosos y los holgazanes, abandonan sus guaridas y se lanzan a las calles para satisfacer pasiones y apetitos innobles. Existe una diferencia entre **las turbas** y **las masas** trabajadoras.

— Recuerde usted al **sans-culotte** del faubourg Saint-Antoine, en tiempos de la Revolución Francesa. No era el obrero de París ni el campesino ni el soldado que sacrificaba su vida en la frontera. Pertenecía a una especie distinta, engendrada por determinado clima de subversión. Hoy, la larva ha hallado en su patria un terreno propicio para desarrollarse. Me han contado que las autoridades estimulan a los malhechores con salarios que no corresponden a un servicio prestado. Esto puede provocar una situación dramática para los caraqueños, principalmente. Fanatizada por líderes inescrupulosos, la chusma invadirá un buen día, oficinas públicas, comercios, fábricas y residencias particulares,

destruyendo todo a su paso. Los sucesos del 9 de abril de 1948, en Bogotá, demuestran que el fenómeno es posible. En aquella oportunidad, me encontraba, casualmente, en la capital de Colombia y vi matar, incendiar y robar. Me tocó presenciar una de esas crisis de locura colectiva de que trata Gustavo Lebon.

El calor es casi insoportable. Pedimos otros dos jugos de naranja, bien helados. Mi interlocutor prosigue:

— La creación de ejércitos nacionales ha cambiado la faz del problema latino-americano. Las dictaduras han perdido solidez porque los dictadores no cuentan con el respaldo incondicional de las Fuerzas Armadas, como en otras épocas. Cualquier error, cualquier abuso, una manifestación de cansancio colectivo bastan para derrocar al supuesto hombre fuerte. Igual cosa sucede a los llamados regímenes democráticos cuando el partido de turno en el poder se extralimita o administra mal, hecho frecuente. Los Estados mayores, **my dear**, desempeñan ahora, en Hispanoamérica, el papel de la Corte Suprema de Estados Unidos. Reaccionan violentamente si se atenta contra la Constitución o contra ciertos principios básicos. La institución, claro está, es todavía reciente y requiere años para perfeccionarse. Sin embargo, a medida que transcurre el tiempo y la oficialidad se vuelve más culta, los pronunciamientos obedecen a razones menos impuras. Se inspiran más en el patriotismo que en la ambición de mando. Llegará el momento en que gobiernos respetuosos de la ley y compuestos de hombres honrados y eminentes, serán respaldados por militares con las mismas características. No hace mucho estuve en el Perú y vengo gratamente impresionado de mis conversaciones en medios castrenses. El mismo fenómeno se produce seguramente en Venezuela y en Colombia.

— Apruebo sus conceptos, Elliot. Un dictador que pretenda perpetuarse en el poder debe licenciar el Ejército y entregar las armas a sus amigos, como hicieron nuestros déspotas hasta Gómez y procede Trujillo en la República

Dominicana. Las escuelas militares, el acceso del oficial a una cultura superior garantizarán a nuestros países un futuro mejor y preparan el triunfo de la tecnocracia. Los vínculos afectivos ceden el puesto a las afinidades intelectuales. No se concibe que un graduado de Estado Mayor apoye a un bárbaro o a un improvisado.

Son las ocho de la noche cuando nos separamos. El pensador yanqui promete visitar nuestra cabaña cualquier mañana de sol. Desea conocer mis puntos de vista sobre el porvenir de Venezuela. Este hombre es feliz. Viaja, estudia y colabora en publicaciones científicas. En una ocasión respondía a mis insinuaciones de intervenir en la política:

— He estado tentado varias veces de hacerlo, pero no tengo alma de funcionario, sino de andarín. Unos nacemos para actores, otros para espectadores o secretarios voluntarios que toman notas y las comentan. En cierto modo, el triunfo de nuestras ideas es nuestro propio triunfo. A través de mis artículos y de mis reportajes, he logrado orientar, repetidas veces, a los responsables de Wáshington. En esas circunstancias siento que ejerzo el poder en la primera potencia mundial y celebro el acontecimiento con unas cuantas copas de Bourbon.

*
* *

Nos visitan Alicia y Pedro Estrada. Vienen de Madrid por una semana. Han traído a Carolina, nuestra futura ahijada, nacida en Miami tres meses atrás. Me gusta contemplarla, en su cuna. Tiene unos ojazos negros impresionantes. Será bella como su madre.

Pedro y los suyos fueron los primeros exiliados. Una mañana volaron de La Carlota a la República Dominicana. Momentos antes de despegar el aparato, un alto empleado confiscó el bolso de la señora. Fue el precursor, el Miranda de la Comisión del Enriquecimiento ilícito. La hazaña no resultó muy productiva. Unos cuatro o cinco billetes de cien bolívares que el personaje se echó alegremente al pan-

talón, con máximo desparpajo. Nosotros salimos al día siguiente del aeropuerto de Maiquetía.

Alicia habla de la conducta innoble de las autoridades norteamericanas. Se hallaba en la clínica, con dolores de parto. Pedro se había marchado la víspera a Suiza, atendiendo al consejo de un amigo de Wáshington. Agentes del F.B.I. forzaron la puerta de su habitación para interrogarla, indignados porque el esposo abandonó el territorio de Estados Unidos sin avisarles, como era su derecho. Proyectaban entregarlo al gobierno de la Junta, simplemente, sin juicio previo. Agradecían así los escupitajos prodigados a Nixon, durante su exitosa gira. Poco importaba que le asesinaran a su llegada al país. Interesaba, ante todo, halagar a la turbulenta democracia que presidía el contraalmirante. Ahora, desaparecida la presunta víctima, descargaban sus iras sobre una dama indefensa, en momentos críticos. Raras veces se ha visto tanta iniquidad de parte de un vecino poderoso que se decía nuestro amigo y cuyos máximos representantes mendigaban contratos, hasta ayer, en Miraflores. El médico asistente intervino ante el abuso de los sabuesos y amenazó con denunciar el caso a un juez.

Pedro se refiere al general Pérez Jiménez, expuesto a humillaciones constantes, vigilado, con el teléfono interferido por las mismas personalidades que anteayer le condecoraron para premiar **su meritoria labor.** ¿Por qué no se va el ex Presidente? ¿Por qué se deja vejar? Bien sabido es que **la libertad levanta su antorcha en Nueva York para** determinados tipos humanos. No cobija a quienes, desdeñosamente, se denomina latinos. En verdad, la famosa estatua es francesa, no piel roja ni anglosajona. Cuentan que allá, una vez trasplantada, perdió sus virtudes básicas **para alumbrar el camino de la fácil conquista.** En Estados Unidos pueden vivir tranquilamente los Muñoz Marín y sus portorriqueñizados, no los patriotas y mucho menos los hijos legítimos de Simón Bolívar, movidos por estorbosos sentimientos nacionalistas.

Numerosos proscritos se han instalado en Miami. Ya comienzan los pleitos, los resentimientos, las intrigas. La desgracia es susceptible e injusta. Cada quien tiende a atribuir su propia mala suerte a errores e ingratitudes de otros. En este sentido, sé que estoy de moda. Se me señala como uno de los principales responsables de la caída del régimen. La solución es cómoda. Me encuentro lejos y no puedo defenderme. ¿Cuándo tuvieron razón los ausentes? Alejarse y callar equivale a morir, pero a veces esos muertos resucitan y hablan y escriben. Pido a Dios incluirme en este grupo. Mi deber es combatir, repeler los ataques.



Vamos a San Remo. El dueño de una zapatería nos **informa** que ha estallado un movimiento militar en Venezuela. Salgo apresuradamente y compro los diarios de la tarde. Efectivamente, parece que el general Castro León se ha atrincherado en el ministerio de la Defensa y no obedece a las órdenes de la Junta. Entre tanto, Larrazábal moviliza a **los asociales**, a los universitarios y a los partidos. Una gran multitud rodea el Palacio Blanco y lo aclama. Hacemos mil suposiciones, sin optimismo. Un golpe de Estado ha de ser rápido, sorpresivo. No espera, para producirse, que se agrupen veinte mil personas.

Los matutinos confirman nuestros temores. El contraalmirante ha ganado la partida. Castro León baja de La Planicie para conferenciar con los jefes del gobierno. Está perdido. Recuerdo la frase de Evaristo, aquél hermano de Eustoquio Gómez: «¡Malo, malo! Ya empezaron con **la garladera**. ¡Militar no conversa!»



Mañana salimos para Italia, en automóvil. Mi cuñada, su suegra y sus hijos van a París y luego volarán a Nueva York y Caracas. Nos despedimos con tristeza. Quizás trans-

currirán años antes de que podamos reunirnos de nuevo. Mi familia y yo llevamos vida errante, de un hotel a otro, con maletas. Se ha abierto para nosotros una era de inestabilidad. Ignoramos lo que haremos la semana entrante. Somos como los gitanos. Nuestro destino está sobre cuatro ruedas, igual que el de ellos. Lástima que no logremos adivinar el porvenir. Presentimos, sin embargo, que será oscuro, de amarguras.

*
* *

Anoche llegamos a Roma. Permaneceremos aquí tres días para seguir a Nápoles e Ischia donde nos esperan los Harwich. Se ha despertado una vieja dolencia. Siento una molestia en la pierna derecha, cerca de la cadera y hago esfuerzos inauditos para caminar normalmente, sin cojear. Felipe Gagliardi, su hermano Pasquale y Guglielmo Battistoni nos acompañan a todas partes. Mis quebrantos me impiden disfrutar a plenitud de una ciudad que tanto quiero. No obstante, al atardecer he paseado en **vetturino** con mi mujer. Fuimos al Coliseo, por la vía del Imperio, que no conocía. Cuando dejé a Italia, en 1931, el gobierno fascista demolía casas y edificios vetustos para construir la avenida. Terminamos la recorrida en una terraza del Pincio. Desde allí la vista es prodigiosa. Era el sitio escogido por Chateaubriand para presenciar la puesta de sol, en los tiempos de su gloriosa embajada.

*
* *

Esta mañana admiramos a la venus de Cirene en el museo de Las Termas y a Paulina Bonaparte en la villa Borghese. Luego almorzamos con Battistoni en un restaurante de la vía **Borgognona**, cercano a su negocio. Me reservaba una sorpresa. El dueño es Nino, camarero de una **trattoria** de la vía **della Vite** donde cenábamos frecuente-

mente en mi juventud. El hombre me reconoce y nos obsequia aperitivos y el vino que sirve junto con los **spaghettis al pesto** que prepara él mismo. Vamos después a pie a la plaza de España y muestro a mi mujer la casa número 72, mi residencia de estudiante. Todo se mantiene igual. Al lado, el bar rumoroso y estrecho. En la esquina, la librería Bocca que me fiaba libros y revistas. Falta solamente el **signor Giovanni,** mi portero, quien se embriagaba con un vinillo blanco de los castillos romanos. La garrafa costaba dos liras. A veces le obsequiaba una y el viejo la empinaba con rapidez asombrosa, se secaba los labios con un pañuelo asqueroso y recitaba en voz alta estrofas de un poetastro amigo suyo y compañero de libaciones. Los vecinos protestaban de la gritería y todo terminaba en insultos recíprocos.

Seguimos adelante y tomamos la vía del **Babuino** para penetrar en la sombreada y angosta vía **Margutta.** Battistoni me ha informado que vive todavía la señora Concetta, conserje de Pedro Centeno Vallenilla y quiero saludarla. Ella lavaba cuidadosamente mi ropa y la de Luis Cárdenas para aumentar sus entradas y educar a sus nietos. Entro al cuartucho oscuro. Armada de un cuchillo, la anciana monda frutas y limpia hortalizas. Me estrecha la mano, conmovida. Pide noticias de Pedro, de Cárdenas, de Octaviano Hernández Osorio, **il moretto,** como apodaban en el vecindario al futuro galeno marabino. Pregunto por los nietos. Dos murieron en la guerra y el otro trabaja lejos de Roma. «Unos mueren, otros se van. ¡He vuelto a estar sola!»



Ernesto Gagliardi nos acompaña a Nápoles. Embarcar con el automóvil en el puerto de Puozzoli resulta de película cómica. Nos asalta una docena de individuos que se disputa el derecho de transportarnos. Hace calor y un fuerte olor a pescado domina el ambiente y lo vuelve casi irrespirable. Los marinos asedian a Ernesto, chillan, manotean. Por último

escogemos a uno que parece el más serio y los otros lo cubren de improperios. El beneficiario, impasible, pone en marcha un motor asmático y oxidado. Navegamos lentamente, temorosos de que el barco se detenga a mitad de camino. Por suerte, el mar es de aceite y dos horas después atracamos en Ischia. La isla es bonita, un tanto árida. El hotel del lago Ameno está decorado con gusto. Los pisos son de preciosa cerámica. Reina absoluto silencio y no hay distracciones. Para bailar hay que bajar al pueblo, distante de ocho kilómetros. Aquí la clientela duerme y se somete estrictamente a las prescripciones del médico que ordena baños, masajes y fija el régimen alimenticio. Nikita Harwich sigue la cura. Sufre de intensos dolores reumáticos en las piernas. Mi hermana, en cambio, está bien. Le ha prestado el prolongado descanso de Capri donde reside desde hace tres meses. Mi sobrino ha crecido. Es fuerte e inteligente, con extraordinaria disposición para los idiomas. Evitamos referirnos a los sucesos de Venezuela que tanto afectaron a Finita. En aquellos angustiosos días de enero, brigadas de maleantes pretendieron saquear su casa y amigos de siempre la abandonaron a su suerte. Me duele que haya sufrido por culpa mía una familia que nada tenía que ver con el gobierno derrocado, ajena a la política del país, más ajena que muchos incontaminados de hoy, traficantes de ayer y quizás gobernantes de mañana.



Virgilio y Antonieta Lovera aparecieron a la hora del almuerzo. Vienen de Biarritz y seguirán con nosotros a Nápoles, Capri y Roma. Antonieta se hizo aclarar el cabello y como todos declaramos que estaba mejor antes, pretende ir, inmediatamente, a la peluquería.



Visito al médico, a escondidas, para no mortificar a mi mujer. Prescribe un antibiótico y baños calientes. Siento cierto alivio. Vuelven las ganas de caminar y de verlo todo.

Llamada de Roma. Los vespertinos publican que jóvenes oficiales se sublevaron ayer en Caracas. Al parecer, estuvieron al borde del triunfo. Larrazábal se hallaba en el litoral, dispuesto a embarcarse y los demás miembros de la Junta, salvo Pedro J. Quevedo, escondidos en distintos lugares. La proclama de los insurgentes, leída por radio, es de marcado tinte demagógico. Arremete contra los caídos de enero, en primer término. No me sorprende. Seremos, por una temporada, los sin dolientes. Trasmito la noticia a Ramón Hernández Ron y a Virgilio. Personalmente, conozco al presunto jefe del movimiento, Juan de Dios Moncada Vidal. Es un buen profesional. Hizo excelentes estudios de Estado Mayor en Brasil y es hombre de alguna cultura general. He hablado con él, en distintas ocasiones. Se expresa con marcado acento tachirense. El general Pérez Jiménez le estimaba mucho. Refiriéndose a este militar, me dijo, confiado:

— Es difícil que vuelvan los adecos, Laureano. Muchachos como ese y muchos otros, no tolerarán jefaturas mediocres.



Vamos a Capri. Mi hermana y mi cuñado, que nos han precedido, esperan junto al muelle. Veo de nuevo con placer la famosa **piazzetta**, las tiendas y sus vitrinas multicolores, los senderos estrechos que conducen a quintas perdidas entre naranjos y flores. Los Harwich ocupan una pequeña, pero clara y alegre.

Subimos a pie a las ruinas de la residencia de Tiberio, que fuera antes de Augusto. Dos horas de marcha ascendente. Las frutas se asoman por encima de las tapias. Debe ser grato vivir, leer y escribir en cualquiera de esas villas, mirando la inmensidad del mar, por la ventana abierta.

Tenían razón Malaparte y el frustrado Fersen. Capri es el sitio indicado para aguardar la muerte, después de una existencia agitada. Si no estuviese obligado a educar a mi hija y a mi sobrina, propondría a mi mujer instalarnos aquí, en espera de la necesaria vuelta al Caribe.

*
* *

Anacapri. Recorremos la casa de Axel Munthe. Vista fabulosa, desde el mirador. Ahí está la cabeza de Medusa con la que el escritor y médico soñó una noche. Días más tarde, apareció envuelta en una red de pescadores.

*
* *

Regresamos a Nápoles. Callejuelas angostas, como serpientes. Casas embanderadas con trapos. Fiesta patriótica de la miseria permanente, inevitable. Hermosas esculturas en el museo Nacional. Me impresionan, particularmente, dos hermosos caballos de mármol procedentes de Pompeya. Nos acostamos a hora temprana porque mañana visitaremos dicha ciudad y Herculano.

*
* *

Me siento molido, esta noche, después de una larga jornada de pie, bajo un sol reverberante, entre ruinas y turistas que arruinan el paisaje. Esos lugares pierden encanto con la afluencia y el discurrir monótono y torpe de los guías. Me instalo con Virgilio en cómodos sillones del bar del hotel. De pronto, una pareja de venezolanos conocidos. Lolita y Alfredo Anzola Montauban. Se sientan y charlamos, durante varios minutos. Alfredo opina que el doctor Rafael Caldera salvará a Venezuela del caos, la desgracia y el comunismo.

Cenamos con Felipe Gagliardi en «Zi Teresa». Mandolinas, canciones y cocina deficiente. Nos defendemos con la

mozzarella que es extraordinaria. A las ocho de la mañana saldremos para Pestum y Montesano. Felipe desea mostrarnos su pueblo nativo, encaramado en las montañas de la provincia de Salerno.

*
* *

Llegamos al **paese** de mi amigo a la hora de almuerzo, luego de admirar fabulosos templos griegos que ponen nota estética en una pradera banal, poblada de búfalos tristes y descarnados. Nos han recibido con cohetes, como a personajes criollos en aldeas del interior. Nos hospedamos en la casa de Felipe que es la más importante de la localidad. La calle principal lleva el nombre de Bolivar. Fue pavimentada con dinero del meritorio trabajador italiano, quien también construyó, por su cuenta, el acueducto, la nueva iglesia y un vasto edificio para colegio. Montesano tenía unos tres mil habitantes. Ahora cuenta con muchos menos porque la mitad emigró a Venezuela. Gagliardi, explica: «Aquí creyeron todos que si un hombre tan bruto como yo había hecho fortuna en Caracas, los otros, que eran más vivos, ganarían el doble.»

Gran animación reina al atardecer en la plaza del pueblecito donde colocan centenares de sillas. Nuestro anfitrión nos obsequia con una velada en la que intervendrán artistas de la radio y de la televisión de Nápoles. Habrá también un espectáculo de fuegos artificiales y vendrá gente de los villorrios vecinos.

*
* *

Gratísimo recuerdo conservaremos de la fiesta de anoche. Me presentaron a numerosos italianos que trabajan en mi país y pasan aquí sus vacaciones. Muchos son casados con venezolanas. Sus coches, algunos lujosos, llevan placas del Distrito Federal y banderitas tricolores. Siento cierta satis-

facción al ver que mi patria se prolonga hasta aquí. Los niños sanos y robustos que ayer corrían y reían de un lado a otro, son compatriotas míos, promesa de un futuro mejor para mi tierra. Creo más en ellos, en su esfuerzo creador del porvenir, que en el doctor Caldera, con el perdón de Alfredo Anzola Montauban.

*
* *

Hoy se cumple una semana que regresamos a Roma. Mi dolencia se acentúa y es un verdadero sacrificio acompañar a mi familia a templos y museos. Escribo estas líneas apresuradamente. Tengo fiebre y me acostaría, de una vez, si no me hubiese comprometido para cenar con Margot Fonteyn y Roberto Arias. En el restaurante del «Excelsior», cuando salíamos de almorzar, vi a un coronel de nuestras Fuerzas Armadas en una mesa cerca de la puerta. Tanto miraba el plato de **spaghettis** que no me saludó. En otra época era particularmente cordial conmigo. Por la tarde, me dirigía al sitio que ocupa el conserje y venía, en sentido opuesto, un matrimonio caraqueño muy conocido mío, acompañado por la mayor de sus hijas. Pasaron a mi lado rígidos, olímpicos. Me he vuelto invisible, decididamente. Hasta enero, estas buenas gentes me demostraban amistad y me veían con placer ostensible. .

*
* *

Viajamos en tren a Milán. Los vagones son modernos, limpios, confortables. Escalofriante la velocidad. Trabajo cuesta conservar el equilibrio. Felipe viene con nosotros. Acompáñanlo un amigo suyo, capitán de carabineros y un hombre modesto, especie de criado y de mandadero, que se ocupa de la maleta de medicinas del constructor y a quien los hermanos menores de Gagliardi han bautizado **il guappo**, como llaman en Nápoles a los valientes de oficio, por remi-

niscencia española. Ni el físico ni el carácter del candidato corresponden al apodo. Es triste, tímido, timorato. Felipe le ordena alejarse cada vez que se acerca al grupo: «**Puzza, puzza**, explica. Huele mal. ¡No hay manera de hacerlo bañar!» El otro asiente, reído: «¡Es verdad! No me gusta el baño. **¡Fa male!**»

Mi dolor aumenta y confieso a mi mujer lo que ocurre. Deseo llegar cuanto antes a Lausanne y hacerme ver con el doctor René Gonin, especialista a quien conozco desde mi adolescencia. Los amigos italianos se despiden de nosotros en la frontera. Preocúpame que Felipe haya pagado tan cara la amistad conmigo. Por el momento, no podrá volver a Venezuela, donde hizo fortuna con el sudor de su frente. Ni Pérez Jiménez ni yo existíamos, políticamente, cuando él era ya rico y considerado. Mi figuración oficial, que no aprovechó en ningún caso, le cuesta un exilio largo y probablemente la pérdida de haberes ganados con ladrillos, cabillas y cemento, en tiempos en que el trabajo se cotizaba a mejor precio que la calumnia.



Fuí operado anteayer de un abceso profundo en la pierna derecha. Experimenté alivio, después de la intervención del doctor Gonin, pero las curas son dolorosas, casi insoportables. Todas las tardes debo someterme a ese martirio. A partir de hoy, el facultativo me autoriza a salir y he almorzado en el restaurante del hotel con la familia. Luego paseamos por los alrededores en automóvil. Los campos visten de amarillo otoñal y hojas doradas se ejercitan como paracaidistas. Mi mujer ha adquirido para mí, en una librería del centro de la ciudad, dos libros de Marcel Pagnol: «La Gloire de mon Père» y «Le Château de ma Mère». Reúnen sus recuerdos de juventud. La lectura del primer tomo me conmueve al punto de hacerme llorar. Ignoro si es la habilidad del autor o mi estado de salud que provocan el fenó-

meno. La obra es bella. Respira espontaneidad. Estoy seguro de que fue escrita sin prejuicio literario, como la dictaba el corazón. Alguien me dijo una vez que reflejar el sentimiento claramente, resultaba más difícil que un empeño de estilo. «Que el lector goce y sufra con el escritor, ahí está el mérito, Laureano», me confiaba Teresa de la Parra. «Hay que introducirlo al ambiente que creamos, dominarlo, manejarlo como esclavo. Fracasamos si continúa en Nueva York cuando pretendemos transportarlo a Caracas. Me sentía rusa con Dostoiewski y parisiense del siglo XIX con Balzac.» Ahora Pagnol me lleva a la Marsella de su infancia, a su modesto hogar de maestro de escuela.



La cura de esta mañana ha sido particularmente dolorosa. Regreso extenuado. Sin embargo, bajo con los míos al comedor. En la mesa vecina están unos venezolanos muy vinculados al general Isaías Medina Angarita. Las miradas son hostiles. Disfrazan mal la indiferencia. Por fortuna, he reprimido el gesto amigable que me inspiraba su presencia. ¿Cuál es la razón de esta actitud? Fuí amigo de Medina, desde mi niñez hasta su muerte, en una quinta del «Caracas Country Club», en tiempos en que yo desempeñaba el ministerio de Relaciones Interiores. Estuve a su lado en las horas gratas de su carrera política y también en las ingratas. No huí del cuartel de caballería Ambrosio Plaza, aquella noche del 17 de octubre de 1945, cuando las ratas uniformadas y de levita abandonaban el barco que se iba a pique. Más tarde, le acompañé en su desgracia neoyorkina, y en Caracas, maniobré con otros amigos suyos para que recuperara los bienes confiscados por «Acción Democrática». Ahora, medinistas y adecos se hacen mutuas protestas de afecto en las intrascendentes sesiones de la Junta Patriótica, bendecidos por Fabricio Ojeda. La fragilidad de la memoria no conoce límites. Se olvida que Betancourt es directamente respon-

sable del fallecimiento prematuro de un ex Presidente bueno, noble y generoso. La política actual no obedece a los dictados de la lógica ni cierta actitud a normas elementales de dignidad. Un interés pseudodemocrático, que coincide con el ventajismo preponderante, destruye amistades, desconoce la palabra empeñada y reconcilia lo irreconciliable.

¡Cosas veredes, Sancho! A lo mejor el general Eleazar López Contreras se abraza con Rómulo Betancourt, quien le arrebató el patrimonio con sentencia infamante, y denigra de Pérez Jiménez y de sus compañeros de Junta que se lo devolvieron. La defensa de la soberanía popular tiene tremendas exigencias. ¿No es verdad? Hasta la hombría de bien hay que echarla a un lado a la hora de restaurar la integridad del sufragio, garantizada plenamente por las Agrupaciones Cívicas Bolivarianas. El doctor Francisco Franco Quijano debe reírse de los farsantes de ayer y de hoy. Y yo también.



Telefonea, desde París, Roldán Bermúdez. Desea verme. Le invito a venir por dos o tres días. Llega esta tarde. Viene de Madrid y de la República Dominicana. Caminamos a lo largo de la avenida que bordea el lago. También cena con nosotros en un restaurante del centro de la ciudad. Cree en la inminencia de un golpe de la oficialidad joven. Es amigo de Moncada Vidal y de otros militares con quienes estrechó relaciones, cuando ejercía la Secretaría General del Territorio Delta Amacuro. No me contagia su optimismo. Es todavía muy temprano para una sublevación exitosa. Los venezolanos de aquí, ínfima minoría, soñamos con el milagro de un movimiento armado. Los de allá, con el del voto. Ni uno ni otro se realizarán, aunque se alce el Ejército y la ciudadanía concurra a las urnas. La solución del problema nacional, que es distinto al nuestro, demandará tiempo. El 23 de enero fueron derrocadas la dictadura y la eficiencia

colectiva que se deriva de la estabilidad. Aquella madrugada se destruyeron las jerarquías fundadas en el mérito, como en octubre de 1945. De nuevo el carnet partidista sustituyó al diploma en la burocracia y en las actividades privadas, cuando no sembró el pánico en las filas de estas últimas. Sé de agricultores, de industriales, de comerciantes y de profesores que trabajan atemorizados y presionados por los líderes. Su labor es deficiente en semejante clima de zozobra. Los buenos resultados exigen seguridad social. El **deficit** de la producción, en todos los órdenes, aparecerá, junto con el del Tesoro, en los meses venideros. Comenzará entonces la verdadera crisis y la carga se hará cada día más pesada para nuestro pueblo, hasta que llegue la hora en que él, espontáneamente, se niegue a ser aplastado por el fardo y reclame ayuda para conducirlo a su destino. En ese momento serán llamados los que la nación considere capaces de enderezar entuertos. Tal es **el golpe** que yo vislumbro en el porvenir, provocado por la necesidad de barrer a los mediocres.

Roldán me escucha en silencio. Involuntariamente, he destruído sus ilusiones. Pensaba regresar a Caracas, en fecha próxima, acogido por revolucionarios uniformados y sonrientes. La realidad es más compleja. Trato de explicarle que la improvisación de guerrera es tan peligrosa como la de chaqueta, que los fusiles y el favor de las urnas no forman estadistas. En las actuales circunstancias, un grupo de militares victoriosos se volvería extremista, radical, para justificar el alzamiento y solicitar la absolución temporal de las masas.

Roldán insiste, ahogado en un mar de decepciones:

— ¡Pero esos muchachos de quienes le hablo son buenos, doctor!

— Seguramente, Bermúdez. No dudo de su buena fe y de su probidad, pero eso no basta para gobernar a una nación. La Administración Pública requiere profundos y variados conocimientos, excepcional carácter y serenidad en

la etapa afiebrada que vive nuestra patria. Sospecho que ninguno de tus compañeros reúne las cualidades que yo juzgo indispensables para el fiel cumplimiento de la taiea. El movimiento que anhelas suscitaría otros y otros. La anarquía, la ruina, el hundimiento de la República, empeorarían nuestra situación de desterrados. ¿Qué dirías tú si un período de desgobierno provocara un desembarco de fusileros marinos norteamericanos? No hay que subestimar esa eventualidad. Nuestro hierro y nuestro petróleo son indispensables a la defensa de la denominada civilización occidental. Debemos evitar esa vergüenza por todos los medios a nuestro alcance. Somos un territorio codiciado, Roldán. Cualquier pretexto será bueno para una intervención. Solamente pueden salvarnos el progreso y un régimen respetado por propios y extraños. El bochinche y la impericia conducen a la esclavitud.

Roldán parece compungido. Lo observo mientras hace la maleta. Profésole afecto. Ha sido fiel conmigo.



Mi mujer y yo visitamos a Maruja y a Pedro Guzmán en una clínica de Vevey. El ex-ministro de Hacienda considera que el contraalmirante Larrazábal será el próximo Presidente de la República. Estima que los vencidos de enero no debemos atacarle. El marino nos ha perseguido contra su voluntad, empujado por los partidos y la prensa. Una vez en el poder, rectificará. Me abstengo de opinar. Entre todos los aspirantes, prefiero a Betancourt, mi enemigo franco, abierto, sin dobleces. Me detesta y correspóndole con la misma moneda. Nos combatía sin descanso, desde Costa Rica y Puerto Rico, mientras el otro nos servía whisky en el Circulo de las Fuerzas Armadas. Si el guatireño alcanza el poder, me perseguirá con ensañamiento. Replicaré, como pueda, sin pedir cuartel, como hizo él. El odio es de mayor categoría que el desprecio. Betancourt discurre y

escribe mal, pero Larrazábal canturrea. El primero lucha, el segundo adula al poderoso de turno. Pérez Jiménez o la chusma, poco importa.



Visita de José Victoriano Zambrano. Evoca sus tiempos de subteniente y la figura de Isaias Medina Angarita. El rencor que su persona inspiraba a los adecos es inexplicable. Quizás le repudiaban porque representaba el reverso de la medalla. Era difícil malquerer a Medina. Su físico y sus maneras despertaban, más bien, sentimientos de afecto. Juan de Dios Celis Paredes solía decir que lo había encumbrado la simpatía, su eterna aliada. Alguien me refirió que la mañana en que fue expulsado del país, los oficiales que se hallaban en el aeropuerto de Maiquetía se alejaron del lugar donde el ex Presidente esperaba ser llamado al avión. No se atrevían a mirarle de frente. Estaban avergonzados. La actitud con Betancorut fue diferente, en iguales circunstancias.



Ayer tarde fuimos al castillo del Rosey. Deseaba ver a mi antiguo profesor, E. C.-R. Hughes. Se conserva admirablemente. Diríase que no han transcurrido treinta años, desde que nos despedimos en el patio del colegio. Los mismos cabellos grises, el mismo andar pausado, la chaqueta de **tweed,** el pantalón gris de franela, la pipa. Charlamos largo. Desfila el pretérito. Maestros, condiscípulos, chicas que hoy son abuelas. De pronto se ausenta y regresa con un álbum de amarillentas fotografías, ya marcadas por un otoño eterno. Grupos de muchachos sonreídos, de gorra y **blazer,** como los que ahora se asoman a la ventana del salón y nos observan curiosos y burlones. Lentamente, señala caras con el índice y pronuncia nombres, sin vacilar. Luego nos ofrece

una taza de té. Lamenta que no tengamos un hijo. «¡Estaría aquí, seguramente!» Nos retiramos. Ofrezco volver más adelante.

*
* *

Home, sweet home! grita mi hija al penetrar al apartamentito del Jorge V. Siento que se me arruga el corazón. Después de más de dos décadas de trabajo intenso, nuestra casa es un cuarto de hotel, lejos de la patria. Su madre adivina mi pensamiento y me aprieta la mano. Sin palabras, dice que no me aflija, que vendrán tiempos mejores. Por fortuna, he recuperado la salud en Suiza y hago planes para una futura labor intelectual. Mañana comenzaré mis memorias. Someteré mi existencia a un horario preciso. No saldré más de dos horas diarias y reservaré una noche semanal para acompañar a mi mujer al teatro o a los conciertos.

*
* *

Esta mañana he conversado con la señora de Peraldi, dama muy culta que se ocupa de María Luisa. Con ella va la niña a los espectáculos, museos y conferencias. Cuenta asombrada que durante el verano, tuvo a su cargo a unos chicos venezolanos que se hospedaban en el «Hotel Plaza Athénée». No recuerda el apellido de la familia, pero cree que procede de una ciudad de provincia. El caso es que en una oportunidad nos mencionó en presencia de los padres y éstos preguntaron si era cierto que comíamos en vajilla de oro, estábamos instalados en un suntuoso apartamento y derrochábamos millones. La francesa contestó que la información era falsa, que éramos gente tranquila, de gustos moderados. Insistieron, sin embargo. El marido quería saber si yo me mantenía ebrio en los **cabarets**, rodeado de mujeres de mal vivir y protegido por espalderos. La profesora replicó que debía tratarse de otras personas del mismo apellido,

que la biografía no correspondía en absoluto al original. Mi esposa y yo parecíamos una pareja unida, seria. Había observado, por el contrario, que yo salía poco y me mantenía dedicado a leer y tomar notas, como cualquier hombre aficionado a ejercicios intelectuales. Tampoco me había visto bebido ni me conocía guardaespaldas. Generalmente, me veía regresar al oscurecer con libros y revistas en las manos.

El relato me preocupa. Mis adversarios de la prensa, de los mitines y de los corrillos, han logrado forjarme una nueva personalidad. Para buena parte de mis compatriotas soy un delincuente vulgar y un vicioso que lleva en París vida de demócrata en gira oficial. Solamente, mis detractores ignoran que no estoy dispuesto a dejar envolver en cobija de ignominia, mi presunto cadáver político. Pelearé aunque sea desigual el combate. Mercedes de Guzmán Blanco, a quien repito el cuento durante la cena, no se muestra sorprendida. También ella ha oído cosas insólitas sobre nosotros. Recientemente, una señora caraqueña que nos conoce apenas, aseguraba en una reunión social, que los Vallenilla nos distinguíamos por nuevos ricos en la Costa Azul, que cometíamos toda clase de ridiculeces y nos hacíamos entender por señas, como los mudos. Nuestra amiga, observó:

— Entonces el doctor Bueno y don Laureano perdieron el esfuerzo al educar a esos niños en París. ¡Olvidaron, a un tiempo, los buenos modales y el francés!

*
* *

Tanto me ha impresionado el incidente de la señora de Peraldi que lo refiero a J. F. C. mientras almorzamos en «La Closerie des Lilas», atendiendo a una invitación suya. El abogado ríe y me lee un recorte del diario «El Nacional», fechado en Roma. Fírmalo un corresponsal de ese periódico, en la Ciudad Eterna, que se hace llamar El Diablo Cojuelo. Un español, más vinculado al alcohol que a las letras. Dice que recorrí a Italia, a la cabeza de una caravana de «Rolls

Royce». Poco después, el gobierno me insinuó abandonar el territorio italiano, por indeseable. Mi amigo rompe el papel en pedacitos y declara, pausadamente:

— Hace años vi un film denominado «Llegaron las lluvias». Se desarrollaba en una ciudad de India donde comenzó a llover a torrentes. Las aguas arrastraban a su paso seres humanos, casas y palacios. Los habitantes nadaban en un mar de lodo. Muy pocos se salvaron. Aplíquese el cuento. Nade, defiéndase para no ahogarse en este diluvio de infamias del que, a la larga, todos seremos victimas, hasta quienes creen ocupar el Arca de Noé del poder. Ella también zozobrará. Ya verá usted a muchos demócratas pedir auxilio y pregonar su arrepentimiento. Nade, repito, para que pueda alardear, como Siéyès, de haber sobrevivido. Soy fatalista y aficionado a la quiromancia. Tengo la seguridad de que este destierro y las persecuciones de que es objeto, favorecerán su futuro. Le obligarán a escribir y quizás a triunfar en una actividad que había descuidado para dedicarse a la política activa. Si esto no hubiese ocurrido, nos privaría usted de un buen libro de historia contemporánea de Venezuela y de alguna novela criolla de sabor costumbrista. El puesto de novelista de Caracas quedó vacante al morir Teresa de la Parra, su admirada amiga. Trate de ocuparlo. Hay mucho que decir sobre la capital y sus habitantes. Usted conoce sus secretos. Nació allí. Yo no podría hacerlo. Vine del Táchira ya adolescente y sigo mirando a la cuna de Bolívar con ojos de provinciano.

Tratamos luego de sucesos recientes. El alzamiento militar del pasado mes fue importante. La Junta se preparaba para huir. La nota cómica correspondió a Edgar Sanabria. Al día siguiente, ya pasado el peligro, se hizo fotografiar, revólver en mano, a las puertas del Palacio Blanco. El loquito no teme al ridículo.

∴

Paseo a pie con Carlos Aristimuño Tamayo y Virgilio Lovera. Se han inscrito en la Escuela de Periodismo y asisten puntualmente a los cursos. En mi concepto, el periodismo venezolano ha decaído desde que allá existe la Escuela. Predominan las enseñanzas y el estilo de Miguel Angel Capriles. Andrés Mata, Andrés Jorge Vigas y mi padre, escribían mejor que los de ahora. También Angel Corao, Ramón David León, Pedro Sotillo y Marco Aurelio Rodríguez, quienes no fueron discípulos de Miguel Acosta Saignes. Hoy no existe, entre nosotros, un periodista completo, como Leoncio Martínez, tan brillante en un editorial como en una caricatura o unas coplas. De la nueva generación, el más destacado es Aquiles Nazoa. De buena madera son también Nelson Luis Martínez y Víctor Simone de Lima. Sin embargo, no dudo que esta etapa de libertades, si se mantiene, forjará columnistas de fuste, bien entrenados en la diaria polémica. Por el momento, prevalece en los periódicos la colaboración espontánea de las épocas turbias, pero al correr del tiempo, se hará, lógicamente, una selección. Hoy, en período de violencia verbal, todos son periodistas, como todos eran coroneles, en temporada de guerra civil.



Visita de un joven militar, hijo de un antiguo y consecuente colega mío. Se halla en exilio pagado, es decir, sigue un curso de especialización en una escuela de guerra de Francia. Sus mejores amigos eran los cabecillas del fracasado alzamiento de septiembre y aunque él no formaba parte de los conjurados, el Ministerio de la Defensa consideró prudente enviarle al Extranjero, por un tiempo. Cambiamos impresiones. Confiesa que es deprimente no entender las explicaciones de los profesores, por absoluta ignorancia del idioma. Aconséjole concurrir a clases de todas maneras, tomar lecciones particulares de francés y evitar la frecuentación de personas de habla hispana. La mayoría de nosotros

comete el error de estar en París y de vivir en Venezuela. Las relaciones, los periódicos y las noticias nos mantienen en ambiente venezolano y retardan, innecesariamente, la asimilación de la lengua. Conocí compatriotas que pasaban el día en las oficinas de la Legación —entonces no había embajada— o del Consulado, charlando con el personal o dedicados a leer y comentar sucesos de nuestro país. Su conducta volvíalos impermeables al medio, hasta que llegaba, sin provecho mental, la hora del regreso. El oficial me escucha con interés y promete actuar en la forma que indico.

Abordamos el problema de las Fuerzas Armadas. La situación es difícil para los uniformados. Los partidos, sin excepción, pretenden conseguir su apoyo para satisfacer ansias de poder. Adecos, copeyanos, urredecos y comunistas, buscan prosélitos de charreteras. También algunos servidores de la dictadura, con fines revanchistas. En verdad, la oficialidad no está preparada para resistir a tantos asaltos. La tropa tampoco escapa a influencias de la calle, a pesar de los indispensables controles. El soldado oye opiniones de familiares y amigos, que raras veces son burguesas y conservadoras. En cuanto al próximo Presidente de la República, será posiblemente Wolfgang Larrazábal, quien solicita en las clases populares el prestigio de que carece en el seno de la Institución, donde se le conceptúa como mediocre profesional.

— ¿Y si el elegido fuera Rómulo Betancourt?

— En ese caso, las Fuerzas Armadas respetarían temporalmente el resultado de las urnas, pero no olvide usted que todo hombre de **cachucha** es, por esencia, antiadeco. Existe incompatibilidad absoluta entre el adequismo y los principios que nos rigen. El Ejército es jerarquía, patriotismo, orden, desinterés, obediencia. «Acción Demócrata» representa la inversión de esa pirámide, el aplastamiento de las élites por el número, vociferación e indisciplina. El choque entre una y otra tendencia es inevitable, como lo fue en 1948. Un militar que se diga adeco es tan insincero como un adeco

que se declare militarista. Somos aceite y vinagre. No existe fórmula de coexistencia pacífica. Recuerde que el coronel Delgado Chalbaud se convenció, finalmente, de que todo esfuerzo en ese sentido era inútil. Si gana la tarjeta blanca, se manchará de sangre.

Ha transcurrido más de una hora. El mayor promete verme a menudo, discretamente, por razones obvias.

*
* *

Blanca y Carlos Travieso han arrendado un pequeño apartamento en la «rue» de la Pompe. El ex-Presidente del Congreso frecuenta los hospitales y recibe lecciones de pintura en la Academia de André Lhote. Anoche cenamos juntos y nos obsequió su primer cuadro abstracto. Carlos es realista con tendencia al pesimismo. Está convencido de que Venezuela es mayoritariamente adeca. Betancourt es el apóstol de la facilidad, el teórico de la improvisación. Su doctrina permite el acceso de todos a todas las posiciones, sin preparación previa que lo justifique. Su lema podría ser: a cada cual según sus incapacidades. Es el antisaintsimonista, por excelencia.

*
* *

He comenzado la redacción de mis memorias. Escribí cuatro páginas cuyo contenido no me satisface. Aparentemente, me falta entrenamiento. Durante años, he sido consumidor de pensamientos ajenos. No he ejercitado la pluma y el trabajo se resiente. Continuaré con este diario mientras logro depurar el estilo. Ahora sí envidio a doña Gloria Stolk.

*
* *

Los Harwich se han instalado en Roma, cerca del Quirinal. Cuentan que la casa es bonita. Mi sobrino irá al liceo Châteaubriand. Dos profesores de ese establecimiento me

prepararon, en 1930, para el bachillerato francés. Mi hermana no desea volver a Caracas, por el momento. Quiere olvidar. Lamentablemente, recibe noticias y recortes de prensa que la mortifican. Se inquieta con rumores que me conciernen.



Un alto funcionario francés, amigo mío, me convoca a su despacho. Apenas tomo asiento, declara:

— Venezuela ha solicitado oficialmente su extradición. El embajador estuvo, con ese objeto, en el «Quai d'Orsay».

Trato de decir algo, pero él me detiene, con un gesto:

— Adivino cuál va a ser la reacción de nuestro gobierno. A veces se olvida que somos un viejo país, con una larga tradición política y diplomática. Sería infantil que obedeciéramos ciegamente a una petición irracional, inspirada por el odio y un mal disimulado propósito de venganza. Aquí conocemos la inestabilidad de los regímenes y de las pasiones en América Latina. El perseguido de hoy es, frecuentemente, el mandatario de mañana y los enemigos irreconciliables del presente se hacen, tres meses más tarde, mil protestas de amistad. Complacer a su adversarios equivaldría a marcar preferencias vedadas por una prudencia elemental. Francia es amiga de todos. De los que suben y y de los que bajan. Además, no tenemos tratado de extradición con su patria, y si existiera, no hallaría aplicación en asuntos políticos. Aquí una Corte especial resuelve esos casos y si por algún motivo concurriese usted ante ella, encontraría oportunidad de lucirse. Denunciaría en voz alta y ante magistrados de reconocida probidad, que los gobernantes venezolanos han violado los Derechos del Hombre. Se sabe que usted y otros compatriotas suyos han sido embargados y despojados, en virtud de disposiciones «ad-hoc» y no de leyes preexistentes, por tribunales políticos y no por sus jueces naturales, sin ser oídos y en estado de absoluta

indefensión. ¿Qué responderían los de su embajada a tan graves acusaciones? En principio, recomiéndole la mayor discreción. No se preocupe. El asunto se resolverá sin intervención suya, sin ruido ni aspavientos. Diviértase, busque distracciones en vez de abogados, en este fin de otoño parisino. Hay piezas de teatro mejores que la que pretenden hacerle representar.

Estrecho su mano y me alejo. Ojalá el general Pérez Jiménez encuentre igual comprensión de parte de las autoridades norteamericanas, pero lo dudo. Las compañías petroleras gozan de gran influencia en Washington. Sus apoderados legales suelen ser ministros. La entrega del ex-Presidente será objeto de negociaciones aceitosas. Dando y dando. Probablemente, pagaremos su extradición con una devaluación del bolívar u otra medida por el estilo.

*
* *

Ceno con mi eminente amigo Gerónimo Remorino, ex-Canciller de la República Argentina. La democracia militar que impera en Buenos Aires, con el beneplácito del capitalismo yanqui, tammbién dispuso de sus bienes y pidió su extradición. Francia no hizo caso a la demanda, como era lógico. Entre tanto, el diplomático que nació rico se halla sin recursos en París y lleva una vida de angustias y privaciones, por el delito de haber sido colaborador del general Perón.

*
* *

Ayer tarde llegaron al Jorge V, Henrique Julio Brandt y su familia. Habíamos reservado para ellos un apartamento encima del nuestro. Elenita, la niña menor, dijo al ver a María Luisa: «¡Qué bueno! Te quedaste chiquita como yo. ¡No has crecido mucho!» Henrique es un compañero de infancia. No recuerdo cuando nos conocimos. Quizás cuando con-

tábamos menos de un año de edad. Su madre y la mía eran muy amigas. Ambas murieron jóvenes, casi simultáneamente. Juntos llevamos nuestro duelo. En esos tiempos, vestían de negro a los huérfanos y así trajeados, nos sacaban de paseo a él y a mí, en el coche paterno o en el tranvía. Existía entre «el gordo» y yo una solidaridad de la desgracia. Nos considerábamos distintos a los otros chicos. Durante un largo periodo nos prohibieron fiestas y diversiones. Estábamos de luto, pero nos veíamos a diario. Jugábamos con soldados de plomo y organizábamos banquetes para las hormigas, a base de moscas y cucarachas muertas. Crecimos el uno al lado del otro y nos separamos cuando vine a Europa, por una década. Siempre nos escribimos y nos comunicamos nuestros problemas. A mi regreso a Caracas, continuó invariable la vieja amistad. Henrique Julio es para mí el hermano que no tuve y como hermanos nos tratamos. Anoche conversamos hasta altas horas. Contestó detalladamente a las mil preguntas mías. Su personalidad de hombre de negocios, genuinamente bueno y digno, no ha escapado a las calumnias de la prensa. Una mujer le acusa, por ejemplo, de haberla obligado a vender su hacienda, a vil precio, en complicidad conmigo. La verdad es que en una ocasión, Brandt me convidó a asociarme con él para adquirir un pequeño fundo, por los lados de Cúa. Quería ayudar a Mujica, su excelente cuñado, quien deseaba consagrarse a la agricultura. Mi participación fue de unos veinte o treinta mil bolívares y mi idea que el condueño de la finca me reembolsara la limitada inversión más adelante, al obtener beneficios. Tan reducido era mi interés que no conocí la propiedad e ignoraba el sitio de su ubicación exacta. Jamás he sentido afición por el campo y creo que Henrique tampoco.

La presencia de los Brandt es un consuelo para nosotros. Representan la Venezuela que nos aprecia, la que no se suma al coro de infamias. Esta mañana nos refirieron que en Caracas se hablaba de que mi mujer y yo estábamos a punto de divorciar, en vista de que yo la había dado por

beber y amanecía en los «clubs» nocturnos, con prostitutas. Elena casi lo creyó. Es una noticia de viajeros que regresaban de Francia, no enemigos nuestros. Respondo que la condición de proscrito despierta la hostilidad de ciertas esferas sociales. Alguien dijo que el momento más importante de la carrera de un hombre público es el de los reveses porque revela las ventajas de la soledad, la única amiga fiel. Este filósofo, cuyo nombre he olvidado, exagera. Tenemos amigos consecuentes y las horas de relativo aislamiento han sido cortas, voluntarias.

*
* *

Telefonea Reinaldo Herrera Uslar. Vino de Nueva York a bordo del «United States». Se hospeda en el «Hotel Ritz». Me visita minutos más tarde. Le obsequio un whisky. Charlamos durante un buen rato. Envidio su juventud mental y su inquebrantable optimismo. Cuenta que figuró en la delegación venezolana a los actos de toma de posesión del Presidente Frondisi. Muestra satisfecho su pasaporte diplomático. Al parecer, el flaco Sanabria rehabilita a «la gente decente», abandonada a su triste destino bajo el gobierno de Pérez Jiménez. A nosotros nos faltó el respaldo de «la sociedad», en momentos críticos, el 23 de enero. Pienso más bien que fue el de las Fuerzas Armadas. No descubro cómo, cierto grupo, hubiese podido cambiar la decisión de militares resueltos a derrocarnos. Hablamos de Reinaldito, su hijo. Tuve oportunidad de verlo en Saint-Moritz y Monte-Carlo. Es inteligente y bien educado, con marcada disposición para las artes plásticas.

*
* *

Largo recorrido a pie con el doctor Pedro Amaré del Castillo. Fuimos hasta la iglesia del Sagrado Corazón, en Montmartre. Desde allá contemplamos a París, trajeado de sol y de bruma. Perucho ha hecho grandes progresos en el

francés, gracias al teatro, a una buena profesora y a la constante lectura de autores clásicos. Refiere reído, que una discusión sobre fonética con el doctor Rafael Arroyo Parejo, pudo terminar dramáticamente, en dias pasados. En determinado instante, Amaré perseguía al otro, armado de un candelabro metálico. Síntoma grave. El virus de violencia que prevalece en nuestra patria contagia a los venezolanos residentes en Francia.



J. F. C. vuelve de un viaje a España. Trae noticias frescas de Caracas. Betancourt, Caldera y Larrazábal serán candidatos presidenciales en las elecciones de diciembre. Este último es el favorito y gobernará, en caso de triunfo, con el partido de Villalba. Los tres aspirantes han firmado un pacto por el cual se comprometen a repartirse, por partes iguales, ministerios, gobernaciones, embajadas, institutos autónomos y demás cargos. Por consiguiente, la coalición es contra el Presupuesto General de Ingresos y Gastos Públicos. No se ha realizado en torno a un programa mínimo de gobierno. ¡Es increíble! Numerosos miembros de la colonia criolla en Madrid, esperan la victoria del marino para volar a Maiquetía. Viajeros procedentes de Venezuela los mantienen en esa ilusión. Guillermo Veloz Mancera sostiene, en el bar del «Palace», que el contraalmirante es una línea, que él y «el pelón» Capriles contribuyeron con trescientos mil bolívares para la campaña, que todos deben proceder en la misma forma para impedir la entrada de Rómulo a Miraflores y lograr un clima de conciliación. Observo que es raro contar ahora con la magnanimidad de Wolfgang. A la Junta que presidía correspondió el honor de los embargos de bienes, de los extrañamientos y de las persecuciones iniciales. Poco quedaría por hacer, en ese sentido, a un régimen adeco. Larrazábal y sus colegas de Ejecutivo colegiado actuaron bajo el signo de la venganza. Mi amigo alude

luego a Edgar Sanabria. Su Presidencia es de opereta. Cita a los embajadores extranjeros para pedirles condecoraciones y se hace invitar a almuerzos y cenas por sus relaciones sociales para que ellas le admiren, rodeado de edecanes y policías. A la hora de los postres, baja la voz y pasa al terreno de las confidencias. Según él, las Fuerzas Armadas desean sublevarse y nombrarle Jefe Supremo de la República, con plenos poderes, «para que arregle las cosas», pero todavía no ha aceptado. Está indeciso. De resto, el profesor de Derecho Romano se ha transformado. Se afeita, anda de camisa limpia y aparenta galantear a una divorciada que ha tomado en serio el asunto y amenaza a sus perplejos vecinos con la radiopatrulla del Presidente.

*
* *

Ciro Sánchez y Pedro Luis Pacheco, su primo y cuñado, se presentan al Jorge V. Vienen de España y van en gira automovilística a Italia. Son mis amigos de infancia y ambos colaboraron conmigo en el ministerio de Relaciones Interiores. Con su clara inteligencia y el amplio conocimiento que tiene del medio, Ciro expone sus puntos de vista sobre el presente y el futuro inmediato de Venezuela. Betancourt resultará vencedor en las elecciones. La violencia, la agresividad y el desorden administrativo caracterizarán su gestión. El país vive en un ambiente de mitin desde enero y mitinescos serán los decretos, las leyes y las inversiones del próximo período. La nación consumirá energías y recursos en una reunión pública que durará cinco años a menos que se produzca un movimiento armado exitoso. El venezolano deja de ser ciudadano para convertirse en elector. Los partidos buscan su voto, no su felicidad. La campaña comicial no concluirá en diciembre. Se prolongará a lo largo del mandato adeco. Al día siguiente de instalarse en Miraflores, las tropas romulianas comenzarán a trabajar para asegurarse la victoria en 1963. Este propósito orientará todos los

actos del régimen y no habrá posibilidad de cumplir obra de bien. Rómulo desprecia los programas constructivos porque carecen de valor electoral. Un aeropuerto, una carretera, un hospital, una represa, no aumentan el número de sufragios favorables. La hipertrofia burocrática si alcanza ese objetivo y ya veremos proliferar los funcionarios y centuplicar el costo de los servicios públicos. Estamos condenados a ser una República de empleados. Crecerán los impuestos y se comprometerá con empréstitos extranjeros la independencia nacional y el futuro de varias generaciones para sostener a una nube de holgazanes. No habrá progreso, pero mandarán los adecos, indefinidamente. No caben ilusiones en este sentido. El máximo lider del partido del pueblo ha manifestado a sus íntimos que en nuestra patria sucederá como en México donde la estabilidad política depende de la preponderancia de una facción.

*
* *

Las conversaciones de anoche me entristecen. Ya no se trata de mi propio destino. Venezuela corre el riesgo de sacrificar un quinquenio o más, en su avance hacia la justicia y la civilización. El pérezjimenismo, con todos sus defectos, era una lucha contra la barbarie. Representaba el combate de un puñado de hombres para vencer un mal secular. Su desaparición ha debido significar mayores adelantos, el encumbramiento de personas mejor preparadas que borraran los aspectos negativos del régimen depuesto y perfeccionaran los positivos. Así, nuestra desgracia obedecería a una razón lógica. Muchos la aceptaríamos resignados, pero ocurre lo contrario y las perspectivas son más oscuras aún. Los adecos «ni olvidaron ni aprendieron» y copeyanos y urredecos nunca supieron.

*
* *

Comunico mis temores a J. F. C. quien los comparte plenamente. El regreso de «Acción Democrática» al poder

reviste caracteres de catástrofe nacional. Implica un total desajuste. Se va a desarmar una maquinaria, sin fin preciso y tardaremos años para armarla de nuevo. Este acontecimiento es peor, en sus consecuencias, que una revolución. Es un movimiento disolvente que pone en peligro hasta la soberanía. El adequismo agrupa rencores, no individuos de una misma ideología. Prueba de ello es que carece de doctrina y de programas administrativos. Los libros de Betancourt son huecos, sin contenido, apartando la pobreza literaria. A falta de ideas, el futuro Presidente inventa palabras que producen hilaridad a gentes que no miden la gravedad de ser mandados por un charlatán atrabiliario, sin cultura. Allá se ríen también de las locuras de Sanabria y de la infelicidad mental de Larrazábal, en vez de protestar y arrojarles del poder. Los destinos de un país no se ponen, impunemente, en manos de confusionarios, de enajenados y de débiles cerebrales. Un campesino ignorante no es culpable de votar por esos lamentables personajes, pero los universitarios, los profesionales liberales, los comerciantes e industriales se hallan en distinto caso. Es inconcebible, por ejemplo, que Jóvito Villalba y otros abogados respalden la candidatura de Wolfgang a la Primera Magistratura y más censurable aún que, entre chistes y burlas, refieran que escriben los discursos que gaguea, en su ridícula peregrinación electoral. La Presidencia de la República merece respeto, devoción. No debe ocuparla cualquiera y menos con el aplauso de quienes se proclaman patriotas e intelectuales. Hemos decaído. La postulación de Rómulo Gallegos tuvo cierta jerarquía. Es un profesor de méritos, un novelista de prestigio internacional. Había motivos para creerle digno de gobernarnos. El error se justificaba. Con los actuales pretendientes no hay equivocación posible. Sabemos de antemano el resultado. Sin embargo, la nación y sus presuntos dirigentes presencian impasibles los preparativos de su propia ruina.

*
**

Henrique Julio Brandt me incita a redactar mis memorias. Considera indispensable que lleve muchas cosas a conocimiento de mis compatriotas. La publicación sería provechosa, desde numerosos puntos de vista. Hoy he reanudado el intento, pero rompo cuartillas, a medida que escribo. No logro disciplinar un pensamiento que está en Caracas y sigue los acontecimientos con avidez.

*
* *

He perdido el número de teléfono de don Federico Musso y no figura su nombre en el anuario. Voy a Asnières. Abre la puerta el ama de llaves, llorosa, vestida de negro. Adivino todo al penetrar al saloncito y observar que los muebles no están dispuestos como antes. Además, faltan el piano, la banderita de Venezuela y el escudo nacional. La buena mujer se explica, entre sollozos:

— El señor Musso murió a fines de septiembre, de un resfríado. Se empeñó en salir una tarde lluviosa y regresó con fiebre. Duró dos días. Mi hijo y yo telefoneamos a su hotel, pero nos informaron que estaban ustedes en Suiza. El difunto hubiera deseado que algunos venezolanos asistieran a sus funerales. No fueron sino franceses y un refugiado español. ¡El pobre! ¡Para él su patria contaba primero que todo!

Pregunto si dejó parientes. Ella no sabe. Supone que no. Hizo testamento en favor suyo y de Juan, vástago de la criada que era su ahijado. Cuando intento despedirme, «madame Julie» me ruega esperar un momento. Sube y vuelve con el escudo y la bandera.

— ¡Son para usted! ¡El señor Musso me recomendó que se los diera!

Me retiro apresuradamente, con el paquetito mal envuelto. No quiero que vea mis ojos. Durante el trayecto hacia París, pienso en el viejo amigo de mis padres, desaparecido en tierra amada, pero extraña. No haré como él. Moriré en Caracas.

He pasado varias horas seguidas en mi habitación. El fallecimiento del proscrito voluntario de Asnières me ha afectado mucho. Renunciar, desistir, ahí no está la solución del problema. Alejarse definitivamente, equivale a aceptar la derrota. Al final, cuando no hay remedio, surge el arrepentimiento y la necesidad de la patria se expresa a través de mil pequeños detalles que cada vez se imponen con mayor precisión. Los alimentos, la música, los hábitos, las voces amigas. El alma de don Federico, estoy seguro, cabalga una nube sobre el Cajón del Arauca. Abajo vuela una escuadrilla de garzas y corren tranquilas aguas marrones, pobladas de caimanes.

* * *

Camino despacio con Henrique Julio Brandt, a orillas del Sena. Apenas ayer explorábamos los tejados caraqueños y estallaban las tejas ablandadas por las lluvias y horneadas por el sol. Nidos de cucaracheros al borde de las canales. Guayabas carcomidas que se desprendieron del árbol vecino. Humo azul de fritanga que sube de la cocina ajena y la denuncia estridente, imperiosa: «¡Misia, misia! ¡Póngale reparo a esos muchachos!» Nuestra República se extendía del Teatro Municipal al puente Dolores y del Reducto a Los Angelitos. En esta esquina residían los abuelos de mi compañero, entre una pulpería mohosa y la tienda de un turco, de cuyas puertas colgaban pantalones de dril y franelas para arrieros. Era una casona vasta y sombría, de zócalos oscuros, enfermos de la piel. Allí vivía con los viejos Hernando de Castro, el hijo soltero, frecuentemente de juerga con su inseparable Carlitos Agostini. Los seguíamos cuando entraban al botiquín Miranda para que nos obsequiaran refrescos de horchata. Hernando murió. Era un noble corazón. Carlitos lo es también. Compruébalo su ejemplar conducta con las sobrinitas que adoptó. Ellas endulzan su vida y la de Josefina, su mujer. Existe un tipo de caraqueño

que tiende a desaparecer. Chistoso, parrandero, valiente, extraordinariamente generoso. Los últimos representantes de esa estupenda categoría humana son Agostini y Jesús Corao. Este despertaba nuestra admiración de niños porque arbitraba boxeos y sabía pelear, a cabezazos.

*
* *

Tropiezo con Luis Alberto Pocaterra, frente al hotel. Mañana tendrán lugar las elecciones en Venezuela. Pasará la noche en vela para oír los resultados. Los Brandt tienen un programa similar y han instalado un aparato de radio en su apartamento. Cenaremos juntos y luego trataremos de sintonizar a Caracas.

*
* *

Tremendo fracaso, anoche. Nos acostamos exhaustos, aturdidos por la radio y sus ruidos absurdos y enervantes. Nada pudimos averiguar. Hace pocos momentos ha telefoneado de Madrid Ramón Garrido para anunciar la victoria electoral de Rómulo Betancourt. En Caracas, una multitud excitada protesta y nuestra colonia madrileña cifra ahora esperanzas en un levantamiento armado. Una llamada de J. F. C. confirma la noticia. Acaba de escuchar un diario hablado neoyorkino. En su concepto, nos aguardan años de infelicidad. Rómulo será el personero de la discordia. Necesita odiar y agredir al prójimo, como otros comer y beber.

*
* *

Ha transcurrido una semana después de las elecciones y leo en un recorte de prensa la nómina de los probables ministros. Adecos, copeyanos y urredecos. El doctor Ramón Velázquez desempeñará la Secretaría de la Presidencia. Esto

consolará parcialmente a los tachirenses de la perdida hegemonía. Queda abierta para ellos una hoja de la puerta de Miraflores. Vendrán de visita antiguos miembros del Grupo Uribante, paisanos militares y pérezjimenistas arrepentidos. Velázquez maniobrará complacido. Estará en su elemento. Rafael Pinzón y él son los más brillantes discípulos del bachiller Carlos Rangel Lamus. Ambos estudiosos, buenos escritores. Rafael apasionado, Ramón sereno, mejor político.

*
* *

Mañana viajaremos a Saint-Moritz con los Brandt y los Hernández Ron. Vienen también los Lovera. Allá pasaremos Navidades y Año Nuevo. Nos hemos citado en el «Palace» con los Estrada, procedentes de Madrid, y esperaremos a los Rivera, quienes volarán de Maiquetia a Nueva York y Zurich. Formaremos un grupo numeroso.

*
* *

Reanudamos los paseos por los senderos nevados. De Venezuela, ninguna noticia importante. Reina cierta normalidad y se han apagado los rumores de sublevación militar. Antonio Casanova Tirado, a quien encuentro en el **hall** del hotel se muestra optimista, casi entusiasta. Betancourt, según él, ha aprendido mucho en el destierro. Hará un gran gobierno. Decididamente, cuando la realidad es dura, el venezolano sueña. Antonio me llama aparte:

— Si necesitas dinero, estoy a tus órdenes. Fija la suma. No olvido que me ayudaste en el Banco Industrial en los días heroicos de «Colinas de Bello Monte». ¿Te acuerdas?

Agradezco el gesto. No tengo apuros monetarios, por ahora.

*
* *

Interrumpo el almuerzo para atender al teléfono. J. F. C. me desea un feliz año, desde París. Esta noche cenará en «Maxim's» y brindará por nosotros. Por el momento, no debo esperar sino salud para mí y los míos. Se inicia una época de vacas flacas. Cuenta que Betancourt celebra conferencias con representantes de las fuerzas vivas y ofrece créditos para el desarrollo de la industria. La plutocracia caraqueña sale encantada de esas reuniones estimulantes y organiza suculentos desayunos en honor del Presidente electo. En las fiestas sociales se habla de que Rómulo fue profesor de Economía, durante su exilio, mas no se indica el nombre de la Universidad donde profesaba. También se hace referencia a un importante texto suyo sobre la materia que, editado próximamente en Estados Unidos, será de lectura obligatoria en los más reputados centros docentes. Me siento perplejo ante tantas e insospechadas cualidades que adornan al vencedor de los recientes comicios. En el fondo, satisface saber que tenemos un Primer Magistrado a la altura de Einaudi, el sabio italiano. Presenciaremos, seguramente, un milagro venezolano, comparable al peninsular y al alemán. El ilustre hijo de Guatire superará los progresos de la era dictatorial. Creará nuevas fuentes de trabajo, equilibrará el Presupuesto y fortalecerá el bolívar con una administración sana y previsora.

*
* *

Esta noche de fin de año centenares de temporadistas llenan los restaurantes y salones del «Palace». Hay mesas en todas partes, inclusive en los corredores. Los venezolanos ocupamos una grande, en el «Embassy». Nuestros vecinos son unos italianos que hicieron fortuna en Caracas y nos miran con simpatía. Al sonar las doce campanadas, se acercan y nos obsequian moneditas de oro. Les ofrecemos una copa. Uno de ellos explica que es dueño de un Banco, a proximidad de la frontera. «Faltan las hayacas, dice, para

sentirnos en Venezuela.» Sus pupilas se humedecen. También las nuestras. Hay algo de patético en los abrazos que nos prodigamos familiares y amigos. ¿Qué nos traerá 1959? Lágrimas y sinsabores, probablemente.

*
* *

Mañana de sol. Prolongada excursión, en grupo, por los bosques vecinos. Vamos todos a misa. La temperatura de la iglesia recuerda a una cava de cervecería. Interminable e incomprensible sermón en dialecto suizo alemán. Con la aprobación general, Henrique Julio propone regresar en trineo. El viento me quema las mejillas. Las niñas ríen a carcajadas cuando mi sombrero vuela y aterriza al fondo de un barranco.

Descanso un rato en mi habitación y bajo al bar. Roger y un caballero colombiano que es también huésped del hotel, escuchan el diario hablado. El locutor lee un mensaje de La Habana. El Presidente Batista se ha marchado en la madrugada a la República Dominicana, después de una recepción en su residencia. El Ejército inicia conversaciones con Fidel Castro y el puñado de jóvenes rebeldes que le acompaña. La faz de González —así se llama el bogotano— se ilumina. Propone un brindis para celebrar la victoria de la causa castrista. Observo que es prematura una manifestación de esa índole. «¡No importa! replica. ¡La democracia triunfa en Cuba!»

*
* *

Han pasado varios días. La prensa norteamericana y particularmente «The New York Times», comparte las opiniones del señor González. La Habana ha recibido a Fidel como a un libertador. No todo es jolgorio, sin embargo. Colaboradores del depuesto dictador son juzgados en un estadio de la capital. Espectáculo siniestro, según un reportero

francés, quien agrega que a muchos se fusila en provincia, sin fórmula de juicio. El verdugo, el encargado del golpe de gracia en la nuca, es un yanqui, compañero de aventuras de los hermanos Castro.

*
* *

Carlos Pulido Barreto escribe desde Miami. Cada día, centenares de cubanos desembarcan en las costas de Florida. Devuelto a su país por las autoridades de inmigración, un funcionario policial del gobierno de Batista fue pasado por las armas. El incidente no conmueve a las autoridades de Estados Unidos. La eterna historia. El muerto es un latino.

*
* *

Llamada de J.F.C. Es posible que el presunto libertador de la patria de José Martí viaje pronto a Venezuela para agradecer personalmente la ayuda recibida de la Junta de Gobierno y especialmente del contraalmirante Larrazábal, cuando la presidía. No es un secreto que aviones venezolanos llevaron a la Sierra Maestra importantes lotes de armas y municiones. Un marino, el capitán Abdelnour, era el encargado de la operación.

*
* *

Hemos vuelto a París esta mañana. Cielo de plomo. Una lluvia fina viste de gasa mojada los edificios grises. Los Estrada no regresan a Madrid. Se establecerán aquí. Por ahora, son vecinos nuestros. Se hospedan en el «Queen Elisabeth». Pedro anda en solicitud de apartamento y de una profesora de francés. Augúrole que aprenderá a hablarlo en pocos meses. Conoce a fondo el inglés y tiene facilidad para los idiomas. Iremos juntos a casa del generoso amigo que me ha ofrecido gestionar cartas de residencia para su familia

y para él. Sabemos que el gobierno de Venezuela pide su extradición a diferentes países europeos y se conformaría, en último término, con que sea expulsado de Francia. Jamás exilados fueron más perseguidos que nosotros. Se nos arrebatan los bienes y los pasaportes, se pagan artículos para difamarnos en la prensa extranjera y no se nos deja vivir tranquilos en ninguna parte. ¿Dónde esconden su bondad los supuestos demócratas? Los dictadores fueron más humanos que esta coalición de charlatanes qui se ha adueñado del poder en mi patria. ¿Qué se hicieron la generosidad de Eugenio Mendoza, los sentimientos cristianos de Caldera y el liberalismo de Jóvito? Hasta ayer pensaba que el único francamente malo de mis adversarios era Rómulo Betancourt, pero me equivoqué. Los demás le igualan en propósitos de venganza y él, a veces, resulta moderado ante el odio tembloroso de Ignacio Luis Arcaya y el histerismo de algunos copeyanos.

* * *

Los esposos Brandt organizan una velada en la residencia de Fina Gómez y contratan bailarines y guitarristas españoles que sus hijas han admirado en un teatro de París. Asisten miembros de la colonia venezolana, César Girón y su señora, de paso en la Ciudad Luz. También nosotros y los Estrada. La reunión se desarrolla normalmente. Noto apenas cierta frialdad de una pareja de antiguos amigos, con mi mujer y conmigo. En cambio, una joven robusta, de bonita sonrisa, se ofrece gentilmente para descubrir nuestro futuro en las líneas de las manos. «Sé que no es muy brillante», digo. Ella ríe. Me informan luego que es persona vinculada a la Junta Patriótica y al partido de Jóvito Villalba.

Llegan periódicos de Caracas con escandalosos titulares. En el Congreso protestan porque una venezolana tuvo a bien invitar, a su casa de París, gentes como los Vallenilla y los Estrada. Un diputado reclama la lista de los concurrentes

y el pintor Héctor Poleo se inquieta de que su nombre aparezca en la nómina contaminada por la presencia de dos esbirros. Hasta la amable Fina pierde los estribos y se justifica, sin razón, en un comunicado de prensa. El incidente inspira compasión. Reiría de buena gana si no fuera revelador de un ambiente de odios. Pasión y necedad caracterizan el momento. Enterado del caso, J. F. C. opina:

— El fin que se persigue es aislar a los exilados, distanciarlos de sus relaciones. Betancourt conoce la cobardía criolla y la explota. Vivió solitario en Puerto Rico. Nadie se acercaba a él, por miedo de comprometerse. Recuerde sus últimas horas libres, en Caracas, a raíz de los sucesos del 24 de noviembre de 1948. Compañeros de toda la vida le negaron asilo. Tuvo que refugiarse en la embajada de Colombia.

*
* *

Adquiero, de un librero de lance, un viejo ejemplar de la «Historia de la Civilización», de Guizot. Me ha entusiasmado el prefacio, leído de pie, apoyado sobre el cajón verde que contiene la modesta mercancía. Observa el autor que, durante catorce siglos, Francia ha vivido, alternativamente, etapas de despotismo y de anarquía, de ilusiones y de decepción, pero nunca ha renunciado, por largo tiempo, al orden y a la libertad, condiciones fundamentales del honor y del bienestar de las naciones. Venezuela lleva solamente ciento y pico de años, sufriendo de la misma enfermedad, mas raras veces ha disfrutado, simultáneamente, de las dos condiciones que señala el ministro de Luis Felipe. La una suele desplazar a la otra. Bajo todo régimen de libertades, la inseguridad colectiva hace añorar el despotismo, en tanto el orden, que el gendarme impone, despierta ansias de libertad. ¿Sería posible conciliar uno y otro principio? Creo que sí siempre que el Derecho prevalezca sobre las pasiones. Nunca hemos sido, en efecto, un Estado de Derecho. La arbitrariedad

acompaña, obligatoriamente, a todo gobierno venezolano. Allá el poder se ejerce, inevitablemente, contra alguien. Represalia y ventajismo definen a demócratas y dictatoriales, a militares y civiles. A nadie interesa la legalidad, nadie la defiende porque no facilita el desmán y el atropello que a todos seducen. Entre nosotros, el gobernante **de carácter** es el que viola la ley, el que se mofa de los principios. Un hombre asi sería tomado por loco en Suiza. Un amigo mío calificaba de pendejo al señor Motta, Presidente de la Confederación Helvética, porque hacía cola en los cines, como cualquier ciudadano. Para él, un auténtico jefe debía circular rodeado de soldados y policías, protegido por figuras patibularias. Esta es la imagen del poder que concibe un salvaje.

*
* *

Converso con una modista francesa que regresa de Caracas donde ha trabajado y hecho fortuna. Está enterada de las infamias de que somos objeto mi familia y yo. Tiene una frase infeliz. Dice que en nuestro lugar detestaría a Venezuela. Respondo con una cita de Lacordaire: «El gobierno de un país no es la nación y mucho menos la patria.» La señora se excusa y explica su situación. Allá odian ahora a los extranjeros. Un musiú se expone a toda clase de vejámenes. Los barcos vienen llenos de europeos que huyen de la que fuera la tierra prometida. Ella misma fue agredida, en plena calle, por dos facinerosos.

*
* *

Carola y Freddie Behrens, Bela y Carlos Siso, atterizan en Orly. Almorzamos juntos en Maxim's. Evocamos el mar Caribe y las pesquerías con Rafael Arnal, el hombre de goma. Una vez fuimos por los lados del llamado bajo de Vulgano. Arnal sostenía que los carites se disputaban los anzuelos. No vimos ni sardinas.

*
* *

Los Brandt y los Travieso van de gira a India y el Japón, por un mes. Los veo marcharse con tristeza. Nos habíamos acostumbrado a su diaria compañía. La familia se reduce nuevamente. Vuelvo al libro autobiográfico que proyecto. El trabajo es difícil. Debo confiarme a mi memoria. Los archivos, las notas, las referencias familiares, desaparecieron en el saqueo de nuestra casa de Los Chorros. Las pérdidas fueron considerables en libros y documentos. Echo de menos el material reunido pacientemente por mí para una biografía de Juan Crisóstomo Falcón. Esos datos representaban una labor de varios años, sábados y domingos dedicados a la investigación. Pertenecían, en cierto modo, al patrimonio de la nación. No es censurable que tres generaciones de venezolanos estudiosos hayan catalogado viejos papeles en desinteresado afán histórico. Así también se sirve a la República. Sin embargo, acabo de enterarme, en charla amigable, de que mi biblioteca era objeto de envidias por parte de personas poco aficionadas a la lectura. Cuenta testigo presencial que, durante una fiesta social en «La Muda», uno de los invitados decía a su esposa: «Esa biblioteca no debe ser de un particular. ¡Yo gobierno la confiscaría!» Quien así se expresaba es hombre rico que podría pagarse una buena colección si fueran sinceras sus ganas de cultivarse. Quizás asiste razón a J. F. C. cuando sostiene que mis más encarnizados detractores proceden del grupo social que frecuentaba con mayor asiduidad. Hay verdad en esa afirmación. Tuve la mala suerte de nacer y crecer en un medio del que debían separarme, al correr del tiempo, las preocupaciones intelectuales. Llegó un momento en que me sentía extraño en ciertos círculos. Hablaba un idioma distinto, pero me mantenía en ellos por costumbre, no obstante presentir la hostilidad futura. La conducta de algunos ha sido reveladora de un estado de alma. Ha poco, Alejandro Hernández salió en defensa mía al oír que me calumniaban protegidos y aduladores de ayer. Al menos,

este industrial no peca de ingrato. No olvida que le tendí la mano en circunstancias conflictivas para él.

*
* *

Me escribe el profesor Pedro José Muñoz. Está en Madrid. Los mejores venezolanos son los maestros. Entre ellos he conocido solamente hombres abnegados y buenos. Dedicarse a la enseñanza implica ya una vocación santa. He frecuentado a muchos, desde mi infancia. Conservo grato recuerdo del bachiller Antonio J. Sotillo, de los esposos Ossott, de don Teodosio V. Sánchez, del doctor Manuel Briceño Rabello, de Angel Larez Boada. De niño visitaba la escuela federal que dirigían los hermanos Martínez Centeno. No era alumno. Iba como amigo y familiar por residir allí su madre, doña María Josefa Centeno Graü de Martínez, cuñada de mi tía Hercilia. El establecimiento ocupaba una inmensa casa colonial, entre las esquinas de Marrón y Cují donde, si mal no recuerdo, se decía había vivido José Francisco Bermúdez. Paredes encaladas, pisos enladrillados, techos altísimos de caña amarga. Al fondo, un corral de vastas proporciones por el que circulaba, libremente, un batallón de acures, cuidado por María Sanabria, dama de confianza de la familia. Conchita, Isabel Teresa y hasta Clemencia, quien era todavía una niña, trabajaban a la par de Raimundo y de Roberto. Ahí no había desocupados, pero tampoco gente triste. Personalmente, esperaba la Semana Santa con interés gastronómico. **Tía Vieja** —así la llamaban mis primos Centeno Vallenilla— preparaba para aquellas solemnidades un suculento pastel de morrocoy y se me permitía participar, desde la elaboración hasta el reparto final. Pocos ejemplos tengo de grupo más abnegado, más unido, más satisfecho de su suerte. Roberto tenía fama de bravo entre sus discípulos, pero era falso. Cada vez que regañaba a un chico se alejaba apurado para reir en un rincón.

Un curioso personaje compartía la existencia laboriosa de los Martínez Centeno. Era un anciano alto, de piel oscura

y blancos cabellos encrespados. Se acostaba en el suelo, asi fuera el del comedor o el de la sala, apenas regresaba de **un mandado.** Este hombre, que no obedecía sino a las órdenes de María Josefa, había nacido y crecido en el hogar de los de la Cova Alcalá, en Cumaná. Mi abuelo, su padrino, le bautizó Anacarsis. Acababa de leer la entonces celebrada obra del abate Barthélemy. Ignoro por qué motivo el ahijado cambió de residencia y fue a parar a la de los Martínez. **Tía Vieja** conocía sus manías, entre ellas la clásica de echarse al suelo y disimular, en los puños cerrados, los centavos del vuelto, una vez pagada la manteca y el pedazo de queso llanero. La señora reclamaba el dinero y Anacarsis, mudo, movía negativamente la cabeza. Entonces ella, cansada de tanta terquedad, insinuaba a alguno de los presentes hacerle cosquillas y el otro, al fin vencido, abría las manos y dejaba caer las monedas, mientras gruesas lágrimas corrían por sus magras y aradas mejillas. Una vez me correspondió la operación y el viejo no me perdonó. Gruñía a mi paso.

*
* *

Recibimiento apoteósico de Caracas a Fidel Castro. El líder recorre las calles de la ciudad, encaramado sobre un camión de estacas, en medio de una multitud delirante. La acogida del Congreso, donde se presenta armado de subametralladora, es también entusiasta y damas de la alta sociedad, adineradas, pero progresistas, le agasajan en sus casas. Fidel estaría plenamente satisfecho si el Presidente electo hubiera intervenido en el movimiento aclamatorio. Su saludo fue frío, distante, protocolar. La reacción del revolucionario frustrado ante el revolucionario logrado, del agente de Wáshington frente al probable agente de Moscú. Un accidente trágico tiñe de sangre la partida del mesías cubano. La hélice de su avión decapita a uno de sus acompañantes. Queda un charco rojo, como símbolo, sobre la pista. Mal presagio.

*
* *

Excelente concepto de Henri Heine sobre Napoleón, a quien califica de emperador saintsimonista. Recuerda que llegó al poder supremo, gracias a su superioridad intelectual e impuso la preponderancia del talento y de la capacidad. Tenía por objeto, de otra parte, el bienestar físico y moral de la clase más pobre y numerosa. Su ejército era una jerarquía cuyos peldaños de honor eran ocupados por el mérito personal.

El quinquenio presidido por el general Pérez Jiménez fue el primer intento saintsimonista realizado en nuestro país. Reconocía capacidades y daba importancia a los sabios y expertos. Cada año condecoraba científicos, técnicos e intelectuales. La obra cumplida perseguía fines de interés colectivo, de elevación de los niveles de vida de los trabajadores y de fortalecimiento de la clase media urbana y rural. La historia anotará esta verdad. La tecnocracia volverá por sus fueros en el futuro. Ha perdido una batalla, pero no la guerra. Vencerán los mejores. Venezuela no será comunista y dejará de ser adeca. De todos los países hispanoamericanos, es el único que se halla en condiciones óptimas para aplicar un concepto científico a la Administración Pública, sin apelar a la ayuda extranjera. Sus cuantiosos recursos permiten eliminar radicalmente la miseria y el atraso. Esta es tarea de especialistas, no de políticos profesionales, tan desprovistos de cultura como de escrúpulos. No se trata de conquistar sufragios sino de incorporar venezolanos a la vida civilizada. La geografía nos ha situado a la cabeza de América del Sur. Estoy convencido de que fue con el objeto de encomendarnos una gloriosa misión. Ayer la independencia política, ahora la emancipación económica de pueblos que viven bajo el signo de la desgracia. Nos corresponde señalar el camino de la prosperidad y de la justicia social. En la orientación de las inversiones del Estado está la solución casi total del problema.

*
* *

Interesante **memorandum** de Caracas. La situación financiera es difícil. El nuevo Presidente de la República encuentra las arcas vacías, a pesar del impuesto cobrado por Sanabria, mediante decreto con efecto retroactivo. La administración de la Junta fue desastrosa. En un año se evaporaron los dos mil cuatrocientos millones de la reserva especial, además de los recursos ordinarios, en una política apenas destinada a fomentar el desorden. La prodigalidad del gobierno colegiado no tiene antecedentes en la historia del país. De otra parte, se ignora el monto exacto de las llamadas deudas de la dictadura, constituidas, principalmente, por obligaciones a largo plazo. Los sucesores de Pérez Jiménez inflaron intencionalmente la cifra para incluir en ella sus propios y descabellados compromisos. Betancourt recibe un Ejecutivo adeudado y una Tesorería exhausta. Nada podrá hacer para remediar el caso, presionado como está por las pretensiones burocráticas de los suyos y las exigencias de los socios copeyanos y urredecos. En este sentido, el Magistrado se muestra prudente para no contribuir al descrédito de un sistema que le ha facilitado el acceso a la codiciada silla. Sus predecesores han sido premiados. Wolfgang viaja a Chile, a bordo de un destructor, por un precio elevado, y Edgar es embajador ante la Santa Sede. En una nación donde imperara la sensatez, ambos deberían esconderse para escapar a la censura pública.

En cuanto a la fuga de divisas, cobra proporciones alarmantes. El fenómeno es producido por la xenofobia desatada, a partir del 23 de enero y por un acentuado sentimiento de inseguridad colectiva. El control de cambios será establecido en los meses venideros y será un instrumento más de negociaciones impuras y de tráfico de influencias. Entre tanto, Betancourt insiste para ganar simpatías en las filas oligarcas. No es malo que capitalistas conocidos canten en Nueva York y en Wáshington las excelencias del régimen. Por el momento, Eugenio Mendoza recibe el poder económico a cambio del político. El Banco Central, la Corporación Ve-

nezolana de Fomento y el Banco Industrial de Venezuela, quedan en manos de parientes y allegados suyos. Más adelante —se lo han ofrecido formalmente— contará también con el Ministerio de Hacienda. Nunca hubo favorito más favorecido. ¿Y las masas trabajadoras? ¿Y la clase media? Con hambre y angustias como de costumbre.

*
* *

Paseo con J.F.C. alrededor de los lagos del Bosque de Bolonia. Aprovechamos la mañana de sol. Refiere ocurrencias de Edgar Sanabria. Parece que en vísperas de entregar su Presidencia estilo Sear's, viajó al Ecuador para hacerse condecorar. Las estrellitas de hojalata y las cintas multicolores son su debilidad. Además, poco antes de salir de Miraflores decretó la autonomía universitaria con la esperanza de conseguir el Rectorado. Los estudiantes no agradecieron el gesto.

El tema de las condecoraciones es oportunidad para recordar una actitud de Carlos Delgado Chalbaud, siempre ponderado y gran señor. En una ocasión, el Consejo de la Orden del Libertador se trasladó a Palacio para proponerle el Collar. Me hallaba casualmente ese día en su despacho para leerle el borrador de una carta que me había encomendado. La reacción de mi amigo fue elegante:

— Es muy honrosa para mí la decisión de ustedes, pero el Collar de la Orden del Libertador corresponde solamente al Presidente de la República. Mi caso es distinto. Presido un cuerpo colegiado. Soy un pedazo del Ejecutivo, una tercera parte del Jefe del Estado.

Los otros se retiraron sin insistir. Carlos se volvió hacia mí:

— ¡Es necesario, Laureano, respetar la dignidad del poder supremo, no dejarlo empañar!

J. F. C. observa:

— ¡Qué diferencia entre el coronel Delgado y los miembros de la Junta saliente, doctor Vallenilla! Todos se auto-

condecoraron con la máxima distinción nacional, sin tener derecho, y a menos que el correspondiente tribunal anule el acto, pasaremos por la vergüenza de ver sigüices de Collar en las fiestas oficiales.

*
* *

Hoy he almorzado con el ilustre André Siegfried. Mi venerado profesor de la Escuela Libre de Ciencias Políticas me hizo el honor de convidarme a su apartamento. Estreché conmovido su mano. Nos habíamos separado muchos años atrás, a raíz de la muerte de mi padre, de quien era buen amigo. Su mente se conserva extraordinariamente joven. Es un privilegio escuchar a este anciano eminente que cita hechos, cifras y fechas con asombrosa exactitud. El caso hispanoamericano sigue siendo objeto predilecto para él. Habla inquieto de los sucesos de Cuba, cuyos mejores hijos, los más cultos, emigran a Estados Unidos para ponerse a salvo de las violencias de Fidel Castro. No duda el maestro que la bandera castrista tendrá simpatizantes y adeptos en el resto del continente. Piensa que ha llegado el momento de que nuestros gobiernos busquen seriamente soluciones pacíficas al problema de la desigualdad social, derivado de una producción deficitaria y de una distribución irracional de la riqueza. Tanto el medio físico como el étnico carecen de instrumentos adecuados para cumplir la tarea económica. Lamentablemente, aquellos pueblos no progresan sino durante los cortos períodos en que el poder es ejercido por personalidades de relieve intelectual, con plena libertad de acción. El establecimiento del sufragio universal, por presión norteamericana, no facilita el encumbramiento de figuras egregias, como creen muchos. Beneficia a cierto tipo de demagogo que remplaza al gendarme tradicional y se muestra tan incapaz como éste en el manejo de la cosa pública. Siegfried considera que las constituciones latinoamericanas deberían reservar la designación del Presidente de la República al voto de los maestros, profesores y profesionales

liberales. Quizás a todo ciudadano que posea, por lo menos, el diploma de bachiller. Sería así el producto de una selección y no de una impresión. Se evitarían campañas electorales costosas y la siempre errada participación del analfabeta en un debate que demanda cierto criterio. Los frutos de la cuartelada o del sufragio irrestricto, son raras veces de buena calidad. Los primeros tienden a mejorar con la tecnificación creciente de las Fuerzas Armadas. Los otros se perfeccionan más lentamente.

Me despido y camino sin rumbo fijo por el Barrio Latino. Me acerco al busto de Augusto Comte, quien parece recordarme que **nadie tiene más derecho que el de cumplir siempre con su deber.** ¿He cumplido acaso con el mío? Estimo que sí. Sin embargo, deseo que este exilio sirva para corregir mis deficiencias de hombre público y el estudio me proporcione los medios de ayudar a Venezuela en su afán de felicidad y de justicia. Aquí conseguí en la juventud las pocas luces que ofrecí a mi patria, con apasionado afecto. Algo mínimo hice en obsequio suyo y algo haré también en el porvenir. Mis ideas triunfarán. .Seremos una nación jerarquizada por el talento y los conocimientos. La ciencia y la técnica suplirán los elementos de nuestra redención. Pediremos soluciones a los especialistas, no a las directivas de los partidos, incapaces de suministrarlas.



A la entrada del edificio donde residen mi hermana y mi cuñado, en la avenida Víctor Hugo, encuentro a Mariano Picón Salas. El ensayista me saluda con visible incomodidad.

— ¡Diríase que has hablado mal de mí, Mariano, y ahora temes a una violencia mía!

— ¡Nada de eso! ¡Nada de eso! —protesta ruborizado.

Seguimos juntos hacia el ascensor.

— ¿Estoy en la Unesco, sabes? ¡Muy interesante!

— Me alegro, chico. ¡Veo que el brujo de pipa te resulta más útil que el de Pipe!

El escritor frunce el ceño, pero guarda silencio hasta que nos separamos en el segundo piso y él inclina, protocolarmente, la cabeza. Mi actitud obedeció a que este individuo, que me debía innumerables favores, se ha sumado a la jauría que me ataca y ofende. Es un derecho que concedo al adversario, pero no a quien ayer tendí la mano, olvidando viejos e injustificados agravios.

*
* *

Virgilio Lovera prepara viaje de regreso a Venezuela. Su mujer y sus hijas permanecerán en París, hasta que termine el año escolar. Me hará falta. Es buen amigo. Ha pagado con destierro el vínculo que nos une. No tuvo figuración política bajo la dictadura. Formaba parte de la Junta Administradora de «El Heraldo» y ejercía su profesión de abogado. Su mayor delito fue, quizás, frecuentar mi casa en tiempos ministeriales, como lo había hecho antes, durante dos décadas. Jamás vino con intrigas, chismes ni solicitudes indecorosas como algunos demócratas de nuevo cuño que acudían a mi hogar, sin insinuación previa y ahora proclaman supuestos resentimientos.

*
* *

Visita al Instituto de Estudios Políticos, mi antigua escuela, hoy nacionalizada. En el **hall**, la placa con los nombres de los alumnos muertos por Francia en la última guerra. Entre los primeros, el de mi amigo Roger Colas. El edificio ha crecido y también el número de alumnos, de uno y otro sexo. Me siento un tanto perdido y triste en ese ambiente. Salgo y penetro a la librería vecina. Converso largamente con un estudiante que hojea textos a mi lado. Un joven alto, de mirada inteligente. Dice que el establecimiento se ha democratizado. Ya no es centro reservado para hijos de burgueses ricos. Buena parte de los discípulos

procede de familias modestas. Observo que reina mayor seriedad que en mi época. Responde que sí. La mayoría no persigue más propósito que el de prepararse bien para conseguir empleo, satisfactoriamente remunerado. La preocupación política ha desaparecido por completo. Nada apasionante ofrecen los partidos. ¿Qué significa ser radical, socialista o monárquico en nuestros días? Unos y otros estarían obligados a ejecutar el mismo programa, a cumplir con las estipulaciones del plan elaborado por los expertos para Francia y la Comunidad Europea. En cierto modo, el **monsieur** Homais de Flaubert realiza sus ideales basados en el progreso científico. No hay cabida para los Gambetta y demás estrategas de café. No encuentran auditorio. El estadista moderno no es un orador que electriza a las multitudes, sino un técnico frío, sometido a las estadísticas y a los censos de necesidades. El aspirante a diputado, que desbarra en los mitines, produce apenas hilaridad o lástima. La cultura nos ha vuelto eclécticos y exigentes. Los charlatanes quedan para vender baratijas en las ferias. No formarán las asambleas del próximo futuro, forzosamente integradas por especialistas en materias relacionadas con la educación, las finanzas, la salud y el desarrollo social y económico. El perfeccionamiento de la democracia implica la preponderancia de los más aptos. Tan injusto resulta encumbrar a un ignorante, por ser compañero de facción, como aceptar la supremacía de Fulano de Tal, por pertenecer a familia importante, a falta de otros méritos reconocidos. En la etapa que vivimos, de marcada tendencia colectivista, la personalidad cuenta más que en ningún otro momento de la historia de la humanidad. El hombre vale por sí mismo. Se prescinde del ancestro y del medio social, a la hora de apreciarlo, por la sencilla razón de que el talento y la preparación intelectual no son hereditarios. Al contrario, el caso de los Dumas y el de los Pitt, constituyen excepciones. También el del apellido Broglie que fabrica figuras de relieve a cada generación. La naturaleza es justa.

A la desaparición del ser ilustre que da brillo a su estirpe, ilumina a otros hogares con la lámpara que el destino guarda, celosamente, para los egregios. Pasaron los tiempos en que, según Beaumarchais, bastaba molestarse en nacer para ocupar posiciones preeminentes. Del mismo modo desaparecen los del compadrazgo y la componenda política. Diplomas, conocimientos. Ni sangre azul ni carnet. Saint-Simón previó esta revolución para Europa. Yo la espero en Venezuela, dentro de poco. Betancourt y los demás líderes perderán sus derechos, como Fernando VII, en la cruzada que nos emancipará de la ignorancia. ¿Verdad, juventud? Si eres realmente rebelde, inconforme. Si no estás dispuesta a aceptar el predominio de los farsantes y de los mercaderes. Si crees en la victoria final de la inteligencia y de la cultura, combate un estado de cosas que nos conduce a la ruina material y moral, a la esclavitud y a la ignominia. Nuestra patria no es, no puede ser Puerto Rico. Se hizo con sangre, lágrimas y heroísmo. Los hijos de Simón Bolívar nada tienen que aprender de Muñoz Marín y de los híbridos a su servicio. Somos un pueblo viril, digno y orgulloso. De ti depende que no comprometan su libertad, conseguida en Carabobo, en las antesalas de la Casa Blanca y en Wall street.

*
* *

Tropiezo con Inocente Palacios al tomar el ascensor. Ha llegado horas antes de Caracas. Cuenta que Betancourt no se atreve a actuar. Para todo nombra comisiones de estudios. Esto equivale a aplazar soluciones que el país pide con urgencia. La situación económica y la financiera empeoran al correr de los días. Numerosas empresas están prácticamente en quiebra o en estado de cesación de pagos. La crisis de la industria de la construcción, provocada por los inauditos desaciertos de la Junta de Gobierno, se extiende ya a otras actividades. J. F. C., a quien refiero mi entrevista con Palacios, comenta:

— Rómulo nombra comisiones y Julio Pocaterra las cobra. Ahora es el supremo abastecedor de los organismos oficiales, particularmente del ministerio de la Defensa al que vende armas, aviones y repuestos... Inclusive ha pretendido que una firma francesa destituyera a su representante en Venezuela y le designara a él o a su cuñado inglés, Raymond Smith. Ambos se están llenando.

*
* *

Hoy, en el restaurante del Jorge V, pasó a mi lado sin saludar, Carlos Ramírez Mac-Gregor. Conmigo era especialmente atento y cortesano cuando viajaba a Maracaibo. En una oportunidad, me obsequió una copa de champaña en las oficinas del diario «Panorama». Parece que ahora nos representa en Bélgica. Obtuvo de los adecos la embajada que repetidas veces solicitó de Pérez Jiménez. Es persona poco indicada para la diplomacia. Uno de esos individuos excitados, nerviosos, sin modales y de faz sudorosa. Una señora que no le conocía, quedó fuertemente impresionada con su manera de comer. Las misiones extranjeras, acreditadas en Bruselas, van a gozar de un espectáculo singular en los banquetes oficiales porque tiene una manera muy peculiar de sorber la sopa y se lleva el cuchillo a la boca, con destreza de tragasables.

*
* *

Viene a París Armando Tamayo. Se hospeda en nuestro hotel. Me agrada conversar con él. Interésale más analizar los problemas que juzgar la conducta de los hombres. Hablamos del medio rural venezolano, de producción y consumo. Un gobierno que merezca ese nombre, debe calcular el número de toneladas de alimentos que necesita la población y la cantidad de hectáreas irrigables para alcanzar ese fin. Sobre esto ha de basarse un programa serio. Tal como

está concebida o inconcebida, la reforma agraria es un fracaso, un escarnio. Resulta criminal expropiar tierras en plena explotación y distribuirlas, caprichosamente. Se está repitiendo, en grande, el error cometido en época de López Contreras por agraristas improvisados. El desastre de El Mácaro y la inicua destrucción de la hacienda Guayabita, cerca de allí. El minifundio y los parcelamientos de secano condenan el campesino a la miseria, después de haber dilapidado sus energías y el dinero del Estado en lo que ha de convertirse irremisiblemente, en rastrojo. La agricultura requiere espacio razonable, desde el punto de vista económico, agua, abonos, implementos, asistencia técnica y agricultores. No todo habitante del campo es agricultor. En nuestra era, la profesión se ha vuelto difícil, complicada. La parcelación de Tocorón y la de Turén fueron exitosas porque hubo selección del elemento humano. No se trataba de formar clientela electoral sino de crear fuentes de trabajo y de producción. Hoy, la reforma sirve solamente para garantizar la victoria de determinados partidos en 1963. También para enriquecer a favoritos del régimen y traficar escandalosamente con influencias. No es aventurado vaticinar que, durante el quinquenio romuliano, aumentará el déficit de maíz, de carne, caraotas y de otros renglones alimenticios, indispensables a la dieta del venezolano. Ramón Quijada escribe, a su manera, una geografía del hambre que sorprendería a Josué de Castro, el ilustre sabio brasileño. Pero no es el agitador inculto el principal responsable de la dislocación rural que se avecina. Hay que mirar hacia arriba y señalar al doctor Caldera y a su ministro que dejan hacer. Volver los ojos a los tiempos en que reinaba Reinaldo Cervini en el Banco Agrícola y Pecuario, donde, según público rumor, se esfumaron cuatrocientos millones de bolívares, sin molestarse, aquella Directiva particularmente onerosa, en dar explicaciones ni establecer comprobantes.

Tamayo y yo nos evadimos del presente ingrato y mediocre. Conversamos sobre el brillante futuro de Venezuela,

cuando gobiernen los mejores, por ineludible imperativo sociológico. Entonces se ejecutará el canal del Orinoco, se domesticarán otros ríos para salvar a los llanos de la sed y de la inundación alternativas, se parcelarán y se distribuirán tierras irrigadas que garanticen a sus propietarios niveles de vida decentes. El hervido de carne y verduras volverá a ser plato popular como en etapa lejana y feliz. Sabido es que la arepa fría y las caraotas negras vinieron luego a la mesa del pobre para representar la escasez y la indigencia derivadas de la guerra civil y de una extraña preocupación agrarista de la barbarie armada. Las ligas campesinas adecas tuvieron precursores de machete y fusil que también sembraron el terror y el engaño en valles, pampas y montañas. Es cierto que reclutaban para matar y los actuales solamente para votar, pero el resultado es parecido.

* * *

Los Brandt y los Travieso regresan de viaje. Se muestran muy satisfechos de la gira. Henrique Julio dijo esta tarde que había hablado con Eugenio Mendoza, quien se encuentra en París. Tiene la impresión de que está arrepentido de su incalificable conducta con mi mujer y conmigo. El asunto no tiene remedio. Es tarde para volver atrás. Conservo la ventaja de poder mirarle de frente, sin sonrojo. El desleal fue él. Sacrificó una amistad que no le pertenecía totalmente. Era en parte heredada de sus padres y de sus abuelos. No solamente abandonó a amigos en desgracia sino contribuyó a su ruina y pretendió cubrirlos de ignominia. No aspiro a vengarme. Bástame que su actitud se conozca y otros tomen precauciones para defenderse. No siempre es rediticia la infidencia. Las malas acciones marcan con un sello imborrable a sus autores.

* * *

Ceno con el norteamericano Elliot «Chez Francis». La plática se prolonga hasta pasadas las dos de la mañana en un club nocturno de la **rue** de Ponthieu, frecuentado por actores y productores de cine. El sociólogo habla mientras otros saltan y sudan al son de discos escandalosos y chillones. El baile ha dejado de ser lo que Simón Bolívar llamaba **la poesía del movimiento**, en famosa carta para Anacleto Clemente, su sobrino. Se ha vuelto un ejercicio inelegante, una especie de calistenia violenta, sin gracia. Mi amigo yanqui estaba en La Habana hace cuarenta y ocho horas. Permaneció allá quince días por cuenta de una revista californiana. El miedo a la socialización es tan fuerte como el miedo físico en los medios burgueses. Todos quieren marcharse. Dentro de poco, Cuba se convertirá en un país pueblo, sin personas capacitadas. Esto ocurre, precisamente, cuando se aspira a crear una estructura colectivista que demanda la colaboración de innumerables expertos para funcionar con mínima eficacia. El caso ruso, que los fidelistas citan para justificarse, fue distinto. Huyeron los nobles que representaban la clase parasitaria, improductiva, pero gran número de sabios y de técnicos quedó al lado de Lenin. La buena fe de Castro y de sus compañeros es evidente. Son desinteresados y generosos. Desean implantar un régimen de justicia, pero carecen de equipo, ya que todos los que medianamente saben leer y escribir, con excepción de algunos intelectuales, son reaccionarios, opuestos a reformas de tipo marxista que sacrificarían sus privilegios. Fidel se siente acosado por sus enemigos, temido y odiado por los pudientes. Se estima también condenado por el gobierno de Estados Unidos, desde que dijo que no habría elecciones y se declara adversario de la propiedad privada.

— En mi país se admiten muchas cosas, **my dear** Vallenilla, menos la subestimación del **american way of life**, elevado a la categoría de dogma. Mis compatriotas consideran que contiene normas de felicidad universal y quieren imponerlo al mundo, inclusive a la vieja Europa. La preocupa-

ción primordial del Departamento de Estado, al surgir por la fuerza un nuevo gobierno en cualquier punto del planeta, consiste en averiguar si los vencedores han fijado la fecha de las elecciones y si las inversiones extranjeras —léase norteamericanas— serán respetadas y protegidas. Así quedan a salvo los principios que, según los altos funcionarios de Washington, hicieron la grandeza de la Unión. Es casi un milagro que no pregunten si los coroneles o revolucionarios golpistas fuman **Chesterfield** y consumen **hot dogs y Coca-Cola**, signos inequívocos de preferencia por la civilización occidental.

Elliot pide otro whisky y prosigue:

— Obligado por las circunstancias, Fidel se echará en brazos de los soviéticos. La Habana es sitio ideal para fomentar movimientos subversivos en el resto de América Latina. La oportunidad es brillante y Krustchev no la dejará escapar. Entre tanto, el general Eisenhower y sus colaboradores inmediatos seleccionan el grupo para combatir a Castro. Muñoz Marín, Betancourt y Figueres serán seguramente los elegidos y encabezarán la cruzada por la democracia y contra la dictadura. Entre las víctimas figurarán el Benefactor Trujillo y el general Stroessener para despistar a tontos que no existen. Al mismo tiempo, Batista y Pérez Jiménez serán perseguidos con igual finalidad. El barbudo tendrá compañeros de infortunio que jamás hubiese escogido. De todas las naciones hispanoamericanas me preocupa Colombia, principalmente. Es la que corre mayor peligro ante una embestida castrista. No es difícil transformar en redentores a los bandoleros alzados, desde la época de Ospina Pérez. El marxismo hallará aliados poderosos en las masas pauperizadas y en la poco equitativa distribución de la riqueza. Sospecho que están contados los días de las dos facciones que en ese país se han venido alternando en el poder. Puede, sin embargo, producirse un fenómeno favorable. La alianza de los partidos tradicionales engendrará una fuerza de oposición de donde no es raro que surja el movimiento salvador.

Quizás una asociación de jóvenes civiles y militares nacionalistas, con preocupación social, resuelta a renovar carcomidas estructuras.

*
* *

Dos semanas de descanso en el Cabo de Antibes. Temperatura ideal. Mar, flores, palmeras. Dedico las mañanas a jugar tenis con el profesor del hotel, un inglés sesentón, de andar pausado. Como yo, no quiere cansarse mucho. Por las tardes salimos de paseo en automovil y visitamos pueblos vecinos. Cada aldea posee una o dos industrias que aseguran la subsistencia del habitante. Pienso en ciudades de Venezuela que apenas cuentan con fracciones del Situado Constitucional para vivir o sobrevivir. La riqueza es, en síntesis, el hombre civilizado que proyecta y ejecuta. La inmigración nos la ofrecía de balde. Parece que el adequismo no lo entiende así y se manifiesta xenófobo, agresivo con los extranjeros. Por mi parte, estimo que más útil es a la economía nacional un alfarero o maestro de obras italiano que un vociferante de esquina, ignaro y holgazán.

Me gustan las callejuelas empinadas de Saint-Paul de Vence, sus artesanos, sus pintores. Un joven artista nos muestra hermosos dibujos sobre vidrio y una linda muchacha, de unos veinte años, esbeltas figuras de madera de rara belleza. Algunos objetos de cerámica llevan la firma de Jean Cocteau. Otros la de Picasso. La estética es aquí una religión. La obra del hombre recibe la influencia de paisaje. Entre nosotros no. Somos indiferentes a la naturaleza. Nos negamos a crear a imagen y semejanza del bucare, de El Avila y del Caribe. Podríamos ser grandes y fuertes como ellos y que también lo fuera el fruto de nuestro esfuerzo.

*
* *

París. Juan de Mata Guzmán Blanco me refiere que Manuel Arreaza fue detenido y encarcelado en Caracas, acusado de conspiración. Ayer voló a Curazao, expulsado del

país. Frecuentemente, esta es la primera escala del infortunio político venezolano, desde la guerra emancipadora. Junto con él salieron J. A. Cova y Raúl Osuna B. Rómulo comienza a cobrar viejas cuentas. Muchos creían que había dejado sus rencores en Puerto Rico. No es cierto. Forman parte de sus instrumentos de trabajo. Los lleva en el bolsillo al lado de la pipa y del paquete de picadura. Manuel permanecerá en la isla holandesa hasta que su hija Magdalena termine el año escolar. Luego vendrá a Francia con la familia.

Curazao ha vivido de la torpeza secular de nuestros gobiernos. Tarifas aduaneras elevadas facilitaron el contrabando de mercancías para Venezuela. Más tarde, las refinerías allí instaladas se alimentaron con el producto de las entrañas del Zulia y del Oriente de la República. La colonia prosperó gracias a nosotros. Los margariteños han buscado tradicionalmente allá el trabajo que falta en Nueva Esparta, pauperizada, indefensa. De haber pertenecido a la corona de Holanda, la tierra de Arismendi contaría hoy, quizás, con la benevolencia de las compañías petroleras. También con la de los gobernantes de nuestra patria. Los primeros en acordarse de ella fueron los miembros de la Junta Militar. En esa época se iniciaron las obras que la dictadura completó después, secundada por un magistrado regional probo, entusiasta y progresista, a quien ahora recompensan con el embargo y probable confiscación de sus bienes.

*
* *

Visita vespertina de J. F. C. Me lee un informe procedente de Caracas. El malestar económico se acentúa. Las empresas constructoras venden sus equipos a vil precio en el Extranjero para pagar compromisos vencidos. Estúpidamente, la nación se despoja de valiosos elementos de trabajo. No es raro ver tractores y «bulldozers» abandonados, a orillas de carreteras inconclusas. Asistimos a la derrota del

esfuerzo creador. Cambiamos una dictadura eficaz por un despotismo atrabiliario. El régimen carece de programa de acción y no proyecta elaborarlo. El Presidente no ejerce función coordinadora. Los ministros actúan y deciden a su leal saber y entender. Betancourt consagra el tiempo a maniobras políticas estériles y negativas, desde el punto de vista nacional. Su principal objetivo es mantenerse en el poder. Lo demás es secundario. La oligarquía disfruta de sus favores. Desayunos y cenas íntimas en **Los Núñez** para discutir de problemas que no se resolverán. El jefe adeco encuentra el marco venezolano demasiado estrecho para él. Quiere ser el árbitro del Caribe. Los norteamericanos estimulan una megalomanía que les permite combatir a Fidel, por persona interpuesta. El hombre vino a Miraflores con ganas de pelear, adentro y afuera, no de trabajar. Aborrece el escritorio y que se hable, en su presencia, de cosas que no entiende. Confesó a Arturo Uslar Pietri, parece, que él es un político profesional. Dijo verdad. Nunca ha sido otra cosa, aunque ahora se autodenomine periodista.

*
* *

Carta de Venezuela, puesta en el correo de Aruba para evitar interferencias. Avisan que el doctor Mariano Arcaya vendrá a Francia, provisto de pasaporte diplomático, con el propósito de agredirme físicamente. Su primo Ignacio Luis y el Presidente de la República, están en cuenta del asunto y lo patrocinan. A pesar de la seriedad del informante, dudo que el plan se lleve a cabo. El presunto matón es persona engreída, jactanciosa. Quizás cuenta con la diferencia de tamaño, entre uno y otro, para atacarme. En todo caso, sabré defenderme. Lo he hecho en ocasiones anteriores con excelentes resultados.

*
* *

El señor Henri de Montfort, propietario de «Ici Paris», nos convida a su casa. Miembros del Instituto de Francia, un banquero y el Director de un gran almacén, asisten a la cena. Durante más de dos horas, mi mujer y yo gozamos de la conversación de hombres brillantes y eminentes que discutieron con elegancia, sobre política, literatura e historia. Teníamos la impresión de presenciar una pieza de teatro digna de Montherlant o de Giraudoux. Hubo hasta una nota cómica. Cansado de guardar silencio, el comerciante se dirigió a un historiador anciano, de barbas blancas:

— ¡Háblenos de Luis XVI, maestro!

— Con gusto lo haría. Lamentablemente, pocas cosas extraordinarias sé sobre él. Se ha equivocado usted de cifra. Mi especialidad es Luis XVIII.

∴

Charla con Pedro Amaré del Castillo. Prepara viaje a Suiza e Italia para el verano. Aconséjole no abusar de los museos. Las altas dosis de obras de arte indigestan. La gira de placer se vuelve ingrato ajetreo. Es un disparate querer verlo todo en Roma, de un golpe. Las ciudades no se asaltan. Se conquistan lentamente. Ellas tardan para confiarnos sus secretos y su alma. Así ha procedido él, en París.

Salimos a pie. La brisa acaricia los castaños de troncos negros y tierna cabellera verde. Nos detenemos ante la vitrina de una librería técnica. Me molesta no entender el lenguaje científico de la era atómica. Los títulos de las obras tienen para mi extraña resonancia. Adentro veo jóvenes que consultan gruesos volúmenes y toman notas. Estudiantes de Ingeniería nuclear, probablemente. Pertenezco a otra época, hasta por el aspecto y la indumentaria. Sensación parecida a la que experimentaba el emigrado de peluca que volvía a Francia bajo Napoleón. Sin embargo, esos futuros expertos, esos muchachos que saben cosas que ignoro, me inspiran confianza. Emanciparán a los pueblos de los polí-

ticos y de los partidos. Harán un mundo mejor, más justo, apoyados en la ciencia. Perucho ríe cuando observo que Descartes era profundamente antiadeco.



Ayer tarde tuvo lugar la ceremonia del bautizo de Carolina Estrada Parés, en la iglesia de la Magdalena. Mi mujer y yo fuimos los padrinos. Además de sus progenitores, se hallaban presentes los Hernández Ron. La niñita miraba impasible de un lado a otro. Parecía divertirse con los gestos del sacerdote. Estos actos conmueven al exilado. Se abre la caja de los recuerdos y aparecen el templo caraqueño, «las beatas» de pañolones negros, el mendigo, el billetero y la nube de chicos que espera a las puertas el puñado de mediecitos. Soy el sedentario típico. Eché raíces en Venezuela y nada me aleja de ella. La veo en forma permanente, contínua, a través de otros paisajes y de otros ambientes. Para mí, el Monte Blanco se vuelve transparente para permitirme admirar El Avila. Del mismo modo, los manzanos normandos son para mis ojos pomarrosos. Los perales, mangos y la arboleda lejana, me trae el rumor de una tertulia de cotorras, dentro del ramaje de un grueso higuerón.



Provechosa lectura de «Ciencia y Moral» de Marcellin Berthelot. Refuerza mis convicciones. La ciencia domina todo. Solamente ella presta servicios definitivos. Ningún hombre, ninguna institución será permanente si no se conforma a sus enseñanzas. La educación científica transformará la política que se volverá experimental. También es tecnócrata, Berthelot, como lo fue Renan. Este decía que si el puesto de cada individuo en la sociedad tenía relación con el servicio prestado, Descartes, Newton y Galileo hubiesen sido príncipes en su tiempo. En verdad, apenas comien-

zan los mejores a ocupar posición preponderante. Ni la monarquía ni la democracia ni el fascismo ni el comunismo les dieron el primer lugar, voluntariamente. Ellos suben ahora, llamados por la complejidad de los problemas. El saber será poder aquí y del otro lado de la Cortina de Hierro.



Misiva de un eminente abogado de Caracas. Nadie quiere la dictadura, pero todos conspiran para establecerla, comenzando por Betancourt, quien se vale de cualquier pretexto para suspender las garantías constitucionales. El virus dictatorial contagia también al Congreso. Particularmente elocuentes son las proyectadas disposiciones transitorias de la Carta Fundamental que se discute. El país vive bajo el denominador común del miedo. El gobierno tiembla tanto como la oposición. El temor inspira arbitrariedades e impone la aceptación de las mismas. Es un tirano absorvente. «He asistido, concluye mi corresponsal, a una sesión de la Cámara de Diputados. Oí más tonterías que un cuadro de museo, como observan los hermanos Goncourt.» Decididamente, el venezolano no está hecho para el Parlamento. Al penetrar allí, el más culto, el más inteligente, se convierte en un imbécil.



Estamos en Monte-Carlo, desde hace quince días. Disponemos de la misma habitación y de la misma terraza frente al mar. Mi diario quedó interrumpido, por falta de tema y de ganas. Hay aquí algunos venezolanos. Los Revenga, los Estrada, Pedro Dupouy y su familia, Luis Alberto Pocaterra y sus dos hijos.

Ayer fuí a San-Remo, invitado por Nello Segré-Amar, a bordo de su yate, «El Hidalgo». Almorzamos en un restaurante del puerto. De regreso a Mónaco, mientras mi amigo

dormía la siesta, conversé largamente en el puente con el capitán. Es un francés que ha recorrido el mundo entero, durante veinte años consecutivos.

— ¡Téngale miedo al mar! —declara sentenciosamente. Apenas comienzan a descubrir sus entrañas, gracias al Comandante Cousteau, que es el Cristóbal Colón de las profundidades. Siento por él un santo temor. Por él y por sus secretos. En una ocasión navegábamos por el Pacífico. Era yo el segundo oficial y me hallaba de guardia junto al timonel. De pronto surgió de las aguas una masa marrón, tan grande como un bote pesquero. Corrí a la barandilla y mi mirada se cruzó con la de un montruo descomunal que reflejaba maldad, una maldad inconcebible. Nos examinamos así por breves instantes. Tenía la sensación de que el horrible cetáceo me hipnotizaba y me ordenaba lanzarme al océano. Hice un esfuerzo para huir y volar a la cabina de mi superior, un viejo normando. Referí lo sucedido y mis impresiones. El veterano marino escuchó con atención mi tembloroso relato y declaró, gravemente: «Corrió usted con suerte de poder interrumpir el proceso de encantamiento. El tiburón ballena domina con los ojos a sus víctimas. Otros tripulantes embrujados, se arrojan de los buques. ¡Esto explica muchos supuestos suicidios de profesionales y pasajeros!»

El capitán baja la cabeza y calla, soñador. «El Hidalgo» avanza y abre surcos de blanca baba en el oscuro Mediterráneo del atardecer. Busco la chaqueta que dejé sobre una silla de extensión. El relato me ha dado frío. Regreso al lado del oficial y refiérole que una vez fondeamos el velero «Roraima» frente a uno de los tantos islotes de «Los Roques». Al amanecer bajamos a tierra. La arena parecía harina de galletita inglesa y el agua era tibia, acaramelada. Caminamos y vimos a un hombre que venía hacia nosotros. Un español que se había instalado solo allí. Habíale informado un compatriota que las corrientes traían al cayo objetos procedentes de naufragios y mercancías perdidas por los navegantes en horas de tormenta. Frecuentemente se hacían des-

cubrimientos interesantes y productivos. Uno de mis compañeros preguntó:

— ¿Y ha hallado usted algo que valga la pena?

— ¡No, señor. Nada importante! Hace un mes, en noche de luna, bailaba una caja sobre las olas. Me acerqué y con gran dificultad, logré arrastrarla hasta lo seco. La rompí. Adentro había una urna de madera pulida con ventana de cristal, por la que se veían la cabeza y parte del busto de una mujer rubia, de largas trenzas y labios pintados, pálida, de expresión triste, como arrepentida de no pertenecer ya al mundo de los ricos. Huí aterrado a mi choza. No pude dormir. A la mañana siguiente, empujé, como pude, el ataúd. Se fue al fondo. Días después, volví al lugar con el cayuco. Ahí estaba el féretro, custodiado por un tiburón negro, desafiante, dispuesto a matarme. La escena se repitió muchas veces, durante toda la semana. No he querido insistir porque la embarcación es frágil y esos animales son agresivos. Llamo a la muerta la novia del tiburón. Si los señores desean, nos acercamos allá...

Nos negamos. Preferimos retornar a bordo y levar anclas rápidamente.



Telefonea de París Marco Aurelio Rodríguez. Desea verme. Propóngole venir a Monte-Carlo por unos días. Acepta. Será nuestro huesped. Voy con Pedro Estrada a recibirle a la estación. Pasamos horas distraídas en su compañía y la de su mujer. Ella pertenece a una familia en la que todos tienen talento y son útiles a Venezuela. No existe Coronil bruto ni inculto. El viejo era asiduo visitante de mi padre, quien le profesaba particular estimación. Personalmente, soy amigo de infancia de Fernando Rubén, hoy excelente cirujano. Más tarde, trabajamos juntos en la Gobernación del Distrito Federal. Yo era Secretario del Despacho y él Presidente de la Junta de Beneficencia. En cuanto a Josefina, su meri-

toria hermana, fue mi compañera de labores en el Instituto de Administración Comercial y de Hacienda, creado por iniciativa de Rafael Ernesto López, subestimado ministro de Educación, en la época de López Contreras.

Me inicié en el periodismo criollo, por insinuación de Marco Aurelio y de Angel María Corao. Eran los tiempos gloriosos de «El Heraldo», entre las esquinas de Palma y Municipal, cuando la charla comenzada en la redacción, terminaba en el desván de la botillería de Vicente Turco, oloroso a aserrín, aceitunas y queso de bola holandés. Rodríguez cifraba esperanzas en la lotería y brindaba cerveza y sandwiches de «mortadella» a sus contertulios. Gabriel Espinosa, Vaivén Pocaterra, Gustavo Reyes. A veces Julio Ramos, armado de un garrote. Guerra civil española. Guerra mundial. Problemas lugareños. Una anécdota que recuerdo, de paso, con alguien que se acerca al grupo y dice: «El militar más importante de Venezuela es Isaías Medina, ¡sí señor!» Y Corao que pregunta con expresión angelical: ¿Y el general López? ¿Y el general López, ah? El otro preocupado, concluye: «¡Ah, no! ¡El general López es un genio!»

Siempre es provechoso hablar con Marco Aurelio, nuestro mejor polemista, quizás. Cuenta que Betancourt clausuró «La Razón», diario que fundara mi amigo con la ayuda financiera de Alfredo Abilahoud:

— Fue un error escoger ese nombre. Rómulo la había perdido ya y consideró que era una provocación. ¡Bajo un régimen adeco no hay razón que valga!



Se presentan al hotel Ciro Sánchez Pacheco y Ricardo Mendoza. Van para Italia y se han detenido en Monte-Carlo para saludarnos. Ambos residen en Madrid, pero Ricardo quiere marcharse a Estados Unidos para estudiar inglés y sentirse más cerca de la patria. Ciro refiere un chiste de Luis Felipe Urbaneja. Fue a verle un conspirador profesional:

— ¡Mi querido doctor! El Comité Revolucionario resolvió ayer ofrecer a usted una Cartera en el futuro gobierno de la República y pedirle, al mismo tiempo, una contribución de sesenta mil pesetas para gastos del movimiento.

Urbaneja pidió veinticuatro horas de plazo para considerar las dos proposiciones. Cumplido éste, repuso:

— ¡Mira, Fulano, no acepto el ministerio! ¡En cuanto a las pesetas, pasa por quinientas!



Mañana desagradable. La prensa norteamericana, editada en Francia, nos entera de que el general Pérez Jiménez fue encarcelado con motivo del juicio de extradición. Telefoneamos a Miamí, justamente inquietos e indignados. Carlos Pulido Barreto informa que el ex-Presidente fue puesto en libertad bajo fianza. La actitud futura de las autoridades de Washington no admite dudas. Un abogado de Nueva York, que viene a nuestra cabaña, es pesimista. Pérez Jiménez será entregado al gobierno de Venezuela, una vez agotados los recursos legales y las excepciones dilatorias. Las ruedas de la justicia se mueven con petróleo.



Alex Moscovitch, concejal de París, nos cita para cenar en el «Château de Madrid», con el ministro Jacques Soustelle y su esposa. La pareja es prodigiosamente culta. Tanto él como ella conocen a fondo la civilización azteca. Sienten devoción por México donde vivieron refugiados en las horas sombrías de la derrota francesa de 1940. Agradaríales visitar a Venezuela algún día. Soustelle estima que un pueblo capaz de engendrar a Simón Bolívar, merece atención. El héroe es fruto de ambiente heroico.



Hoy pretendimos ir a Saint-Tropez en lancha, con los Dupouy y los Hernández Ron. Nuestros hijos estaban allá de excursión, invitados por los Pocaterra y deseábamos verlos, pero fue inútil. Apenas llegamos frente a Villefranche, se encresparon las olas y tuvimos que regresar al puerto de Mónaco donde entramos con dificultad, debido a la violencia del mar. Volvimos al hotel en taxi, contusos y asustados. Pedro Dupouy se quejaba de un fuerte dolor en el pecho.

Bajamos al restaurante del «Old Beach» y mientras saludo a un matrimonio griego, vecino de mesa, un hombre que disimulaba su presencia entre el pacífico grupo de comensales, salta, corre y se me viene encima con un plato en la diestra. Reacciono de inmediato con un golpe recto en la boca. El agresor cae y se reincorpora para recibir un derechazo en las narices. Reconozco al doctor Mariano Arcaya, quien titubea y vuelve al suelo en medio de un escándalo de vajilla y vasos rotos. Al parecer, ignora normas elementales de combate. Ataca con los brazos abiertos. Indignado, pierdo todo control y le golpeo, sin compasión, en el cuerpo y en la cara, con los puños y pedazos de vidrio y de porcelana. Atontado, el individuo no reacciona, pero me arrastra con su peso y caigo sobre él. Sospecho que su cabeza ha pegado con el escalón. Sin embargo, clava sus dientes en mi antebrazo izquierdo. La voz de mi mujer suplica que no lo mate. Sangre tibia y ajena moja mi camisa. Varias personas intervienen y nos separan. Arcaya permanece tendido y balbucea insultos e incoherencias. Amenaza volver con una subametralladora. Quizás está bebido, además de maltrecho. La clientela mira absorta el espectáculo. José Safié, un amigo salvadoreño, me acompaña a mi habitación. Ofrece declarar a la Justicia en favor mío. También el personal del hotel y numerosos temporadistas que no conozco personalmente. He sido atacado a mansalva. En mi antebrazo quedan marcados los incisivos de Mariano. No logró hacer más.

Me interroga un sargento de la Gendarmería. Cuento exactamente lo sucedido. Mi exposición coincide con la de varios

testigos presenciales. Pregunta si me he servido de un cuchillo porque el loco —así le llama— tiene heridas en las mejillas y las orejas. Respondo que, por suerte, no había a mi alcance sino vidrios y trozos de cerámica. El uniformado ríe e informa que Arcaya está en el hospital de Menton. Nada pueden contra él las autoridades policiales. Le protege la inmunidad diplomática. Es representante personal del ministro de Relaciones Exteriores de su país. Por ello se considera impune. ¡Noble y elevada misión!

Pasa la tarde. Al oscurecer tomo un baño, me visto y voy al bar del «Hotel de París». Amigos y desconocidos me manifiestan su solidaridad. Algunos me felicitan. Corrí el riesgo de resultar victima del cobarde asalto. Un sudafricano, muy serio, quiere saber si el atentado obedece a razones de tipo racial. Contesto que el asunto es largo y complicado, ininteligible para él.

Hay mucho de oportunismo en la actitud de Mariano. Pretende ganar puntos buenos a costa mía. Si realmente fuese constante en sus odios, no ostentaría un pasaporte expedido por Betancourt, el gobernante que en 1945, ultrajó y arruinó a su honorable e ilustre padre. El señor doctor Pedro Manuel Arcaya fue incluído entonces en una lista infamante y sentenciado a la confiscación de sus bienes. En aquellos días dolorosos, compartí las inquietudes y tristezas del eminente historiador. Su hijo ha olvidado. Sin embargo, hay cosas que el honor no permite perdonar. Cuando hay honor. Contrasta esta conducta con la de Leopoldo Baptista, también ofendido y despojado por los adecos. En carta pública que es ejemplo de dignidad, renunció al cargo que desempeñaba en la Directiva de la Compañía de Teléfonos, en el momento en que Rómulo asumía la Primera Magistratura de la Nación.



Los Onassis nos convidan a una cena, a bordo del «Cristina» que zarpará en la madrugada, rumbo a Grecia, con

un grupo de invitados, entre quienes se cuentan sir Wiston Churchill, la famosa cantante María Callas y su esposo. En el número de viajeros figura un venezolano, Reinaldito Herrera, quien fue particularmente atento conmigo al enterarse del lamentable incidente del «Old Beach». Mi mujer y yo ocupamos la mesa que preside la hermana del armador, a cierta distancia de las celebridades. La cronista Elsa Maxwell no se complace en nuestra compañía y apenas nos dirige la palabra. Somos gente anónima, sin importancia. Sus ojos de cetáceo miran del lado de las estrellas terrestres, como si quisiera arrebatarles nuevos y productivos secretos. Yo veo las otras, saludadas por la luna, en esta clara noche mediterránea. El cielo sin nubes me recuerda el de la patria lejana. Me gustaría estar fondeado frente a la isla de Margarita, con el Caribe trajeado de plata para admirar mejor las negras protuberancias de María Guevara. Botes de pescadores se acercarían a mi embarcación: «¿Vienes buscando a Heraclio, **cuñao?**»



Una prima mía escribe de Caracas. Mariano Arcaya, confiado en su corpulencia, se anticipó a cablegrafiar a los diarios que me había propinado una paliza. Al día siguiente, estos desmintieron la noticia y publicaron, más o menos, la verdad de los sucesos. De otra parte, mi agresor corrió con la mala suerte de ser fotografiado por un reportero gráfico de Cannes, con la cara vendada y cubierta de adhesivos. No era, precisamente, la imagen de un luchador victorioso.



Plática con un escritor italiano. Se sorprende de la actitud norteamericana en el caso de Pérez Jiménez. Es peligroso ser partidario de Estados Unidos. Los gobernantes de ese país aman solamente a sus adversarios declarados. «¡Si

estallara otra guerra, mi corazón estaría con los rusos y mi bolsillo con los yanquis!» Respondo que muchos piensan así, ahora. Norteamérica está perdiendo la paz. La gran República del Norte inspira envidia y admiración, desde distintos puntos de vista, raras veces afecto. Nunca ha despertado sentimientos desinteresados, como Francia, cuyas victorias y desdichas son siempre compartidas por el resto del mundo. En el corazón de todo hombre existe espontánea simpatía por la tierra de Voltaire y de Montesquieu. Todos experimentamos ternura al pensar en París, y emoción, al escuchar «La Marsellesa», el más internacional de los himnos. Inmediatamente, aparece Mariana de túnica blanca, banda tricolor y gorro frigio para alentar nuestra esperanza en una humanidad mejor. Los soviéticos no han alcanzado todavía semejante popularidad. La Cortina de Hierro y los acontecimientos de Budapest, destruyeron ilusiones y anhelos. Sin embargo, el empeño de construir una sociedad ideal no carece de nobleza. Hay algo de quijotesco, de español y de sublime en el alma eslava. Un talentoso moscovita me decía, hace poco: «Somos locos y generosos. ¡Esto explica nuestro comunismo!»



Estamos de nuevo en París, desde ayer. El otoño comienza a desnudar los árboles. Sopla un viento húmedo, desagradable. Esta tarde he visitado dos apartamentos para mudarnos. No me gustan. Ambos son siniestros. Seguiremos en el hotel hasta que se produzca un milagro. Leo en mi habitación un libro de Jacques Maritain. Subrayo una frase: «La tragedia de las democracias modernas es que no han logrado todavía realizar la democracia.» Venezuela constituye una excepción, según Betancourt y «The New York Times». Allá reinan la libertad, la legalidad y la paz, desde que los dictatoriales fueron arrojados del poder. Quienes no comparten esa opinión son expulsados o sometidos a las caricias de la Digepol.



Suena el teléfono. Son Eudoro Sánchez Lanz y Emigdio Medina Ron. Llegan de Estados Unidos y se dirigen a Madrid con sus familias. Minutos después vienen todos al Jorge V. Les sirvo whisky y cenamos juntos. Tanto tenemos que contarnos que la reunión se prolonga hasta altas horas. La hija menor de Eudoro duerme plácidamente en un sillón, mientras los demás hablamos sin parar.

Sánchez y Medina gobernaron con acierto y pulcritud en la provincia venezolana. Los Estados Bolívar y Guárico les deberían gratitud si de ese sentimiento pudieran beneficiarse los políticos. Hoy son apenas un par de proscritos, entre los seis mil que un régimen modelo ha echado de la patria con el beneplático o la indiferencia de la prensa local y extranjera. Los sistemas bautizados democráticos por mentalidades acomodaticias, se permiten lujos vedados a las dictaduras. Matan, encarcelan, ofenden, confiscan y destierran, impunemente, sin suscitar protestas. Al contrario, si el infeliz perseguido es calificado de esbirro o se le presumen simpatías por los gobiernos fuertes, hasta su muerte encuentra en los periódicos, columnistas que la justifiquen y aplaudan. Cierta mafia pseudo izquierdizante extiende sus tentáculos desde el **State Department** e invade todos los órganos de publicidad. Ella fabrica las noticias que se distribuyen por el mundo y forja, a su antojo, reputaciones, ideas y conceptos. Su fuerza es inmensa, ilimitada. La verdad y la justicia nada pueden contra esa fabulosa industria de inexactitudes y de falsedades. Inspirados por Wáshington, diarios, semanarios y agencias noticiosas inventan demócratas, dictadores, eminencias, mediocridades, gobernantes probos y gobernantes inescrupulosos. El hombre contemporáneo es el peor informado de todos los tiempos, a pesar del torrente de informaciones que recibe, permanentemente. Un lector de «Time Magazine», por ejemplo, es engañado cada semana, de manera sistemática, en materia política, social y cientí-

fica. La famosa revista pone especial cuidado en venderle mentiras y en mantenerlo ignorante de lo que realmente ocurre sobre el globo terrestre.



Nuestra amiga Nadia Georges-Picot, esposa de quien fuera brillante embajador de Francia en Venezuela, nos convida para celebrar su cumpleaños. Durante la cena, dice que no se explica cómo soportamos vivir, permanentemente, en tres estrechas habitaciones de hotel. Respondo que llevo tiempo en infructuosas gestiones para conseguir una vivienda y ella explica que ha pensado en nosotros cuando supo que Lucien Teissier, después de divorciar, cerraba su casa de Versalles para instalarse en Florencia. La idea me interesa y propongo telegrafiar a Lucien, antiguo conocido mío, desde la época de mi adolescencia en Lausanne. En aquellos días lejanos, era Teissier concuñado de mi compatriota Gustavo Pecchio y nos veíamos con relativa frecuencia. Nadia promete conseguir el número de teléfono y comunicarse con él mañana, a más tardar. Espero ansioso el resultado. Me agradaría vivir en Versalles para estudiar y escribir a mis anchas, en medio de la tranquilidad provinciana de la ciudad de los reyes. No me resigno a una existencia de desocupado, sin objeto útil. Creo que fue François Mauriac quien escribió que la vida valía lo que costaba en esfuerzos. A ese concepto he pretendido adaptarme siempre.



Llama Nadia. Lucien desea vender la casa, no arrendarla. Sin embargo, nos la cedería complacido si nos comprometemos a dejarla al presentarse un comprador.

Vamos a Versalles, después de almuerzo. Al final de una callejuela solitaria nos espera un caballero ceremonioso,

de edad avanzada, quien ha recibido instrucciones del propietario. El frente de la residencia es pobre. Hace años que no ha sido pintado. Las ventanas de gruesos barrotes recuerdan a Petare. Todo cambia al entrar. Es un pabellón del siglo XVIII con un hermoso salón y una estupenda biblioteca que miro entusiasmado. Las habitaciones son de buenas proporciones y cuentan con salas de baño bastante modernas. Salimos al jardín. Nuestro guía explica que el terreno perteneciente a la propiedad es de unos seis mil metros, pero una concesión, que data de Luis XV, permite disfrutar de tres hectáreas de parque que se extienden hasta los semilleros del castillo. De inmediato pienso en las ventajas de vivir aquí, con espacio suficiente para caminar y meditar, lejos del ruido y del aire viciado de la capital. También agrada a mi mujer esta posibilidad. Todo depende ahora de un entendimiento con Lucien, quien regresa de Italia la semana entrante.



Telefonean y reconozco la voz de Pedro Antonio Gutiérrez Alfaro. Aterrizó anoche en Orly, procedente de Miami. Se hospeda en el «Hotel Baltimore». Lola, su esposa, vendrá pronto a reunirse con él. Me visto precipitadamente y corro a verle. Profeso gran cariño a este hombre generoso, sabio y santo, como José Gregorio Hernández. Su figura forma parte del paisaje de mi infancia. La casa de Punceres. Doña Laura. Los instrumentos de cobre de la Banda Marcial. El maestro Pedro Elías Gutiérrez, de gala azul. Tito armado de un voluminoso diccionario. José Jacinto que corretea conmigo y Pedro López de Ceballos, a lo largo de una quebrada de aguas espesas y malolientes. El célebre ginecólogo no disimula su emoción al abrazarme. Sus ojos se llenan de lágrimas cuando refiere que en Venezuela le acusan de innumerables delitos y pretenden solicitar su extradición. Así corresponde la mediocridad imperante a la abnegación de un científico.

Salimos y recorremos la avenida Kléber hasta el Arco de Triunfo. Nos sentamos en la terraza de «Fouquet's». Pide el vino tónico de sus tiempos de estudiante y lo saborea con melancolía.

— Parece mentira, Laureano, que muchos de mis actuales perseguidores sean los mismos cuyos hijos vinieron al mundo en mis brazos. Jamás supuse que la felonía alcanzara semejantes límites. A veces me pregunto si estoy loco, si realmente soy el profesional digno y laborioso que me consideré toda la vida. De los amigos de ayer que frecuentaban mi hogar y solicitaban mis servicios, aún cuando era ministro, no he recibido la palabra de aliento y de consuelo que esperaba. Presencian mi asesinato moral con la mayor indiferencia. Algunos lo justifican, en reuniones sociales, creyendo descargar sus conciencias, manchadas de oportunismo y de vileza. En cierto modo, Betancourt y sus adecos tienen el derecho de tratarnos mal, ¿pero los otros?

∴

Entrevista con Lucien Teissier. Me cede su residencia de Versalles por módica suma mensual, destinada a cubrir los gastos de mantenimiento. La condición es desocuparla al efectuarse la venta. El arreglo es verbal. No habrá convenio escrito ni inventario de muebles y objetos. Gozamos de su absoluta confianza. Evocamos los años de Suiza y la personalidad distinguida de Gustavo Pecchio, fallecido en plena juventud. No existían los antibióticos, entonces. Una enfermedad pulmonar era mortal. Antes de separarnos, el francés me ruega dejar parte de las dependencias de la servidumbre, a disposición del caballero que nos enseñó la propiedad.

— Es un rumano, el general Octavio Ulléa, antiguo mariscal de palacio de los reyes Carol y Miguel. Tuvo que abandonar a su país y vive exiliado en Francia. Por suerte, contaba aquí con unos cuantos amigos.

— También soy un desterrado, Lucien. A su protegido y a mí nos une la desgracia política. Nos entenderemos. El general suspirará por Bucarest y yo por Caracas.



Comienza la mudanza. Mi mujer se afana, ayudada por Martina, la vieja criada española de mi hermana María Luisa. Cada día madrugamos, vamos a Versalles y regresamos al oscurecer. Recorro el parque e inicio mis relaciones con los pinos, los manzanos y un hermoso sauce llorón. También examino cuidadosamente las obras de la biblioteca. empastadas con lujo. Muchas corresponden a ediciones especiales, numeradas. Ahí me aguardan amigos fieles, venerados compañeros de una existencia de aficionado a las letras. Me separaron de ellos en Caracas y los he hallado aquí, por voluntad divina. Diderot, Voltaire, Rabelais y Renan, entre muchos, se han citado conmigo para las noches de invierno, junto a la chimenea. Discutiremos sobre temas elevados, como es lógico, en tan importante compañía. Su presencia me obligará a estudiar y reflexionar con altura.



Llaman al teléfono. Es Dionisio R. Bolívar. Desearía verme, pero fuera del hotel. Venir al Jorge V sería peligroso para él. Respondo que numerosos compatriotas me han visitado. Ninguno ha tenido problemas al volver a Venezuela. Luego pregunto por mis haberes y las acciones de que él dispuso con la complicidad de otras personas.

— Eso se lo cogieron...

— ¿Quiénes?

— Bueno, chico, tú sabes lo que es la política. ¡Ministro caído no cuenta!

Cuelgo. Considero suficiente y edificante la explicación. Bolívar me debe favores y atenciones de toda clase. En nada se relacionaban nuestros negocios con mi actuación pública.



Almorzamos con Lola y Pedro Antonio Gutiérrez Alfaro. Me asombra su exagerado optimismo. Piensan que nuestro exilio será de seis meses más. Se producirá un golpe militar. Es característica de venezolanos soñar con milagros uniformados, desde la oposición. Personalmente, creo en la acción civil, en la obra de la inteligencia, en la palabra escrita. A veces un libro hace disparar los fusiles, principalmente, cuando asiste razón al autor. La fuerza no es útil y fecunda sino al servicio del cerebro.



Aparecen Gloria y Julio Bacalao Lara. Vienen de Ginebra donde han vivido casi dos años. Ambos fueron a la Universidad. Ahora hablan correctamente el francés. Se establecerán en España. Nos acompañan a Versalles. Los recibimos en medio de una anarquía de baúles, muebles y cajones. Falta todavía la luz eléctrica y la caldera necesita reparaciones para funcionar. El clima interior es de nevera. Julio y yo paseamos por el parque. Los adecos comienzan a escribir la apología de la dictadura, con sus errores. La tal generación del veintiocho es inferior a la nuestra. De esto estoy seguro. La nación se dará cuenta pronto, es decir, dentro de unos años. Entre tanto, preparémonos para el futuro. Por el momento no hay golpe, fuera del tuyero.



Tocan a la puerta de mi habitación. Es Miguel Hernández Carabaño. Cuenta que fue secretario de Castro León,

en el ministerio de la Defensa, después de renunciar a los servicios portuarios. Somos compañeros de infancia. Su padre, Miguelito Hernández, era una excelente persona, concuñado de mi tío Agustín Vallenilla Lanz, abnegado médico de la población de Villa de Cura. Una escuela del lugar lleva el nombre de ese hermano menor de mi padre o lo llevaba, desde hacía cuarenta años. Alguien me dijo que había sido bautizada con otro, por la democracia. A lo mejor se llama ahora Carlos Luis Araque. Las enseñanzas del Libertador están vigentes. **Moral y luces son nuestras primeras necesidades.**

Salimos. Miguel desea que le acompañe a la embajada de Checoesclovaquia. Anda en solicitud de unas representaciones para Venezuela. Nos atiende una empleada torpe, de mirada hostil. No parece interesada en suplir la información necesaria.

De vuelta a la calle, mi amigo me refiere que «El Cabito» fue traicionado por los mismos civiles que privadamente le incitaban a reaccionar contra la Junta de Gobierno. El papel que en aquella oportunidad desempeñaran Arturo Sosa y ciertas destacadas personalidades de las fuerzas vivas, no correspondió a normas elementales de caballerosidad. Hubo asquerosas delaciones que se esclarecerán algún día.



Primera noche en Versalles. Me despierta un concierto de pájaros al amanecer. Abro la ventana. La arboleda luce transparente dormilona blanca para cubrir sus cuerpos negros. Desayuno y me dirijo al parque. Una puerta del fondo, que reclama reparación, comunica con los semilleros del palacio de Luis XIV. Camino por un sendero fangoso hasta la vía principal que conduce a Trianon. Son horas sin turistas, solitarias. Grupos de ardillas saltan entre los castaños. El templo del amor. La granja de María Antonieta. Un jardinero me observa sorprendido. No está acostumbrado

al visitante mañanero. Gracias a G. Lenôtre y a Pierre de Nolhac, conozco detalles de la vida aquí, en el siglo XVIII. Mujeres que parecían muñecas, caballeros de peluca, madrigales. Un rey bueno, ventrudo y sin imaginación. Una reina joven y bella que se pasea con el conde de Artois, el cuñado preferido, apuesto, orgulloso y bruto.

*
* *

He resuelto trabajar en serio. Mi mujer me regala una Underwood eléctrica. Es un placer teclear así. Redacto las diez primeras páginas de mis memorias y no rompo las cuartillas, como me ocurría en el hotel. Mi cuarto es confortable. De mi ventana diviso a una pareja de faisanes que picotea la grama. Me siento frente a la máquina a las nueve de la mañana y escribo hasta la hora del almuerzo. Después recorro el parque y vuelvo a mis tareas. Mi hija y mi sobrina suelen subir para avisar que la cena está servida. La biblioteca de Lucien Teissier es extraordinaria. Figuran los mejores autores franceses. Me encuentro satisfecho. Tengo la impresión de hacer algo útil. Un escritor es aquel que no se resigna a permanecer callado. No soy escritor ni lo pretendo, pero sufro del mismo mal. ¿Por qué callar? Mis compañeros de infortunio obedecen a una consigna de silencio, mientras otros gritan y les ofenden. En nuestro caso, la prudencia y la discreción son primas de la cobardía y de la pereza. Ambas han favorecido los abusos de poder y los desafueros de nuestros gobernantes. Triste precedente el de ser libertados y expresar gratitud al carcelero. En tiempos del general Gómez, esa actitud era frecuente. De allí que el Benemérito se creyera todo permitido. No hallaba resistencia. También Betancourt, por el camino que vamos. El confiscado y ultrajado de ayer, es su amigo y colaborador de hoy, **por razones políticas,** explica. Por sinvergüenza, creo más bien. Ningún hombre está autorizado para reconciliarse con sus verdugos.

*
* *

Blanca, Magdalena y Manuel José Arreaza están en el «Hotel Jorge V». Hoy domingo almorzaron con nosotros. Vinieron también los Travieso y los Hernández Ron. Manuel cuenta que estuvo detenido sin conocer la causa. No hubo interrogatorio. Días después le expulsaron del país. Se fijará en París. Magdalena piensa inscribirse en la Facultad de Derecho. Rómulo halaga a los militares y a los oligarcas caraqueños. Los primeros lo defienden en Venezuela y los otros en Estados Unidos. Preocúpale demostrar que no es revolucionario peligroso. Esto lo sabemos nosotros. Su temido marxismo no se aplica a los ricos. Quedó en Costa Rica. Servía para impresionar a los supuestos camaradas de la frutería de Barranquilla y asustaba a López Contreras y a sus colaboradores de brodequines y leontina. Ahora prefiere las teorías colectivistas de Eugenio y de Julio Pocaterra. La colecta es grande.

*
* *

El periodista Emile Moreau me convida a cenar con un colega suyo, especializado en asuntos de América Latina, quien se muestra sorprendido con los métodos de enseñanza empleados en Venezuela. Anteayer tarde escuchó una conferencia de nuestro Ministro de Educación en los salones de la Unesco. En menos de un año, el hombre ha extinguido el analfabetismo.

*
* *

Estuvimos en Saint-Moritz para Navidades y Año Nuevo. Hoy amanecimos en Versalles y puse a funcionar la **Underwood.** Escribí hasta la hora del almuerzo. La temporada de montaña ha despertado mi imaginación y el libro de memorias progresa.

El general Octavio Ulléa me acompaña durante el paseo vespertino por el parque nevado. Refiere su partida de Bucarest. El rey Miguel no había incluido su nombre en la lista de servidores aceptada por los comunistas, luego de interminables discusiones. Quedarse equivalía a morir. Optó por incorporarse al séquito, penetrar al vagón real y esconderse en el sanitario. Pasada la frontera, alguien forcejeaba para abrir la puerta del lugar. El oficial, aterrado, movió la llave. Era el propio soberano.

— ¿Usted aquí?

— ¡Sí, señor! Entre la muerte y el excusado, preferí este último, siempre más cómodo que una urna, ¡con el perdón de su Majestad!

Ulléa llegó a Francia sin dinero y amigos de París consiguieron para él un modestísimo empleo en una bomba de gasolina. Semanas más tarde, sus protectores le convidaron a una gran recepción. Los presentes eran todos personajes de las finanzas y de la industria. La dueña de casa lo acercaba a los grupos:

— ¡Un amigo rumano que trabaja en asuntos petroleros!

Llovieron las invitaciones al cuartucho donde dormía. Así pudo encontrar de nuevo a Lucien Teissier.

Ulléa debe contar unos setenta años. Es elegante, distinguido y de perfecta educación. Su cultura es vasta e inagotable su anecdotario sobre la Corte, el rey Carol y la señora Lupescu, a la que no profesa particular estimación. Habla de su patria con ternura. Considera que todo es mejor allá que en el resto del mundo. El caviar, la carne y las legumbres.

— Eramos dichosos, señor. La nación más feliz del planeta. Mi vida se vino al suelo, de repente. Perdí la totalidad de mi fortuna en un minuto. Mi mujer reside en Bucarest. No autorizan su salida. Es profesora de francés y ocupa una de las habitaciones del servicio en nuestra antigua casa. Por suerte, no tuvimos hijos. Yo me he resignado a la desgracia y a la estrechez. No es tan duro adaptarse a la

pobreza y agradezco a Dios no hallarme en la miseria. Para un proscrito es una ventaja poder comer, dormir, tomar el autobús e ir a veces al cine.

*
* *

Sigo sometido a una vida disciplinada. Hace cerca de un mes que no voy a París. Me levanto a las siete de la mañana y me acuesto a las diez de la noche, a más tardar. Me siento como esos viejos marinos de Alain Fournier. En sus casas de Bretaña, ya jubilados, abandonan el lecho a las horas reglamentarias para montar guardia y vigilar la oscuridad terrestre.

Mis memorias adelantan. Llevo escritas unas cien páginas, confiado en la exactitud de mis recuerdos. El pasado desfila frente a la **Underwood** como una película vieja de largo metraje. En ocasiones se rompe y el proceso del empate resulta laborioso. Evocar es tarea tan difícil como la de crear. Mi biografía es, en cierto modo, la de mis contemporáneos caraqueños, con ligeras variantes, pero mi dolor actual es mío, incompartible. Nadie desea verlo de cerca, salvo el adversario que se complace con él. ¿Hoy? ¿Mañana? Nuestro destino es la obra caprichosa de un lunático. ¿Verdad, Dorgélès? Sobrevivir facilita la victoria.

*
* *

Mensaje telefónico del general Jesús María Castro León. Viene de Londres. Voy en busca suya a un hotel vecino a la plaza de la República. Caminamos unos metros para sentarnos en un café. Mi amigo militar tiene plena confianza en el porvenir. Existe la posibilidad de que las Fuerzas Armadas liquiden, en fecha próxima, el régimen adeco. Hay un marcado descontento en los medios castrenses. También en la calle. Proyecta ir a Estados Unidos. Allá es más fácil mantener contacto con Venezuela. Me escribirá.

Regreso a casa contento, contagiado por el optimismo del oficial. Vislumbro que mi destierro puede concluir antes de un año. Desaparecerá la persecución de que somos objeto. Los nuevos mandatarios del país nos dejarán en paz. Mi mujer y yo podremos rescatar nuestros bienes, embargados sin fórmula de juicio. Los parias recuperaremos la condición de ciudadanos, con derechos iguales a los del doctor Edgar Sanabria.

*
* *

J. F. C. viene a despedirse. Vuelve a Caracas.

— ¡Estoy tan escaso de dólares como de hojas aquel árbol! —dice mientras caminamos por el jardín desnudo.

— No me quejo, sin embargo. ¡He aprendido mucho en Francia y ya encontraré los medios de mejorar la cuenta bancaria!

Subimos a mi habitación y leo para él algunos capítulos del libro que preparo. Parece complacido.

— No espere usted aceptación general, doctor, si quiere expresar la verdad. Ella no está al alcance de todo el mundo ni es popular. No importa. La teoría de la relatividad no deja de ser exacta porque muy pocas personas la comprenden. Siga la tradición del viejo don Laureano. Exponga sus ideas sin temor a los mediocres. Estos mueren antes que los hombres de pensamiento. ¿Quién recuerda a los críticos encarnizados de «Cesarismo Democrático»? Los catedráticos de sociología no los citan.

Al oscurecer le acompaño a la estación. Promete escribir y comunicarme, periódicamente, sus impresiones, aunque me produzcan tristeza y decepción.

— Las esperanzas de los exiliados son sagradas, doctor Vallenilla. No hay que tocarlas. No obstante, estimo que usted es un proscrito especial. Debe enterarse de todo, así sea malo.

*
* *

Lucien Teissier me invita a cenar «Chez Fabien», un tranquilo restaurante de la rue Lesueur. Asisten el escritor Roger Peyrefitte y el señor van der Kemp, conservador del castillo de Versalles. Noche agradable e intelectualmente provechosa. El autor de «Las Embajadas» es brillante y cáustico. Hay en él algo que recuerda a André Gide. Habla con cariño de la casa que ocupo. En ella redactó «Las Llaves de San Pedro». Durante seis meses consecutivos, vivió en el cuarto de huéspedes de la bohardilla, alejado del mundo. Apenas interrumpía el trabajo para alimentarse frugalmente. No fuma ni bebe y come sin sal. Van der Kemp me propone visitar de nuevo el palacio. Los pequeños apartamentos de la Dubarry y el teatro han sido reconstruídos recientemente, con absoluta fidelidad histórica. La última vez estuve allí cuando cursaba Derecho. El historiador G. Lenôtre dictaba una conferencia con detalles inéditos sobre la marquesa de Pompadour.

*
* *

Tarde de chubascos. Las nubes se han robado el gris de los edificios para volverlo agua y bañar las ramas y los troncos descarnados. He salido al parque, protegido por un impermeable y un sombrero absurdo, adquirido en Suiza. A mitad del paseo, el criado viene en busca mía con un hombre delgado, vestido de negro como los castaños. Tardo en reconocer al doctor Jacobo Almosny. Diríase el espectro del muchacho que me presentara en Los Teques Pedro Russo Ferrer, en mis tiempos de Secretario General del Estado Miranda. Me impresionaron el talento y la rara preparación del estudiante de Ciencias Políticas. No era difícil augurarle un gran porvenir. Nos hicimos amigos y tratábamos, a veces, temas jurídicos y literarios. ¿Qué ocurrió después? Sabía que ejercía su profesión de abogado, en sociedad con Luis Alfonso Osorio, creo. En dos o tres oportunidades evacuó consultas para el ministerio de Relaciones

Interiores, que se negó a cobrar. ¿Cuál es la razón de su presencia aquí, físicamente destruido? El inesperado visitante adivina mi pensamiento.

— Estoy muy enfermo, Laureano. Los del sanatorio me autorizaron para salir hoy, por unas horas. Aproveché para ver al amigo que es parte de la Venezuela de ayer y quizás uno de los que harán la de mañana, si rectifica ciertos aspectos del **modus operandi.** Aquel gobierno no tuvo defectos, sino vicios menores. Ustedes realizaron una obra importante, pero en silencio, como avergonzados de cumplirla. Una labor trascendente necesita propaganda. El mejor dentrífico no se vende sin publicidad previa. El pueblo hubiese pagado con fidelidad las autopistas y las represas si alguien se hubiese molestado en exponer sus ventajas. La mudez caracterizó al quinquenio pérezjimenista. Todos enmudecimos. Ustedes por afición, los otros por miedo y también para seguir el ejemplo oficial. Después la dimos por hablar, hasta por los codos, y nuestra patria se ha transformado en una gallera.

Caminamos lentamente por la vereda mojada. Prosigue el monólogo:

— ¡El país está pidiendo a gritos un mensaje, Laureano! Trata de escribirlo. Haz algo nuevo y verídico, sin rencores. Llevamos más de un siglo oyendo tonterías mal traducidas de Rousseau y de los afrancesados españoles. Disparates y panfletos que envenenan el alma. Tu padre fue de los fundadores de los estudios serios y objetivos. Toma esa vía y proclama que solamente una profunda y vasta modificación de la geografía física y de la humana corregirá la monotonía aldeana de nuestra historia. Somos un gran pueblo porque produjimos a un grande hombre, sin rival en América, pero el terrible parto agotó nuestras reservas de energías y hace falta sangre nueva que contribuya a la operación estética y curativa del suelo. Que vayan italianos, españoles, alemanes y hebreos en misión civilizadora. ¿Tú no eres antisemita, verdad? ¡Ningún hombre culto puede serlo! Los judíos goza-

mos de la protección divina. Dios encarga a alguien de salvarnos, en el momento supremo. Einstein fue el Moisés de la última catástrofe. Recuerda su famosa carta para Roosevelt. ¡Permitió construir la bomba atómica!

Volvemos a casa y nos instalamos junto a la chimenea de la biblioteca. Nos sirven té. Almosny pregunta si soporto bien el exilio. Respondo que Francia es para mí una segunda patria. El otro mueve la cabeza, incrédulo. Cita la Biblia:

— ¡Sentados a orillas de los ríos de Babilonia, llorábamos al recordar a Sión!

Se incorpora para despedirse. Hago votos por su salud.

— Es inútil, Laureano. Figuro en la lista de hebreos que no se salvarán. Quiero concluir la entrevista con otra frase bíblica, a título de consejo: No te irrites contra los malvados. No envidies a quienes hacen daño. ¡Ellos serán segados más rápidamente que la hierba y se marchitarán como la grama verde!

Le sigo hasta el taxi que espera en la puerta. Tengo el presentimiento de que no nos veremos más en este mundo.



Carta de J. A. Cova. El furor romuliado ha extrañado a un escritor meritorio, entrado en años, a quien es ridículo acusar de conspirador. Con su habitual dinamismo, **Chúo** proyecta fundar una empresa editorial, especializada en publicaciones hispanoamericanas. Me recomienda hacer uso de la pluma para defenderme y alertar a mis compatriotas. Callar es una manera de colaborar con los adecos, de contribuir al entronizamiento indefinido de **los peores**. En estos últimos no pensó Ortega y Gasset. Debo ocuparme de ellos, desenmascararlos y señalarlos al desprecio público. Es inaudito que ciertos personajes se hayan sentado en Miraflores, en lugar de estar en manos de psiquiatras o en una clínica de desintoxicación alcohólica. Un bobo, dos beodos, un loquito. Esos eran los principales componentes de la Junta de

Gobierno y cada vez que ocurra un golpe, se producirá el mismo fenómeno. Frecuentemente, los militares se equivocan en lo fundamental, que es la escogencia de los hombres, y cuando protestan y se arrepienten, el daño está hecho.

* * *

He releído con fruición, el famoso artículo de Saint-Simón en «El Organizador». Si en Venezuela desaparecieran **los mejores**, es decir, los profesores, los profesionales liberales, los laboratoristas, los industriales, los banqueros y los más importantes agricultores, quedaría un país sin alma, abocado a la barbarie. En cambio, si murieran las supuestas personalidades de la política, nada perderíamos. ¿Depende acaso nuestro destino de que vivan los dirigentes de los partidos? ¿Está ligado el progreso de la patria a la presencia de esos señores en funciones prominentes? ¿Entonces? Corresponde a los más aptos desplazarlos, en lugar de aceptar la espuria hegemonía de la ignorancia que conduce a la ruina y a la esclavitud. El aplauso norteamericano es sospechoso. Para el yanqui solamente es bueno el liderzuelo que facilita la conquista y el debilitamiento de la nación. El venezolano no opina sobre sus gobernantes lo mismo que los responsables de Wáshington. La divergencia se explica. Nuestro presente y nuestro futuro no tienen allá dolientes sino enterradores.

* * *

Recorrida por Versalles con Manuel José Arreaza. Callejuelas solitarias, empedradas en el siglo XVIII. Ambiente provinciano. El habitante camina despacio, sin apurcs. Salones de té repletos de damas gruesas que no piensan en ser esbeltas. Pelos largos se asoman al mentón de la vendedora de revistas. La nariz es roja, poblada de espinillas, con protuberancia de frambuesa. Compramos a «Time Magazine». Hace falta leer embustes bien dichos. Los Estados Unidos

elegirán un nuevo Presidente en noviembre. El ex-Gobernador de Anzoátequi simpatiza con Nixon porque no hay sino dos candidatos y el otro no le gusta. Yo temo que nos cobre los escupitajos de Maiquetía, colectivamente, pero él sostiene que Kennedy sería peor, un rico que se pretende avanzado. Haría demagogia a costa nuestra. Le resulta gratis. Para los millonarios de Nueva York y de Boston, las únicas fortunas respetables son las de ellos. Los pudientes europeos e hispanoamericanos son viles explotadores del pueblo, a menos que asocien a los de allá. Revueltos con dólares, los bolívares se purifican.



Llamada telefónica de Arturo Uslar Pietri que llega a París. Propóngole cenar en casa y voy en busca suya y de Isabel al apartamento de los Boulton, bulevar de Courcelles. La última vez nos vimos en diciembre de 1957. Se conserva bien, pero se queja de dolores en la columna. Pregunta si no sufro de ese mal. Respondo que de otro más agudos, aunque no físicos. Reímos. Hablamos mientras el coche rueda veloz por la autopista, rumbo a Versalles. Estima que los bienes de mi mujer y los míos serán objeto de una medida confiscatoria, a la que se ha opuesto, infructuosamente, en los debates del Senado. La venganza es punto esencial del programa adeco. A sus alegatos de que la confiscación es inícua y monstruosa, el doctor Leoni repuso que «a eso hay que darle un corte.» Observo que la frase carece de elegancia y no es muy jurídica. Tampoco de esencia democrática. Así podría expresarse ño Pernalete, el de Gallegos. El hombre hizo escuela en las filas del partido. Los Luzardo de ahora no son santos ni sabios. Escogieron la peinilla en vez del libro.

Cambiamos de tema. Las banalidades no me envenenan en las actuales circunstancias. Después de la cena subo con Arturo a mi habitación y lee párrafos de mis memorias. Me

aconseja no imitar las violencias de Rufino Blanco Fombona. También desdeñar a los adversarios de inferior calidad. Debemos seleccionar a nuestros enemigos. No medirnos con cualquiera. En principio, un duelo es entre personas de igual condición. Subrayo que es difícil cumplir con esa norma en el momento venezolano.

Referencias a la situación interna del país. El ambiente es de desorden, pasiones y desorientación. Existe la amenaza permanente de un pronunciamiento. El clima es propicio. Tenemos el teatro y los decorados, pero falta el autor de la pieza. Al parecer, la posición de Uslar es envidiable. Goza de la consideración de todos los grupos. Al enviarle a Washington para inaugurar la estatua de Bolívar como embajador extraordinario, Betancourt reconoció que se había equivocado en 1945 con respecto a su persona. Admitía la infamia de los juicios de peculado, de las persecuciones y de la confiscación. Rodolfo Rojas y muchos otros amigos comunes comparten ese punto de vista. Observo que el Presidente insiste en sus viejos procedimientos, con otras víctimas, por supuesto. El arrepentimiento no es en cuanto al método sino «intuitu personae», como diría el doctor Numa Quevedo.

Ha sido para mí un placer ver a Arturo e Isabel. A partir de cierta edad, no hacemos amigos nuevos. Ignoran las reglas de un juego que demanda años de frecuentación para perfeccionarse. Los íntimos, los de siempre, se expresan en un idioma especial que hace la vida grata y alegra las tertulias. Poco importa que las ideas no coincidan. En el fondo, ellas no representan gran cosa. Peores son otras diferencias.



Visita a un norteamericano hospedado en el Hotel Jorge V. Trae para mí una carta del doctor Rafael Pinzón. En el curso de la entrevista me entero de que es el abogado defensor del general Pérez Jiménez en el proceso de extradición.

En su concepto, transcurrirán años antes de concluir el asunto. Pregunta si estoy dispuesto a declarar a favor del ex-Presidente. Contesto que no eludo mis deberes de amigo y de antiguo colaborador del mandatario proscrito. Mi solidaridad con él es total en este juicio infame. Nos citamos para almorzar en casa al día siguiente y por la tarde redacto, en su presencia, tres páginas de verdades. Mi indignación facilita la tarea. Las palabras brotan espontáneamente, sin esfuerzo. El señor Walters —asi se llama el jurisconsulto— me pide certificar el texto ante un notario.

*
* *

Me ha complacido saber de Pinzón. Nos unen décadas de ininterrumpidas relaciones. Siempre he sentido, por el brillante tachirense, respeto intelectual. Reanudar el diálogo suspendido una noche de enero de 1958, es para mi importante. Rafael y Ramón Velázquez, repito, aventajan mentalmente a todos sus compañeros del fenecido «Grupo Uribante». Por cierto, cuentan que el último de los nombrados se muestra humano y comprensivo con los caídos. Estoy impuesto de casos concretos. Fenómeno rarc en nuestro pais, es hombre sin odios ni rencores. Ha olvidado que estuvo detenido bajo el gobierno de Pérez Jiménez. Ahí culminó un pleito entre andinos, producto de rencillas e intrigas que germinaron durante la primera usurpación adeca, cuando el futuro dictador y el futuro Secretario de la Presidencia servían a la Junta Revolucionaria, el uno con su espada y el otro con su pluma. Ramoncito, como le llaman ahora los que aspiran a su intimidad, venía a veces al Banco Industrial de Venezuela. Comenzamos por hablar de pagarés. Más adelante, preferimos el tema histórico. Compartimos cierta afición por el pasado de la patria. Al conocerle mejor y apreciar su talento y su cultura me pregunté extrañado por qué no participaba en la Administración de su conterráneo. Un amigo de ambos evocó como razón la vieja diferencia que

los separaba. Es una lástima. Velázquez hubiese sido un colaborador valioso y ponderado del régimen depuesto. El calumniado quinquenio fue de realizaciones, un período que facilitaba la acción de la inteligencia y acogía las iniciativas de alta jerarquía.



He aumentado el horario de trabajo. De la mañana a la noche acaricio las teclas de la máquina eléctrica, con la misma pasión que un artista las del clavicordio. París se ha vuelto una visión quincenal, si acaso. Me asusta el tráfico y me molestan los ruidos, como a los campesinos. Es difícil respirar el aire cargado de humo y de impurezas. El infierno debe ser una gran ciudad moderna congestionada por los automóviles y batallones de hombres y mujeres nerviosos que olvidaron la manera de reir.

Hoy he recibido una revista caraqueña. Ignoro quien me la obsequia. Un reportero que tiene la audacia de hacerse llamar Marconi, informa que he adquirido mi residencia de Versalles por trescientos cincuenta mil dólares. Nuestra vida es de millonarios, rodeada de lujos. Refiere también que quiso entrevistarse conmigo para pedirme cuentas, a nombre del pueblo. No pudo localizarme. Viajo con frecuencia a Holanda —donde precisamente no he estado desde hace treinta años— para vigilar mis fabulosas inversiones. Mi sobrina Isabel lee el artículo.

— Si supieran, tío, que pasas el tiempo pegado de una máquina de escribir, te odiarían menos.

— Te equivocas. Me odiarían más. Cierta clase de gente no perdona que otros sepan servirse de los instrumentos que ellos manejan mal. El ideal de todo pro adeco o adeco es que los demás les igualemos en mediocridad. Recordemos la frase de La Rochefoucauld: «Un tonto no tiene capacidad para ser bueno.»



Sorpresa anoche frente al noticiario televisado. Aparece un mapa de Venezuela. El locutor señala un punto a la izquierda y explica que el general Jesús María Castro León se ha apoderado de la guarnición de San Cristóbal y en mensaje radiado pide la renuncia de Betancourt. Según la misma información, el resto de la República está en paz. Cenamos a medias. El teléfono suena sin cesar, como en los días felices o inciertos. Llaman de Madrid, de Roma, de Londres y de varias ciudades de Estados Unidos. Las ilusiones confeccionan noticias que nos mantienen optimistas, parcialmente. Mi mujer se inquieta ante la perspectiva de una guerra civil. Opino que si las Fuerzas Armadas actúan unidas y con decisión, el régimen no encontrará defensores. El heroismo adeco no existe.

Despierto ya muy avanzada la mañana. Los matutinos resumen las noticias de ayer, en cuatro o cinco líneas. Nada importante tampoco en los diarios de la tarde. «Le Monde» dice que aviones leales lanzan volantes sobre los cuarteles rebeldes, invitándoles a rendirse. Noticiario televisado. El gobierno domina la situación, salvo en la capital de provincia sublevada. Telefonean de Miami, en la madrugada. El golpe ha fracasado por falta de cooperación militar. Se rumora que Castro León ha desaparecido. Dormimos. Amigos de Madrid que escuchan las estaciones de radio de Caracas, me refieren, al amanecer, que representantes de «las fuerzas vivas» acuden a Miraflores en señal de protesta contra el levantamiento. Basta oir ciertos nombres y apellidos para comprender que Betancourt ha triunfado. Conozco bastante bien a mi país.

*
* *

Mis cuñados Rivera se han establecido en México. Johnnie dirigirá la sucursal de «The First National City Bank of New York». Tuvo que salir de Venezuela, acusado de estimular la fuga de divisas. Parece que uno de los autores del

infundio fue el pariente mío que maneja un instituto de crédito en el que participa el Estado. Hubo hasta una campaña de prensa contra el hombre irreprochable que cometió el error y el delito de pertenecer a mi familia. Nadie intervino en favor suyo. Nadie dijo que era víctima de una infamia. Solamente José Antonio Mayobre, ministro de Hacienda, expresó, privadamente, su inconformidad.

*
* *

Mensaje de Elliot. Permanecerá dos días en París antes de seguir a Ankara.

— ¿Podría usted ofrecerme una copa de «Bourbon» en su casa?

Voy por él a la estación. Hojas y flores primaverales embellecen nuestro parque.

— Debe ser agradable vivir en este sitio dice el norteamericano al admirar el rosado atuendo del manzano japonés.

Cuenta que estuvo setendidós horas en Caracas en viaje para Lima.

— No sé si el país ha cambiado, pero la capital, sí. No la veía desde la época del general Gómez. Era una población fresca, rodeada de haciendas. Había burros grises en la plaza del mercado y tranvías eléctricos que parecían tortugas. El mejor hotel, un «boarding house» de la señorita Lola Ibarra, mujer de modales distinguidos. Servían por las noches sopa de espárragos y «petits pois» de Rodel, suprema elegancia. En las calles, mi persona constituía una distracción para chicos harapientos: «¡mira, mira al «musiú!». Todo aquello desapareció, con excepción de la mísera chiquillería que se ha multiplicado, junto con el número de mendigos y de pedigüeños. Los edificios se tragaron pastos y cañaverales. El «Tamanaco» es un buen establecimiento de cualquier parte de América. Los viajeros tenemos la impresión de que se desplaza misteriosamente y nos precede y espera en Puer-

to Rico, Bogotá o Panamá, con los mismos clientes, el mismo personal, el mismo menú y la misma piscina para refrescarnos entre uno y otro vuelo. Por cierto que cerca de ella vi de lejos a su Presidente, custodiado por policías y soldados. La posición de este «gentleman» es difícil. Se producirán nuevas intentonas militares, después de la del general Castro León. Los caraqueños no quieren al señor Betancourt. La situación económica es tan mala como la política. La burocracia ha crecido a expensas del progreso. No dispongo de cifras exactas, pero aproximadamente puedo decir que trescientos mil empleados públicos viven del producto de una industria cuya explotación se hace con treinta mil empleados y obreros. En la época del dictador Jiménez, veinte por ciento del Presupuesto se gastaba en funcionarios y el ochenta por ciento restante en inversiones más o menos útiles. Usted mismo me ha informado que el activo fijo de la nación aumentaba en dos mil millones de bolívares anuales. En los dos últimos años, en cambio, no excede de ciento cincuenta millones, en total. Esto explica el malestar, el desempleo y el estancamiento. El ochenta por ciento de los egresos se evapora en sueldos, salarios, asignaciones y viáticos. Escasamente un veinte por ciento se aplica al desarrollo de la República. Expertos extranjeros, creo que chilenos, elaboran un plan de fomento para varios ejercicios. Existe al efecto una oficina llamada Cordiplan o algo por el estilo, pero todo eso es teoría, fachada para la exportación. En realidad, los gobernantes no desean trabajar por el presente y el porvenir de Venezuela, sino por el fortalecimiento de sus respectivos partidos.

Hablamos de las elecciones norteamericanas. Mi informante estima que el combate será recio entre Nixon y Kennedy. Ambos cuentan con igual número de probabilidades, caso raro en la historia de los Estados Unidos.

*
* *

J. F. C. escribe de Caracas. La carta viene con estampillas y sellos de Miami. «El gobierno no encarna, querido doctor, el ideal del maestro Sismondi, **protector de los débiles contra el fuerte, defensor de los que no pueden defenderse por sí mismos y representante del interés permanente y sereno de todos contra el interés temporal y apasionado de cada uno.** Al contrario, cuatro o cinco familias monopolizan el crédito del Estado. Toda promoción industrial lleva nombres y apellidos conocidos. Las empresas se constituyen con dineros de la nación, ya que los capitales de los grupos «progresistas» que nos ordeñan, están en bancos de Estados Unidos o de Suiza, por temor a un cambio violento. La generosidad adeca no inspira confianza. Rómulo paga a precio elevado la adhesión de la plutocracia que retribuye con desayunos y declaraciones favorables a los corresponsales de las agencias noticiosas. La vida es difícil para los profesionales independientes. La clientela busca abogados con vinculación en Miraflores, aunque no sepan redactar un libelo. Pocas personas se acercan a mi escritorio, antes floreciente. En otros tiempos no se requería ser pérezjimenista para ganarse el sustento. Bastaba con no ser oposicionista activo. Ahora no se come sin un carnet de «Acción Democrática» o de «Copei». Tengo ganas de regresar a París para recuperar la libertad perdida. En cada barrio caraqueño hay líderes que disponen, a su antojo, de vidas y haciendas. Hoy, los niños no podrían jugar a ladrones y policías porque los dos bandos se confunden. Resulta imposible diferenciar a un digepol de un hampón. El aspecto de uno y otro es igual y también el procedimiento. La dictadura no ha desaparecido. Se ha atomizado. No existen menos de cien mil tiranos, a lo largo del territorio nacional. Mientras los favoritos oligarcas se llevan millones, el bandolerismo partidista pide comisiones, roba automóviles, objetos y dinero, cuando no asalta, en plena calle, a infelices transeúntes. En esta etapa, la democracia ha fomentado apenas la miseria y la holgazanería. En los tiempos que corren, es más fácil comprar un

revólver que un kilo de carne y una honra que un saco de papas. Todo el mundo trafica y miente. Los de abajo y los de arriba, el Country y la Charneca, los de casimir y los de liqui-liqui. Queda la parte sana de la población, la que siempre ha trabajado, desorientada, huérfana, sin dirigentes. Algún día reaccionará y habrá novedades.»

*
* *

Esta tarde caminaba por la calle Francisco I°. Había venido casa del dentista. De pronto, oí una voz de mujer:

— ¡Ese es Laureanito!

Vuelvo sobre mis pasos. Un hombre de chaqueta deportiva, bigotito, pantalones estrechos y cámara fotográfica terciada, me mira con insistencia. Le acompañan dos mujeres jóvenes, de caderas y vientres pronunciados. Me acerco:

— ¡Deben conocerme ustedes muy bien cuando me llaman por el diminutivo!

El de la cámara explica:

— Esas son cosas de esta mujer que es muy asomada, doctor, pero yo soy amigo suyo. ¡Mi hermano le manda saludos!

La señora refunfuña, evidentemente molesta:

— ¡Ahora «uno» no puede ni hablar!

Hago un gesto para alejarme. El individuo me tiende la mano:

— ¡Siempre «toujours» como dicen los franceses!

Se la estrecho sin entusiasmo y él me presenta a sus compañeras, sonrojadas, tímidas. Todos reímos. La más joven dice:

— ¡El doctor Vallenilla está gordo, «espercudío»!

Agradezco el piropo y me despido. Al final, estuve a punto de invitarles a tomar algo. Son venezolanos.

*
* *

Mediodía asoleado, en Versalles. Mi mujer, mi hija y mi sobrina fueron a París. Reina en casa absoluto silencio. Desde mi ventana diviso docenas de pajarillos que retozan sobre la grama. Vacilo entre pasear por el parque o instalarme frente a la «Underwood». Mientras decido, suena el teléfono. Es Mercedes de Guzmán Blanco. Una amiga suya ha oído por radio que en Caracas hubo un atentado contra el Presidente de la República. Ignoran si está vivo o muerto. Cuelgo sin comentarios y me siento en un sillón. Me sorprende no experimentar ni alegría ni tristeza. El destino de este adversario me mantiene indiferente. Pienso en Venezuela donde quizás corre sangre y se desata la violencia. Llamo a don Ramón de Alderete. Me lee un mensaje de la agencia «France Presse». Efectivamente, estalló una bomba de gran poder al paso del vehículo presidencial. El señor Betancourt fue conducido a un hospital cercano. Su estado es grave. Hasta el momento, hay absoluta normalidad en la capital y en el interior del país. Recorro el parque. Fáltame serenidad para escribir. Estimo que Rómulo es parcialmente culpable de su desgracia. Ha logrado exasperar a muchos. Tomó el peligroso camino de la venganza, del desafío y de la ofensa. Un gobernante no está autorizado a reaccionar como simple ciudadano. El ejercicio de una elevada función exige compostura, comedimiento, cierta elegancia de actitudes. Chocan las bravuconadas de un hombre protegido por soldados. No envidio el futuro del personaje, si sale con vida. Jamás podrá circular solo por las calles caraqueñas, como Eleazar López Contreras, por ejemplo. Para él, poder o destierro, sin otra alternativa. Y lo extraño es que se dice demócrata, un demócrata «sui-generis» que se complace con el atropello y la arbitrariedad. Ninguno de nuestros dictadores fue tan innecesariamente agresivo como el moreno y carcomido dirigente adeco. Ni siquiera Cipriano Castro, cuando abusaba de las copas de brandy con «Kola Astier».

*
* *

Conferencia telefónica con Madrid. Dan detalles sobre el suceso de la avenida de Los Próceres. Betancourt se ha salvado milagrosamente. Tiene horribles quemaduras en la cara y en las manos. Se acusa a los pérezjimenistas de haber participado en el asunto. Pedro Antonio Gutiérrez Alfaro se muestra apesadumbrado porque un diario de Caracas incluye su nombre en una nómina de presuntos autores del atentado: «¡Terrorista a mis años, Laureano!» Insisto en que no debe preocuparse por semejante tontería.

*
* *

Encuentro junto a las taquillas del Banco a un compatriota, comerciante de profesión.

— ¿Cómo le parece, **mi dóctor**? ¡El hombre no murió, pero quedará ciego!

— ¿Qué hombre? —pregunto asqueado de su complacencia.

— ¡Pues quien va a ser, **mi dóctor**! ¡Rómulo Betancourt, su amigo! Ahora lo llaman «pato ahumado». ¡Allá la gente tiene habilidad para los sobrenombres!

Cobro y me retiro rápidamente, perplejo. Sé que el individuo que tan contento se muestra de las lamentables consecuencias del accidente, frecuenta la embajada de nuestro país y asiste a reuniones sociales con personalidades del régimen. Es un destacado representante de las fuerzas vivas.

*
* *

Viajamos en automóvil hacia la Costa Azul. Los Arreaza nos siguen en otro coche. Visitamos a Carcassonne, Nîmes y Arles. Monte-Carlo nos recibe con lluvia. En nuestra terraza han colocado un sillón enorme que entorpece el acceso. He dejado en Versalles el manuscrito inconcluso de mis memorias, pero traje el de este diario para no perder el entrenamiento. Manuel José propone:

— ¡De aquí volaremos pronto a Copenhague!

Tiene la manía de moverse y compra maletas en todas partes. La colección que posee en Caracas es imponente, de todos tamaños, según su hija Magdalena.



Venezuela tiene estructura de capitalismo de Estado. Los rusos hicieron una revolución para formarla. En nuestro país bastó que el fabuloso desarrollo de la industria petrolera proporcionara cuantiosos recursos al Erario. Tan privilegiada situación nos permitiría ser audaces como los rusos, en materia social y económica, pero jamás ha existido un sincero propósito de justicia al elaborar el Presupuesto General de Ingresos y Gastos Públicos. Siempre han prevalecido conceptos clasistas, mezclados de confusión, en la oportunidad de preparar esa ley básica para la felicidad o la desgracia del habitante. Seis millones de venezolanos no participan en la riqueza común. Viven en condiciones similares o peores que sus abuelos de la etapa pastoril y cafetera, en el mismo rancho, con la misma hambre y las mismas o mayores vicisitudes. La exportación mensual de cien millones de barriles de petróleo, aproximadamente, favorece, por distintos canales, a un reducido número de privilegiados, en la capital de la República y en algunas ciudades de la Provincia. Este fenómeno constante ha venido creando condiciones de desigualdad cada vez más chocantes e intolerables y provocará, a corto plazo, la rebelión de los desheredados, a menos que gobernantes penetrados de la gravedad del problema, hagan la **revolución presupuestal** que necesitan las mayorías. Esa obra inaplazable no podrá cumplirla un régimen de partidos, condenado, para subsistir, a fomentar burocracia y complacencias, sino un equipo capaz, con mística nacionalista, abnegación y desprendimiento. Ya sabemos adonde conducen las dictaduras y las democracias ineptas y corrompidas. El ejemplo de Cuba es elocuente. Allá una juventud decepcionada salió en busca de un mesías barbudo.

Una correspondencia de Caracas inspira la reflexiones que anteceden. La coalición gubernamental dilapida, alegremente, los fondos del Tesoro, mientras don Fulano, don Zutano y Perencejo compran, venden y trafican. Por un lado, los representantes del oficialismo amenazan con nacionalizar empresas, y por el otro, negocian la entrega de una muy importante del Estado a dos o tres presonalidades «progresistas». Será verdad que la Línea Aeropostal Venezolana pasará a manos de particulares con su «good will» y sus contratos extranjeros estimados en cantidad insignificante? «¡La gente es muy mala, chico!» concluye quien me escribe.



Paseo a Eze con Manuel José Arreaza. Llegamos cansados a la cumbre por la que se desparrama el pueblecito. Mi amigo quiere verlo todo y termina adquiriendo postales del lugar. Cumple con todos los ritos del turismo. Entramos en una capilla y luego a un pequeño jardín público sembrado de cactus. El ex-Gobernador de Anzoátegui se sienta en un banco y consulta el Guía Michelín. No se separa de esa biblia del viajero:

— ¡Oye lo que dice de la capilla y de este parquecito!

Continuamos el recorrido y nos instalamos en un café. Manuel lee entusiasmado el nombre del restaurante vecino:

— ¡La especialidad de ese lugar es el «pain bagnat». Vamos a pedirlo!

Es inútil discutir los antojos turísticos de Manuel. Me resigno y nos traen dos enormes trozos de pan, rellenos de sardinas y salmón, nadando en aceite. Apenas lo muerde satisfecho, dice:

— ¡Piénsalo bien. Tomamos un avión y en dos horas estamos en Copenhague!

Hablamos de Venezuela, tema intermitente de proscritos que la amamos. Nuestro Congreso elude toda discusión seria sobre problemas nacionales. En las Cámaras se tratan ton-

terías, asuntos intrascendentes. Triunfa un bizantinismo de baja ralea. A falta de ángeles, tratarán, cualquier día, del sexo del señor Betancourt.



Visita de Oscar y Armando Tamayo. Sostenemos una larga conferencia. Salvo contadas excepciones, nuestros compañeros de infortunio no quieren luchar. Imposible constituir un frente unido y combativo de oposición. Activos y trabajadores en el gobierno, apáticos en la desgracia. El exilio nos vuelve recelosos, susceptibles. Brotan absurdos resentimientos y la agresividad que falta para pelear al adversario, surge espontáneamente a la hora de calificar a alguno de los del grupo. Los adecos conocieron iguales contratiempos en el ostracismo, pero contaron con un jefe incansable, exclusivamente dedicado a batallar. Durante nueve años consecutivos, la política venezolana monopolizó su pensamiento y su acción. Sin Rómulo, el partido no reconquista el poder. Este hombre es más temible en la adversidad que como Presidente de la República. En Miraflores pierde fuerza. No está en su elemento. Le intimidan los problemas, la burocracia, las fuerzas vivas. Su verdadera personalidad reaparece cuando nos ataca en sus discursos, en sus escritos, con sus actos. Es un luchador, no un estadista. Un turiferario que colabora en «El Nacional» pretende encontrarle cierta semejanza con el Benemérito. Falso. Gómez era frío, silencioso, calculador. Ni quería ni odiaba. En una ocasión dijo a mi padre: «El que manda no se pone bravo. ¡Manda, sí señor!» En la oportunidad en que nombró ministro de Instrucción Pública al doctor Rubén González, alguien recordó en su presencia que aquél le había llamado burro en un panfleto: «¡Y cómo le parece, repuso, ahora lo dirige el burro!» Con Román Delgado Chalbaud que le lleva cincuenta mil bolívares de beneficios de la Compañía Venezolana de Navegación: «¡Ajá! ¡Se está haciendo rico el ami-

go!» A Julio Anselmo Santander la mañana en que destituye a José Vicente: «El poder es mío solito. ¡No tiene hijos!» Al mismo jefe de sus edecanes, cuando doña Zoila de Castro regresa al país: «Hay que enriquecer a la comadre para que nos perdone. ¡Los centavos sirven para eso, sí señor!» Refiriéndose a Nina Guzmán Blanco de Matos, quien se presenta sorpresivamente a Miraflores, sin previa audiencia: «¡Pásela adelante! Hay que recibirla. ¡Es hija de jefe!»

Los hermanos Tamayo piensan como yo. El cesarismo democrático tradicional se ha transformado en despotismo burocrático y festín plutocrático. El caudillo de turno no se apoya en las masas ni amenaza con el machete. El proletario y el pobre serán olvidados hasta las próximas elecciones. Betancourt apela al respaldo de Washington para lograr el respeto de los militares. Cuenta, además, con la complicidad de ciertos ricos y el miedo que Fidel Castro infunde a la burguesía. ¡Desaparecido él, el paredón! Este concepto se generaliza y adquiere categoría de dogma. También sirve para justificar muchas claudicaciones. Indirectamente, la revolución cubana apuntala al régimen. El temor que inspira neutraliza voluntades civiles y uniformadas. El espantajo rojo asusta al propio gobierno, cuya política es cada vez más conservadora, dentro del desorden imperante. Entre tanto, la distribución alocada de los dineros públicos, con marcado sabor clasista, desde distintos puntos de vista, acentúa la miseria colectiva. La falta de salarios y de empleos, así como la ineptitud policial, favorecen el florecimiento del hamponato. Los futuros gobernantes de Venezuela deben convencerse de que nada sólido podrá construirse sin la incorporación de las masas a la vida civilizada. La época de los especuladores políticos toca a su fin. Ha llegado el momento de ocuparse del pobre y del proletario, de su miseria física que fatalmente los conduce al alcoholismo y el embrutecimiento. Basta ya de discusiones y de controversias sobre la libertad y el voto, pasatiempos de estómagos repletos. Vamos a resolver el caso concreto de la indigencia secu-

lar. Nuestro pueblo no se explica por qué seis mil millones de bolívares anuales no se destinan a su redención sino a saciar el inagotable apetito de banderías y capitalistas.



Hoy, al regresar de la playa, encontré en nuestra cabaña a Marco Aurelio Rodríguez y a Martín Parada, en compañía de sus respectivas esposas. No veia a Martín desde la noche de un baile de las Fuerzas Aéreas, en Maracay, a mediados de diciembre de 1957. Aprovecho para retribuirle el whisky que me obsequiara, en aquella oportunidad, en el bar del Círculo Militar de la nombrada ciudad. Charlamos entonces cordialmente. No sospechaba yo que días más tarde el piloto de confianza del Presidente de la República sublevaría la aviación y ordenaría el ametrallamiento de Miraflores. Las consecuencias de su actitud no fueron muy afortunadas para él y para quienes formábamos el gobierno. Todos estamos desterrados. Los alzados de enero trabajaron involuntariamente para encumbrar a «Acción Democrática» y detener el progreso de Venezuela.



No se acusa ya e los pérezjimenistas de complicidad en el atentado contra la vida del señor Betancourt. Nuestro Presidente ha denunciado al Generalísimo Trujillo ante la Organización de Estados Americanos. La dictadura de la República Dominicana vive horas difíciles. Los países miembros romperán relaciones con ella, comenzando por los Estados Unidos. Un diplomático panameño me informó ayer que Héctor B. Trujillo Molina renunciará a la Primera Magistratura y será reemplazado por Joaquín Balaguer, intelectual de relieve a quien conozco personalmente.



Mal termina para nosotros el mes de agosto. Avisaron de Madrid que había fallecido el doctor Pedro Antonio Gutiérrez Alfaro, un afecto de toda la vida. Venía enfermo, desde meses pasados. La persecución y la iniquidad de un adversario implacable, lograron quebrantar su robusta salud. El ilustre ginecólogo pudo soportar, durante cuarenta años, quince horas diarias de trabajo, pero no la calumnia, el ataque soez y la ruina. Doliale particularmente que amigos íntimos de otros tiempos se sumaran a la jauría que le acosaba y pretendía cubrirle de oprobio, aún en el destierro. Venezuela recordará al eminente y bondadoso Pedro Antonio cuando la anonimia reclame los nombres de sus verdugos. Ni los millones ni la Gaceta Oficial ni las traiciones ni las componendas garantizan celebridad duradera. Sí el patriotismo y la devoción científica. Gutiérrez Alfaro trajo al mundo miles de niños venezolanos, salvó vidas, combatió la miseria, silenciosamente, sin alharaca publicitaria, como correspondía a un hombre de bien, a un sabio cristiano.

*
* *

En la librería cercana al Casino he adquirido una edición barata del «Elogio de la locura», de Erasmo. Señala que, según los estoicos, la sabiduría consiste en tomar la razón como guía. La locura, en cambio, obedece a las pasiones. Trataré de no olvidarlo. Lástima que en mi país gobernantes y gobernados no cultiven a este autor. Su lectura se me antoja más provechosa que la de ciertas publicaciones caraqueñas.

*
* *

Concluyen las vacaciones. Mañana viajan los Arreaza a Dinamarca. Ha triunfado Manuel José en sus propósitos andariegos. Practica aquello de que las ciudades y los paisajes ideales son los que no conocemos. Nosotros volveremos

a Versalles, por carretera. No me dejé tentar por la gira nórdica. Me siento responsable de inactividad.

***

Es siempre grato regresar a casa. Miro satisfecho la máquina de escribir, mis apuntes, los libros. Las hojas de los castaños toman un color dorado de veraneantes tostadas por el sol. El sauce llorón resiste todavía a la embestida otoñal. Salgo al parque. Las monjitas, nuestras vecinas, pasean silenciosas por la apretada avenida de tilos. Unas leen, otras parecen hablar con Dios. Apenas se oye el ruido de sus pasos. Alguien me explicó que el convento fue fundado por «madame» de Maintenon. Camino durante largo rato. Una liebre grande huye al notar mi presencia y se pierde en un matorral. Su gesto me recuerda el de un industrial de Caracas. Al verme de lejos en la avenida Montaigne, dio media vuelta y corrió a esconderse en un Café.

***

Hoy ha almorzado con nosotros el doctor Pedro Amaré del Castillo. Viajará a Venezuela la semana próxima. Ha permanecido mucho tiempo en Europa, por razones de salud y de estudios. Tengo la impresión de que mejoró física e intelectualmente. Estoy seguro de que cosechará éxitos profesionales y también políticos si logra vencer la repugnancia que le inspira toda actividad pública. Desde un punto de vista egoista, lamento su partida. Con él pueden discutirse temas importantes y descubrir librerías. Antes de pasar a la mesa, hubo oportunidad de que hojeara el manuscrito de mis memorias, ya bastante avanzado. Promete escribir con frecuencia. No teme a la censura adeca.

***

Vamos a un cine de la avenida de los Campos Eliseos. Tres personas se sientan a nuestro lado, en la sala oscura. Al volver la luz una señora que ocupa el sillón contiguo al de mi mujer, vuelve la espalda, violentamente, después de mirarnos. Luego dice, en francés, con tono de confidencia: «¡Los de la izquierda son venezolanos!» Es la esposa de un renombrado jurisconsulto de Caracas. Hasta enero de 1958 se proclamaba nuestra amiga. Era difícil atender a la frecuencia de sus invitaciones. Ahora quiere ignorarnos. Decididamente, cierta burguesía caraqueña supera todo cálculo en materia de cretinismo. ¡Y pensar que son los más ricos, los mejor alimentados! Por suerte, el futuro de la patria no está en sus manos.



Segundo «memorandum» de Venezuela. Buena parte de los hombres de negocios es favorable a Betancourt. Se aprovecha de una política de industrialización auspiciada por el Presidente. El mercader influyente pone el terreno. Un «musiú», una maquinaria vieja. El ministerio de Fomento, un aforo proteccionista. La Corporación Venezolana de Fomento, el dinero para las instalaciones y el capital de trabajo. El resto lo solicita el empresario extranjero de un establecimiento de crédito criollo, con la fianza del «Bank of America» u otro por el estilo. En síntesis, los socios contribuyen con muy poco. Lo grave es que no hay, en realidad, aporte de divisas. Al contrario, el capitalista norteamericano y su cómplice de Venezuela disponen de una fracción apreciable del escaso ahorro nacional y compiten ventajosamente con el infeliz compatriota nuestro que no cuenta con el respaldo de un fuerte establecimiento del exterior. Finalmente, intereses y dividendos van a Estados Unidos y acentúan el serio problema cambiario, ya importante, con el procedimiento adeco de transformar en dólares y francos suizos todas las personales «economías». Ahí está la razón

de la fuga creciente de fondos, de la alarmante reducción de los depósitos bancarios y de la criminal disminución del circulante. ¿Habrá alguna vez un tribunal que se encargue de enjuiciar a semejantes pícaros? ¿Reaccionará nuestro pueblo contra ese estado de cosas?



Se presenta a Versalles un amigo sacerdote. Llega de Caracas. Nuestra última entrevista había tenido lugar en «La Muda». Eran las horas difíciles de enero de 1958 y él vino a ofrecerme ayuda. Cuenta que el clero tuvo parte activa en el derrocamiento del gobierno de Pérez Jiménez. No actuaba «motu-propio». Seguía instrucciones del Vaticano, transmitidas por monseñor Forni, Nuncio Apostólico. Este diplomático, de origen suizo, desempeñó un papel decisivo en aquellos días. La actitud de Roma obedecía, en realidad, a informes adversos suyos. El hombre estaba resentido con la Cancillería, por asuntos de protocolo. La detención del doctor Rafael Caldera sirvió de pretexto para comprobar que el régimen era hostil a la Iglesia Católica y a un Concordato. Hubo también influencias contrarias del arzobispo Arias Blanco. En verdad, como todos sus predecesores, el Ejecutivo se mantenía aferrado a la Ley de Patronato Eclesiástico, heredada de España. Ahora es probable que un compatriota obtenga el «capello» cardenalicio, a cambio de la celebración del anhelado convenio.

El presbítero emite conceptos sobre la situación del país. La desigualdad es cada vez mayor, entre las distintas categorías sociales. A la sombra de incalificables especulaciones se construyen inmensas fortunas, en tanto que la clase media se proletariza y la miseria penetra a los hogares humildes. Antes, el dinero se distribuía por medio de la industria de la construcción. Ganaban los ingenieros, los maestros de obras, los albañiles, los obreros, las empresas de transporte, las alfarerías y las pedreras, las fábricas de

cemento y los importadores de materiales. Paralizada o reducida a la mínima expresión la actividad constructora, los recursos van a manos de los empleados públicos, que aumentan en proporción geométrica, o de los capitalistas que gozan del favor oficial, mediante créditos y ventajas de toda especie. Muy poco o nada beneficia a las masas laboriosas, condenadas a una existencia de estrecheces, sin precedente histórico. El asalariado deja de ser proletario para transformarse en indigente, mientras crece el poderío de unas cuantas familias que la opinión sensata señala con el dedo. El número de aviones de recreo, estacionados en La Carlota, es impresionante, pero también el de los ranchos. El hambre se instala en las barriadas populares. En estas condiciones, la supuesta filantropía de algunos resulta un escarnio, una ofensa a la dignidad del pobre. La caridad —y te habla un cura— pertenece a etapas superadas. Hoy todo hombre tiene derecho a una vida mejor. Su destino no depende ni puede depender del producto de un té-canasta ni de la generosidad eventual de quienes se enriquecen a costa del estómago de las mayorías.

— ¡Qué lejos estamos, Vallenilla, de tu ideal de aburguesar al proletariado! Presenciamos la proletarización de la pequeña burguesía. Te sorprenderá, quizás, mi posición, mas quiero desmentir con ella la tesis de que los de sotana se asocian a los pudientes para oprimir al débil. Me tildarán de comunista, probablemente. No importa. **Cuando un hombre ama profundamente a Dios y a los otros hombres, está autorizado para hacer lo que quiera porque se funda sobre la verdad suprema!**



He escrito durante diez horas consecutivas, estimulado por una frase de Goethe, leída anoche: «Una vida inútil es una muerte anticipada.» Me siento molido, pero satisfecho, con mayor fuerza para desmentir a quienes en Venezuela

me acusan de arrastrar una existencia frívola, sin objeto. Solía decir don César Zumeta que el destierro perjudicaba a los que no reaccionaban contra la ociosidad. Un exilio provechoso demanda actividad par alejar la tristeza, plenipotenciaria del adversario, dama cruel que acecha al proscrito y se adueña de su alma.



Elecciones presidenciales en Estados Unidos. Los diarios franceses publican, en primera página, gráficas de los dos candidatos. Salgo de paseo con el barón Aymeri de Saint-Didier. Nos acercamos al «Harry's Bar», «rue» Daunou, donde tradicionalmente, se reúnen los norteamericanos de París a esperar los resultados. Allí se celebra un escrutinio que generalmente coincide con el verdadero. Imposible entrar. Una multitud alegre y ruidosa ocupa la puerta de acceso. La pizarra expuesta en la vitrina concede la victoria a Kennedy, por un ligero margen.



Mañana oscura. Lo árboles exhiben sus brazos desnudos. Para ellos, el invierno es la oportunidad del régimen dietético, el momento de recuperar la línea. El jardinero forma montañas con las hojas secas. Negra vegetación invernal, negra y húmeda la tierra de los senderos. Naturaleza enlutada que comparte el dolor del exiliado. Regreso a casa con los pies fríos y los zapatos cubiertos de lodo. Don Ramón de Alderete informa, por teléfono, que ha triunfado el señor Kennedy. Peinado de «pavito». Sonrisa de propaganda dentrífica. Durante cuatro años o más, esta será la imagen de los Estados Unidos. Pienso en el general Pérez Jiménez y el juicio de extradición. Los abogados del gobierno de Venezuela son miembros influyentes del partido demócrata. La situación del ex-Presidente será más difícil aún. Me han expli-

cado que tampoco sería buena con una victoria republicana. Nixon ha puesto empeño en el enjuiciamiento del progresista mandatario. Cree asi conquistar simpatías venezolanas y cobrar una vieja cuenta. Parece que mi derrocado amigo se negó a contratar la apertura del tunel, entre Caracas y el litoral, con una compañía recomendada por el Vice-Presidente de Eisenhower. Insinuó que concurriera a la licitación, como las demás.



Informes de Miami. Pesimismo con respecto al juicio de extradición del general Pérez Jiménez. Cuentan que el padre de Kennedy solicitó una contribución monetaria de nuestro ex-Presidente para la campaña electoral y éste no quiso atenderle. Las consecuencias serán graves. «Aquí también la democracia es exigente en materia de plata. Los contribuyentes fuertes son premiados con embajadas y otros cargos elevados, pero se molesta con medidas fiscales y demás instrumentos de que disponen los gobiernos a las personas que se abstienen de financiar las manifestaciones de la soberanía popular.»



Llega de Colombia nuestra sobrina Beatriz. Me opongo a que vaya a un internado de Roma. Permanecerá con nosotros. Ahora tenemos tres hijas.



Supe anoche, por su hijo Bernardo, que había fallecido en Caracas don Manuel Flores Cabrera, a quien me unían vínculos de afecto. No recibo prensa venezolana y me entero de todo con retardo. Esto constituye una ventaja. Las malas noticias, que forman mayoría, tocan a mi puerta ya

marchitas, sin el dramatismo de la actualidad. El difunto y yo nos conocimos en 1937. Dirigía entonces una revista llamada «Renovación», en la que perdía esfuerzos y dinero, de acuerdo con una vieja costumbre suya. Era un anciano alto, moreno, de cabellos blancos y mirada de santo. Socialista, a su manera, es decir, original, sin apego a doctrina determinada. Hubiera sido capaz de inventar el falansterio o algo por el estilo, cual nuevo Fourier. Concretamente, su ideología consistía en defender al débil, aunque fuese su enemigo de la víspera. En tiempos del Benemérito y desde las columnas de un diario capitalino, Flores Cabrera lanzó la candidatura presidencial del doctor Félix Montes y tuvo que emigrar precipitadamente a las Antillas. Más tarde, fue encarcelado en Santo Domingo, por protestar contra la ocupación norteamericana de una república independiente. En esa peripecia sacrificó el resto de sus escasos haberes. Luego desembarcó en Nueva York y allí hizo milagros para ganar el sustento de su numerosa familia. Según gustaba referirme, contó sábanas en un hotel de Broadway y envolvió píldoras en una fábrica de productos farmacéuticos. No impedíale la fatiga de una dura jornada discutir por las noches, con los compatriotas, sobre la manera de derrocar al general Gómez, advirtiendo siempre a los apasionados revolucionarios, que no quería sangre ni que se hiciera daño alguno al dictador. De vuelta a la patria, el Presidente López Contreras, para ayudarle económicamente, tuvo a bien nombrarle Cónsul en Curazao, pero él, a poco, renunció al cargo. Despreciaba el dinero. Prefería sus eternas angustias. Había contraído matrimonio indisoluble con la desgracia venezolana:

— ¿Usted quiere ver pobreza, doctorcito? ¡Acompáñeme al Guarataro!

Después agregaba, convencido:

— La libertad, la igualdad y la bondad, van a triunfar en el mundo. Ya me dará usted la razón. ¡La miseria desaparecerá en Venezuela o nos hundimos!

En 1958, me escribió una larga carta a París, con su nombre y dirección a la espalda del sobre. Entonces, amigos ricos me huían:

— Más que nunca, estoy con usted de todo corazón. Sé que piensa como Unamuno: ¡Hay que ser justo y hay que ser bueno!

Don Manuel Flores Cabrera nos deja, como herencia, un ejemplo de desprendimiento, de lealtad, de infinita capacidad de tolerancia y de perdón. Era noble, humilde y soñador como su ciudad natal. Descanse en paz el ilustre caraqueño.



Mañana de niebla. Fuimos a Orly en busca de los cuñados Rivera. Están contentos en México, pero los ojos de Mercedes se humedecen al referirse a los cerros rojos y pelados de Maiquetía. Por el momento, un especialísimo concepto de la democracia nos arrebata a todos la patria. Johnnie me informa que el gobierno de Venezuela ha establecido el control de cambios par evitar la fuga de divisas que él mismo provoca con sus desplantes. Más burocracia, más negocios sucios y alza de precios.



Vamos a Mégève para Navidades y Año Nuevo. Nos acompañan los Arreaza, los Guzmán Blanco y los Estrada. Los chicos, a la llegada, tienen una decepción. No hay nieve. Nos miran con caras disgustadas como si fuese culpa nuestra. Al atardecer, el cielo se cubre de nubes grises y caen, sin cesar, gruesos copos. Los Segré-Amar, que ocupan un chalet vecino al hotel, nos visitan después de cenar. Han organizado una fiesta para el 24 y nos convidan con todos los compatriotas. Nuestra habitación es pequeña, pero hay una mesita bajo la ventana, muy indicada para colocar

la máquina portátil y tomar notas al volver de los paseos vespertinos. También excursionamos de mañana. Se ha sumado al grupo el señor Robert Hammon, productor de cine, casado con una hija de la actriz norteamericana Gloria Swanson. Cada día hacemos varios kilómetros por los caminos helados y solitarios. A veces bajamos al pueblo, por las noches. Confieso que me desagradan los cabarets llenos de humo, estrechos y malolientes. La clientela baila con la misma indumentaria que sirvió para esquiar. Las mujeres pierden encanto. Predomina un existencialismo enemigo del agua y del jabón. No fue esta la intención de Jean Paul Sartre.



Nada tan triste como el amanecer invernal en una estación de Paris. Minutos antes de detenerse el tren, surgen chimeneas y edificios enlutados y leprosos. Suspiros de locomotoras. Humo blanco, andenes desolados. Ojos de señoras que durmieron poco y no tuvieron tiempo de embellecer sus rostros. Hombres de cuellos envueltos en horribles bufandas. Bajo el brazo, la novelita barata que compraron para leer en el tren y no terminaron ni terminarán. Manos enrojecidas por el frío que cuentan las maletas y se abren, ansiosas, en busca de la propina. Café con olor a insomnio, pan trasnochado. Me entran ganas de correr para alejarme de allí.



Encuentro sobre el escritorio las cartas que se acumulan en un mes de ausencia. Una es de J.F.C., fechada en Caracas. Comenta las operaciones que facilita el control de cambios. Favoritos del régimen se hacen facturar mercancía inservible a precios elevados, obtienen dólares al tipo de tres bolívares treinta y cinco céntimos, pagan al despachador y la diferencia en divisas la venden en bolsa negra o en el

llamado mercado libre, a cuatro bolívares ochenta o más. En esta forma se construyen fortunas a expensas del hambre nacional. Opositores al régimen llevan minuciosa relación de esos negocios. La lista de los beneficiarios circula ya en medios castrenses y será publicada oportunamente, aunque todo el mundo conoce los nombres y apellidos premiados. Algunos de ellos ocupan en la Bolsa posiciones privilegiadas. Al desaparecer el gobierno adeco serán llamados a rendir cuentas. La situación política sigue difícil. El Presidente mantiene suspendidas las garantías constitucionales para facilitar el atropello. El atentado afectó profundamente su salud. El desequilibrio del sistema nervioso es evidente y se refleja en las medidas tomadas. Se ha vuelto irascible y no admite contradicción. La ha dado también por beber con exceso. Personas que merecen fe, le vieron, en Macuto, en estado de embriaguez.

*
* *

Cenamos con Josefina y Carlos Tinoco Rodil, de paso para Suiza. Admiro la ponderación y la sensatez de mi excelente colega. Es el mismo, en la bonanza y en la desgracia. Su personalidad no sufre alteración. Optimista a largo plazo, considera que el tiempo trabaja a favor de nuestra rehabilitación, pero se requieren años. Coincidimos. Estimo que el descrédito adeco y de sus cómplices oligarcas demanda un quinquenio o más. Vendrá después un gobierno de selección, integrado por una **élite** intelectual de distinta procedencia. Veremos sentados a la misma mesa, antiguos romulistas. urredecos, copeyanos y pérezjimenistas, unidos por la necesidad de reparar un daño colectivo y de corregir recíprocos errores. Dos décadas de equivocaciones nos obligarán a torcer el rumbo y a pensar solamente en el destino de Venezuela.

*
* *

Hoy es jueves. Esta tarde se presentó Celso Serna con todos sus chicos. Desde la biblioteca donde charlábamos se escuchaban las voces y las risas infantiles en medio de la arboleda. Celso sacrifica comodidades y pequeñas distracciones personales para educar a sus hijos en Francia. Siempre ha sido hombre de conducta ejemplar. Nos conocemos desde niños. A los ocho años de edad corríamos a caballo por las haciendas que rodeaban a la fresca y aldeana Caracas de aquellos tiempos. Mi compañero de equitación comenzó a ganarse la vida en la adolescencia. Ocupaba un modesto cargo en un Banco local. Más tarde, dirigió empresas textiles y urbanizaciones. Fueron épocas de prosperidad. Luego tuvo reveses y vino a París donde lleva vida de estudiante disciplinado, asistiendo diariamente a cursos y conferencias. Aficionado a las cuestiones económicas, adquiere en la madurez la cultura que no pudo obtener en sus mocedades. La generosidad de este amigo parco y equilibrado es proverbial. Su característica es obsequiar y servir al prójimo. Rara es la semana en que no toma dos o tres veces el camino de Orly para despedir o recibir a un compatriota y nunca viene a casa sin un pequeño regalo para mi mujer, las niñas o para mí. Frecuentemente, aparece en Versalles y juntos recorremos parques y bosques hasta la hora del crepúsculo, evocando figuras y anécdotas del pasado común. Personajes como él alientan mis esperanzas en una patria mejor. Venezuela es prolífica en seres de infinita bondad. El rencor no es típicamente criollo. Fue importado. Ferviente católico, Celso insiste en la urgencia de buscar una fórmula cristiana para resolver el problema de la miseria popular. El cura fue remplazado por el líder en los hogares proletarios. Es indispensable que la Iglesia recupere la confianza de los pobres. Cristo debe seguir siengo el abogado del indigente, el defensor de la desdicha. Colocarlo del lado de los pudientes equivale a crucificarle de nuevo.

∴

La radio y la televisión anuncian que un ejército de jóvenes exiliados ha invadido a Cuba, respaldado por unidades de la marina norteamericana. Pasa la noche y los matutinos insertan las protestas que afluyen desde el otro lado de la Cortina de Hierro. Allá olvidaron los sangrientos sucesos de Hungría. Ellos justificarán, en el futuro, las agresiones del rival imperialista. Transcurren varias horas. No es tan fiero el león como lo pintan. Acobardado por las censuras del adversario, Estados Unidos abandona a los infelices expedicionarios y se anota dos errores. Moralmente, no es brillante la posición del Presidente Kennedy.

*
* *

Entrevista con Gerónimo Remorino, ex-canciller de la República Argentina. Salió de La Habana la víspera de la invasión, en el último viaje del ferry boat a Florida. Fidel Castro y sus colaboradores esperaban el desembarco, bien preparados para repeler al agresor. Era un secreto a voces. Oficiales rusos y de Alemania del Este asesoran a las tropas castristas. ¿Dónde fue a parar la doctrina de Monroe?

*
* *

Llamada de «France Presse». Fue asesinado el Generalísimo Trujillo. Treinta años de omnímodo poder concluyen con un cadáver ensangrentado y maltrecho en la maleta de un automóvil. Experimento cierta emoción al recibir la noticia. Pulcro y elegante en el vestir, cruel y frío, el Benefactor superaba al tiranuelo tradicional de las Antillas. Acumuló una inmensa fortuna en un país pobre, pero era trabajador, inteligente y progresista. Hizo una patria para los dominicanos. No olvido sus palabras en un saloncito del palacio presidencial:

— La independencia desaparecerá conmigo, Vallenilla. Volverán el caos, la desdicha y los marines. Mi recuerdo

se confundirá con la nostalgia de la libertad perdida, ¡créame!

Ramfis, el hijo mayor de Trujillo, se hallaba en Europa. Regresó a su país, por avión expreso, al enterarse de la muerte de su progenitor. El gesto le honra. Al parecer, controla el Ejército y apoya al gobierno de Joaquín Balaguer. Esto durará poco. Su padre me dijo:

— No tengo herederos, doctor. Mi sucesión quedará vacante en manos del pueblo dominicano, como debe ser. ¡Recibí de él un mandato que se extinguirá a mi muerte!

*
* *

Almuerzo con François de Montfort y Dominique Pado, jefe de redacción de «L'Aurore». Me piden opinión sobre el fallecido caudillo de la República Dominicana. Era una personalidad sedienta de poder, en todas sus formas, la política y la económica. En esto se asemejaba al general Juan Vicente Gómez. Para él, el dinero representaba un instrumento más de mando. Permitíale comprar conciencias, nacionales y extranjeras. Implacable y generoso, a un tiempo, sentía por los hombres el mismo desprecio que el Benemérito, a quien superaba en capacidad intelectual y en empeño civilizador. Ambos, insensibles, calculadores, impenetrables en sus designios. Trujillo, más absorvente que el venezolano, más totalitariamente déspota y también más positivo. Superior a Porfirio Díaz, podría comparársele con Antonio Guzmán Blanco. Al igual que el caraqueño, teatral, fastuoso, realizador con medios escasos. Como todos los de su especie, considerábase marcado por el destino para llevar a cabo una gran obra.

*
* *

Carta de Venezuela. Un amigo escribe desde una lejana provincia. Betancourt y los adecos con sus actos, la prensa con sus calumnias y la oligarquía caraqueña con sus espe-

culaciones, están creando un clima de odios preparatorio de una guerra civil. Duele pensar que la víspera de la catástrofe, esos señores tomarán tranquilamente un avión para Estados Unidos y salvarán sus vidas y sus cuentas bancarias, mientras el pueblo recibirá plomo en lugar de caraotas. Para facilitar sus propósitos de portorriqueñización, el señor Kennedy nos ha obsequiado un embajador portorriqueño, discípulo de Muñoz Marín y antiguo compinche de don Rómulo. Viene este diplomático a señalarnos el camino de la civilización, que es el del entreguismo. Al parecer, todo el mundo vive bien en Puerto Rico, con excepción de Alvizu Campos. Los insulares tienen la posibilidad de viajar a Nueva York, residir en el **west side** y servir de criados en hoteles y restaurantes. En síntesis, gozan de una existencia paradisíaca que ignoran los infelices venezolanos, torpemente aferrados a su independencia y a las majaderías de Simón Bolívar. Lástima que no todos tengan el espíritu democrático de su Presidente y prefieran un nacionalismo **obsoleto** y **periclitado.**



Ando en solicitud de un título para mis memorias. Quisiera algo original, pero no se me ocurre nada. Me aterra aquello de «memorias de mi vida». Salgo al parque y brota una idea al acercarme a la puertecilla desvencijada que comunica con los semilleros del castillo: «¡Escrito de Memoria!» En efecto, he trabajado sin documentos, sin archivos, confiado en la exactitud aproximada de mis recuerdos. He reconstruído diálogos porque dispongo de cierta facilidad para grabar en mi mente las conversaciones, aun las más remotas. Consulto a mi mujer. Encuentra adecuado el mote y así bautizo el montón de cuartillas cubierto de enmiendas y raspaduras que ocupa una vieja silla en mi habitación. Es un grueso borrador de más ochocientas páginas que leo y releo sin cesar. Malo o bueno, representa un esfuerzo de dos años,

cumplido sin amargura, con el deseo de expresar lo que considero la verdad, aunque me perjudique. Tengo la pretensión de contribuir con esa obra, al esclarecimiento de una etapa de nuestra historia contemporánea, en la que me correspondió ser, sucesivamente, espectador y actor. A nadie ataco en ella sin fundamento. Soy adversario de la agresión gratuita. A lo largo de mi existencia de casi medio siglo, he sido ofendido y maltratado por insospechados enemigos. Me he limitado a replicar, a devolver los golpes recibidos a mansalva, siempre injustificados. Ninguno de mis detractores puede afirmar honradamente que fui el iniciador del pleito, el promotor del altercado. Mis perseguidores han sufrido conmigo una tremenda equivocación. No soy hombre que teme ni rehuye la lucha, sea cual fuere la posición o el poder del contendor. Los lectores de «Escrito de Memoria» observarán que mis baterías no apuntan del lado de los débiles y de los indefensos. Me gustan los enemigos de talla. Son mejores blancos, aún en el caso del señor Betancourt.

*
* *

Cena de despedida con los Arreaza. Regresan a Venezuela. En lugar de textos de Derecho, la encantadora Magdalena ha adquirido un traje de bodas. Casará con Manuelito, el hijo de mi antiguo y fiel amigo Manuel Antonio Matos Guzmán.

Me duele la partida de esa familia. Blanca fue una compañera de mis juegos infantiles. Nuestras estrechas relaciones remontan a más de cuarenta años. Siempre hemos estado unidos en las horas de adversidad. En cuanto a Manuel José, me siento orgulloso de haber respaldado su candidatura a la Gobernación del Estado Anzoátegui. Jamás tuvo la tierra de mis mayores mejor y más digno Primer Magistrado.

*
* *

Semanas de veraneo en Monte-Carlo. Por las tardes, escribo los últimos capítulos de mis memorias, en un rincón de nuestra cabaña. Mi mujer y las niñas me dejan por unos días. Nuestro sobrino, Adolfo Bueno Castro, será ordenado sacerdote y desea que la familia asista a la ceremonia.

*
* *

Interesante conversación con Gérard Oury, productor de cine y escenarista célebre. La vida de estos industriales está rodeada de riesgos. Una película arruina o enriquece. Joven y famoso, Oury trabaja sin descanso. Desde tempranas horas escucho el ruido de las teclas de su máquina de escribir. Ocupa una habitación situada debajo de la nuestra y su actividad me induce a hacer lo mismo. Esta mañana vino a quejarse un vecino inglés, entrado en años:

— ¿Estamos en un hotel o en una oficina? ¡Vine a descansar!

El cineasta ríe con el cuento y me convida para tomar el aperitivo en el bar del «Hotel de París». Allí me presenta a su inseparable amiga la actriz Michèle Morgan, quien hace un «film» en Niza y madruga. Bella, inteligente, sencilla, con los ojos más lindos del mundo. Es un placer mirarla y escuchar su voz grave y dulce.

*
* *

Carta de Bucarest con palabras de gratitud de la viuda del general Ulléa. El viejo desterrado rumano murió en diciembre. Estábamos en Mégève cuando enfermó de cuidado. Intervine para que fuese trasladado al departamento especial del hospital de Versalles. Ella hizo mil gestiones para venir a su lado, pero la autorización llegó tarde y su esposo expiraba cuando la dama penetró a su cuarto. Días después, volvimos nosotros de la montaña y la señora quiso conocernos antes de regresar a su país. Rubia, canosa, de

exquisitos modales. Explicó que no permanecería en París porque su anciano padre vivía del salario que ella devengaba como profesora de francés. Compartían una de las piezas del servicio en su antigua casa. El resto lo ocupaban altos funcionarios del gobierno. Pregunté si los turistas frecuentaban la capital de Rumanía. «Algunos, contestó. Se ven los domingos en una plaza pública a la que concurrimos los pudientes de otras épocas para vender objetos de familia salvados de la confiscación. El Estado autoriza estas transacciones siempre que entreguemos las divisas recibidas que nos cambian por moneda nacional, a un tipo desventajoso.» Miro la fecha de la correspondencia. Es de febrero. Tomó varios meses para atravesar los filtros de la censura. El texto es corto, sin embargo: «Mil gracias, una vez más, por las bondades de ustedes.»

*
* *

Mi mujer viene satisfecha de España. Debido al verano, había pocos compatriotas en Madrid. No obstante, fue objeto de múltiples atenciones de parte de los Schloeter, los Sánchez Pacheco, los Reyes Andrade y los Guzmán Rivera. Refiere que estuvo en Toledo con Antoñito y el presbítero Alvarez Flégel, nuestro adversario de 1958, ahora también proscrito. La víspera de volar a Niza fue invitada a cenar por Régulo Fermín Bermúdez. El gesto me conmueve. Sé que mi amigo margariteño atraviesa con los suyos una dura situación económica, despojado como ha sido de sus modestos haberes por los mismos infames gobernantes que se enriquecen a manos llenas.

*
* *

Semanas sosegadas en Versalles. Redacto el párrafo final de «Escrito de Memoria». Bajo a la biblioteca para celebrar con un whisky el acontecimiento. Las niñas observan mi

complacencia y desean averiguar la razón. ¿Habrá caído Betancourt? Respondo que no, pero he preparado una bomba que no será del agrado de él y de sus socios.



Llega a Orly Ciro Sánchez Pacheco. Se ha ofrecido para ayudarme a revisar y corregir el texto. Se hospeda en casa y comienza, de inmediato, la lectura del manuscrito. Durante dos días consecutivos, espero impaciente su reacción. Confío en el buen criterio de este compañero de siempre, conocedor, como pocos, del medio venezolano. Muy joven, casi imberbe, fue nombrado escribiente de la Secretaría del general Gómez. Excelente escuela para un político. En esos sitios se aprende a calificar a los hombres y a estimarlos en su justo valor.

Diariamente, había que preparar para el Benemérito un resumen del suceso histórico de la guerra emancipadora que correspondía a la fecha. Ciro era el encargado de este trabajo que el Secretario leía en voz alta y muy despacio al terminar **la cuenta** presidencial. El caudillo escuchaba con el mayor interés. A veces se permitía algún comentario al final.



Satisfacción a la hora del desayuno. La opinión de mi amigo es favorable. El tono de su voz revela hasta cierto entusiasmo. «Escrito de Memoria» armará revuelo. Su lectura provocará polémicas y acaloradas discusiones. Es probable que el gobierno de Venezuela, en nombre de la libertad de expresión, dicte medidas para entorpecer la distribución de la obra. De ahí la necesidad de proceder con discreción. El libro debe llegar sorpresivamente a Caracas.

Paseamos y conversamos sobre el tema que acapara mis energías. Elaboramos un programa. Trabajaremos mañana y tarde.



Hoy vino una mecanógrafa de lengua castellana para pasar en limpio las hojas que la letra de Ciro y la mía vuelven ilegibles. Al cabo rato, renuncia a descifrar nuestros jeroglíficos y se marcha airada, como si la hubiésemos ofendido. Antes de la cena llama otra a ofrecer sus servicios. Vendrá mañana. Entre tanto, continuamos la enojosa tarea de corregir.

* *
*

Tocan a la puerta. Es una chica alta, robusta y altiva, de tipo andaluz. La conduzco al sitio donde hemos colocado la máquina eléctrica y las cuartillas. La muchacha mira la montaña de papeles y se vuelve, arrogante:

— ¿Pero vosotros creéis que voy a copiar todo eso?

La acompaño hacia la salida. Ni Ciro ni yo podemos contener la risa. Telefoneo a don Ramón de Alderete, quien promete conseguir a alguien capaz. Repica momentos más tarde. Una señorita francesa, licenciada en Letras, se encargará del asunto. Aprovecho para referir a mi colaborador una anécdota de Marcel Pagnol, en la oportunidad de crear su primera pieza de teatro con la ayuda de un compañero de estudios, modesto funcionario del ministerio de Finanzas. Ambos eran entonces pobres y desconocidos. Convinieron en que el empleado público trajera al apartamento del otro una vieja **Remington** del Despacho para reproducir el texto que sería leído al empresario. Durante toda una noche teclearon sin descanso y a eso de las siete de la mañana, concluída la faena, salieron con el propósito de tomar café en el establecimiento de la esquina. El conserje del edificio, que fregaba el piso, interpeló al futuro autor de «Topaze»:

— Usted no debe estar bien de la cabeza, **monsieur** Marcel. En lugar de dormir, pasó horas arrojando garbanzos, uno a uno, sobre la escalera.

— Se equivoca usted. Mi colega y yo escribíamos una pieza de teatro.

— ¡Ah!, manifestó el buen hombre rascándose la cabeza. ¡Usted escribe piezas de teatro! Yo no tendría suficiente paciencia para eso.

*
* *

Excelente resultado con la secretaria parisina. Antes de Navidades nos entrega cuatro copias impecables del libro. Releemos una vez más las ochocientas páginas mecanografiadas. Casi podemos recitarlas de memoria. Ciro regresa a Madrid. Volverá a comienzos de año. Nosotros vamos a Saint-Moritz.

*
* *

Enero. Visito a varios editores. La publicación interesa a uno de ellos, pero a la semana me cita para informarme que su firma vende mucho en Venezuela. El gobierno podría ejercer represalias, interferir la importación de textos escolares y diccionarios. Convendría, más bien, entenderme con una imprenta, directamente. En casa me espera para almorzar François de Montfort, a quien expongo el problema. Precisamente, conoce a los dueños de una de las principales tipografías de París. Vamos allá. Basta una corta conversación para llegar a un acuerdo. Visitamos los talleres. Representan una inversión de más de cien millones de francos. El olor a tinta y el rumor de las prensas me recuerdan épocas felices de la infancia.

*
* *

Ciro Sánchez Pacheco llegó de España al oscurecer. Hizo el viaje en automóvil. Una verdadera proeza, en pleno invierno. Fue a dormir después de cenar sin el acostumbrado apetito. Las niñas reían al notar sus esfuerzos para mantener abiertos los ojos. Le despierto ya avanzada la mañana

y juntos vamos a la imprenta donde recogemos las primeras pruebas del libro. Nos entregan dos pliegos. Tres linotipistas españoles han hecho el trabajo.

Hablamos de Venezuela. La libertad es la culminación de un proceso evolutivo, el fruto de un orden acatado por todos y el resultado de cierta prosperidad general. Su presencia es incompatible con la miseria y la inseguridad. Aunque parezca paradójico, hubo mayor libertad bajo las dictaduras que en la supuesta democracia actual. Bastaba no oponerse a ellas para trabajar, circular y vivir tranquilos. Ahora, nuestros compatriotas están expuestos a las agresiones del gobierno y de los hampones, a las calumnias y a las ofensas de la prensa. Pocos se atreven a salir de noche. Mujeres y hombres indefensos, son asaltados, vejados y robados en plena calle. Confiscan los gobernantes y confiscan los ladrones. Las fincas que no expropian los dirigentes de la reforma agraria, son ocupadas por maleantes de carnet y revólver. Numerosos terrenos del área metropolitana de Caracas se han llenado de ranchos, con la bendición del adeco que jefea en los barrios y prepara el voto popular para las futuras elecciones. Este nuevo tipo de caudillejo, imparte justicia, cobra contribuciones, trafica con influencias y mete miedo al vecindario. Se estima en más de cuatro mil el número de detenidos políticos y en seis mil el de los exiliados. En un edificio denominado la casa gris, un portugués y un alemán torturan a los presos, bajo la dirección de un demócrata llamado José de los Santos Gómez.

*
* *

Epístola de Elliot, desde Sun Valley, con votos para el año que se inicia. Cree que no favorecerá a los de mi bando. Se estrechan relaciones entre la familia que manda en la Casa Blanca y el señor Betancourt. El gobierno de Estados Unidos nunca estuvo a la altura de la nación. Prueba de

ello es que en asuntos de Hispanoamérica, la tribu Kennedy se asesora con José Figueres, Muñoz Marín y nuestro Presidente. Bergson quizás pensaba en Norteamérica al reclamar un suplemento de alma para la humanidad provista de un suplemento de fuerzas materiales. Lamentablemente, los grandes hombres no se fabrican con la misma facilidad que un **Cadillac.**

*
* *

A pesar de haber sido elegido por una mayoría, Rómulo es considerado como un intruso al poco tiempo de ejercer su mandato. Fáltale esa misteriosa legitimación que consagra a los auténticos jefes e impone respeto y obediencia. Para buena parte de nuestros compatriotas, es el mismo usurpador de octubre de 1945, el mismo aventurero de la desventura nacional. Puede que ocurra con él como con el doctor José María Velasco Ibarra, el ecuatoriano. Cuando está en el poder, hay que sacarlo y cuando se halla fuera, hay que importarlo.

En enero de 1958, sustituimos el despotismo de uno con la arbitrariedad de todos. Raros fueron quienes no se dejaron arrastrar por el deseo de atropellar. Miles de aprendices dictadores se echaron a las calles o se adueñaron de las columnas de los diarios para escribir la apología de la iniquidad y de la venganza. Hubo casi unanimidad para reclamar el encarcelamiento, la confiscación y hasta la muerte de los caídos, en nombre de la democracia. Nadie se refirió entonces a la necesidad de crear un Estado de Derecho como medio de resolver el viejo drama de la República. Al contrario, el abuso monopolizaba las simpatías y más tarde, dentro del consenso general, la nueva Constitución elevó la injusticia a la categoría de dogma al suprimir la garantía de la igualdad de los venezolanos ante la Ley para excluir de la comunidad, en sus monstruosas Disposiciones Transitorias, a determinados servidores del régimen

depuesto. Por poco no estamparon, en el texto, sus nombres y apellidos completos. Para ellos no hay jueces naturales ni derechos civiles y políticos, ni patria ni defensa. Forman una casta de parias, condenada a la execración universal.

*
* *

Almuerzo en un restaurante italiano de París con mi cuñada Mercedes, mi mujer, el doctor Ciro Sánchez Pacheco y mi sobrino Antonio José. En la mesa vecina está un pariente mío, acompañado de su esposa y de una mujer entrada en años. Esbozan un saludo que no contestamos. Es un conspicuo miembro de la rosca que rodea al gobierno de Venezuela y a cambio de su apoyo, controla los organismos de crédito de la nación. Este hombre, de apariencia tranquila, era un pacífico comerciante caraqueño. El movimiento del 23 de enero le transformó en vociferante, en Marat de piscina y Country Club. Forma parte del grupito aquel que pide sanciones para los perseguidos y caviar para él.

*
* *

La corrección de pruebas avanza. Calculamos que todo quedará listo dentro de una semana. Lamentablemente, Ciro ha recibido una llamada de Madrid. Alcira, su mujer, sufre quebrantos de salud. Se marcha mañana. Esta tarde le he ayudado a colocar parte del equipaje en su coche.

*
* *

Emoción indescriptible. La imprenta me ha entregado los veinte primeros ejemplares de «Escrito de Memoria» Mis dedos tiemblan al hojear el volumen que me tiende reído el jefe de talleres. Un libro grueso de cuatrocientas setenta y ocho páginas de letra apretada. ¿Cuál va a ser la reacción del público? Su indiferencia, según mi padre, cons-

tituye la más acerba de las críticas. Regreso a Versalles. Mi mujer me ayuda a hacer un paquete para Ciro. Parece satisfecha y confiada en el éxito. También las niñas.

*
* *

Anoche bautizamos la obra. Cenaron en casa todos los amigos de la colonia venezolana y otros compatriotas, de paso en París. Muy temprano telefonean mi hermana Finita y su marido. Pasaron la noche en vela, leyendo. Su impresión es excelente. Compramos papel, etiquetas y cuerda para envolver los primeros envíos a Caracas. Es necesario que entre al país la mayor cantidad posible de ejemplares antes de que el Servicio de Correos tome medidas para impedirlo. En tres días, hacemos quinientos despachos por vía aérea, destinados a nuestras relaciones. Luego vendrá el turno de senadores, diputados y altos funcionarios. Los dirigidos a estos últimos no serán confiscados e interesa, ante todo, que mi texto circule.

*
* *

Carta de Ciro. Leyó con detenimiento el volumen. Señala algunos errores que escaparon al linotipista, pero se muestra satisfecho. Nuevos envíos. Esta vez para las amistades de España y Estados Unidos. Espero ansioso la reacción de Caracas. Pasan los días y nada. Al fin, una carta de J.F.C. «Su libro ha producido aquí el efecto de una bomba atómica. Me reservo el juicio crítico para más adelante. Hoy quiero significarle solamente que me gustó mucho y que he recibido más de cien llamadas telefónicas de amigos y enemigos suyos que desean leerlo. Si la importancia de una publicación se mide por el interés que despierta, «Escrito de Memoria» es una obra importante.»

*
* *

Escribe una prima mía: «La Esfera» anuncia, a grandes titulares, la publicación por entregas de tu libro. Me cuentan que Capriles adquirió, por trescientos bolivares, un ejemplar. Repugna que ese hombre disponga así, arbitrariamente, de tu trabajo. Me indigné cuando insinuaron que actuaba de acuerdo contigo.»

Esta noticia me deja perplejo. El gobierno se cogió mis bienes y los de mi mujer, «La Cadena» mi esfuerzo intelectual, sin consulta previa. En verdad, soy un hombre sin derechos, en pleno siglo XX. El abusador explicará que mi educación se hizo también con el producto de robos cometidos por mis progenitores. ¿No me quitaron, acaso, la casa de Reducto a Miranda, número 26, donde vine al mundo? ¿No confiscaron, además, por segunda vez, la de Pelota a Punceres, número 36, donde nacieron mi mujer y mi hija? Peculado pre natal, peculado intelectual. Se han creado en nuestra patria, nuevos y curiosos delitos, con la aprobación de juristas eminentes y de absoluta integridad profesional.

*
* *

Conversación con una viuda colombiana sobre la juventud. La de Europa occidental parece mejor que la de mi época, más estudiosa, con menos vicios. Según una estadística alemana, la mitad de los de veinte años ni fuma ni bebe. Gasta el dinero en discos y artículos deportivos. La mayoría funda hogar al terminar la carrera. A veces antes y no se niega a procrear. La señora responde que no sucede lo mismo en su país, donde se abusa del alcohol a temprana edad. Ahora, como el whisky se ha encarecido con las sucesivas devaluaciones del peso, los jóvenes toman aguardiente de caña. Tampoco demuestran mayor afición por los estudios. Se han vuelto superficiales e indomables. Una amiga caraqueña que nos escucha, interviene para decir que en Venezuela ocurre más o menos igual. A los quince abriles, niños y niñas se emancipan y se entusiasman solamente con el

twist, los automóviles y las fiestas. Los hijos de familias adineradas van a universidades norteamericanas y en lugar de seguir cursos que demanden serio esfuerzo mental, la han dado por un diploma denominado «business Administration» que nada o poca cosa significa. Luego, regresan a Caracas, grandes, fornidos, mascando chicle y provistos de **pull overs** con gruesas letras a la espalda. Se marchan venezolanos y regresan portorriqueños. Esa es la educación de la futura clase dirigente. Además, son generalmente voluntariosos y quieren desenvolverse a su manera, sin admitir consejos. Viven en un mundo ajeno al hogar y sus héroes son actores y actrices de cine, cantantes o deportistas célebres.

Observo que la culpa es de los padres. Los chicos no se han emancipado. Frecuentemente, los progenitores renuncian al deber de orientarlos porque resulta más fácil jugar al golf o pasar las horas en partidas de dominó, canasta o **gin rummy**. Abandonados, desdeñados, los niños buscan en otra parte los ídolos que faltan en la casa. Recuerdo a mi padre que consagró buena parte de su existencia a formarme moral y mentalmente. Durante los años que viví en Europa, separado de él, me escribía cartas que eran verdaderas lecciones de castellano, de literatura y de historia patria. La correspondencia que dirigíale a Venezuela, volvía a mis manos con críticas al margen. De su puño y letra señalaba los errores de ortografía y de sintaxis. Forzosamente, mi héroe era él, no Rodolfo Valentino ni Maurice Chevalier. Mis interlocutoras sonríen. Yo continúo. No todos somos educadores y es una lástima. Tenemos los hijos y no sabemos manejarlos. Mi progenitor admiraba al doctor Nicomedes Zuloaga porque había levantado a una familia de hombres y mujeres útiles. Mi amigo Joaquín Brillembourg y doña Inés, su esposa, ofrecen un ejemplo similar. El secreto del éxito está en la rectitud, la inteligencia y el espíritu de sacrificio de la pareja.

***

Un periodista comenta hoy que Francia no ha recibido premio Nobel científico desde 1935, y hace responsable al gobierno que no gasta suficiente dinero en laboratorios y otros centros de investigación. Venezuela anda en solicitud del Nobel de literatura para Rómulo Gallegos, como si semejante honor se pidiera. Con ese fin, han traducido al sueco las obras del ilustre novelista, por un precio elevado. Decidamente, carecemos de todo sentido del ridículo. Entre tanto, nadie se ocupa en nuestra tierra de desarrollar y proteger la ciencia. La política constituye la única preocupación. Hasta los más mediocres e ignaros fundan partidos. Esta mañana, precisamente, leí en un recorte de prensa el resumen de un discurso del contraalmirante Carlos Larrazábal, con motivo de la creación de un nuevo movimiento cívico. Para torcerse de risa. El hombre declara que su ideal es transformar al país en una gran rosa roja cuya fragancia irradie paz y armonía. ¡Qué olas tiene la mar!, exclamaba el licenciado Mario Matute Bravo en uno de sus famosos artículos.



Vienen en gira primaveral mis cuñados Rivera. Iremos juntos a España e Italia. Nunca he estado en Madrid y mi mujer y las niñas no conocen a Venecia. Me siento cansado. El viaje me ayudará a recuperar fuerzas.

Subimos a un avión de «Air France». A mi lado se instala un caballero que se me antoja haber visto antes. Nos reconocemos. Es don José Antonio Sangróniz, quien fuera ministro de España en Venezuela, a raíz de la victoria nacionalista. Charlamos agradablemente. Su anecdotario es prodigioso, internacional. Compruebo que ha transcurrido más de una hora cuando la aeromoza ordena colocarnos los cinturones.

Molestia en los oídos. El «Caravelle» baja rápidamente. Aterrizamos. El aparato salta sobre la pista interminable hasta inmovilizarse, suavemente. Emoción intensa. Al pie

de la escalera, cien rostros amigos. Pienso que sueño. A la cabeza del grupo de venezolanos, don Blas Pérez González y su esposa. Trabajo me cuesta contener las lágrimas. Ahí está presente buena parte de mis afectos. Imposible articular palabra. No esperaba semejante recibimiento. Solamente había avisado a Federico R. Schloeter, Raúl Soulés Baldó y Ciro Sánchez Pacheco. Me reservaba para visitar a los demás en los días sucesivos, pero ellos tuvieron la gentileza de venir al aeropuerto.

Don Blas y su mujer nos conducen al hotel en su coche. Tenemos apenas tiempo de cambiar de ropa para atender a una invitación de los Soulés. Cena inolvidable con compañeros de infortunio. Amanece cuando nos retiramos. Gracias, Gladys. Gracias, Raúl. La amabilidad de ustedes borra cuatro años largos de sinsabores.

Diez días de Madrid. Diez días de almuerzos y comidas en hogares venezolanos y españoles. Contadas veces puedo escaparme con Federico Schloeter para ir al museo de El Prado y recorrer a pie una ciudad que él conoce bien. La generosidad de mis compatriotas es infinita. Aun aquellos en precaria situación económica quieren ofrecernos algo, además de su probado cariño. Don Blas Pérez y la señora nos convidan a su residencia de El Escorial y el excelente don José Fariñas Ferreño me obsequia un ágape en Toledo. Al anochecer de cada día, numerosas personas llenan nuestro apartamento del «Ritz» y la evocación de la patria se prolonga hasta hora avanzada. Don Blas me pide impresiones de Madrid. Vine en busca de España, contesto, y he hallado a Venezuela. En otra ocasión vendré por tiempo prolongado para examinar todo con calma. Por ahora, agradezco a la Madre Patria que me haya devuelto el optimismo.

***

Rubén Corredor me muestra páginas de «La Esfera» que reproducen mi libro, con viejas fotos y comentarios hirien-

tes. Los propietarios de ese periódico no se conforman con disponer del fruto de mi esfuerzo. Necesitan insultarme.

Larga conversación con Luis Felipe Urbaneja, siempre ingenioso:

— Al leer «Escrito de Memoria» no he logrado diferenciar mis auténticos chistes de los que tú me inventas. A lo mejor se calienta alguien conmigo, por culpa tuya. También es posible que ría con el cuento y estrechemos amistad. ¿No te parece? ¡Uno nunca sabe! En mis mocedades, una mujer que me detestaba, terminó por felicitarme, después de una hora de intimidad.



Paseo nocturno por las calles madrileñas. Cafés repletos. Multitud alegre como en ninguna otra ciudad del mundo. Hermosa plaza la del Ayuntamiento. En la esquina cercana, concierto de estudiantes con mandolinas y guitarras.

Caminata matinal con Federico y Alfredo Silva Heredia. Nombres de calles que me recuerdan lecturas personales y comentarios paternos. Pido a mis compañeros llevarme al «Fornos» donde funcionaba la peña, a la que concurría mi progenitor. Informan que ha desaparecido. Paréceme oír la voz que precisa: «Ahí nos reuníamos Baroja y yo. ¡Servían chocolate y churros!»



Visita de don Andrés Revesz, comentarista de política internacional del diario «A B C». Estuvo en Caracas. Refiere que conserva sobre su escritorio una fotografía del autor de «Cesarismo Democrático» de quien era viejo amigo. Este veterano periodista posee una memoria extraordinaria y se complace en probarlo al asombrado auditorio. Mientras charlamos, aparece Alejandro Ruiz de Grijalba, a quien no veía desde hace treinta años, en París. Trabajaba entonces para

«La Nación» de Buenos Aires, como colaborador inmediato de Fernando Ortiz Echagüe. A menudo salíamos juntos. Ahora preside el Ayuntamiento de Madrid. Insiste en convidarnos a cenar y cuando mi mujer explica que tenemos compromiso con otras personas, responde: «¡Venid todos!» Vamos al «Bodegón». Ramón Hernández Ron y yo nos dejamos tentar por unos callos a la madrileña, realmente estupendos. Imposible acostarse de inmediato. Uno de los presentes insinúa ir al «Sambra», tablado vecino al hotel. Tiene razón. La **bailaora** es genial.

***

El diario que leo a bordo del «Boeing» que nos transporta a Roma, anuncia que unidades de nuestra marina de guerra se han sublevado en Carúpano. El agente de la «United Press» opina que se trata de un movimiento aislado. Aviones y tropas leales atacan a los militares rebeldes cuya rendición será cuestión de horas. Personalmente, dudo de la veracidad de esta interpretación. Molina Villegas, presunto jefe de los alzados, es un oficial culto y responsable. Sospecho, más bien, que guarniciones comprometidas en otros lugares de la República, desistieron en el último momento. El fenómeno es frecuente en la historia de los golpes de Estado. De todos modos, me mantengo pesimista. La liberación del yugo adeco tardará todavía. Se requiere mayor saturación romuliana, es decir, mayor desengaño de las distintas categorías sociales que integran la nación. Ese día llegará, marcado por un desbordamiento incontenible de masas hambreadas, sedientas de equidad. No envidio el futuro de gobernantes y pudientes coaligados contra los intereses supremos de la República.

***

En el aeropuerto de Ciampino, nos esperan Guglielmo Battistoni, Felipe y Pascual Gagliardi y Vittorio de Mar-

tino. He escogido el «Hotel Hasler», por hallarse en Trinidad de los Montes, sitio predilecto mío. Abajo, las escalinatas del Bernini, pobladas de azaleas, la fuente y los edificios rosado fuerte que Bolívar amaba. Semana de museos, de templos y de plazas. Indigestión de arte para las niñas que quieren verlo todo. Entre tanto, camino con amigos italianos por esas callejuelas sin aceras que me ayudan a evocar la juventud, ya distante.

*
* *

Venecia. Mi primera visita es para la estatua del Coglione. Somos viejos amigos. La plaza San Marcos. Espectáculo de feria para dioses. Esta vez la encuentro más bella. Ruido ingrato de motores. Las lanchas se han multiplicado. Ni la ciudad de los dogos ha podido salvarse del humo y del olor a gasolina que esclaviza y enferma al hombre del siglo XX.

*
* *

Regresamos a Versalles una mañana de sol. Correo impresionante de Venezuela y de Estados Unidos. Escriben amigos y desconocidos de ciudades y aldeas de mi tierra. Debo a «Escrito de Memoria» esta inesperada popularidad. Palabras ingenuas y estimulantes de una anciana tachirense que me envía su fotografía e incita a continuar la lucha para «¡desenmascarar a tanto vagabundo!». Carta de Jaime Martí Cordido, fechada en Miami. Sabe, por su hija Carmen Cristina, que la obra se vende en Caracas, a cien bolívares el ejemplar. En cuanto a «La Esfera», la edición se agota temprano y el público paga hasta dos bolívares por un número, a los revendedores.

*
* *

Un joven oficial de nuestras Fuerzas Armadas toma precauciones exageradas para visitarme en casa. Aduce que está en servicio activo y el gesto podría costarle caro. Me refiere los sucesos de Carúpano y confirma mi creencia de que fallaron complicidades y promesas de distintas guarniciones, quizás por miedo o porque Molina Villegas carecía de prestigio suficiente para arrastrar voluntades en el seno de otros cuerpos. También ocurre que existe rivalidad entre la Marina, las Fuerzas Terrestres, la Aviación y la Guardia Nacional. Esta ha sido la obra disociadora de Betancourt, apoyada sobre la ineptitud de los jefes. Mi informante considera que movimientos insurreccionales que no cuenten con una mayoría de cuarteles y bases, están condenados al fracaso y constituyen sacrificios inútiles para la causa nacionalista que pierde elementos valiosos en alzamientos frustrados. Los antiadecos representan la flor, la élite de la institución y se les somete a permanente vigilancia. Los tentáculos del S. I. F. A. son largos y numerosos, más que en cualquiera otra época. La menor sospecha, el más pequeño desliz bastan para justificar el exilio dorado, en el mejor de los casos, o el encarcelamiento sin contemplaciones y el paso consecuencial a la situación de retiro. Así, lentamente, las posiciones claves quedan en manos de los malos profesionales, de los que compensan su mediocridad con un incondicionalismo repugnante. La organización de las Fuerzas Armadas deja de ser monolítica, inquebrantable, porque las jerarquías se fundan cada vez menos en la capacidad y la rectitud del oficial y cada vez más en el favoritismo y la cortesanía. Los civiles no podemos apreciar la importancia del drama actual de los medios castrenses. El fenómeno adeco se produce también entre los uniformados. Los ineptos ocupan posiciones prominentes.

El militar me cuenta la tragedia del cuartel de Barcelona donde veintinueve civiles que cooperaron con los sublevados fueron villanamente asesinados por el cocinero del establecimiento y un tal Canache Mata que desempeñaba la

Secretaría General del Estado Anzoátegui, obedeciendo a órdenes directas de Miraflores y ante la indiferencia culpable de Carrasquel y otros oficiales. El horror y la indignación sacudieron la ciudad. Los venezolanos jamás habían presenciado semejante crimen colectivo que permanecerá impune mientras gobierne «Acción Democrática».

Salimos al parque. Mi interlocutor pregunta si es cierto que intervine para obtener la libertad del grupo de oficiales venezolanos, detenidos en un campo de concentración holandés. Hago un recuento. Me hallaba en Monte-Carlo y recibí una llamada telefónica, desde Miami, del doctor Simón Jurado-Blanco, quien me pedía gestionar con las autoridades neerlandesas, la excarcelación de esos compatriotas, apenas culpables de adueñarse de un avión que les conducía presos a Caracas y escapar a Curazao. Inmediatamente, ayudado por Ramón Hernández Ron, mi cuñado, me puse en contacto con un importante abogado de La Haya, quien tuvo a bien encargarse del caso, que, una semana después, el Ministerio de Justicia del Reino, resolvía favorablemente. Debo advertir a usted que el único de ellos que me expresó gratitud fue el mayor Oswaldo Graziani. El otro me mira sorprendido, incrédulo.

Volvemos a la biblioteca. Suena el teléfono. Avisan de «France Presse» que esta mañana se ha sublevado la base naval de Puerto Cabello. El capitán palidece y se hace repetir la noticia. Sírvole un whisky.

— Eso es más grave que todo lo anterior, doctor Vallenilla. Si la guarnición de Maracay no se incorpora al movimiento, habrá numerosos muertos. Puede también que estén comprometidas las fuerzas de Lara. ¡Entonces, es la guerra civil!

Sorbemos en silencio la bebida helada. El visitante se incorpora y gira nervioso en torno mío:

— Esto es muy serio, doctor. Ya le dije que existen síntomas de anarquía en el seno de las Fuerzas Armadas. Es lo que sucede cuando el ejemplo de los superiores no es

de abnegación y desinterés sino de codicia y de alcoholismo. ¿Será posible obtener más información?

Respondo que debemos esperar la hora de la cena para localizar al señor de Alderete. Se sienta de nuevo y declara que tiene fundadas sospechas de que Carlos Larrazábal figura entre los instigadores del alzamiento, aunque no aparezca en última instancia. Es su costumbre. En meses pasados celebrada reuniones clandestinas con representantes de grupos extremistas que fueron denunciados y arrestados, pero él siguió en libertad. Curioso personaje. Se cree predestinado, como su hermano. El uno y el otro han recopilado un arsenal de lugares comunes y de vaciedades que sueltan en público con solemnidad y audacia propias de tontos. Sus seguidores son mayoritariamente individuos de baja ralea, iletrados y débiles mentales, sub-adecos. La influencia de este infeliz ha sido nefasta para las Fuerzas Navales, en las que se ha infiltrado cierta demagogia nebulosa y disparatada. Menos mal que profesionales de auténtico mérito, como Constantino Seijas, contrarrestan esa literatura de carne frita, ese pseudo-marxismo impregnado de Félix B. Cagné, aplaudido autor de «El Derecho de Nacer», cuya audición arrancaba a Wolfgang emocionadas lágrimas.

Cenamos con mi familia. El oficial mira el reloj, inquieto. Telefoneo a don Ramón. La información es la misma de la tarde. Pasa una hora y llaman de Madrid. Se observa ansiedad en la población de Caracas y conocidos miembros de «las fuerzas vivas» acuden a Miraflores. El capitán se despide. Permanecerá en contacto conmigo. Mañana irá a la embajada y me trasmitirá impresiones.

*
* *

Carta de la imprenta. De las Antillas han hecho un fuerte pedido de «Escrito de Memoria». También de Caracas, directamente, pero la librería exige que el despacho sea camuflado. Eso crearía inconvenientes insalvables con la

aduana francesa. De Miami informan que los dos mil ejemplares enviados se agotaron en una semana y solicitan otro tanto. Pilotos que vuelan entre Florida y Maiquetía, introducen la obra a Venezuela, clandestinamente. Un barbero de la zona del Este se encarga de distribuirla, a precio elevado, entre la clientela pudiente de la capital. «La Esfera» continúa la publicación por entregas, con el mismo éxito inicial, pero suprime párrafos y adultera el texto. El capítulo que relata la entrevista de Rómulo Betancourt con Ramón David León, en tiempos en que yo desempeñaba la Secretaría de Gobierno del Distrito Federal, fue eliminado totalmente, por orden expresa del Presidente de la República. Un amigo mío, empleado del Servicio de Radiotelefonía, escribe que escuchó la conversación con Nueva York de una dama vinculada a Eugenio Mendoza. Grabó el diálogo. Me lo obsequiará en la oportunidad de mi regreso al país:

— Es necesario intervenir para impedir la entrada de ese libro a Venezuela. ¡Acaba con la candidatura presidencial de Eugenio!

¿Qué se hizo el respeto a la libertad de expresión?

Columnistas de la prensa capitalina me dedican artículos insultantes. Uno de ellos es José Félix Rivero, antiguo redactor de «El Heraldo». Me cobra atenciones y pequeños servicios. Otro, un tal Núñez que atropella la gramática y la historia, con máxima desenvoltura. Julio Bacalao Lara, de paso en París, me explica que se trata de un borrachito de Valencia, eterno abonado al capitulo de dádivas del Presupuesto estadal. No pienso replicar.

*
* *

La ciudad de Puerto Cabello ha sido bombardeada por la aviación y ocupada por las Fuerzas Terrestres, después de duros combates. Anuncian de Nueva York que hubo más de dos mil muertos, la mayoría hombres, mujeres y niños indefensos. La represión es feroz, sin precedentes. Los dige-

poles aplican a los presos las peores torturas. Parece que los pilotos venezolanos se negaron a bombardear y ametrallar la población. Betancourt importó portorriqueños para cumplir la triste tarea.

*
* *

Sobre con recortes de periódicos. Continúan los ataques contra mí. Un adeco, cuyo nombre no menciono para no ensuciar estas páginas, me cubre de injurias y calumnias. Le conocí en la época del general Medina Angarita. Era concejal por la parroquia La Pastora, creo. Grueso, de faz grasienta y mirada torpe de besugo, inspiraba asco a sus propios correligionarios, cuando no hilaridad con sus absurdas y grotescas intervenciones. Los ediles, unánimes, eludían su compañía. Después del 18 de octubre de 1945, valido de sus influencias y de su impunidad, asesinó vilmente a su esposa al sorprenderla con el chófer. Curioso crimen pasional. Amaba al conductor de su vehículo.

*
* *

Memorandum de Venezuela. La especulación con las divisas alcanza a cifras astronómicas. Es siempre el mismo grupito que trafica y cobra comisiones. Sería interesante conocer el monto exacto de los créditos otorgados por la Corporación Venezolana de Fomento, desde enero de 1958, a las empresas en que participa, directa o indirectamente, el señor Eugenio Mendoza. Rumoran que con esa cantidad podría levantarse una urbanización popular igual a la **2 de Diciembre**. Se estima en cuatrocientos ochenta mil el número de desempleados. Hombres útiles y honrados ayer, son ahora mendigos y ladrones. En verdad, cierta oligarquía inició el asalto a las arcas nacionales. Nada tiene de extraño que los hampones sigan el ejemplo y asalten las cajas de los bancos. Estos últimos son realmente más meritorios. Arriesgan vida

y libertad. Casi siempre actúan movidos por el hambre. Los otros, en cambio, no necesitan ser valientes para despojar a sus compatriotas, sistemáticamente. Bástales celebrar los éxitos de la democracia y correr a Miraflores al pasar el peligro de una asonada.

La historia de la aventura ministerial de Tomás Enrique Carrillo Batalla es divertida. Dos o tres personalidades caraqueñas redactaron para él un pliego de lugares comunes económicos y financieros. Tal es **el plan** que sentó al joven abogado en el Despacho que honraron Román Cárdenas y Gustavo Herrera. El «Plan Ramironava» era original, por lo menos. El canal de Tacagua. El mar en Caracas. El Convertidor industrial.

Tomás Enrique leyó la monserga en acto solemne, celebrado en el Palacio Blanco, con asistencia de altos funcionarios y destacadas figuras de las fuerzas vivas, sin advertir que envolvía una censura al gobierno. Los adecos no disimulaban su indignación, principalmente el doctor Raúl Leoni, Presidente del Congreso Nacional, quien apretaba furioso su mal ajustada dentadura falsa, mientras el falso técnico discurría.

La presencia del doctor Carrillo Batalla en el Ministerio de Hacienda, fue una concesión más de Rómulo al sindicato que cobra caro su apoyo al régimen, allá y en Estados Unidos. De corta duración resultaron sus actuaciones públicas. Le sustituyeron con un empleado de Eugenio, antiguo jefe del laboratorio de Fomento. En la Venezuela presente, las finanzas guardan estrecha relación con probetas y frascos. Nuestros problemas son de alquimia. Betancourt es un Cagliostro al revés. Transforma el oro en papel y en momentos de apuro, encomienda la operación contraria a un aprendiz de brujo. El doctor Andrés Germán Otero, apodado Garza Triste, es el hombre de la situación. Tampoco salvará al país, pero garantizará la prosperidad personal de sus protectores.

*
**

Hace tiempo deseo escribir una novela para contar una aventura inverosímil, pero exacta. Conocí a la protagonista y al héroe, un hombre que usaba chaleco rojo cuando vestía de **smocking**. El resto del relato será fruto de mi imaginación. Aprovecharé para pintar, a grandes rasgos, la existencia de algunas familias caraqueñas, vanidosas, egoístas y testigos indiferentes y hasta reilones del drama secular de un pueblo condenado a la miseria por dirigentes incapaces. Hoy he comenzado a trabajar. Sé de antemano que el libro no tendrá éxito. No será de carácter polémico y proclamará amargas verdades. No importa, satisfago una antigua aspiración.

*
* *

Rómulo Betancourt acusa de comunista al capitán Manuel Ponte Rodríguez, cabecilla de los alzados de Puerto Cabello. Esta familia Ponte pertenece a la misma cepa de la madre del Libertador y se distingue, precisamente, por su fervor católico. En el colegio de lo jesuítas fui compañero de Gustavo y de Antonio Ponte Rodríguez. Puede decirse que no tuvieron mucha suerte en la vida, pero es ridículo calificarlos de socialistas revolucionarios.

*
* *

Anécdotas sobre Edgar Sanabria. Ha logrado que en Roma llamen la atención sus extravagancias. Ultimamente, durante un viaje en automóvil a distintas capitales europeas, exigía de sus colegas venezolanos que hospedasen a su chófer en la misma habitación que él. De otra parte, reanuda en la Ciudad Eterna sus paseos vespertinos. A cambio de El Silencio lejano, frecuenta la Galería Colonna, siempre de sombrero de fieltro y paraguas.

*
* *

Conversación con Celso Serna sobre el tema educacional. No basta alfabetizar. Es indispensable formar a los futuros dirigentes de la nación. Larrazábal y Quevedo saben quizás leer y escribir y los resultados no son muy halagadores. Necesitamos con urgencia científicos y técnicos. Don César Zumeta soñaba con crear en Caracas y en cada uno de los Estados de la Unión, internados de mil alumnos, seleccionados entre los más inteligentes. El gobierno nacional se encargaría de ellos, a partir de la edad de doce años y hasta cumplir los veinte, en que recibirían enseñanza superior en otros planteles del país y del extranjero. Así, dentro de un plazo relativamente corto, Venezuela contaría con una élite de veintiún mil jóvenes preparados para una faena de redención. En los institutos especiales que ideaba el ilustre don César, los educandos serían sometidos a una disciplina férrea, de tipo militar y estudiarían un super bachillerato. Celso encuentra realizable el proyecto y señala que los liceos militares fundados en tiempos de Pérez Jiménez, fueron un esbozo de ese excelente plan.

*
* *

Nuestro país gasta seis mil millones de bolívares anuales en el sostenimiento de las tropas adeco-copeyanas que se distribuyen los cargos públicos, creados en proporción a la demanda creciente del favoritismo y del compadrazgo. Por consiguiente, esas dos agrupaciones son directamente responsables del estancamiento, de la miseria y del desempleo derivados de la hipertrofia burocrática. Para atender a las exigencias partidistas y a la estrategia electoral, los gobernantes descuidan las necesidades nacionales. No queda dinero para obras reproductivas. Las muy pocas que se llevan a cabo son financiadas con empréstitos extranjeros y resultan particularmente onerosas, ya que a las comisiones solicitadas por los jerarcas se suman los intereses reconocidos al prestamista. Si algo sobra, es para determinados representantes de

las fuerzas vivas, a través de los establecimientos de crédito mantenidos por el Estado. Ayer supe que el doctor Miguel Herrera Romero había renunciado a un puesto directivo en la Corporación Venezolana de Fomento porque la mayoría de los préstamos concedidos son para **la rosca** de favoritos que escandaliza a la opinión honrada de Venezuela. Miguel es un profesional competente, uno de los contados compatriotas que desempeñarían con brillo el ministerio de Hacienda, bajo un régimen de justicia y equidad.



El señor Adolfo Meinhardt pudo escapar a sus verdugos accióndemocratistas y salir de Caracas. Se halla ahora en Madrid. Fue sometido a horribles torturas en la casa gris. Mantuviéronle ciento dos horas de pie, en medio de un círculo dibujado con tiza y ambas manos esposadas a la espalda. Cualquier desfallecimiento era castigado con palizas y planazos. Dos noches consecutivas fue conducido a la parte alta de Los Palos Grandes para un simulacro de fusilamiento. Los más ensañados torturadores eran Efraín Paredes, José de los Santos Gómez y un tal Gutiérrez. La Digepol ha contratado los servicios de un boxeador para golpear a los presos esposados. Otra tortura consiste en cubrir al detenido con un saco, hasta la cintura y abandonarlo al ultraje de hampones y homosexuales.



Carta pública insultante del Teniente-coronel (R) Esteban Chalbaud Cardona. Ignoraba que fuera el firmante de una biografía de Hoche, escrita por el poeta Manuel Pereira Machado. No conocía sus dotes de historiador. Entre otras cosas me acusa de haber dispuesto de unos millones que en el momento de mi salida de Venezuela, me entregó la familia del general Pérez Jiménez para depositarla en Euro-

pa. Esta leyenda infame circula en Caracas y en corrillos de exiliados. Mis calumniadores olvidan que el viaje mío fue un tanto precipitado e imprevisto. No era el momento propicio para semejantes menesteres. Por lo demás, ni el Presidente de la República, ni ninguno de los suyos, me hablaron jamás de negocios ni de operaciones financieras, en los cinco años que desempeñé el ministerio de Relaciones Interiores. Es fácil comprobarlo.

*
* *

Epítetos y ofensas del señor doctor Leonardo Altuve Carrillo en un diario de Caracas. Pretende cobrarme una anécdota que inserto en «Escrito de Memoria». Sin embargo, en nada afecta su honor y su dignidad. Recuerdo que la oía contar complacido a sus compañeros del gobierno dictatorial. Tengo testigos.

*
* *

Semanas de vacaciones en Monte-Carlo. La clientela del «Old Beach» es siempre la misma. Nos saludamos como viejos amigos con personas procedentes de distintos puntos del globo. Siento especial simpatía por una pareja de norteamericanos que reside de fijo en Palm Beach y pasa los veranos aquí. El marido me explica que no puede vivir lejos del mar. Necesita verlo todo el tiempo, a todas horas, para su salud física y mental. Viaja en barco, jamás en avión. Obsérvole cada tarde, mirando las olas, a la caída del sol. Dice que en invierno irá a conocer el «Caribbean Sea». Le han recomendado la isla de la Trinidad. Pienso en la frase de aquel marino de Axel Munthe: «¡siete buono come il mare!» Comprendo la afición del yanqui. La falta del litoral venezolano vuelve mi destierro más penoso. Sueño con cocoteros, olor a salitre y uveros de troncos caprichosos bajo los que es grato sestear en un chinchorro. Punta Brava. Ruido de piedras

blancas y pulidas arrastradas por el oleaje en noches de brisa. Aquella pulpería de mi infancia llamada «El Ultimo Palo», a un costado de la carretera angosta y polvorienta, en la que entraban a refrescarse los arrieros. Limones de la hacienda «El Cojo» para rociar una rueda de carite frito. Morenas que se deslizan entre peñones babosos con acné de caracoles. Cayucos que regresan. Rosarios de lenguados. Pescador hierático que mueve el canalete con seriedad de tambor mayor. Nuestra amistad era antigua y estrecha y nos separaron. Tengo la sensación de que no será para siempre. Las invasiones de langostas son perjudiciales, pero pasajeras. Viejo y sin ambiciones, ayudaré a reparar el daño. Formaremos la alianza para el progreso que Venezuela demanda. Una alianza de intelectuales y de pobres para combatir el atraso y vencer la miseria. La etapa que se avecina marcará el fin del Estado al servicio del mercader y del líder.

*
* *

He releído con placer las «Memorias de Ultratumba». Signo de vejez. Vuelvo a los autores de mi juventud. Al alcanzar el medio siglo, desconfiamos de las nuevas amistades. Sabemos que las relaciones sólidas, los afectos, requieren años de frecuentación. El amor constituye una excepción, quema etapas. Había olvidado el párrafo en que Chateaubriand señala que en el curso de su existencia, conoció a los hombres más importantes del mundo: George Washington, Simón Bolívar y Napoleón Bonaparte. Pocos contemporáneos suyos podían decir lo mismo. René, el atormentado de Combourg, era un favorito de los dioses. Su pluma está a la altura de ellos. Para Betancourt, basta Juan Liscano. Y sobra. Sobra Luis Esteban Rey.

*
* *

Entre los torturados de Puerto Cabello figura Gastón Carvallo, agricultor exitoso en el Estado Aragua, nieto del doctor Bartolomé López de Ceballos, de cuya muerte me he

enterado con un año de retardo. Heredé de mi padre la amistad de este anciano ingenioso, de extraordinaria cultura. Nacieron ambos en 1870. Considero un verdadero privilegio el haber asistido a sus conversaciones y escuchado sus comentarios sobre la actualidad gomecista. Don Bartolomé, como declaraba él mismo, formaba parte de la oposición pacífica a la Rehabilitación. En aquellos tiempos, «el Culto Osiris» era el islote tolerado de las censuras y críticas al régimen imperante, con la aprobación tácita del Prefecto del Departamento Libertador, general Lorenzo R. Carvallo, uno de sus más asiduos miembros. El Benemérito observaba: «¿Cómo le parece? ¡Ellos hablan y Carvallo me cuenta, sí señor!» En ese centro social, con limitadísimo número de socios, se organizaban comedias y recitales, bajo la dirección de Mochandanga, quebradito de gran talento. Entre los parroquianos se contaban López de Ceballos, Manuel Díaz Rodríguez, Juan José Mendoza y mi progenitor. En una oportunidad, el abuelo de Gastón presentó la candidatura de un nuevo miembro y ante las dudas de la Junta Administradora por la juventud del aspirante, alegó: «Le necesitamos. Es dentista. Reparará los incisivos gastados de tanto morder.» Era el doctor Jacinto Nouel.

Hijo de un diplomático español y de la descendiente de un hermano de doña Concepción Palacios, don Bartolomé conservó siempre, con especial esmero, el acento y las expresiones peninsulares. En una ocasión, me tocó acompañarle —éramos vecinos— a un velorio en la residencia de dos solteronas muy vinculadas a nuestras respectivas familias. Mi ilustre amigo penetró a la sala. En torno al catafalco, un círculo de damas enlutadas y llorosas. Yo miraba, desde la puerta. El visitante se detuvo a mitad de camino y señaló con el dedo a las dueñas de la casa:

— ¡Isabelita! ¡Lilita! ¿Quién ocupa el ataúd?

Otra vez se hizo conducir a Las Delicias, en Maracay, e interrogó a un policía:

— ¿Quién se hospeda en esa granja?

— ¡El general Gómez!, contestó el agente.

— ¿Cómo dice usted? ¿El general Gómez? ¿Venezolano o forastero?

Tomado por sospechoso, el doctor López de Ceballos fue detenido y trasladado a la Jefatura Civil de la capital de Aragua para sorpresa de la Primera Autoridad, general Guillermo Willet:

— ¡Y eras tú, Bartolomé! ¡Me habían dicho que se trataba de un ruso! ¡Cuándo te cansarás de «mamar gallo»!

De la cuadra de Pelota a Punceres no quedan, para mi, sino sombras. Calláronse para siempre los cobres de la Banda Marcial. Desaparecieron el maestro Pedro Elias Gutiérrez, Carmelita y Bartolomé López de Ceballos. Murieron también las viviendas chatas, con frentes pintados al óleo. Una avenida amplia y banal reemplaza la calle estrecha, por la que subía acalorado, al atardecer, el vendedor de queso de mano: ¡fresco, fresco!, ¡fresco, fresco!

*
* *

Mañana de calor. Leo, en la cabaña, los últimos capítulos de las «Memorias de Ultratumba». Una voz, con marcado acento norteamericano, me interrumpe. Es mi amigo Elliot que ha llegado anoche de Nueva York y pasará aquí tres semanas, como de costumbre. Saluda y nos sentamos. Noto que ha engordado:

— Sí, la buena mesa de Hong-Kong me obsequió tres kilos que seguramente no perderé en la Costa Azul.

Luego examina el libro que conservo en mis manos:

— ¡Chateaubriand! Me gusta una frase suya que leí en «Historia de Francia»: «Todo cuanto ocurre es fruto de las ideas. Ellas producen los hechos que apenas sirven para envolverlas.» ¿Exacto, verdad? Antes de volar a Asia recibí su «Escrito de Memoria». Las ideas allí expuestas tendrán influencia sobre el proceso histórico de Venezuela. Ojalá leyeran esa obra en Washington, pero lo dudo. La familia

que nos gobierna acepta solamente lo que procede de Muñoz Marín, Figueres y Betancourt, quizás porque no abunda, es pedestre y no pide mucha reflexión. Estoy preocupado por el ex-Presidente Pérez Jiménez. Bob Kennedy pone empeño en entregarlo a sus enemigos. Su hermano y él han roto con todo principio de decencia. La víspera de mi salida supe que proyectaban encarcelarlo en Miami, como a un vulgar malhechor. Ojalá resulte incierta esta información. Las consecuencias serían desventajosas para Estados Unidos. Perderíamos popularidad en Latinoamérica. Una medida semejante ensucia a quienes la dictan y equivale a una injuria. La censurarían amigos y enemigos del Magistrado perseguido.

— Así es. Estoy convencido de que la mayoría de mis compatriotas, salvo rarísimas excepciones, se sentiría humillada al imponerse de la detención de Pérez Jiménez. El gesto compromete el honor de la nación que lo cumple.

El sociólogo habla de Cuba. El régimen de Fidel Castro crea confusión y divide al continente. La existencia de un gobierno comunista, a sesenta millas de Florida, constituye una obsesión. En el futuro inmediato, cualquier vulgar pronunciamiento en Latinoamérica será calificado de marxista y provocará desembarcos de «marines». El buen vecino se convertirá en gendarme aborrecido por sus hermanos menores. La política rusa es diabólica y su principal objetivo, romper la unidad americana, anarquizarnos. El peligro no está en las guerrillas que Castro mantiene en Colombia, Venezuela y Guatemala, sino en los odios que engendrará la intervención armada de nuestro Ejército, en caso de guerra civil o de golpes de Estado.

El brillante reportero interrumpe su exposición para servirse un respetable «bourbon» con hielo que saborea satisfecho y continúa:

— Una vez dije a usted, «míster» Vallenilla, que los grandes hombres de mi país no se hallaban en Washington, sino en las universidades, los centros de investigación cien-

tífica y a la cabeza de la industria. La capital es para los mediocres. Pululan en la Casa Blanca, los ministerios, la Cámara de Representantes y el Senado. Su mérito consiste en haber permitido que los particulares construyeran una gran nación, la más poderosa de todos los tiempos. Sin embargo, abrigo temores para el porvenir. El sistema marchaba bastante bien cuando vivíamos para nosotros, pero ahora las circunstancias nos obligan a ocuparnos de la felicidad de los demás. Esta posición exige al frente del gobierno personalidades de primera clase, extraordinarios estadistas. No creo que la tribu Kennedy y sus colaboradores llenen las condiciones requeridas. ¿Ha visto usted a Dean Rusk y a Robert, el «enfant terrible»? Sus fotografías son elocuentes. Compárelas con las de Malraux y Couve de Murville, las de Adenauer y Erhard, la de Harold Mac-Millan y la de lord Home. Medianías frente a filósofos, pensadores, sabios e intelectuales. Elliot va en busca de más «bourbon», regresa y suspira:

— Es una lástima y duele profundamente que se acentúe la incomprensión entre americanos. Es verdad que nos separan los idiomas y la recíproca ignorancia de nuestros problemas, pero nos acercan principios de igualdad, la fe en el esfuerzo individual, la afinidad lógica de estructura sociales sin castas ni clases herméticas. Nuestro caso es el de aquellos que se sientan codo a codo en una sala de espectáculos, presencian el mismo programa y no entablan conversación.

*
* *

Comunican de Caracas que allá circula una **edición pirata** de «Escrito de Memoria», con mi caricatura en la portada. El señor Miguel Angel Capriles conservó el trabajo que el linotipista hizo para «La Esfera» —el hombre es muy económico— y me editó sin escrúpulos ni remordimiento. Entre tanto, sus diarios predican la honestidad, la rectitud, la urgencia de combatir el gangsterismo en todas sus formas.

Adulterada y mutilada, mi obra se vende libremente a diez bolívares el ejemplar, en quioscos y librerías, en tanto que el libro publicado en París circula clandestinamente y es decomisado por la Policía cada vez que se descubre un lote. La democracia y la probidad progresan. El cuarto poder está en buenas manos. También los otros tres.



Anoche vi de cerca a sir Winston Churchill en el bar del Hotel de París. Estaba en compañía de una mujer joven y elegante. Tomaban champaña. Un héroe viejo, doblado por los años, es raro en la historia. El cuerpo grueso y deforme soporta con dificultad la cabeza grande y la papada que cubre parcialmente la corbata de lazo. Hay algo infantil en la expresión y en la manera de chupar el puro cubano, como un tetero. Se me antoja que Napoleón, de haber alcanzado su edad, hubiese tenido cierto parecido con él. Los croquis de los últimos días de Santa Elena anunciaban a un anciano adiposo, pálido, de ojos azules apagados. Parece que sir Winston dijo esta mañana que un político importante era aquel que profetizaba con elocuencia y más tarde sabía explicar, hábilmente, por qué sus vaticinios no se habían cumplido.



Hermoso escenario de otoño en el parque de Versalles. Camino sobre una alfombra de hojas marchitas y húmedas, en compañía del doctor Juan Colmenares, a quien me unen treinta años de amistad. En el gobierno del odio y la confusión se destaca la figura de Ramón Velázquez, secretario de la Presidencia, quien representa el equilibrio, la inteligencia y la comprensión. Sería un buen candidato a la Primera Magistratura, el puente que permitiría a los venezolanos pasar de una orilla a otra, sin mojarse. El continuismo per-

judicaría a los propios adecos y provocaría, a corto plazo, una guerra civil precedida de semanas de anarquía.

*
* *

Oficio de José Nucete Sardi, a nombre de la Academia de la Historia. Me fija un plazo para pronunciar el discurso de incorporación. Vencido éste, el sillón que debería ocupar será declarado vacante. A lo mejor piensa que soy un exiliado voluntario, que vivo en Europa por placer o por incapacidad para adaptarme al ambiente democrático de que disfrutan mis compatriotas. Contesto renunciando, de una vez, al honor que él y sus colegas me dispensaron cuando desempeñaba el ministerio de Relaciones Interiores. No se me escapó entonces que mi elección obedecía a razones de carácter político. Por ello me abstuve de tomar en serio el asunto. No soy ni he pretendido nunca ser historiador y me hubiese sentido incómodo, sentado a la misma mesa que los hombres eminentes y de reales méritos que integran esa docta asamblea. Recuerdo la réplica de mi padre a alguien que preguntóle, a las puertas del Congreso:

— ¿Ha visto usted por casualidad al historiador Fulano de Tal?

— A Fulano de Tal le ví. Al historiador, no.

*
* *

Ocho horas diarias de trabajo frente a la **Underwood.** La novela está casi concluida. Se llamará «Fuerzas Vivas» porque se desarrolla en un medio de comerciantes caraqueños cuyo apoliticismo permite claudicar, traicionar y situarse siempre del lado del vencedor, sea quien fuere.

*
* *

Esta tarde, el criado subió a avisarme que un venezolano me solicitaba. Existe en casa la orden permanente de recibir a todo compatriota. Bajo y encuentro en la biblioteca a un joven de buena presencia que dice llamarse Rafael Poleo o Francisco Arrechedera, redactor del vespertino «El Mundo», de Caracas. Manifiesta deseos de entrevistarme y quiere comenzar por una foto. Me niego a ambas cosas. Me horroriza la publicidad. El periodista, insiste:

— ¡Usted es noticia, doctor!

— Se equivoca, caballero. Fui noticia, como usted dice, y no me quedan ganas de serlo de nuevo, pero siéntese y conversemos. No pierdo ocasión de charlar con gente que viene de allá. Cada uno de ustedes es una fracción de Venezuela que viaja y discurre. El aspecto, la entonación y las ideas del visitante, aun adversario mío, me acercan a la patria.

Resignado, Poleo coloca sobre una silla la cámara fotográfica y se instala frente a mí. Arriba, mi hija y mis sobrinas escuchan discos criollos y la música llega a nuestros oídos. Mi inesperado interlocutor pregunta si me hace falta Caracas. Respondo que viviría en Los Chorros si razones ajenas a mi voluntad no se opusieran a ello. Salimos al parque. Interrogado al respecto, doy mi opinión franca sobre el régimen: sectarismo y plutocracia. Asociación de un partido o de una coalición de partidos con unas cuantas familias pudientes para explotar al resto de los venezolanos. Ausencia de todo propósito de progreso y de justicia social. Cuatro apellidos y trescientos mil burócratas que se oponen al desarrollo de la República. Preocupación electoral, despreocupación administrativa. Mediocridad oficial, avidez de las fuerzas vivas, miseria colectiva. El obrero y el campesino no disfrutan del banquete petrolero presidido por Betancourt y Eugenio Mendoza. El reportero dice que lamenta la desaparición de Leonardo Ruiz Pineda y de Alberto Carnevali, los únicos adecos que habían estudiado. Respondo que yo también. Personalmente, estimaba a Carnevali. Siendo

ministro de Relaciones Interiores le visité dos veces en la Cárcel Modelo. Además, solía enviarle libros y medicinas a la Penitenciaría de San Juan de Los Morros, con la autorización del Primer Magistrado. Tengo la convicción de que Ruiz Pineda y Carnevali, ante la manifiesta ineptitud de sus jefes, habrían abandonado a «Acción Democrática», como lo hacen ahora Domingo Alberto Rangel y Raúl Ramos Giménez. Es la reacción lógica de los cultos. Nadie acepta una muerte política prematura sin protestar. Algo similar sucederá en el seno de Copei. Luis Herrera Campins, Rodolfo José Cárdenas y Edecio Larriva Araujo, quienes son los más capaces, repudiarán a sus actuales superiores. Pregunta a quema ropa:

— ¿Qué piensa usted del general Pérez Jiménez, doctor Vallenilla?

— Es un hombre competente, con perfecto conocimiento de los problemas nacionales básicos. Su obra lo comprueba. Es el mejor oficial de su generación.

Poleo refiere que estuvo en Miami. En presencia suya, Vitelio Reyes hizo comentarios crueles e hirientes sobre «Escrito de Memoria».

— ¿Me censura Vitelio? Bueno... ¡Esa es su profesión!

Subimos a la habitación donde trabajo. El periodista manifiesta deseos de escuchar algunos capítulos de «Fuerzas Vivas». Leo para él durante una hora. Sonríe al oír las opiniones de Ernesto Gutiérrez:

— ¡Usted habla por boca suya, doctor Vallenilla!

Observo que es error frecuente atribuir al autor las convicciones de sus personajes. Estos son seres independientes, distintos. El escritor se conforma con crearlos. Al concluir la lectura, el redactor de «El Mundo» parece satisfecho:

— Es lamentable que las circunstancias impidan que usted colabore en los periódicos de «la Cadena», doctor.

— Se equivoca, amigo. He venido colaborando, a pesar mío. «La Esfera» reprodujo «Escrito de Memoria» sin soli-

citar mi permiso, ni siquiera para cumpir con un deber elemental de cortesía.

Ancha sonrisa:

— ¡Usted conoce a Miguel Angel, doctor! Si puede conseguir algo de balde, aprovecha.

Regresamos al salón de la planta baja. Poleo me ruega pedir un taxi. Repetidas e inútiles llamadas. Imposible conseguir un vehículo de alquiler a las siete de la noche. Opto por llevarle a la estación en mi coche.

Conservo buena impresión de Rafael Poleo. Es inteligente, ágil y apasionado como debe ser un joven. A los veinte años, somos dueños de la verdad y poseemos la fórmula para curar los males que aquejan a la humanidad. Tenemos opiniones tajantes sobre todo y sobre todos. La democracia, la dictadura, los puros y los impuros, el esbirro y el patriota desinteresado. No olvidaré una frase suya:

— ¡No me gusta París! ¡Es una ciudad que no agrada ni a los franceses!

Llevaba en ella dos días apenas y no conoce el idioma. Estoy convencido de que tampoco soy santo de su devoción. La mirada no engaña. Sospecho que me cataloga mal, entre los indeseables para quienes permanecerán cerradas las puertas de Venezuela.

* * *

Mensaje telegráfico de José Domingo Colmenares Vivas. Me ruega reservar hotel para él y su familia. Mi mujer y yo vamos a esperarles a la estación del Norte, pero el tren, retardado por una tempestad, llegará solamente en la madrugada, si llega. Volvemos a Versalles y muy temprano en la mañana salgo en busca de mi viejo amigo. Es el mismo de siempre. Optimista, chistoso, de convicciones firmes. La adversidad no ha logrado doblegarle. Su esposa y sus hijas son también resueltas, valientes. El odio adeco se ensaña con los mejores. La finalidad es liquidarlos, extinguirlos

La tolerancia, la comprensión, benefician solamente a los mediocres de nuestro bando. Existe cierta afinidad entre éstos y aquéllos. Las diferencias pierden consistencia ante la realidad común de la ignorancia y de la torpeza.

Los puntos de vista de José Domingo coinciden con los del doctor Juan Colmenares. El desprestigio de Acción Democrática será incomensurable a la hora de las elecciones presidenciales. Unida en torno a un candidato independiente, la oposición sumaría un setenta por ciento de los sufragios, a menos que el señor Betancourt logre que su grupo respalde a una personalidad con las características de Ramón Velázquez.

*
* *

Cable de Miami. Falleció repentinamente Jaime Martí Cordido. Incrédulo, leo y releo el texto. Hace apenas ocho días, Armando Tamayo y él telefonearon para saludarme. Conversamos cordialmente cerca de una hora. No podía pensar que escuchaba la voz amiga por última vez. Jaime era joven, bastante menor que yo. Parecía destinado a vivir largos años. Hombre sin vicios, alegre, consagrado a su hogar y a la educación de sus hijos. Sin embargo, algún cambio sufrió en el destierro. Sus cartas para mí reflejaban tristeza y pesimismo. Su reconocida rectitud no admitía que se le tratara de ladrón ni se le acusara de infames manejos. Otra víctima de la legalidad romuliana y de los escrúpulos democráticos y cristianos de Rafael Caldera, primo suyo, como Guillermo Cordido Rodríguez, quien arrastra una existencia de privaciones en Costa Rica, junto con su anciana y honorable madre, tía del caudillo copeyano. Quizás éste los recuerda en sus oraciones. «Y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores». ¿Verdad, Rafael Antonio?

*
* *

De regreso de España, Luis Malaussena y Yolanda se hospedan en el «Trianon Palace», a pocos metros de nuestra residencia. Dentro de una semana embarcarán para Estados Unidos. Nos vemos a diario. Almorzamos o cenamos juntos. Según Luis, el cartesianismo francés se deriva de la naturaleza, armoniosa, equilibrada. En Santa Elena, Napoleón echaba de menos el dulce clima de «d'Ile de France». En esta tierra bendita se ignoran los terremotos, los ciclones, las inundaciones y las sequías. Nadie muere de frío ni de calor. El gris de París es un compromiso entre el blanco y el negro, otra manifestación de la armonía. Desgraciadamente, la regla no se cumple en Venezuela donde blanco con negro produce Betancourt o Arroyo Lameda.

Los Malaussena proyectan volver a Europa en enero o febrero. Nos acompañarán a Saint-Moritz.

*
* *

A mi mujer y a mí no nos conmueve la inicua sentencia de que hemos sido objeto por parte de una tal Comisión de Enriquecimiento Ilícito. La esperábamos. Se nos arrebata íntegro el patrimonio, inclusive las casas donde nacimos. La de Pelota a Punceres, número 36, es confiscada por segunda vez. En 1946, al doctor Adolfo Bueno Madrid, padre de mi esposa, y ahora a ella. La Comisión de maleantes sostiene que mi mujer se enriqueció siendo yo ministro. En efecto, su madre falleció en 1954 y mi consorte recibió la herencia correspondiente. En cuanto a mí, la infamia adeca elaboró una serie de infundios para disponer de haberes correctamente obtenidos. Era hombre rico cuando entré a desempeñar el ministerio de Relaciones Interiores. Mi fortuna personal no aumentó entre el 2 de diciembre de 1952 y el 10 de enero de 1958. Puedo demostrarlo y lo demostraré en la oportunidad de mi regreso al país. Mis familiares, mis allegados, mis relaciones y quienes fueron mis colaboradores inmediatos saben que en ningún momento trafiqué con

influencias ni participé en contratos de obras públicas o de otra especie. Apelo al testimonio de las empresas constructoras de entonces, de ingenieros, industriales, banqueros y comerciantes para que declaren si alguna vez solicité de ellos remuneración por servicios y gestiones como funcionario. Que digan los ediles si adquirí terrenos de propiedad municipal o intervine en el otorgamiento de permisos de construcción o de fijación de zonas para levantar edificios. Que hablen los gobernadores que sirvieron bajo mis órdenes y digan si jamás les propuse operaciones dolosas, negocios o indelicadezas. La mayoría de esas personas vive y no me negará su ayuda en el momento en que cesen las persecuciones de que somos objeto mi familia y yo y se me brinden elementales garantías. Rechazo y repudio a los facinerosos erigidos en jueces del proscrito indefenso. Basta examinar una fotografía del **praesidium** o presidio formado por ellos. Uno que tiene la inconcebible osadía de llevar el nombre y el apellido de Simón Rodríguez, el ilustre maestro del Libertador. Otro, un degenerado llamado Antonio Gutiérrez Baptista, a quien conozco bien porque éramos compañeros en el Colegio San Ignacio y lo veía hacer alarde del dinero que a manos llenas recibía de su tío, el doctor Francisco Baptista Galindo. Relojes, anillos, cadenas de oro y demás perendengues que exhibía orgulloso, con satisfacción aldeana. El mongolismo de su faz no es de origen asiático sino específico, resultado de una época sin neosalvarsán ni antibióticos. Este infeliz fue graduado primero de bachiller y luego de doctor en Derecho, gracias a poderosas recomendaciones políticas. Y se produjo el milagro del iletrado provisto de diplomas que jamás le han permitido ganarse la vida. El pseudo abogado deriva el sustento de rentas olorosas a capítulo séptimo gomecista. El caso es conocido.

En meses pasados escribieron de Caracas que la Comisión estaba dispuesta a transarse por otra, en efectivo, que debían pagar sus víctimas. Nos opusimos y decidimos ignorar

las maniobras de esos malhechores. La hora de la Justicia, con jota mayúscula, no tardará muchos años. Rodríguez, Gutiérrez y sus cómplices han de buscar donde esconderse para escapar a la vindicta de un centenar de familias ultrajadas y arruinadas por ellos. En su pasivo figuran muertos, saqueos y especulaciones indecorosas. También exiliados que sufren miseria en tierra ajena.



Recorte de prensa con invitación para el entierro del eminente jurisconsulto, doctor Carlos Sequera. Mi nombre figura en la lista de amigos. Alguien recordó que manteníamos estrechas relaciones y tuvo la gentileza y el valor de incluirme. Se necesita valor para mencionar a Laureano Vallenilla Lanz en los tiempos que corren, a menos que sea para insultarlo. Desde enero de 1958, se nos excluye sistemáticamente, a mi mujer y a mí, de las reseñas sociales y de las nóminas de padrinos de bodas. Hasta familiares cercanos se han abstenido. Tenemos ejemplos recientes.

La personalidad del doctor Sequera me inspiró siempre respeto y admiración. Laborioso, desprendido, ocurrente, de absoluta probidad profesional, el extraordinario civilista pasaba del luminoso análisis de un problema legal al chiste de actualidad. Nos reuníamos de tarde en tarde e íbamos en busca de aire fresco a la avenida de la Paz, su paseo favorito. Era el momento de las anécdotas y de apresuradas y crueles biografías de contemporáneos. Desfilaban colegas suyos, políticos, comerciantes. Había algo de caricaturesco en la descripción y si el tema le apasionaba, interrumpía la marcha, me tomaba por el brazo y gesticulaba con el bastón. Entonces subía el tono de su voz, un tanto agudo, para terminar el relato con una gran carcajada.

En época del llamado régimen bolivariano, fuimos una noche al cine mi esposa y yo. El doctor Sequera y don Mario Giacopini ocupaban los asientos vecinos. Film mexicano.

Argumento banal. La historia de un ganadero cuya hija se fuga con el mayordomo de la finca. Ofendido en su honor, el padre recorre la provincia en solicitud del seductor para matarle. Pasan los meses. Al fin, descubre el paradero de los fugitivos y penetra a la casa, revólver en mano, pero los encuentra en compañía de un recién nacido, su nieto, y enfunda el arma. Abrazos, llantos, perdones, misa de acción de gracias. El hacendado sigue una procesión, con su yerno. Lleva un cirio en la diestra. De pronto, el doctor Sequera que comenta, en voz alta, en medio del silencio general:

— ¡No vé! ¡**Lopezcontrerizado** el hombre!

Risotadas, rechiflas, pitos. Encienden las luces y el promotor del escándalo se dirige tranquilo a la **fuente de soda** vecina.

Otra anécdota. Dias después del 24 de noviembre de 1948, viene a mi oficina, esquina de Las Gradillas, y me dice con tono de confidencia:

— A los militares que tengan cuidado con Betancourt. ¡Los homosexuales son apasionadísimos! ¡Acuérdate del marico Antonio y de los líos que armaba!

Ajeno a la política activa y devoto de su profesión, el doctor Sequera jamás quiso aceptar cargos públicos, salvo el de profesor. Durante años desempeñó la cátedra de Derecho Civil en la Universidad Central de Venezuela, rodeado del afecto y de la consideración de sus discípulos. Concluídos los estudios, la mayoría de ellos frecuentaba su Escritorio, en busca de consejos y de luces o para consultar algún texto de su estupenda biblioteca. La última vez que me tocó visitarle se hallaba en ese sitio, en mangas de camisa, con los tirantes caídos sobre el pantalón, hojeando un tomo del «Recueil Sirey». Al verme vino a mi encuentro, sonreído, con las gafas a la altura de la frente:

— ¡Grábate bien la divisa del Brasil, chico! Es positivista: Orden y Progreso. Hay que aplicar los dos conceptos si queremos fabricar una patria. Aquí, hasta ahora, cuando

existe el orden el progreso brilla por su ausencia o solamente progresan los gobernantes. En cuanto al desorden, ¡bueno! Eso es lo que gusta. ¡Todos somos adecos!



Avisan de Caracas que un conocido comerciante e industrial ha reunido a los directivos de una empresa de publicidad para que organicen en Francia una campaña de prensa en contra mía. Uno de los presentes se atrevió a insinuar que el asunto no era fácil y se desviaba de las actividades normales de la compañía. Atacar a un exiliado no es lo mismo que recomendar el consumo de un producto. Además, poco interesa a los franceses la reputación de un refugiado político latinoamericano. Sin embargo, el asunto será estudiado y se hará el correspondiente presupuesto de gastos.

Terminaré por considerarme importante con tantas baterías que apuntan de mi lado. ¿Mi actitud ante esta nueva agresión? Continuar la lucha, escribir para desenmascarar al adversario, en Venezuela, no en París. Mi acción no requiere expertos ni secretarios. Mi presupuesto de batalla es modestísimo. Riñones, papel y la **Underwood.**



Celso Serna me ha traído esta tarde un ejemplar del vespertino caraqueño «El Mundo». Rafael Poleo reproduce en primera página y con bastante exactitud, su entrevista conmigo. Esperaba algo peor de su celebrado mal humor. Celso sigue asistiendo a conferencias y cursillos de economistas y sociólogos católicos. La juventud cristiana está resuelta a rescatar las masas del marxismo impío. Ha roto su asociación suicida con quienes poseen los instrumentos de trabajo. El fenómeno del cura-obrero en la post-guerra, refleja esta tendencia. Mi amigo lamenta que en Venezuela, los copeyanos se hayan dejado arrastrar por «Acción Demo-

crática». Se adequizaron, en lugar de representar, en el seno del gobierno, el elemento moderador, la compostura, la seriedad administrativa. El ministerio de Agricultura y Cría, en manos de un colaborador inmediato de Rafael Caldera, se ha convertido en centro de propaganda electoral. En vez de agrónomos y otros técnicos, agentes políticos recorren los campos en busca de adeptos para el partido. Los créditos y las facilidades se distribuyen en función de preocupaciones ajenas a los intereses del medio rural. El Banco Agrícola y Pecuario ha concedido treinta mil préstamos de dos mil bolívares cada uno, a cambio de futuros votos. Copei se fortalece, numéricamente, a costa del debilitamiento del campo. No es ese el camino para pasar de las sociedades de penuria a las sociedades de abundancia. Los demócratas-cristianos de Alemania y de Italia señalan otras vías. El procedimiento es, más bien, típicamente adeco. Fue aplicado por la Corporación Venezolana de Fomento, aunque en menor escala, para garantizar la victoria de Rómulo Gallegos en los comicios de 1947. Triste triunfo fundado sobre el engaño y la miseria campesina.



Mañana brumosa en Orly. Llega de Madrid Ciro Sánchez Pacheco para ayudarme en las correcciones finales de «Fuerzas Vivas». Parece contento. Me muestra ejemplares de un semanario humorístico llamado «La Pava Macha», particularmente bien escrito. Tiene el sello cáustico de los hermanos Nazoa. Aquiles es el heredero del Jobo Pimentel. Representa el talento y la gracia en una prensa desprovista de ideas y de buen gusto literario.



Lectura del manuscrito. Ciro encuentra que la obra está mejor redactada que «Escrito de Memoria». No tendrá

mayor éxito porque no es un panfleto sino una crítica sutil de la burguesía. El venezolano se complace con la combatividad, siempre que el combatiente sea otro. Asiste al debate y se limita a apostar, como en la gallera. La única diferencia consiste en que en el caso de los políticos expresa su opinión en pequeños cenáculos, discretamente, salvo si se trata de defender al gobernante de turno o a uno de sus favoritos. Entonces, la defensa es abierta, sin tapujos, con la esperanza de que el cuento vuele a Miraflores y acaricie los oídos del mandatario. En esas circunstancias, el general Gómez comentaba:

— ¡Cómo le parece! El hombre es amigo. Algo va a pedir. ¡Ya verán, sí señor!

* * *

Las relaciones de Betancourt y de Kennedy se han estrechado al correr del tiempo. Nuestro Presidente visita a Wáshington y el norteamericano y su esposa a Caracas. La bella Jacqueline recorre nuestra casa de Los Chorros donde damas caritativas con lo ajeno han establecido un jardín de infancia. Así construye y hace obra social la democracia. A pocos pasos de allí funciona el colegio para niñas huérfanas que fundaran el doctor Adolfo Bueno Madrid, mi mujer y sus hermanos, en la que fuera residencia de la señora Elena Plaza de Bueno. Los sucesores de la santa señora renunciaron a más de dos millones de bolívares de legítima herencia, en favor de muchachas pobres, sin alharacas ni aspirar al título de filántropos.

Durante su gira a mi país, protegidos por una muralla de soldados, los Kennedy inauguraron el parcelamiento rural de «La Morita». Tierras ácidas y de secano que serán abandonadas al concluir el show.

* * *

Vaher, un editor de Madrid, publicará «Fuerzas Vivas». También Miguel Angel Capriles, por su cuenta, como de costumbre, sin pedir permiso. Mi familia y yo somos venezolanos privados de derechos. Un adeco que atiende al nombre de Omar Quintana y a actividades turbias, arrendó la quinta «Mimosa», en Los Chorros, propiedad de mi hermana María Luisa. La bautizó Borinquen, en homenaje a Betancourt y se niega a pagar alquileres, alegando que un demócrata honra con su presencia una vivienda de esbirros.

*
* *

Es evidente el sometimiento creciente de los gobernantes venezolanos a los dictados de Wâshington, con la complicidad ostensible de representantes de la plutocracia. La Independencia fue obra de familias pudientes y esclarecidas de la Capitanía General. La dependencia actual es el resultado del contubernio de ricos y aventureros iletrados. Las grandes realizaciones requieren cultura. No así el entreguismo. No se concibe a un Simón Bolívar analfabeto. Tampoco a un Bonaparte o a un de Gaulle. El precario bagaje intelectual del equipo adeco explica muchas cosas.

*
* *

Karl Marx explicaba a Lafargue: «Lo cierto es que yo no soy marxista.» Tenía razón. La evolución mundial ha desmentido sus profecías. Desde el punto de vista doctrinario, el marxismo ha muerto. Subsiste en la práctica sostenido por China y el poderío militar de la Unión Soviética, transformada en tecnocracia. Poca cosa vale un profeta desarmado, aunque diga la verdad. La mentira apoyada por cañones, en cambio, encuentra siempre partidarios. Los contradictores de Kennedy hay que buscarlos en Moscú y los de Nikita en Estados Unidos. Los demás, salvo los chinos, se suman a las opiniones de uno u otro. Pero Mao con el

respaldo de setecientos millones de habitantes ya está fabricando su bombita atómica para hacerse oír. Los principios de la Revolución Francesa esperaron las victorias napoleónicas para propagarse en Europa, así como el nazismo halló seguidores en los territorios conquistados por el Ejército alemán. La verdad verdadera es la del fuerte.



Visita de un compatriota residente en la República Dominicana. Allá sospechan que hubo participación del buen vecino en el asesinato de Trujillo. Cercado por la tribu Kennedy y repudiado por la O. E. A., el Benefactor buscaba un entendimiento con Fidel Castro e importaba mercancías de Checoeslovaquia. Firmó su sentencia de muerte. Ahora, Norteamérica apoya la candidatura presidencial de Viriato Fiallo. Juan Bosch no es de su agrado y Betancourt abandona al viejo amigo, presionado por el líder de la Alianza para el Progreso. Bosch ganará las elecciones, sin embargo. En nuestro países, la hostilidad de Estados Unidos garantiza frecuentemente el triunfo en las urnas. El fenómeno se produjo en Argentina, con Perón.



Carta de J. F. C. La epidemia de cólera que sacudió a la nación, a partir de enero de 1958, tiende a calmarse o anda en solicitud de otras víctimas. Hasta la prensa de «la Cadena» se modera y se oyen juicios menos apasionados sobre los hombres de ayer. Al cambio observado contribuyen la inseguridad social, la difícil situación económica y la ineficacia administrativa del régimen. Las guerrillas proliferan en el interior de la República. No están constituídas por bandoleros, como en Colombia. En sus filas militan estudiantes universitarios y jóvenes profesionales, pertenecientes a familias conocidas. Cuentan con la ayuda del campesino

hambreado y una vez más defraudado por la reforma agraria. La fulgurante carrera de Fidel Castro fascina a los muchachos de veinte años, sedientos de justicia y de notoriedad. A cierta edad, tienta el papel de Salvador, no Salvatierra, por supuesto. Un gobierno nacionalista, empeñado en una obra de progreso y equidad, hubiese podido evitar que esa juventud abandonara las aulas y el trabajo para empuñar el fusil, a pesar del ejemplo y de la propaganda fidelista. ¿Pero qué ofrecen Betancourt y sus colaboradores? Una falsa revolución que favorece el empobrecimiento colectivo, el tráfico de influencias y la concentración del capital en manos de cuatro o cinco apellidos caraqueños. Los oligarcas no se conforman ya con disponer a su antojo y en provecho propio, del crédito del Estado. Los dineros de la Alianza para el Progreso son manejados por cómplices y allegados suyos, quienes compran, a precios fijados por ellos mismos, los materiales destinados a la construcción de casas para las clases media y obrera, sin contar los terrenos adquiridos con igual fin a alguno de «la rosca». Ocurre, además, que los dólares suplidos por Estados Unidos no son entregados al Banco Central de Venezuela. Permanecen en institutos bancarios de Nueva York y son transferidos a las cuentas particulares de los venezolanos privilegiados que suplen la mercancía, para ser invertidos en valores norteamericanos o europeos, cuando no negociados en bolsa negra, en horas de escasez de divisas. Mi corresponsal concluye:

— No revelo a usted un secreto, doctor Vallenilla. El caso es conocido de propios y extraños. Están enterados hasta los limpiabotas de la plaza Bolívar. Entre tanto, el Presidente insiste en pedir la extradición de Pérez Jiménez, acusado de malversación de fondos. ¿De qué se acusará mañana a sus acusadores?

*
* *

La arbitraria distribución de divisas, el excesivo costo de la Administración Pública, la industrialización artificial y onerosa, el aumento sistemático de los impuestos y la falta absoluta de estímulo a la producción de alimentos, encarecen la vida de la masa asalariada. La moneda se deprecia cada veinticuatro horas. También cada día se compran menos cosas con un bolívar y el rendimiento de los presupuestos familiares decrece al mismo ritmo que el de la República. Menos obras de utilidad colectiva, menos carne, menos maíz y menos caraotas en la mesa del pobre. En lugar de elevar la capacidad de consumo de las clases laboriosas, conforme a normas vigentes en nuestra época, la falsa y bullanguera democracia venezolana, provoca la disminución del poder adquisitivo y desalienta las inversiones reproductivas. Diríase que «Acción Democrática» persigue el propósito de transformarnos en un nuevo conglomerado indú, sin consumidores ni productores, abúlico, impotente, regido por reyezuelos y sometido por jenízaros y encantadores de serpientes. De seguir las cosas como van, la vaca se volverá realmente sagrada a los ojos de un pueblo que carecerá de recursos para beneficiarla y comerla.

*
* *

Conversación con Lucien Teissier. Ha celebrado contrato para demoler la casa que habitamos y construir, en su lugar, un edificio de apartamentos. Las gestiones y formalidades tomarán cierto tiempo. Deberemos mudarnos a mediados del año entrante. La noticia me hace el efecto de una ducha de agua fría. Me había acostumbrado a esta residencia tranquila, a la arboleda. Olvidé que era un proscrito, sin patria, sin derechos ni pertenencias. Todo aquí es ajeno, el mobiliario, los libros, los objetos. De nuevo la tarea de buscar donde meternos, en Versalles o en París. Otra vez el proceso de asimilarnos a un ambiente extraño, con la perspectiva de que nos echen al cabo de un período más o menos largo.

Un amigo abogado me escribe de Caracas que represento un caso sui-generis en la historia de Venezuela. Si me permitiesen volver al país, no podría mantener a los míos con el producto de mi trabajo. Soy deudor del Fisco, según mis perseguidores, y todo sueldo, todo salario, todo beneficio, me serían confiscados. Esa es la democracia que defienden, en la prensa y en las cámaras, personalidades independientes, de acrisolada honradez. Sostienen una supuesta constitucionalidad en sus discursos, en sus escritos y en sus actividades, pero no protestan contra el atropello, el vejamen, la persecución y las torturas de la casa gris. Uno de ellos tuvo la osadía de hablar de Derechos del Hombre ante una asamblea de notables. ¿Pensará, acaso, que el hombre es él? Lástima que ignorara la existencia de esos derechos básicos del mundo civilizado, cuando desde Miraflores, aprobaba el despojo y extrañamiento de familias honorables a las que halagaba la víspera, con servilismo inexcusable en caraqueño adinerado y bien nacido.

*
* *

Observa Camus que las revoluciones más cruentas y extremistas alcanzan, finalmente, objetivos limitados. La francesa, por ejemplo, termina en la monarquía constitucional y la rusa en un capitalismo de Estado, con escala de salarios equivalente a la de los países occidentales. En Venezuela no ha habido revoluciones, en el sentido exacto de la palabra, sino cambios de dirigentes, con o sin sangre. La estructura social del presente no difiere mucho de la de la época colonial. Persiste la injusticia en la distribución de la riqueza. Burguesía reducida, proletarios, indigentes. Dudo que medio millón de venezolanos disfrute de las ventajas de la vida civilizada. La publicación de los registros de la Administración del Impuesto sobre la Renta revelaría que vivimos en un ambiente de iniquidad cada vez más acentuado. En los últimos cinco años, apenas si ha progre-

sado la desigualdad. Las preocupaciones sociales de los adecos son tan falsas como las de los federalistas, el pasado siglo. Pura leyenda el socialismo de Ezequiel Zamora o del bárbaro Nicolás Patiño, verdugo de Barquisimeto. ¿Quién inventó semejante conseja? La condición de revolucionario exige una vasta, una profunda formación intelectual. Lenin es un ejemplo elocuente. Las masas no tienen ideas sino un vago instinto de la justicia. Necesitan de un jefe, ajeno al montón, que las dirija y conduzca a la victoria. Caso de Simón Bolívar. Los grandes hombres son, a un tiempo, los apoderados y los poderdantes de sus pueblos. Mueve a risa el agrarismo de un Emiliano Zapata y de sus émulos venezolanos de la reforma. A través del I.A.N., Himalaya del tráfico de influencias, en el curso del quinquenio romuliano, se han cometido los mayores abusos de nuestra historia, a un costo de más de dos mil millones de bolívares. El ignorante y el salvaje son hombres sin escrúpulos ni sensibilidad, conservadores. a su manera. La conciencia social es fruto de la civilización y del estudio, como el respeto a la dignidad humana. Allá confundimos al revolucionario con el charlatán y la contienda armada con las revoluciones. La rusa no deriva su celebridad del número de muertos en la lucha por el poder, sino de la abolición de la propiedad privada de los instrumentos de trabajo. En Venezuela se cumplirá la revolución el día en que nuestros siete millones de habitantes se conviertan en burgueses, como consecuencia de una renovación total de sistemas.



Exposición de pintura abstracta en una galería de la rue Bonaparte. Asiste razón a Bernard Buffet cuando aconseja a los apasionados coleccionistas de esta escuela plástica, pintar sus propios cuadros. Economizarían y el resultado no sería peor. A la salida, topamos con Héctor Poleo y su señora. Tomamos el té juntos en un lugar cercano. No los

veíamos desde la famosa cena de Fina Gómez, en 1959. A partir de entonces, eludieron nuestra compañía, quizás por temor a un nuevo debate en la Cámara de Diputados de Venezuela, consagrada a reseñar y censurar las reuniones de compatriotas en París. Un problema más importante, sin duda, que el de la carestía de la vida y el de las especulaciones de oligarcas.

*
* *

Llamada de «France Presse». El general Marcos Pérez Jiménez ha sido detenido por las autoridades norteamericanas, como consecuencia de una infame decisión judicial Ya Bob Kennedy había anunciado, con semanas de anticipación, que nuestro ex-Presidente sería condenado y entregado al gobierno del señor Betancourt. Hay que desconfiar de los hombres con cara de saltamontes y de la Justicia de Estados Unidos. Siento la bofetada en pleno rostro. Estamos en proceso de portorriqueñización. El propósito inequívoco es destruir los valores de América Latina, pisotearlos, para facilitar futuros desembarcos de **marines**. Telefoneamos a Miami y hablamos con Flor, la angustiada esposa de mi compadre. Se expresa con dignidad, como corresponde a una ilustre venezolana en desgracia. No encuentro palabras para manifestar mi indignación y la de mi familia. Si pudiera, volaría a su lado, pero no me conceden visa para Norteamérica. Soy un indeseable en aquella democracia y no cuento con padrinos poderosos, como Miguel Otero Silva.

La señora de Pérez Jiménez me refiere que su marido se halla en una cárcel del condado de Dade, en celda común, como cualquier delincuente. Durante toda la noche suena el teléfono en casa. A las protestas de mis compatriotas se unen las de franceses, italianos y españoles. El gobierno norteamericano procede en la misma forma que algunos ricos de Caracas. Se prostituye sin necesidad. La indelicadeza de los grandes es más grave, menos perdonable que la de

los débiles. La tribu Kennedy escogió la época de las Navidades para privar a un hogar de la presencia del padre, en torno al arbolito. Allá en Wáshington la aplaudida Jacqueline distribuirá regalos a sus niños, mientras Rómulo, en Miraflores, festejará con **multisápidas** una ofensa al decoro de la patria. Pero esta es solamente la primera faz de un descabellado e insolente desafío. El porvenir reserva sorpresas al opresor y a su esclavo. No se juega con el honor de las naciones ni se borran fácilmente años de historia. Tocó a Pérez Jiménez presidir la era de mayor progreso que ha conocido la República. Poco importan los califacativos. Autócrata, tirano, déspota. Palabras y más palabras. Interesa la obra cumplida, que fue grande, superior a la de todos sus predecesores reunidos, en cifras, en realizaciones, en bienestar. Durante el vilipendiado quinquenio no se trabajó para los pudientes. Se les dejaba vivir, pero deseábamos que otros vivieran como seres humanos. Por primera vez, el proletario participó en la riqueza petrolera. Para él hubo casas sindicales, viviendas y ciudades vacacionales, aunque no en la proporción que merecía al cabo de un siglo de abandono. Este fue, quizás, nuestro principal error, mas vendrá la rectificación con el despertar ciudadano, después de una etapa de mentiras y de leguleyismo.

*
* *

Saint-Moritz a fines de año. Recibo una carta de mi hermana Finita. Refiere que Andrés Germán Otero vendió mi acción del Caracas Country Club a un norteamericano. La había heredado de mi padre, fundador de ese centro social junto con los señores William H. Phelps, Henrique Pérez Dupouy, Luis Vaamonde Santana y el doctor José Gil Fortoul. El club funcionó primero en Las Barrancas, en terrenos de la señora Carolina Uslar de Rodríguez Llamozas. Luego, los socios adquirieron la finca denominada Blandín, al Este de la capital. Una decisión del ministro de Hacienda

basta para arrebatarme un bien y beneficiar a un yanqui. El caso resume el drama de nuestros pobres países. Una vez más el buen vecino se aprovecha del esfuerzo ajeno. Al parecer, no hubo oposición de parte de la Junta Directiva, a pesar de que está integrada por personas que se decían amigas mías, en época anterior a la adversidad política. Sin embargo, era fácil declarar que la transferencia de ese tipo de acción exige un escrutinio y el voto favorable de una mayoría de directores. El despojo sigue contando con la complicidad de los pudientes. Ahora sirvo de instrumento a «Garza Triste» para estrechar relaciones con quienes suplen los dólares de la Alianza para el Progreso. Solía decirme Baldomero Uzcátegui, otra víctima del odio adeco: «¡Si la sinvergüenzura tuviese un precio, produciría más que el petróleo!»

*
* *

Mañana de duelo. Recibo un cable del doctor Roberto Vetencourt, fechado en Miami. Ha fallecido Luis Malaussena. Mi mujer y yo nos preguntamos cuál ha podido ser la causa de la desaparición del ilustre arquitecto. Hasta hace pocos meses, gozaba de excelente salud. Tampoco soportó Luis el exilio. Venezolano integral, no podía prescindir de la patria, a pesar de su formación francesa y de sus frecuentes ausencias de la tierra nativa. Eran viejas y profundas las raíces de ese árbol criollo. Del lado materno descendía mi amigo de la aristocracia colonial que hizo la Independencia. Su abuelo, el doctor Raimundo Andueza Palacio, fue Presidente de la República, y él repetía, complacido, frases de sus discursos: «¡Quiero prensa libre que censure los actos de mi gobierno!»

«Siéntate a la puerta de tu tienda y verás pasar el cadáver de tu enemigo», reza el proverbio árabe. Falso. Frente a la mía desfilan, solamente, los de seres queridos, irremplazables. Mis adversarios prosperan y disfrutan de la demo-

cracia. No morirán, por ahora. El destino preserva sus vidas para que presencien un nuevo acto del drama nacional.



Memorandum de Caracas. Los tres principales partidos políticos estallarán, como granadas, en un futuro cercano. Es lógico. Su desarrollo y el ejercicio del poder han sido fatales para sus dirigentes, desbordados por tropas jóvenes, combativas y mejor preparadas para la lucha. Los nuevos reclutas no aceptan, incondicionalmente, las consignas de jefes fracasados en el gobierno o en la contienda electoral. La palabra de Betancourt, de Caldera o de Villalba, no es ya dogma para el militante de hoy, más culto, con mayor información sobre los problemas del mundo. Existe gran distancia entre un Alberto López Gallegos y un Domingo Alberto Rangel, entre un Lorenzo Fernández y un Luis Herrera Campins, entre un Humberto Bártoli y un Alirio Ugarte Pelayo. El sometimiento de los viejos se deriva de una formación intelectual limitada que aplaude las dotes oratorias del líder principal porque nunca tuvo ocasión de escuchar a otros, que admira ideologías refritas y argumentos gastados porque ignora la revolución ideológica que se cumple en la tierra. Su fidelidad es aldeana, primitiva. Saben, además, que nada serían sin el apoyo del caudillo que fabrica, a su antojo, ministros, gobernadores, senadores y diputados. La nueva generación, en cambio, tiene conciencia de su propio valer. Está convencida de que puede andar sola, por distinta vía, con posibilidades de triunfo y sin la ayuda de carcomidas muletas. Adecos, copeyanos y urredecos disidentes formarán un frente común en 1965 o en 1966 y ganarán las elecciones de 1968 si un golpe de Estado no interrumpe el actual proceso. Pero aun así, conquistarán el mando, luego de un obligatorio entreacto militar o asociados a oficiales que compartan sus puntos de vista, de forzosa esencia tecnocrática. A ellos se sumará la intelectualidad

progresista del mosaico llamado pérezjimenismo. Es inevitable. El mismo fenómeno se producirá en Colombia donde llegarán a un entendimiento, Alvaro Gómez, Alfonso López Michelsen y lo positivo del rojaspinillismo, en acción destinada a liquidar el monopolio político de los partidos históricos. La juventud universitaria y la masa pauperizada son insensibles a las prédicas de «El Espectador» y «El Tiempo», órganos de oligarquías, profetas de la desigualdad social, voceros de la resignación y defensores de un institucionalismo que mantiene privilegios y odiosas injusticias. No tardará el momento en que nuestros pueblos «saldrán de la legalidad para entrar en el Derecho». El derecho a una vida digna, a salvo de la desgracia y del atraso.

En Europa, los viejos partidos no han soportado las consecuencias de la guerra y tienden a desaparecer. En Francia, radicales y socialistas agonizan, transformados en clubs políticos, en estados mayores sin influencia sobre las masas. Tampoco escapan los comunistas al proceso divisionista. La organización férrea, dirigida desde Moscú, pertenece a la historia. Ahora hay pro rusos, trotzkistas, pro chinos, titistas, progresistas. El eminente Palmiro Togliatti aboga por la independencia de cada grupo, por prescindir de la preponderancia de la Unión Soviética como único medio de salvación. Hasta los albaneses se emancipan de la tutela moscovita. Dieciocho años de paz han bastado para la derrota política y moral de la Revolución de Octubre, en su aspecto universal. La rebelión húngara de 1956 fue la señal sangrienta de la inconformidad de Europa oriental. Nikita se vio obligado a ceder, a reconocer cierta autonomía a los pueblos sojuzgados. De otra parte, los expertos de la gran nación eslava han admitido que es imposible aplicar los métodos inflexibles de los primeros planes quinquenales a economías complejas como la checoeslovaca. De ahí arranca el movimiento hacia la liberalización. Entre tanto, Europa occidental ha ganado la partida. En el plazo de casi dos décadas, no ha sufrido crisis, sino cortas etapas de recesión

y ha comprobado que las libertades públicas facilitan, más bien, el éxito de los programas de desarrollo. El progreso social no exige ni partido único ni régimen policial ni propiedad colectiva de los medios de producción. Si exceptuamos a algunos intelectuales que se autocalifican de avanzados, todos sabemos que la tecnocracia alcanza la victoria, asociada al respeto de la dignidad humana. A estas alturas, los soviéticos se aferran a una doctrina superada y no han logrado vencer el mal endémico del agro. Ellos y los chinos importan productos agrícolas y el fracaso del programa de explotación de tierras vírgenes provocará, seguramente, la desgracia de Krutchev, último representante del viejo estilo.

*
* *

Título de un diario de Caracas: Detenido Napoleón. Se trata de mi amigo el doctor Napoleón Dupouy. Si hubiese sido yo padre de un varón le habría llamado Laureano, Juan o Manuel. Hay nombres difíciles de llevar. Recuerdo que en años pasados, acompañé a Xavier Lope Bello a la Jefatura Civil de Sabana Grande. Deseaba inscribir a un hijo suyo en el Registro de Nacimientos.

— ¿Nombre? —preguntó el secretario, a la sazón mi amigo Octavio Pérez Vera.

— Andrés —contestó Xavier.

— ¿Apellido?

— Bello.

Al oír esto, Octavio soltó la pluma y tendió la mano al otro:

— ¡Entonces, es usted el padre de Andrés Bello! Permítame felicitarlo muy cordialmente.

*
* *

Carta de Miami. El general Marcos Pérez Jiménez pasó su primera noche de preso en la misma celda que otros detenidos, sin la menor consideración. Al día siguiente, fue trasladado a un cuartucho de paredes y techo metálicos donde

el calor es asfixiante, casi intolerable. Su alimentación consiste en un sandwich de salmón enlatado. No está autorizado para recibir encomiendas de familiares y amigos. Su esposa habla con él por teléfono, a través de un vidrio. El señor Kennedy comunica estos detalles a Betancourt. Es inconcebible que el hombre más poderoso del planeta se complazca con semejante iniquidad. Algo van a pedir en cambio las compañías petroleras y él. Probablemente, la devaluación del bolívar.

Otro relato triste. La muerte de Luis Malaussena. Operado de la vesícula biliar, falleció días después, en el hospital, de una deficiencia cardíaca. A Roberto Vetencourt, quien fue a visitarle, declaró con voz pausada: «Vienes a ver a un macho, luchando con la muerte.» Luego, la referencia a Venezuela: «Mira, muchachito, los adecos no podrán borrar mi nombre de la obra realizada. El arte resiste a todo, inclusive a la ignorancia.»



Llegamos a Versalles bajo una fuerte nevada. Paseo vespertino con Celso Serna. Vamos hasta el gran canal. Las estatuas del parque visten de húmedos retazos blancos. Volvemos al tema económico que agrada a mi antiguo compañero de equitación. Hablamos de Henry Ford, quien fue el primero en comprender que los trabajadores de la industria constituían una masa consumidora importante, cuyos niveles de vida era necesario elevar para garantizar la expansión. Rompió así el norteamericano con la norma tradicional e inhumana de rebajar los costos a base de jornales mínimos, apenas suficientes para no morir de hambre. A partir de entonces se inició el proceso de transformar el salario, es decir, la remuneración del trabajo **strictu-sensu**, en distribución de poder adquisitivo no solamente al obrero sino al consumidor representado por el inválido, el anciano y el niño. De ahí el origen de los seguros sociales. En nuestros

días, la diferencia fundamental entre la economía colectivista y la economía capitalista consiste en que del otro lado de la Cortina de Hierro, las **plus valías** van a parar a manos del Estado y en el mundo occidental, permanecen parcialmente en poder de las empresas para servir de base a la formación de nuevos capitales. Subrayemos, sin embargo, que este privilegio de los particulares es bastante relativo en nuestra época. Se trata de **formar**, no de **disfrutar** de capitales adicionales. Las grandes fortunas que permiten lujos desmesurados, tienden a desaparecer y la retribución de los ejecutivos o equipos gerenciales, principales beneficiarios de la constante creación de unidades productoras, no difiere mucho en París o en Moscú. Quizás en la Unión Soviética esos señores están mejor pagados porque todavía allá escasean los especialistas, pese al esfuerzo cumplido.

Celso se refiere a los partidos demócratas-cristianos de Italia y de Alemania. Observo que el éxito de los socialismos liberales obedece a la capacidad extraordinaria de los dirigentes. La suerte de esos pueblos está en haber contado con hombres como Einaudi, de Gásperi, Adenauer y Erhard. El hecho de que Copei se diga afiliado a dichos grupos no convierte en genios a Caldera, Lorenzo Fernández y Giménez Landínez. Temo que si gobernaran en Roma o en Bonn provocarían irreparables catástrofes. El plan para el acondicionamiento de Sicilia, por ejemplo, en nada se asemeja a la política agraria de nuestro ministerio de Agricultura y Cría. Tampoco puedo imaginarme a un Fanfani, distribuyendo dinero, a troche y moche, desde el equivalente italiano del Banco Agrícola y Pecuario, para conquistar prosélitos que voten mañana por la tarjeta verde. Ya hemos visto los resultados del plan de producción de maíz, tan exitoso como el que otrora aplicara, en el Estado Falcón, el doctor Tomás Liscano. Ahora hubo que importar centenares de toneladas de Estados Unidos y de México y fue una oportunidad, según público rumor, para cobrar crecidas comisiones.

*
* *

Escriben de Caracas que uno de nuestros más encarnizados perseguidores es el doctor Aguilar, ex-protegido de Silvio Gutiérrez y ministro de Justicia. Ignoro las causas de su resentimiento. Era amigo de su padre y de sus tíos, Luis Alejandro y Oscar. En una ocasión me telefoneó el doctor Luis Felipe Urbaneja para que apoyara la candidatura de este joven profesional a la Secretaria del Colegio de Abogados del Distrito Federal. Así lo hice. Andrés Aguilar es nieto de aquel Modswlay de quien decía Tomás Ignacio Potentini:

Si Modswlay es inglés
No cabe duda
que también el inglés
viene del mono.

*
* *

Me envían de Madrid los veinte primeros ejemplares de «Fuerzas Vivas». La obra está bien impresa y el tamaño del volumen facilita los despachos por correo aéreo. Anuncian otro lote que llegará a fines de semana. Mi mujer convida amigos de la colonia venezolana para celebrar el acontecimiento. Uno de ellos, que hojea el libro después de la cena, pretende descubrir figuras conocidas detrás de cada personaje. En vano trato de disuadirlo. En nadie pensé, concretamente, al redactar la novela. Claro, me cuidé de desarrollar la acción en ambiente criollo y que criollos fueran la heroína y demás actores principales. También quise que cada uno de ellos correspondiera a una categoría social típicamente vernácula. Por lo demás, no encuentro adecuado se me tilde de costumbrista. Señalar los hábitos y reproducir el lenguaje de mis compatriotas, no justifica el calificativo. Nosotros no actuamos ni nos expresamos como los ingleses, así llevemos el apellido Modswlay. En mi concepto, costumbrista es el autor que se propone destacar, de preferencia, el color local, descuidando otras preocupaciones.

*
* *

Vamos por diez días a Mallorca, atendiendo a una insinuación de Camilo José Cela, a quien no he visto desde hace años. Una hora de vuelo y aterrizamos sobre una pista bañada de sol. El escritor nos espera al pie de la escalerilla. Su físico no ofrece mayores cambios. Ha engordado algo. Conserva el aspecto británico, heredado de su madre. Al hablar, desaparece Inglaterra y surge el español que se expresa en elegante castellano, como corresponde a este gran señor de las letras. Nos dirigimos al hotel, conducidos por él, en su coche pequeñito y confortable. El paisaje recuerda ciertos sitios de nuestro litoral. Palma es una hermosa ciudad. ¿Sería acaso mallorquino el constructor de La Guayra? Salsipuedes es una reproducción de la callejuela que admiro mientras nos detiene una luz roja.

— Debo advertirte —declara mi amigo— que el hotel que has escogido es una birria. La próxima vez me avisas para reservar habitaciones en el «Son Vida». Ahora es inútil. ¡Está lleno!

Tiene razón. Entramos a un establecimiento ruidoso, de colores subidos que molestan la vista, repleto de turistas de **shorts** y sandalias, sudorosos, malolientes, con cámara fotográfica terciada. Un guía gritón dirige a ese ganado sumiso, le ordena subir al bus, bajar, admirar la naturaleza, comer y dormir.

Camilo nos cita para presentarnos a Charo, su esposa, y cenar con ellos. Velada grata en un excelente restaurante, frente a una linda plazuela.

— Mañana —decreta el autor de La Colmena— cenaréis en casa. Prepararemos un plato típico.

Decidimos alquilar un automóvil para visitar la isla. Se presenta el dueño de un **Opel** nuevo. Aceptamos las condiciones y salimos. Apenas arranca el coche, el chofer dice:

— ¡Tenéis suerte! Llegáis a Mallorca y conocéis a Gabriel, **el súdito** más honrado de la comarca. ¡Gabriel soy yo, para servirles!

Reímos. El hombre habla sin parar, a medida que recorremos la ciudad y los aledaños. De pronto, señala una casa blanca sobre una colina.

— ¿Queréis comprarla? Pertenece a un alemán que debe ser operado de la próstata. La vende sin intermediarios y me ha encargado de gestionar el negocio porque no soy un intermediario sino un amigo. ¡Además, se trata de Gabriel y como Gabriel no hay dos!

Siguen la perorata y las referencias a la próstata del teutón. Diríase que ama la palabra y la repite sin cesar, con deleite. Preguntamos dónde podemos almorzar y nos conduce a la Lonja del Pescado, fonda popular del puerto, frecuentada por marinos. Acierta con la recomendación. Pocas veces he comido mejor. Preparan una especie de **bouillabaisse** superior a la francesa. Los precios bajísimos, increíbles.

Cena en el apartamento de Camilo. Asisten sus secretarios, Fernando y María Elvira. Han colocado la mesa en el salón. Estantes doblados por el peso de los libros, cuadros, caricaturas del académico. Terminada la comida, aparecen un poeta norteamericano y su mujer, muy simpáticos. Ambos viven de colaboraciones en revistas de Estados Unidos. La sobremesa se prolonga hasta las dos de la mañana. Mi hija y mis sobrinas, conquistadas por la gracia de Cela, no piensan que debemos retirarnos.

*
* *

Paseos entre almendros y olivares. Calas de belleza indescriptible. En todas partes construyen edificios para hoteles y apartamentos. El valor de los terrenos aumenta cada minuto. Docenas de aviones despegan y aterrizan día y noche, con su cargamento de turistas. Esta mañana hemos esperado a Gabriel durante media hora y a mi reclamo, responde:

— Ayer me habéis dicho que saldríais a las diez y solamente os he visto a las once. Hoy me correspondía a mí.

¿No es lógico? Gabriel es muy justo, el ser más justo del mundo.

Visita a la que fuera residencia de George Sand y de Chopin. Nada extraordinario. Atravesamos un pueblo llamado Génova. ¿No sería mallorquino Cristóbal Colón? Esta versión es más sensata que la otra.

— ¡Naturalmente! —opina Gabriel—. Un descubridor debe ser de aquí. ¡Hay que ver lo que he descubierto yo! ¡Si les digo que descubrí la enfermedad del alemán!

Y vuelta con la próstata del germano, hasta que nos lleva a la Lonja del Pescado.



Gira a Formentor con Camilo. Carretera que recuerda a la de Choroni y sus brumosos parajes. Desde una cumbre se divisan la bahía y el hotel blanco, en medio de una arboleda. Me gustaría vivir allí durante varios meses seguidos. Cela cuenta que en ese establecimiento escribió una de sus novelas.

De regreso, paramos en Pollenza donde residió, por largos años, Ramón Vallenilla, un primo mío, fundador del sindicato de pescadores de la localidad. En la salita de la casa sindical, está su fotografía, en sitio de honor.



Volamos a Madrid. En el aeropuerto nos esperan los Schloeter, Régulo Fermín Bermúdez y el capitán Oscar Paredes López. Decidimos la visita a última hora y hubo dificultad para conseguirnos hospedaje.

Esta tarde, Federico me ha acompañado al museo de El Prado. No convengo en venir a la capital de España y privarme de admirar a las Meninas. Por la noche iremos al «Sambra». También vale la pena la bailaora.



Rubén Corredor celebra la primera comunión de su hijita menor con un fabuloso desayuno en el Hotel Velásquez. Concurren doscientos compatriotas. Saludo amigos que no veía, desde año atrás. La fiesta se prolonga hasta pasadas las tres. Larga caminata con Federico para digerir.



De nuevo mi cuarto de Versalles y la máquina de escribir. Terminada e impresa la novela, me ocupo de este diario deshilvanado, en espera de otro intento literario. He elaborado pacientemente un programa de lectura y de estudios que ocupará mi existencia de exiliado en los meses futuros.

En carta recibida hoy, militares desterrados en España me piden pasaportes paraguayos. Alguien puso en circulación la especie de que desempeñaba el Consulado de esa heroica nación en París. Me siento personaje de Pirandello. ¿Quién soy, en realidad? Para determinados compatriotas, informados por las biografías que generosamente me absequia «la Cadena» Capriles, un ladrón y asesino, propietario del Hotel Jorge V, vicioso, enfermo mental y aficionado al alcohol y a las drogas. Marcel Proust opinaba que nuestra personalidad social era obra de los demás.



Vuelve a casa el caraqueño residenciado en la República Dominicana. Esta vez, en compañía de un joven militar de ese país, de apellido Fernández o Domínguez, según me pareció comprender en el momento de las presentaciones. Recorremos el parque para aprovechar los últimos rayos del sol vespertino. Cuentan que Rómulo asistió a las ceremonias de toma de posesión del Presidente Bosch. Fue recibido con frialdad y hubo contra él manifestaciones hostiles. Estuvo rodeado de guardias, durante su permanencia en la isla. El nuevo Presidente goza de cierta popularidad, pero debido a

su prolongada ausencia, no conoce a sus gobernados e ignora los problemas fundamentales y los otros, acentuados por la fuga de capitales y la desconfianza de la alta burguesía, acostumbrada a la paz sepulcral de la dictadura. Por más de treinta años, el Padre de la Patria Nueva, monopolizó las iniciativas y las decisiones. El habitante se habituó a no pensar ni resolver. Eso estaba a cargo de un hombre con omnímodo poder. Mis visitantes consideran que el elegido de las mayorías será derrocado, dentro de pocos meses, por un golpe de Estado. El Ejército es hechura de Trujillo y el alma del muerto impone su voluntad en los cuarteles. Habla el oficial:

— La desaparición de ciertos caudillos es puramente física. Su espíritu es inmortal y continúa en la sombra la labor aparentemente interrumpida. No es envidiable el porvenir de los autores del atentado que costó la vida al tirano. Quizás corrieron con mayor suerte los cómplices ametrallados, a raíz del suceso. El Generalísimo sigue siendo implacable, maquiavélico. Hará cuanto esté a su alcance para cubrirlos de oprobio antes de someterlos a la vindicta pública. El futuro de Imbert, promovido general después del crimen, es horrible, escalofriante, y si llegare a ocupar posición destacada, la nación pagará con sangre su encumbramiento. Mi madre era haitiana, doctor Vallenilla. Pertenezco a una familia de brujos. Ya me dará usted razón. Trujillo es tan peligroso fallecido como en vida y desde el más allá, castiga a los infidentes. Todos tendrán un fin trágico. ¡Para estar tranquilos, lo mejor es no meterse con él!

Guardo silencio. Propongo regresar a la biblioteca. Me ha impresionado este capitán con voz y ademán de profeta.

Los hombres importantes no descansan en el otro mundo. Son víctimas de la moda histórica. Sucesivamente, se les aplaude y se les ofende. No me sorprendería si Trujillo se transforma mañana en símbolo de la soberanía dominicana. Pagó las deudas, echó a los marines, con buenas maneras, se entiende. Cancelados los compromisos no había motivo

para que los norteamericanos controlaran las aduanas de la República.

También fue nacionalista el general Juan Vicente Gómez. A su muerte, nada debía Venezuela al Extranjero y no existía pretexto para una repetición del bloqueo de nuestros puertos.

— La planta insolente... Muy patriota don **Ciprio**, ¡sí señor! ¡Pero no pagaba! Los pobres no pueden endeudarse. Es peligroso. ¿Cómo le parece?

El patriotismo integral exige una vasta cultura. Los ignorantes son patriotas parciales, si acaso. Carecen de medios para ejercer una acción totalmente fortalecedora de los pueblos a su mando. Los errores del Benemérito fueron los del primitivo conducido por la anarquía a la Magistratura Suprema. Conviene oírlo, sin embargo:

— Yo no he gobernado con **musiúes**. Busqué a los mejores del país para que me ayudaran a poner orden, ¡sí señor! Pagué hasta las deudas de Bolívar porque él hizo la patria. ¡Eran sagradas! ¿Cómo le parece? Pagué también las de los vagamundos que mandaron después. El acreedor no sabe quien es bueno y quien es malo. ¡Así es! Quiere su centavos, ¡sí señor!



Telefonea una voz con marcado acento bogotano. Es el doctor Carlos Pérez Norzagaray, amigo de mi primo, Julio García Vallenilla. Desea conocerme. Sé que es un político liberal, antiguo Gobernador de Departamento y ex-Secretario de Alberto Lleras Camargo. Pertenece a la familia de don Santiago Pérez Triana, compañero de mi progenitor en el grato y frívolo París de 1900, el del **polisson**, los sombreros de plumas y el **french cancan**, el de Rubén Darío y Amado Nervo, el de Gómez Carrillo y José María Vargas Vila. Nos citamos en el bar del «Plaza Athénée».

Interesante conversación sobre nuestros dos países, en presencia de Josefina, la rubia y bella esposa de Carlos Pérez. Lamento que un compromiso anterior me obligue a retirarme pasadas las nueve de la noche. Mañana almorzaremos juntos y reanudaremos la charla.



Me despierta temprano una llamada de Arturo Uslar Pietri. Ha llegado la víspera de Maiquetía. Al atardecer, voy en solicitud suya y de Isabel. Cenan con nosotros en Versalles. Larga plática. El autor de «Las Lanzas Coloradas» opina que digo demasiadas cosas en «Fuerzas Vivas». Hasta ahí el juicio crítico que le merece la novelita. Me refiero a «Un Retrato en la Geografía». Sobre esa obra, que me mandó dedicada, le escribí una extensa carta que quedó sin respuesta.

Pasamos al tema político. Arturo aceptará su postulación a la Presidencia de la República, en las próximas elecciones, si logra ser candidato único de la oposición. Pregunto si Caldera desistiría de pretensiones ya crónicas.

— Lo creo difícil, pero el problema no es muy grave. Se ha comprometido demasiado con «Acción Democrática». En cambio, quizás sea posible convencer a Larrazábal y a Jóvito Villalba. En ese caso, habría manera de alcanzar la victoria contra el favorito adeco que será Raúl Leoni. ¿Has leído «La Pava Macha»? ¿Te fijaste en la tarjeta de entierro? ¡Es muy elocuente!

Uslar cifra esperanzas en los cuatrocientos mil nuevos electores que seguramente no votarán por el partido de Betancourt. El país está harto de facciones y escogería a un independiente sin complicidad con la coalición que ha arruinado a Venezuela en un quinquenio de desaciertos políticos y administrativos. Hoy, en su concepto, el descontento es mayoritario y respaldará al hombre que prometa reaccionar contra el presente desbarajuste.



No consiguió Arturo anoche volverme optimista. Sigo escéptico. El fin de «Acción Democrática» demanda años, todavia. Se requieren más hambre, más desgracias, más muertos, para verla desaparecer del escenario nacional. Dispone de seis o siete mil millones de bolívares anuales de Presupuesto, que distribuye a su leal saber y entender, del apoyo de Washington y del apreciable aporte de la sinvergüenzura burguesa que trafica y se enriquece. También de algunos militares de alta o baja graduación alcohólica, más aficionados al whisky y a la vida fácil que al heroismo.

*
* *

Mi mujer y yo vamos a Orly en busca de Clarita y Adolfo Bueno Plaza, a quienes no hemos visto desde 1958. Ahi están, casualmente, los Uslar y los Pérez Norzagaray que se marchan a Madrid en el mismo avión. Aprovechamos para despedirlos.

Nos sentamos y sirven whisky, en espera de la partida. Aparece Celso Serna con un paquete de chocolates para Isabel y se incorpora al grupo. Arturo lo interroga sobre su vida parisina. Contesta que estudia y me visita. Piensa que le es útil conversar conmigo. Algo aprende acerca de la Venezuela de ayer y de siempre. Uslar cuenta una anécdota de Gustavo Herrera. En una ocasión, fue un joven universitario a pedirle una beca para estudiar Derecho Constitucional en Bélgica.

— ¡Y para qué ir tan lejos! Visite al doctor Villegas Pulido. ¡En materia constitucional, sabe más que todos los belgas!

*
* *

Nos dejamos convencer por Manuel José y vamos de paseo a Londres con los Arreaza, Corina y Francisco Sucre. Basta media hora de vuelo para aterrizar en otro mundo. Los aduaneros atienden al turista como un gran señor a sus

invitados. «¡Pardon me, excuse me, sir!» Han transcurrido treinta años desde la última vez que estuve en esta ciudad. Rodamos por una carretera amplia. Hileras de casitas de color rojizo. Se asoman geranios a las ventanas blancas. Suburbios limpios, barriadas impecables. La justicia social ha penetrado aquí, suavemente, sin armar escándalo. Desaparecieron los decorados y los personajes de Dickens. El ilustre autor podría escribir ahora un cuento de Navidad menos patético. El coche se dirige al centro de la inmensa urbe. Una bandera venezolana adorna el frente del «Hotel Claridge». Debe hospedarse allí un compatriota de importancia política. Sé después que se trata de Alejandro Oropeza Castillo al topar en el «hall» con una melena blanca y unos ojos de tamaño poco común que miran de nuestro lado y se alejan rápidamente.

*
* *

Me gusta caminar en Londres. «New Bond» y «Old Bond» street, «Burlington Arcade». No quedan huellas de la guerra. En una tienda de Piccadilly, el zapato que admiré en mi adolescencia sigue nadando en una caja de vidrio para demostrar su impermeabilidad. Más allá están el mismo sastre, el mismo restaurante barato. Como antes, vuelan las palomas en torno al monumento a Nelson y circulan señores graves de cuello duro, camarita, impermeable y paraguas. ¿Será verdad que existieron Hitler y sus aviones de bombardeo? Las viejas patrias son inconmovibles, invencibles.

*
* *

Hoy domingo recorremos la capital solitaria. Transeúntes y vehículos se han esfumado. Diríase que atravesamos pueblecitos tranquilos unidos por espacios verdes. La «City» y sus edificios vacíos e imponentes. Manuel José ha separado asientos para mañana, a bordo de un autobús especial

de techo transparente. Quiere verlo todo, pero cuando haya gente en la calle. Al pasar frente a la Torre de Londres hace detener el coche, baja y regresa cargado de libros explicativos, mapas y postales. También de paso compra chocolates que distribuye entre nosotros. Blanca observa que es una lástima que no vendan allí maletas. El otro parece no oír y dice:

— ¡Debemos aprovechar para visitar a Escocia!

*
* *

Cuadro vivo de Gainsborough en el vestíbulo del «Claridge». Mujeres de trajes vaporosos y sombreros de paja de anchas alas. Caballeros de chistera, enlevitados de gris, con rosa o clavel en el ojal. Es la temporada de carreras de caballos.

A la salida del hotel, el abrazo de un compatriota amigo, Jesús Calvo Lairet. Ha venido a Londres para asistir a la boda de un hijo de Oropeza. Hablamos durante varios instantes, cordialmente. Calvo es un banquero experto, formado por Henrique Pérez Dupuy. Hombre recto, se puede confiar en él. Sigo mi paseo a pie hacia «New Bond» street, En sentido opuesto viene una silueta que se me antoja de venezolano. En efecto es un coronel de las Fuerzas Aéreas, sumado a la democracia después del 23 de enero. Fue Gobernador del Distrito Federal en aquellos días tumultuosos y sus finanzas mejoraron notablemente, según cuentan. Me observa de reojo y acelera el paso.

*
* *

Pedro Estrada me ha encargado una pipa. Acostumbra fumar después de las comidas. Lo único en que coincide con Rómulo Betancourt. El «Inquire» del «Claridge» me recomienda un establecimiento de «Burlington Arcade». Puerta desvencijada. Un cuarto oscuro y estrecho donde oficia un

anciano de gruesos anteojos. Me enseña varios modelos. Escojo uno. «¡Es el mejor!» declara el comerciante. Al enterarme del precio, digo que yo creía que los artículos más costosos eran los producidos por «Dunhill». El hombre me mira con lástima:

— ¡Cuando mi abuelo hacía pipas, el honorable señor Dunhill no pensaba en nacer!

Luego pregunta cual es mi marca preferida de cigarrillos. Respondo que «Philip Morris.» Nueva mirada de conmiseración:

— ¡Fúmese uno de los míos después de almorzar y sabrá apreciarlo!

Me tiende un pitillo grueso, sin marca y ante mi extrañeza, añade:

— Mis productos no tienen marca. Tampoco les damos publicidad. Nuestra clientela es de viejas familias londinenses, a las que servimos semanalmente a domicilio. En ese libro están sus nombres y direcciones. El difunto príncipe Alberto, consorte de la reina Victoria, no consumía sino esos y su descendencia y la de sus amigos ha conservado la costumbre.

De vuelta al hotel, una grata visita me espera en el «hall». Es Mario Sosa Puccini, en gira turística por distintos países europeos. Siento por él y por su hermano José especial estimación. En el seno de las Fuerzas Armadas se han distinguido ambos por su dignidad y hombría de bien. Almorzamos juntos y evocamos un pasado reciente, que compartimos, durante largos años. Mario desempeñaba el cargo de Segundo Jefe de la Casa Militar, en época de las Juntas y de Pérez Jiménez. Como yo, fue testigo de muchos acontecimientos importantes. Juzga que expreso la verdad en «Escrito de Memoria». Su testimonio es estimulante para mí. Salimos con Manuel José Arreaza, sin rumbo fijo. Desfilan recuerdos de antiguos compañeros. El «viejo» Carlos Morales, José Joaquín Jiménez Velázquez, el excelente Gregorio Contreras Godoy, quien soportaba con infinita pacien-

cia las bromas de Morales. ¿Será posible reunirnos todos algún día en Caracas? ¿Se extinguirán alguna vez los odios?

*
* *

Vamos al teatro. Pieza divertida de Bernard Shaw. Durante el entreacto ofrecen tazas de café. Luego, cena en el «Grill» del «Savoy» con los Arreaza y los Sucre. Conseguimos una mesa porque nos reconoce un camarero que en invierno trabaja en Saint-Moritz. Manuel José habla de su gira en autobús con mi hija y mis sobrinas. Visitaron tres museos.

*
* *

Caracciolo Parra Aranguren nos colma de atenciones, pero no acepta retribución. Dice que en Londres está en su casa. Efectivamente, cuenta con magníficas relaciones. Para esta noche ha organizado un banquete en el «Claridge», en honor nuestro, después de un cocktail en su apartamento al que asisten intelectuales, pintores, y muchachas y jóvenes conocidos de la sociedad londinense.

*
* *

Manuel José me pide acompañarlo a «Harrod's». Desea comprar zapatos. Entramos a la tienda y él interroga a una vendedora:

— **For men! For men!** —pregunta.

— **Downstairs!** —responde la niña rubia y bien parecida.

— ¡Nos manda al lavabo, Manuel! —observo. Pero mi amigo toma el camino que le señalan, apresuradamente, asegurando que me equivoco. Resulta lo que había previsto y subimos de nuevo. Al fin, encontramos el departamento de calzado y el ex-Gobernador de Anzoátegui se instala. Viene un empleado y un cuarto de hora más tarde, hay cien

pares de zapatos en torno nuestro. Ninguno es del agrado del comprador.

— ¡Explícale que tengo el empeine muy alto! —me insinúa.

— ¡Ay, Manuel! ¡Mi inglés no llega hasta allá!

Por último, adquiere dos modelos y me obliga a comprar uno que no necesito:

— ¡Son muy bonitos! ¡Qué hubo! ¿Vamos para Escocia o para Irlanda?

*
* *

Llegamos a Versalles a la hora del almuerzo. Cartas de Venezuela. «Fuerzas Vivas» ha defraudado a algunos lectores. «¡Le falta pimienta!», confiesa un corresponsal.

Una obra verídica refleja sentimientos colectivos. El autor, en este caso, es el apoderado de todos, el intérprete de los demás. Marcel Proust estimaba que el deber y la misión de un escritor son los mismos de un traductor. La explicación del éxito de «Escrito de Memoria» ha de buscarse de ese lado. Cuenta, francamente, el drama de una generación. En líneas generales, mi autobiografía es la de muchos venezolanos que han cumplido medio siglo de existencia. No pocas personas que se dirigen a mí me cuentan ahora sus vidas.

*
* *

La inmortalidad no existe. El hombre la mide por años. La anonimia es la fosa común, a corto o a largo plazo. Calificar de inmortales los famosos principios de la Revoluciónn Francesa, no deja de ser alarde demagógico. Sin embargo, la libertad y la igualdad serán anhelo permanente de la humanidad. No se ha inventado nada mejor.

Estoy de acuerdo con Paul Valéry. Los gobiernos fuertes nos aplastan y los débiles nos matan. Esa es, en pocas

palabras, la tragedia de América Hispana. ¿La solución? Reconocer la superioridad de los más aptos y encomendarles la tarea de crear instituciones respetables, inspiradas en la justicia y la libertad.

*
* *

Cocktail casa de Simone Pauly. Charla con el escritor Jean Dutourd. Confiésole que he leído con dificultad la «Crítica de la Razón Dialéctica» de Jean-Paul Sartre. ¿Por qué serán tan fastidiosos los autores marxistas? Diríase que persiguen el propósito de ser incomprensibles. Son a conciencia confusos. De ahí derivan su fuerza. Talleyrand sostenía que la Biblia era inmortal porque nadie la entendía. Ni siquiera un obispo como él. Ha poco, alguien me hablaba de nuestro embajador en Francia. Su conversación sería interesante si el interlocutor pudiera adivinar lo que dice. Parece buena persona, por lo demás. Ni persigue ni molesta a los exiliados. Cuenta que sufrió un regaño de Betancourt por no haber impedido la publicación de «Escrito de Memoria». El Presidente ignora que la democracia francesa no funciona como la venezolana. Aquí no se concibe Digepol que invada imprentas y confisque textos.

*
* *

Interrumpo la lectura de las obras completas de León Blum para bajar al salón. Han avisado que me solicita un compatriota. Es un señor de cabellos grises y barba sal y pimienta, a la Boulanger, con aspecto de profesor de liceo. Me tiende la mano:

— ¡Carlos Capriles, doctor Vallenilla!

Invitole a sentarse. Segundos de silencio, frente a frente. El visitante se explica:

— Soy hermano y colaborador de Miguel Angel Capriles y quería conocerle personalmente, aunque sé que no somos santos de su devoción.

— En efecto, «la Cadena» se ha dedicado a insultarme, sin descanso, desde 1958. No hubo consideración ni para las mujeres de mi familia. Hasta mi madre, fallecida en 1916, fue injuriada por la prensa de ustedes...

— Esto último no lo sabía, doctor.

— Sin embargo, es cierto. ¿No pertenece a ustedes un semanario llamado «Páginas»?

— Sí doctor Vallenilla... Aquella fue una época de terror, ya superada, por suerte. Reconozco que exageramos y nuestro propósito es rectificar. Nos sentimos aislados, en medio de un círculo de odios.

— Eso sospechaba. No se juega, impunemente, con la reputación de centenares de personas. Comprendo que las derrotas, como las victorias, enloquecen a los hombres. En momentos de revolución, pierden el equilibrio vencedores y vencidos. Se alteran los nervios y el orden público. El cerebro y la multitud experimentan tremendas sacudidas, pero todo tiene un límite y el mayor pecado de ustedes ha sido prolongar, indefinidamente, la agitación.

Recorremos el parque. Aludo a la reproducción de «Escrito de Memoria» en «La Esfera», contra mi voluntad y sin mi consentimiento.

— También es verdad, doctor. Miguel Angel y yo pensamos que usted era político antes que escritor y se beneficiaba con la publicidad dada a su obra.

— No obstante, dispusieron alegremente de mis derechos de autor y no conformes con aprovecharse del trabajo ajeno, me cubrían diariamente de improperios en su periódico.

— Exacto, doctor Vallenilla, pero eso lo hacíamos para que nos permitieran publicar sus opiniones. Era una manera de ablandar al gobierno. En realidad, sufrimos mucho en esa ocasión. Miguel Angel se hallaba en Nueva York y yo fuí convocado a Miraflores. Estaban presentes el ministro de Relaciones Interiores y el de Defensa. Me amenazaron con ejercer fuertes represalias si reproducíamos la escena en la que Ramón David León califica de homosexual a Betan-

court. Me vi obligado a ceder. No quedaba más remedio, pero en lo demás me mantuve firme. Piense que todos los días se vendían ciento veinte mil ejemplares de «La Esfera». ¡Algo excepcional!

— Entonces, Capriles, debo estar agradecido. ¿No es así?

— Aunque usted no lo crea, así es, doctor. Gracias a nosotros, alcanzó usted gran renombre en el país. Ahora nadie discute su capacidad e inteligencia y todo el mundo le conoce en Venezuela.

Observo que «Fuerzas Vivas» es publicada por entregas, en el mismo periódico y también sin permiso mío.

— Claro, doctor. Por las mismas razones. Debo decirle que la Comisión de Enriquecimiento Ilícito nos manifestó, en un oficio, que toda suma destinada a usted sería confiscada por ella. En esas condiciones era mejor que nosotros aplazáramos cualquier pago. Ya veremos, más adelante, cuando usted recupere sus derechos. Si se **voltea la tortilla,** Miguel Angel cancelará lo adeudado. ¡Estoy seguro!

— ¡Yo también, Capriles!



Tres pajarillos marrones picotean la grama frente a mi ventana. Pertenecen a la parentela del cucarachero caraqueño que fija domicilio dentro de las tejas de mi ciudad. Debe andar escaso de vivienda, el pobre. Nadie se ha ocupado de su problema ni del de los hombres que se refugian en los cerros, en espera de la casa o del apartamento que no construirán. La democracia habla, pero no edifica. El poeta Juan España. «¡Salve, madrugador cucarachero!» Los pitorreos que Job Pim dedicara al pulpero de El Valle, «un raro de aquellos que inquietaban a Darío.»

Mi Caracas muere lentamente. Era fresca y grata. Decía Proust que los verdaderos paraísos son los que hemos perdido. No es totalmente verdad. Yo tenía conciencia de mi paraíso en las mañanas de transparente neblina y en los

atardeceres de Santiago de León, cuando la brisa mueve, dulcemente, los esbeltos bucarales y los fieles encienden cirios en la Santa Capilla. Es la hora en que el limpiabotas recoge sus bártulos en la plaza Bolívar y se marcha silbando, calle arriba.



Almuerzo con industriales y comerciantes venezolanos y colombianos. Fidel Castro trasnocha a la burguesía de América Latina. Una de las señoras presentes, dice:

— Si allá se produce una revolución castrista, pasaremos un susto, pero desembarcarán tropas norteamericanas y cada cosa volverá a su sitio.

Se expresa como los emigrados franceses de fines del siglo XVIII y como los colaboracionistas de 1940 para quienes Hitler era el salvador de la civilización occidental. Menos mal que el general de Gaulle no pensaba del mismo modo. Se me viene a la mente una anécdota de exiliados venezolanos en tiempos de la Rehabilitación. Hallábanse reunidos Manuel Flores Cabrera, Jorge Luciani y otros compatriotas en la residencia neoyorkina del doctor Leopoldo Baptista. Uno de los asistentes propuso pedir la intervención de Estados Unidos para derrocar al Benemérito, Flores Cabrera y Luciani protestaron airados. Baptista dijo:

— Si necesitamos del apoyo extranjero para tumbar al general Gómez, prefiero que continúe en el poder. ¡No se trafica con la dignidad de la patria!

La lucha contra la subversión marxista es problema que compete, exclusivamente, a los ciudadanos de cada nación hispanoamericana. El comunismo se combate con justicia social y prosperidad. Estamos en el deber de defender nuestros ideales con sacrificio de la propia vida, pero sin participación ajena. Apelar a los marines es una cobardía, un paso decisivo hacia la portorriqueñización de nuestros pueblos. Duele que mientras africanos y asiáticos buscan ansio-

samente la libertad y rechazan la tutela de las grandes potencias, cierta clase acomodada del nuevo mundo ofrece anticipadamente argumentos a futuras acciones imperialistas, sin comprender que la expansión del extremismo socialista resulta de una monstruosa distribución de la riqueza, del acaparamiento de los bienes de consumo por determinados grupos de privilegiados y de la incapacidad de gobiernos pseudo-democráticos para fomentar la producción en escala paralela o superior al crecimiento de la población. En el curso de los últimos veinte años, ha sido mínimo el aumento de los activos fijos en América Latina —salvo en la Venezuela de Pérez Jiménez—. También desdeñable la creación de nuevos empleos, fuera de la Administración Pública e insignificante el acondicionamiento de tierras regables, destinado a garantizar alimentación variada y suficente a la ciudadanía. Igual cosa puede decirse de la construcción de viviendas y de carreteras, de los programas de electrificación, de la cultura y de la salubridad. En cambio, se ha multiplicado el consumo de alcohol, signo característico de miseria popular, factor de disturbio y aliado de la desgracia y de la criminalidad. La avidez burguesa y la impericia gubernamental son los principales responsables del caos que se avecina. No el barbudo de La Habana, inspirador indirecto de la grotesca Alianza para el Progreso. Suecia y Finlandia son vecinos de la Unión Soviética. ¿Se han comunizado, acaso, esos países? ¿Constituiría Fidel un peligro para Bélgica u Holanda? ¿En todas partes oigo repetir el lugar común de que Iberoamérica duerme sobre un volcán. ¿Por qué duerme? ¿Por qué no lo apaga? Lo indicado es trabajar para eliminar las causas de la amenaza, remediar la situación de masas hambreadas y condenadas a la indigencia. Es lógico que multitudes desesperadas miren del lado que ofrece extinguir el pauperismo. Castro se ha convertido en símbolo, en esperanza de **battle dress** para millones de desheredados. La culpa es nuestra si somos incapaces de producir figuras que lo aventajen y despierten la fe popular. Hasta ahora,

nuestras patrias han sido egoístas y duras con las mayorías.

Pobre criollo que vives en un cerro de promiscuidades y pocillo de guarapo. Se acerca para ti la hora de la liberación, siempre que la conquistes con tus propios medios, sin intervención de terceros. Antes lograste la Independencia política. Escasos de alimentos, vestidos de harapos y descalzos como tú, ascendientes tuyos emanciparon a cinco naciones. El milagro se repetirá, si quieres. Por mil títulos. Caracas es tan ilustre como Moscú o Wáshington. Seguirás su ejemplo, como aconseja el himno.

*
* *

En Estados Unidos y Europa, el proletariado constituye una clase social. En Hispanoamérica forma colectividades nacionales, con excepción del indigente y de unos pocos burgueses. Una revolución es indispensable para cambiar ese estado de cosas. Lástima que hasta el momento, los únicos empeñados en hacerla sean los marxistas. Los otros aparentemente, no piensan en eso o creen que la llamada democracia representativa, predicada por el trío Figueres-Betancourt-Muñoz Marín —dos agentes yanquis y un esclavo— resolverá el asunto o aplazará la temida **rebelión de las masas.** A falta de pan y de justicia, un voto. Tal es la consigna oportunista y mentirosa, respaldada por el humanitario Kennedy.

*
* *

Por primera vez, en seis años, recibo completos dos periódicos de Venezuela. Prosa pedestre y plagada de falsedades. Tiene razón aquel veterano Director de diario: «¿Quieres que te digamos verdades por medio real?» Sin embargo, la libertad de expresión no fue conquistada para contribuir al embrutecimiento del público lector, para llenar su mente de conceptos errados y calumniosos sobre hombres y sucesos.

*
* *

Cena con nosotros un comerciante de Caracas. Al llegar a Versalles confiesa que durante sus anteriores visitas a Francia no nos solicitaba porque era peligroso:

— Tú sabes. ¡Uno tiene allá sus negocios, sus **vainas**!

Mi mujer y yo reímos. Mi amigo continúa:

— Me gusta Raúl. ¡Es un hombre muy bueno y su señora, un encanto!

Pregunto si se refiere a Raúl Soulés Baldó.

— ¡Eso era antes, chico! Estás fuera de onda. El Raúl de ahora es Raúl Leoni. ¡Tengo que ponerte los libros al día! Será el próximo Presidente de la República, si Dios quiere y quiere Rómulo. Así lo espero. Es mucho el brollo que en la oficina mía depende de la Corporación Venezolana de Fomento y esos adecos lo ayudan a **uno**, interesadamente, por supuesto. ¡**Cachicamo trabaja para lapa**, como siempre! Yo le digo a mi yerno todos los días: o somos las fuerzas vivas o somos las fuerzas pendejas. ¡No queda más camino, Laureano! En realidad, el gobierno de Pérez Jiménez no se condujo a la altura conmigo. Tuve que **jalar** mucho mecate para conseguir un contratico en Obras Públicas.

*
* *

Julio caluroso. Las calles de París se llenan de turistas alemanes, en mangas de camisa. Demasiada luz en la Ciudad Luz. Deja de ser un placer caminar a lo largo de los muelles del Sena donde teutones sudorosos asaltan las librerías de lance en busca de textos y postales de dudosa moralidad. Abajo, junto al río, parejas de enamorados y pescadores inmóviles, caña en mano, en espera de una sardina que faltará a la cita. Las cosas eran distintas en el Macuto de mi infancia. Bastaba al atardecer lanzar el anzuelo, desde la babosa piedra del baño de las mujeres, para conseguir corocoros y parguetes, a discreción. Recuerdo que los meros sentían especial predilección por el cordel de Manuel Castillo

Peña. Poco valían, frente a él, los complicados aparatos de Bernardo Jurado-Blanco, inventor del palangre. Angel María Corao, en su leída columna de «El Heraldo» puso de moda el término **palangroso**, particularmente expresivo, para calificar a cierto tipo de demócrata, en tiempos de López Contreras. Eran los días del pleito entre el Banco Central de Venezuela y el Venezolano de Crédito. Pretendía el gobierno que don Henrique Pérez Dupuy entregara el oro, por las buenas o por las malas, y mi ilustre amigo no cedía. En aquel trance, su más calificado defensor fue Miguel Hadgialy Divo, coautor del palangre con Bernardo y dedicado a las finanzas, después de renunciar a la pesquería.

*
* *

Artículo de un economista checoeslovaco sobre la reforma agraria en Cuba. Fracaso completo. La isla deberá dedicarse, exclusivamente, al cultivo de la caña, como en la era capitalista, para comprar alimentos y artículos manufacturados. La verdad es que en la Unión Soviética, en China y en otras democracias populares, el agro se opone al colectivismo. En Francia, nación de pequeña burguesía campesina, la producción alimenticia supera a la demanda. Nada falta en la mesa del asalariado. Por cierto, un amigo me escribe que reina prosperidad en la zona que se beneficia de la represa del Guárico, a pesar de la hostilidad del régimen adeco. Antes de la dictadura pérezjimenista, Calabozo era una ciudad muerta, como Ortiz, inspiradora de Miguel Otero Silva, miembro de la asociación de plañideras atrasadas y sin iniciativas, figura del veintiocho.

*
* *

Monte-Carlo. Anoche nos convidaron nuestros amigos franceses, Denise y Jacques Ferreyrolles a su apartamento. A nuestra llegada, escuchaban el diario televisado. Para ter-

minar, el locutor informó que el general Pérez Jiménez sería entregado a las autoridades venezolanas. Un avión de nuestra nacionalidad espera al preso en el aeropuerto de Miami. Triste comida. Mi mujer y yo hacemos esfuerzos para entablar conversación con nuestros anfitriones. Ellos comprenden y aceptan que nos retiremos temprano. Doña Flor confirma, por teléfono, la noticia. Momentos antes, despegó el aparato rumbo a Venezuela. Crueles y torpes, los policías yanquis no permitieron que el ex-Presidente se despidiera de los suyos y llevara equipaje. Fue embarcado con el mismo pantalón y la misma camisa arrugada que portaba en la cárcel del condado de Dade. Los compatriotas que le vieron de lejos, en el momento de la partida, se impresionaron con su flacura. Ha perdido cuarenta libras de peso, pero se mantenía sereno y digno.

Amanece. La indignación no me ha dejado dormir. La tribu Kennedy se complace en humillarnos. Mi mano tiembla de ira al escribir estas líneas. Subo tarde a nuestra cabaña. Tengo la sensación de pertenecer a una banda de delincuentes que cometió en su patria toda clase de abusos. Me instalo al fondo para que no me vean. Mi hija y mi mujer han ido a la iglesia. Es el momento de rezar por el amigo ofendido cuya vida peligra en manos de sus adversarios. ¿Recordarán mis compatriotas los beneficios derivados de la dinámica gestión administrativa de ese oficial de nuestras Fuerzas Armadas? Compararla con la de Betancourt y sus cómplices equivale a absolverlo. Poco importará la sentencia condenatoria de un tribunal adeco. Interesa la del pueblo. Es la que cuenta, en última instancia. La presencia de un abogado norteamericano, conocido mío, interrumpe mis reflexiones. Desea expresarme su inconformidad con el gesto de Wáshington. Asegura que no todos comparten, en Estados Unidos, el criterio de la Casa Blanca y del Departamento de Estado. En las decisiones de Kennedy influye la cortisona. ¿Será adeca esta droga?

*
* *

Horas de preocupación hasta que llaman de Miami. El avión que conducía al general Pérez Jiménez aterrizó en el aerodromo militar de Palo Negro, obra de su gobierno. Escondido detrás de un pilar del edificio central, Rómulo Betancourt asistió al desembarco de su víctima. Repite la canallada cometida en diciembre de 1945, con los generales López Contreras y Medina Angarita, detenidos en la Escuela Militar. Es lo contrario de un señor y quizás también de una señora. ¡Oh manes de Joaquín Crespo! Aquel caudillo generoso se avergonzaría de semejante sucesor. Refiere mi informante que humildes ciudadanos saludaron al cautivo durante el trayecto hacia la Penitenciaria General de Venezuela. El trato fue respetuoso, a bordo del avión. Uno de los agentes prestó un traje y camisa nuevos al Magistrado en desgracia. Otro ofreció navaja y jabón de afeitar. Estos modestos funcionarios interpretaban el sentimiento de una nación, celosa de su dignidad, opuesta al odio y al rencor. Debido probablemente a sus largas y prolongadas ausencias del país, Betancourt nos conoce poco. El venezolano reacciona con nobleza, casi siempre. Se asemeja al héroe de Santa Inés, a Juan Crisóstomo Falcón, a Isaías Medina Angarita, no a él. En materia política prefiere conjugar el verbo perdonar. Los dirigentes del futuro deben tomar en cuenta esta característica.

*
* *

Carta de un amigo preso en el cuartel San Carlos. La extradición del ex-Presidente Pérez Jiménez ha producido malestar. «El disgusto de nuestros carceleros militares es evidente. He oído comentarios, en voz alta. Se juzga como un vejamen a las Fuerzas Armadas, como una maniobra para desacreditar el uniforme, igual a la que inspira las dádivas y favores a cierta oficialidad. Los primeros en divulgarlos son los propios adecos.»

•
• •

Otra vez horas y horas dedicadas a la consecución de una vivienda. Lucien Teissier pide mudarnos a fines de año. Cambiaremos de casa en la oportunidad en que Venezuela cambie de Presidente. Algunos compañeros de exilio se muestran optimistas. En raras ocasiones la nación se ha resignado al continuismo. José Tadeo Monagas, los federalistas, Andueza Palacio y Pérez Jiménez, recientemente, fracasaron en sus propósitos de mantenerse en el poder. En todo caso, la terminación de un período constitucional produce siempre una crisis política, a menos que la jefatura sea reconocida vitalicia, como ocurría con el general Juan Vicente Gómez. «¡Aquí vive el Presidente, el que manda vive enfrente!» Los candidatos serán Raúl Leoni, Rafael Caldera, Jóvito Villalba, Arturo Uslar Pietri, Wolfgang Larrazábal y Raúl Ramos Giménez. Rómulo Betancourt puede sentirse satisfecho. Dividida en cinco pedazos, la oposición garantiza el triunfo de «Acción Democrática», pese a un electorado mayoritariamente antiadeco y anticontinuista. Entre los aspirantes descuella Arturo. Es hombre de talento, culto, buen escritor y con experiencia administrativa. Luego de una actuación diplomática en Francia, al lado de don César Zumeta y de mi padre, fue Jefe de Servicio en el ministerio de Hacienda, Director en la Cancillería y en el Instituto Técnico de Inmigración y Colonización, titular de varias carteras, Secretario de la Presidencia de la República y proscrito. Todos antecedentes favorables para un gobernante. El número de votos que alcance en la lid esta candidatura independiente, permitirá estimar la magnitud del descrédito en que han caído los partidos.



América Latina forma un conjunto de naciones proletarias. Venezuela constituye una excepción a la regla, debido a su explotada riqueza petrolera. Sin embargo, el nivel de vida del habitante no difiere del de los pueblos hermanos.

Su miseria es similar a la del campesino hondureño, guatemalteco o nicaragüense. Estos no disfrutan del oro negro. Los nuestros tampoco. Es tesoro reservado para políticos, burócratas y oligarcas. Con todo, la revolución será menos cruenta en mi país porque tendrá carácter fiscal. Se trata de distribuir seis mil millones de bolívares anuales con preocupación social y técnica, conforme a programas preestablecidos. La actual burocracia no opondrá resistencia a la necesaria reforma. Sus privilegios son recientes. No constituye una clase ni una casta, dispuesta a defender patrimonio y ventajas, como la burguesía colombiana. Entre nosotros, el problema del campo es principalmente, de deforestación y riego, es decir, de tractores y represas, no de líderes. Allá es más importante un **Caterpillar** que el doctor Giménez Landínez.



Visita vespertina de Celso Serna. Su esposa está en Venezuela. Caminamos. Cuenta que ha suscrito una póliza de seguros que garantizará la educación de sus hijos.

— ¡Puedo desaparecer cualquier día!

Replico que es persona todavía joven, en perfecto estado de salud. Ríe y observa que somos un par de cincuentones, de vientre abultado y de escasos cabellos grises. Las arrugas aumentan y el pelo disminuye. Nos ha sorprendido la vejez lejos de la patria. Anteayer no más cabalgábamos por las haciendas que sitiaban a Caracas con batallones de malojo y gamelote. Todavía conservamos en la boca, el sabor del alfondoque que don Eduardo Larralde nos ofrecía en «Santa Cecilia». Excelente hombre. Todo un señor. Vestía con elegancia hasta para dirigir las operaciones del trapiche.

— Contaba en dólares. ¿Te acuerdas?

Confiaba ciegamente en el precio del azúcar.

— ¡Me siento diabético, muchachos!

Esta fue la causa de su ruina. Me hallaba en Suiza cuando ocurrió la catástrofe. Celso lo veía en el Banco Caracas, triste, desalentado. Juntos evocaban un pretérito feliz. Nuestra infancia y su juventud dinámica, consagrada al trabajo fecundo.

* * *

Opiniones de J. F. C. sobre la actualidad política venezolana. Es partidario de Arturo Uslar Pietri para mantenerse fiel al principio de que la Primera Magistratura debe ser ejercida por persona de reconocida capacidad intelectual. Votar por otro es irrespetar la cultura y premiar fracasos y complicidades recientes. No todos los errores del presente quinquenio fueron de Betancourt. Los hubo de Villalba y de Caldera, particularmente. En cuanto a Larrazábal, su osadía no tiene límites. Es el principal responsable de la irresponsabilidad gubernamental de 1958. En verdad, ha sido abandonado por las figuras de alguna significación que lo secundaron en aquellos días de bochinche. Salvo contadas excepciones, quedan a su lado individuos de la especie que Raúl Carrasquel y Valverde calificaba de **similicuir**. Leoni vencerá con los analfabetas. Es natural. Cuestión de analogía, de dicción y de mentalidad. También de apoyo oficial, de electores movilizados por jefes civiles y comisarios. Una revista local publica gráficas de Eugenio Mendoza y del candidato adeco, comiendo del mismo plato, tenedor en mano, sonreídos. Foto simbólica. Presente y porvenir de exclusivismo adecoplutocrático. A pocos pasos, el embajador de Estados Unidos mira la escena complacido. Diríase que imparte su bendición.

* * *

Viene a Versalles Lucas C. Elliot. No pudo veranear en Monte-Carlo. Se hallaba en Rumania. Piensa que los países sovietizados, después de la última guerra, conquistan lentamente su libertad, a pesar de la indiferencia del mundo

occidental. Hablamos de Pérez Jiménez y del asesinato de los hermanos Diem en Saigón. No se es, impunemente, amigo de Norteamérica. El riesgo es grande y fatales las consecuencias. Las atenciones de Wáshington son para los enemigos. Pronto veremos a Fidel Castro, agasajado por Jacqueline. Asiste razón a de Gaulle al recuperar, paulatinamente, la autonomía. La patria de Juana de Arco y de San Luis no ha de estar a la merced de un mozalbete y de sus asesores de Harvard.

*
* *

Compañeros de infortunio suscriben acciones en las empresas de Jóvito Villalba y de Arturo Uslar Pietri. Me abstengo de cotizar. Mi futuro no depende de la victoria de uno u otro sino de mi propio esfuerzo, en el momento oportuno. Nunca he contado con la buena voluntad de los demás. Mi carrera es la de un solitario y solitaria es mi desgracia. Nadie me ha brindado ayuda en la adversidad. Palabras de consuelo, excusas para justificar una abstención. Mi gratitud es equivalente. Además, conozco la probidad urredeca. Dispuso de mis haberes en un Instituto de Crédito Municipal. Desde entonces contribuí, involuntariamente, a la campaña presidencial del margariteño.

*
* *

Domingo por la tarde. Telefonea Josefina Revenga para anunciar, con voz trémula, el fallecimiento repentino de Celso Serna, en El Havre. Su hijita le encontró muerto en la habitación. Había almorzado, copiosamente, con un grupo de venezolanos que asistía a una exposición de pintura. Me visto y vuelo a la casa del difunto amigo. He recordado que sus chicos menores están allí, a cargo de una criada española. Trato de dominar mi emoción. Celso Alejandro y Pedrito juegan junto a la puerta. Nada saben. Me retiro y regreso con un paquete de chocolates. Risas, abrazos.

— ¿Tú como que crees que hoy es mi santo? —pregunta Pedrito.

Los ojos de la española se llenan de lágrimas. Está en cuenta de la tragedia. Huye para que no la veamos llorar.

*
* *

Recibo una revista milanesa de escasa circulación. En página interior me dedican un artículo insultante, evidentemente pagado por adversario venezolano. Aparecen fotos de los techos de nuestra residencia, tomadas con teleobjetivo, desde un camino que atraviesa el parque del castillo. Hay también una gráfica de mi cuñado Adolfo y de Clarita, su mujer, a las puertas de la casa. Al pie escriben que se trata de mi esposa y de mí. Un amigo italiano informa que de Caracas vino el cheque correspondiente. Se habrá movilizado al fin la empresa de publicidad solicitada, por un industrial caraqueño, para organizar una campaña difamatoria contra mi persona? Parece que sí. Dos diarios de la noche reproducen hoy un cable de Venezuela, según el cual, el gobierno pedirá mi extradición por peculado. El propósito es desacreditarme, acobardarme. Decididamente, mis enemigos me ignoran. Mi próxima obra será más fuerte que las anteriores. Veremos quien gana al correr del tiempo. Los medios de que dispongo son modestos, pero efectivos. Cuento con la razón y cierta facilidad de expresión de que carecen mis detractores. Los millones no sirven para todo como suponen algunos. Hasta ahora, no han convertido a un burro en hombre de talento ni a un ignorante en letrado. Los escritores no se fabrican en serie, como los inodoros, por suerte. Las ideas no se matan. Toman años para morir. Subsisten en los libros y en los corazones hasta que son reemplazadas por otras. Estoy seguro de que el balance de mis trabajos de proscrito será favorable al progreso de la patria y a mi memoria. He querido sembrar verdades y señalar la vía de la justicia a un pueblo especulado y engañado, precisamente, por quie-

nes estaban en el deber de orientarlo. Mis opositores disfrutan de poder y riquezas. No los envidio, sin embargo. Se acerca el desenlace del drama. Pueden considerarse afortunados si salvan sus vidas. En Venezuela circulan listas con los nombres completos y las direcciones de los traficantes de esta etapa de desvergüenza y desenfado. El mío no figura en ellas sino en la de condenados por la triste Comisión de Enriquecimiento Ilícito, lo que constituye un honor. En un futuro próximo, las iras populares no se desatarán contra los servidores de la dictadura. Ellos no necesitan levantar muros de protección ni instalar costosas puertas de acero electrificadas para asegurar su descanso nocturno. Tampoco de aviones para despegar de «La Carlota», a la primera señal de alarma. Al cabo de un quinquenio de iniquidad, resulta pueril amenazar con extradiciones a exilados indefensos. Las rejas del presidio esperan a otros. Es cuestión de paciencia. Ellos lo saben. La inquietud que reflejan ciertos rostros es reveladora, así como la vejez prematura de determinadas personalidades. Basta examinar con detenimiento las gráficas de los que forman cola de servilismo, a la entrada de Miraflores, en horas de rumores políticos y de solemnidades intrascendentes. Se asemejan a los que aguardan la salida de la urna en una casa mortuoria. Ya no hay sonrisas ni caras optimistas. Están allí por costumbre y porque el moribundo es capaz todavía de dictar disposiciones testamentarias, de sorprenderlos con un legado.



Campaña electoral. Caracas luce un disfraz barato de proclamas y carteles. En México imprimieron toneladas de papel repletas de mentiras y absurdas promesas. La cruzada cuesta, a cada uno de los postulados, la modesta suma de seis o siete millones de bolívares. Hasta hogares de desterrados llega la demanda de fondos. Se multiplican los ofrecimientos y las buenas palabras. «Ustedes regresarán des-

pués del proceso de diciembre. Se los digo yo. ¡Hagan un esfuercito!» Y el que habla es un notorio sinvergüenza. Pero el deseo de volver a la patria es grande y los exilados viven de espejismos y de ilusiones. Algunos ceden parte de la mensualidad destinada originalmente a mantener la familia. Las esperanzas ya no se cifran en «un golpe» sino en el resultado final de un torneo cuyo vencedor conocemos de antemano. Entre tanto, los contendores discurren, gritan, se insultan. Caldera logra la proeza de criticar el régimen cuyas responsabilidades sigue compartiendo. Sus copartidarios exageran el calificativo calumnioso y soez contra Arturo Uslar Pietri, quien se expresa con serenidad y elegancia. Los adecos parecen comedidos frente a los copeyanos. Son raras las ocasiones en que Leoni tartamudea ofensas, quizás porque piensa una cosa y dice otra. En todo caso, es evidente que los calderistas se adequizaron en el gobierno.



Carta de J. A. Cova. ¡Arturo es el hombre! Aunque no gane, será el jefe de una oposición mayoritaria, aplastante, la gran figura del porvenir venezolano. Desde el Congreso, prestará inmensos servicios a la República como censor vigilante del disparate y del desmán accióndemocratista. Todos podremos cobijarnos sin rubor bajo su bandera que representará la sensatez, la cultura y la ecuanimidad. Quiera Dios se cumplan estos vaticinios.



Rasgo de suerte. Conseguimos en Boulogne casa donde mudarnos. He firmado contrato por dos años. Lejos está aún el momento de volar a Maiquetía. La crisis que presiento tomará tiempo, quizás otro quinquenio, pero se producirá y su intensidad será proporcional a la duración del imperio adeco. En una década de bochinche y de abusos se acu-

mulan odios que estallan con violencia inusitada. De otra parte, el hambre y el desempleo son malos consejeros.



Se ha consumado la devaluación del bolívar. La esperaba. Betancourt se despide con una estafa de proporciones nacionales. Cínicamente, devuelve al empresario extranjero, por camino contrario al patriotismo y a la decencia, las ventajas obtenidas por el obrero criollo en los contratos colectivos de trabajo. La vida se hará más cara y difícil para el proletario. Las únicas beneficiadas serán las compañías petroleras y sus accionistas ingleses, holandeses y norteamericanos. Con menos dólares ofrecidos diariamente al Banco Central de Venezuela, obtendrán la misma cantidad de nuestra moneda. La economía que realizan es fabulosa. Se cifra en millones la suma que anualmente perderá la República. Bien sabido es que las desvalorizaciones monetarias son antidemocráticas, antisociales, empréstitos forzosos sobre los asalariados y los que viven de un modesto estipendio. Nadie ha protestado, salvo don Henrique Pérez Dupuy, quien no figura, precisamente, entre los perjudicados, pero el hábil banquero conoce la gravedad de la medida y cumple función didáctica, esclarecedora. Los adecos no se han atrevido a replicarle. Dentro de pocos meses, subirán los artículos de primera necesidad o lo que es igual, disminuirán los salarios reales. Un comerciante que me visita opina, tímidamente, que la devaluación de nuestra divisa favorecerá al comercio de San Antonio del Táchira. Contesto que no es cierto porque el peso colombiano se deprecia día por día. La causa de la terrible enfermedad que aqueja al país hermano debe buscarse de ese lado. Jamás hubo allá tanta miseria como en el presente. Nubes de mendigos acosan al público en Bogotá, Barranquilla y Cali. Un amigo cuenta que los pobres no piden dinero sino comida. Los niños se disputan las sobras de la mesa burguesa. Pero liberales y conservadores respe-

tan y cumplen el pacto celebrado para salvar la democracia y se alternan en el poder, mientras senadores y diputados pronuncian «hermosas oraciones», como observaba ayer una dama gruesa, de edad avanzada:

— ¿Leyó usted el discurso de Alberto con motivo del entierro de Alfonso López? Primoroso, ¿sabe? ¡Ni Bossuet!

Me pregunto si el campesino hambreado, escaso de «frijoles», se interesa por la retórica de Lleras Camargo y la oración fúnebre de Henriqueta de Inglaterra. Tampoco creo en las inquietudes literarias de «Tiro Fijo» y demás bandoleros que siembran el terror en campos y aldeas. Sospecho que ha pasado la época en que se requería ser miembro del «Country» para gobernar a la patria de Santander. El hambre demanda soluciones concretas, rápidas. El politico moderno debe ser efectivo, no efectista. La misma buena señora declara que la aristocracia colombiana debe dejar la tarea de mandar a representantes de la clase media. Están más cerca del pueblo. Me manifiesto sorprendido. No sabía que en Colombia existiese una aristocracia. En Venezuela no la hay. Contamos con una categoría social adinerada, de formación demasiado reciente para constituir una clase o una casta. El rico de hoy es el pobre de ayer. Rara es la familia en cuyo árbol genealógico no figure un ancestro de color que reaparece, indiscreto, en el rostro o en el belfo de un nieto. Surgen entonces las explicaciones, como la que daba una altiva caraqueña a una tía mía: «¡Esa niñita coge mucho sol! ¡Además, yo tomaba café por montones cuando estaba encinta!»

En verdad, dos oligarquías de pudientes se han alternado en el poder, en la Antigua Nueva Granada, desde 1830 y esta circunstancia puede haber creado el esbozo de una aristocracia de pesos, que no de peso, sin antepasados heroicos ni cruzados de armaduras. Sin embargo, conozco bogotanos encopetados con aspecto que recuerda al indígena del altiplano. También limeños que llevarían con mayor soltura la ruana multicolor que el traje cortado en Londres. Personalmente,

considero positivo el «cocktail» de razas que forma la nación venezolana. Facilita el reconocimiento, exclusivo, de la aristocracia de la inteligencia y del mérito. Destacarse es derecho y deber de cada uno de nosotros en un mundo donde cada vez se hereda menos.

*
* *

Misiva de J. F. C. en respuesta a una mía. Admite que la tecnocracia es la versión contemporánea del saintsimonismo. El norteamericano Stuart Chase es un discípulo de Bizard o de Enfantin. Se refiere luego al proceso de industrialización, apadrinado, irreflexivamente, por la Corporación Venezolana de Fomento. La industria beneficiosa para la economía nacional es aquella que utiliza un noventa por ciento de materias primas del país. La otra es la repetición de la de hierro acanalado y la de clavos que tanto daño han hecho a la colectividad. Además, el progreso industrial requiere distribución creciente de poder adquisitivo y en nuestra tierra estamos todavía en la etapa del jornal para subconsumidores, ahora más reducido con la devaluación del bolívar. ¿Qué puede comprar un obrero criollo aparte de las caraotas, el arroz y «los palitos» de berro o yerbabuena sabatinos? No se concibe producción en masa sin masa compradora. Mientras ese estado de cosas no evolucione, las posibilidades de desarrollo son para los fabricantes de bebidas alcohólicas, helados y refrescos.

Noticias políticas. Prácticamente, han empapelado a Caracas. En todas partes hay grandes retratos de los candidatos a la Presidencia de la República. Arturo se mantiene moderado. Se expresa con lógica y no es agresivo. Su prédica conquista voluntades. Jóvito tiene un mérito indiscutible. Es el único que viene hablando de amnistía y de conciliación, desde hace un año. En esto es sincero. No es rencoroso, por naturaleza.

*
* *

Nos mudamos. Ayer me despedí del sauce llorón y de la pareja de faisanes que veía desde mi ventana. Cuatro años de nuestra vida transcurrieron en Versalles. La lectura, el estudio y la máquina de escribir, no me dejaron tiempo para sufrir. La inacción hubiese sido mortal. La prosa de Montesquieu y la de Diderot me alejaron de otra menos edificante. Mi espíritu no conoció descalabro alguno. Ignoro la mayoría de los ataques de que he sido objeto. En cambio, mi cultura ha mejorado y aumentado. Me siento más fuerte que antes. Salgo favorecido de un lustro de voluntario aislamiento. En cierto modo, esto constituye una victoria. Mis enemigos, estoy seguro, no pueden decir lo mismo. Un septenio de democráticos errores los ha convertido en bagazos, en ceros a la derecha de la coma para la conciencia nacional.



En nuestra nueva residencia de Boulogne reina un desorden adeco. Mi mujer, mis sobrinas y mi hija se afanan para colocar las cosas en su sitio. Yo me refugio con la «Underwood» en la bohardilla y busco inútilmente en un cajón, el diccionario que necesito. Nada tan grato e instructivo como una buena enciclopedia, a falta del libro que añoramos leer. Solicitamos una palabra o un nombre, los encontramos y seguimos con otros, durante horas. Es el diario de Dios.



Se han requerido ocho días para organizar la casa. Esta noche, al fin, podemos sentarnos frente a la televisión y escuchar el diario hablado. El locutor cuenta banalidades. De pronto, interrumpe el relato intrascendente para leer un cable de Estados Unidos. Hace pocos momentos, el Presidente Kennedy fue víctima de un atentado en la ciudad de Dallas. Se ignora si las heridas revisten gravedad. Continúa

la emisión. Por último, otro mensaje. El señor Kennedy ha muerto mientras era trasladado o llegaba a un hospital. Bastaron dos o tres balas disparadas desde una ventana, para suprimir la vida del hombre más poderoso del planeta. La politica del joven mandatario no favorecía, particularmente, los intereses de Hispanoamérica, sino la de determinadas facciones. Tenía un concepto equivocado sobre nuestros problemas y nuestras luchas. Consideraba eminentes a individuos que no lo eran y capaces de hacer a quienes no hacían. Ingenuamente, pretendía exportar e imponer una manera de actuar y de vivir inexportable, logrando apenas que el gesto se interpretara como un oscuro propósito de portorriqueñización. Es verdad que los profesores de Harvard que le asesoraban no entendían de asuntos latinoamericanos. Estos estaban a cargo de José Figueres, de Muñoz Marín y de Betancourt, quienes, precisamente, no habían estudiado en Massachussetts ni en otro sitio. De ahí que se cometieran faltas irreparables, desde México hasta la Patagonia. Con todo, es lamentable la prematura desaparición del Presidente. Recuerdo el epitafio que para sí mismo escribió el emperador José II de Austria: «Aquí yace un príncipe cuyas intenciones eran puras, pero que tuvo la desgracia de ver fracasar todos sus proyectos.»



Visita de los esposos Gómez Ruiz, por pocos días en París. Luis Emilio y yo nos conocemos desde la infancia. Fuimos condiscípulos en el Colegio San Ignacio. Ocupábamos pupitres vecinos. Nuestra amistad se ha conservado inalterable, a través de la existencia, las alegrías y las vicisitudes. Tengo de él un elevado concepto. En el desempeño del ministerio de Relaciones Exteriores, reanudó la interrumpida tradición de los grandes cancilleres, de los funcionarios de reconocida solvencia moral e intelectual, como Esteban Gil Borges, Pedro Itriago Chacín y Gustavo Herrera. Versado en

asuntos internacionales y hombre de múltiples y variados conocimientos, prestó valiosos servicios a la nación. Su retiro de la Administración Pública fue voluntario. Raro caso el de persona que renuncia a una Cartera, a pesar del ruego reiterado de los gobernantes. Tampoco quiso presidir la Junta de Gobierno, después del asesinato de Carlos Delgado Chalbaud. Repitió el gesto del doctor Pedro Itriago Chacín, cuando el general Juan Vicente Gómez propúsole la Primera Magistratura:

— ¡Yo creía que usted me estimaba, general!

*
* *

El gerente de una agencia noticiosa me pide rasgos biográficos de Arturo Uslar Pietri. Desea preparar con tiempo un artículo sobre él. Su corresponsal en Caracas asegura que triunfará. Respondo que no lo creo. Dios no quiere, por el momento, hacer milagros en Venezuela. Mi aspiración es que obtenga un elevado número de votos para estimar, con mayor claridad, el desprestigio de «Acción Democrática». Además, complace que mis compatriotas reconozcan el valor de un intelectual que hace honor al país. Lamentablemente, la lucha por la Presidencia de la República no equivale a un concurso de oposición. Pocas veces gana el mejor. Vence quien dispone de una maquinaria electoral bien organizada. El sufragio universal no es selectivo. En general, las masas escogen a alguien que se les asemeja para arrepentirse después, ante los resultados mediocres de la gestión. Recordemos la frase de Clemenceau: «¡Voto por el más bruto!» Una personalidad fuerte y destacada infunde temor en épocas de normalidad. Los pueblos no ocurren a ellas sino en momentos de grave crisis. El caso de Churchill es típico. Fue necesaria una guerra para nombrarle Primer Ministro. Si mi país no produjera tres millones diarios de barriles de petróleo, la situación sería tremenda y los mismos que elevaron a Betancourt desmantelarían el edificio adeco y solicitarían

la colaboración de ciudadanos esclarecidos. El problema se planteará en el futuro, no obstante la producción petrolera. Los errores de hoy y los de mañana se acumularán al correr de los años hasta crear un estado de cosas realmente conflictivo. Es prueba de máxima torpeza el empeño de transformarnos en una nación de **infelices.**



Entrevista con uno de los directores de un Banco caraqueño. Es la primera vez que sostenemos una conversación prolongada. Allá nos limitábamos a saludarnos cordialmente. Le escucho durante una hora mientras despachamos un excelente almuerzo. El monólogo me resulta pintoresco:

— Me vine para no votar, compañero. Aunque el voto es secreto, todo se sabe. Tampoco quise contribuir con dinero para ningún partido. Si complazco a uno, se calientan los otros y yo, te confieso, encuentro tan bueno a Leoni como a Arturo o Caldera. Cualquiera de ellos lo hará bien. Jóvito, el pobre, no corre en el grupo de probables ganadores. Esto no impide que sea un magnífico sujeto, amigo mío, como lo es también el general Pérez Jiménez, a quien quise visitar en San Juan de los Morros, pero no hubo ocasión. Será a mi regreso. ¡Tú me conoces, hermano! ¡Consecuente hasta la muerte! Aquello está revuelto, hay que admitirlo. Se lo dije al propio Rómulo en una fiesta: ¡si no abres los ojos, nos comen los comunistas! El hombre me hizo caso y los está **prensando.** Rómulo no es malo, en el fondo, pero oye más a los oportunistas y adulantes que a **uno,** la gente seria y de trabajo. A veces me entran ganas de que los militares se cojan **el coroto** y hagan respetar a las familias. Sin embargo, pienso que vale la pena seguir con la experiencia democrática para ver si las cosas se encarrilan. Tú volverás a Venezuela. Todo se arregla, a la larga. El día que llegues, estaré como **un clavo** en Maiquetía. La amistad es sagrada, **¡mi vale!** Mi mujer dice que no me corregiré nunca de esa

manía de sacrificarme por todo el mundo, pero ¡qué se puede hacer! Nací así. La gente de antes era distinta. Mis padres me inculcaron principios. Los jóvenes de ahora son unos **vagamundos.** ¡Si te contara las cosas que pasan en Caracas, te quedas frío, helado **Efe** como dicen!

*
* *

Asombra la misiva de condolencias del Presidente de Venezuela para la señora de Kennedy. .La urbanidad adeca ignora las jerarquías y las distancias. Betancourt se dirige a la viuda como a Mercedes Fermín o a Analuisa Llovera. La rebaja a la categoría de cualquier **compañera** de partido. Mortifica comparar este mensaje con el del general de Gaulle y los de otros jefes de Estado, en la misma triste oportunidad. Para desempeñar a cabalidad sus altas funciones, Rómulo necesitaría someterse a los consejos de un secretario letrado y de buena educación, disponer de aquella sensatez que sobraba al Benemérito: «¡Yo no sé escribir, pero tengo amigos que escriben muy bien, sí señor!» Simón Bolívar, gran escritor y cumplido caballero, hacía revisar su correspondencia por José Rafael Revenga. Aterrábanle una palabra disonante y una frase de mal gusto. Sus cartas, sus discursos y sus proclamas serán leídos eternamente con provecho. A la elegancia del lenguaje se unen la elevación del pensamiento, la claridad meridiana de las ideas. La prosa del Libertador inspira tanta admiración como sus victorias. Por cierto, cuentan que Mariano Picón Salas pidió el premio nacional de literatura para el ilustre hijo de Guatire.

*
* *

Tomado de un artículo de Pierre Gaxotte:

«Ortega y Gasset decía que el hombre-masa es la principal creación del siglo XX. El siglo XVI tuvo al humanista.

El siglo XVII al hombre honesto. El siglo XVIII al hombre de ingenio. El siglo XIX al hombre romántico. El hombre-masa, símbolo de nuestro tiempo, no se molesta en pensar. Repite las opiniones de la radio, la televisión y la prensa. Es el esclavo sumiso de esos nuevos amos del mundo.»

Mañana el hombre-masa votará en Venezuela por cualquiera de los que ellos indiquen e irá a dormir tranquilo, convencido de que él es el soberano, sin sospechar que obedece a la voluntad de otros. La tiranía de la propaganda es inexorable. Nos persigue en el hogar, en el trabajo, en los espectáculos y hasta durante el trayecto de la casa a la oficina:

— ¡Consume ron! ¡Vota por A. D.!



Anteayer se efectuaron las elecciones en mi país. Arturo es el vencedor moral. En cuatro meses escasos de campaña y sin partido que le respalde, ha obtenido cerca de medio millón de sufragios. Leoni es proclamado ganador contra el querer de un setenta por ciento del electorado. Gobernará en nombre de una minoría. El sufragio universal se funda sobre el respeto a una decisión mayoritaria. Entre nosotros, la democracia llega a un resultado contrario. Triunfan los menos. Para mi familia y para mí nada ha cambiado. Nuestro exilio lleva firma accióndemocratista. En nada influye que una disposición constitucional ponga oficialmente fin a las persecuciones. ¿Cuándo ha imperado la Constitución, salvo para garantizar los derechos del poderoso?

Muchos compañeros de infortunio regresarán a la patria, movidos por la nostalgia, el hastío o requerimientos de tipo económico. Unos cuantos parias permaneceremos fuera, hasta que Dios quiera. Recuerdo las estrofas de Víctor Hugo, obligatorias en el liceo: «¡Y si queda uno, ese seré yo!» Mis sobrinas, ya lo sé, casarán el año entrante. Está previsto. 1964 será de despedidas, de separaciones. El corresponsal de

Madrid o de Miami irá a Venezuela en busca del diario sustento, si lo dejan. Escribirá, a veces, entre una y otra angustia, entre una y otra humillación. Le permitirán respirar en un rincón, si corre con suerte. Tratará de consolarse con la idea de que salimos de Betancourt para luego experimentar, en carne propia, que a falta de él, ahí están los demás, empeñados en cumplir el encargo de amargar la existencia del compatriota que renuncia al ostracismo. El ex-Presidente se lleva la pipa, pero no los rencores sembrados desde que fundara el partido. Dividir a los venezolanos fue consigna permanente. Los resultados están a la vista de todos. Exito completo, marcado por fechas: 18 de octubre, 24 de noviembre, 2 de diciembre, 23 de enero. La obra de reconciliación que la República reclama será tarea de nuevas generaciones que no comprenderán el porqué de nuestros odios, de las lágrimas, de los muertos, de las ruinas. En verdad, no hubo revolución que justificara todo eso. El catálogo es el mismo que legaron las viejas dictaduras: Injusticias, ricos y pobres.



Han transcurrido varios meses y he releído cuidadosamente estos apuntes, comenzados en 1958. Vacilé durante un tiempo antes de resolver publicarlos, como modesta contribución a la historia contemporánea de Venezuela. El texto contiene seguramente violencias y exageraciones, conceptos apasionados. No se puede pedir ecuanimidad a un proscrito. No obstante, me he negado a modificarlo, por temor de que pierda espontaneidad y frescura. Pero debo confesar que en siete años, me he acostumbrado a la desgracia. Hemos hecho amistad y tiene sus aspectos positivos. Nos enseña el desprendimiento y a desdeñar las pequeñas preocupaciones que envenenan la vida en las etapas felices. También he aprendido a perdonar. Estoy convencido de que la más elocuente manifestación de antiadequismo consiste en olvidar agravios

y tender la diestra al adversario de ayer. No es mi propósito estudiar para santo, pero no he descubierto otro medio de servir a la patria con alguna eficacia. Este será mi último trabajo de carácter polémico, a menos que el enemigo renueve el desafío. Dedicaré el resto de existencia que me reserva el destino a ensayos de historia, de literatura y de orientación política y económica, sin pretensiones académicas, por supuesto. Que descanse confiado José Nucete Sardi.

Boulogne, mayo de 1965.

IMPRIMERIE DES GONDOLES

S.A.R.L. au capital de 10.000 F

4 et 6, rue Chevreul

CHOISY-LE-ROI (Seine)